Belinda Bauer

EXIT



El pensionista Felix Pink está a punto de descubrir que nunca es tarde… para que la vida se te complique una barbaridad.

Felix, contable jubilado de setenta y cinco años, es un viudo apocado que forma parte de una comunidad llamada Exiteers, cuyos miembros acompañan en sus últimos momentos a personas que han decidido poner fin a su vida.

Así que, cuando Felix entra un día en el número 3 de Black Lane, lo hace por caridad, para acompañar a un moribundo en su último aliento… Pero apenas quince minutos después Felix huye de la policía tras haber cometido el mayor error de su vida.

Ahora, con su mundo patas arriba, debe averiguar si de verdad es culpa suya o está ocurriendo algo mucho más siniestro, todo ello mientras las autoridades le pisan los talones.



Belinda Bauer

Exit

ePub r1.0
Titivillus 29.10.2022

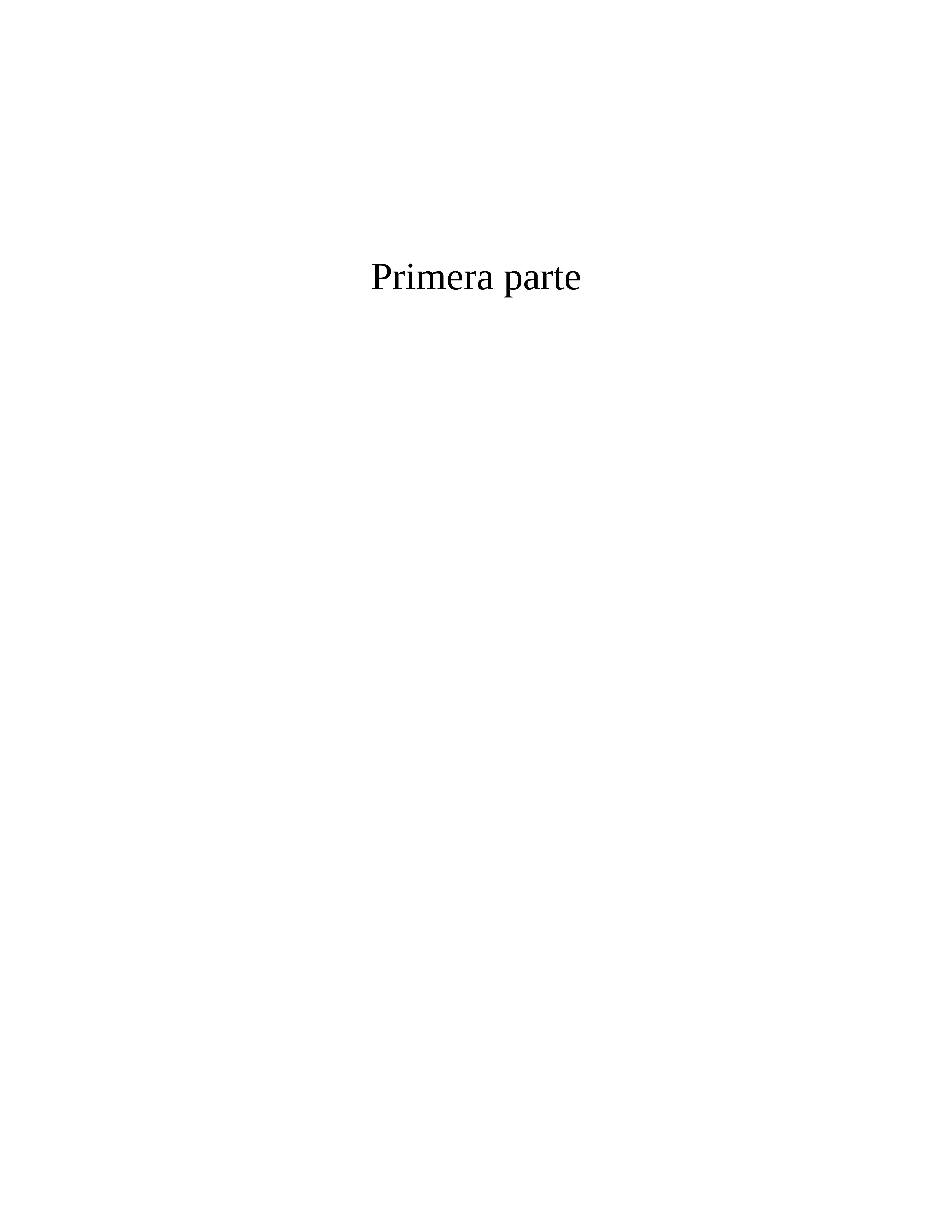
Título original: *Exit*
Belinda Bauer, 2021
Traducción: Pilar de la Peña Minguell

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice

A Sarah Adams, mi editora amable, inteligente, paciente y única



Primera parte

El encargo

La llave estaba debajo del felpudo.

Como de costumbre.

La previsibilidad reconfortaba a Felix Pink, aunque el resultado previsible fuera la muerte.

—Vamos allá —dijo Chris metiendo la llave en la cerradura.

Chris hablaba demasiado, pero Felix nunca se quejaba. Imaginaba que eran los nervios. Él hacía tiempo que no se ponía nervioso. Se aclaró la garganta, se ajustó los puños y siguió a su cómplice adentro.

La casa olía a ese polvillo que recubre el interior de los botecitos de pastillas. A menudo era así.

Se quedaron en el recibidor y Chris gritó: «¿Hola?».

Solo se oía el tictac de algún reloj de pared. No era un reloj auténtico, se notaba, sino uno de esos a pilas que imitan sin éxito a los de verdad para que quienes los compran piensen que se han gastado un dineral en una reliquia.

Reparó en un papelito que había en el tercer escalón, plegado en forma de tienda de campaña como las tarjetas que indican su sitio a los comensales de una boda.

«Arriba»

Lo cogió y se lo enseñó a Chris, que empezó a subir las escaleras. Felix se detuvo un instante para plegar el papelito varias veces y guardárselo en el maletín; luego se agarró a la barandilla. Era de natural cauto, pero, cuando tenía entre manos un encargo, su cautela se convertía en un esfuerzo consciente.

Chris lo esperó en el descansillo.

—¿Hola?

—Hola —respondió una vocecilla.

En el gran dormitorio principal había un hombre en cama, incorporado sobre unas almohadas, de cara al mirador, por el que se veía una ventana similar en la acera de enfrente.

—¿Rufus Collins? —preguntó Felix. El enfermo asintió sin entusiasmo —. Soy John y este es Chris.

Collins asintió de nuevo, como si supiera por qué estaban allí, y cerró los ojos.

Felix había optado por hacerse llamar John porque le sonaba competente. Margaret había tenido un doctor llamado John Tolworth que había sido competente bastante tiempo, hasta que la muerte se lo llevó por delante.

Al final se los llevaba a todos.

Ignoraba el verdadero nombre de Chris. Era preferible así.

Había una silla junto a la cama. Felix se sentó en ella y dejó el maletín en el suelo, a su lado. No había sitio en la mesilla de noche con tanta pastilla y tanto clínex.

El cilindro ya estaba allí, metálico, de un gris apagado; una especie de pequeña escafandra autónoma conectada con un tubo transparente a una mascarilla nasobucal de goma sujeta por debajo de la barbilla del enfermo con una goma añeja que le pasaba por la nuca y por encima de las orejas y se las plegaba un poco. Una mano huesuda cubría la mascarilla de forma protectora, como si alguien fuera a robársela.

—Voy a por otra silla —dijo Chris, y salió de la habitación.

Felix miró a Collins desde arriba. Era mayor, pero probablemente no mayor que él, que ya tenía setenta y cinco años. En cambio, aquel hombre estaba enfermo y se le notaba, porque aparentaba un siglo, con aquella piel cetrina, tan tersa en las mejillas y en la frente que parecía a punto de rajarse. Le borboteaban las flemas en la garganta como si necesitara toser pero no tuviera fuerzas para hacerlo.

Chris entró jadeando cargado con una sillita de madera y la soltó al otro lado de la cama provocando un fuerte ruido.

Collins abrió los ojos y agarró fuerte la mascarilla.

—Perdón —se disculpó Chris.

El enfermo volvió a cerrar los ojos.

Y los otros esperaron.

La casa estaba tan silenciosa que Felix oía el falso tictac de la planta baja. De vez en cuando, pasaba algún coche por la calle y Collins inspiraba. Cada inspiración era distinta de la anterior, como si redescubriera aquel ejercicio e intentara averiguar cuál era la mejor forma de hacerlo: algunas eran cortas y trabajosas; otras, largas y sibilantes. Lo único constante era aquel burbujeo gutural.

Felix cruzó las manos en el regazo, como un cura, y esperó.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Chris mirando la puerta.

—No hay prisa —contestó Felix sin consultar siquiera el reloj.

Era cierto. Solía pasar. Rara vez ocurría enseguida. A veces ni siquiera pasaba…

Sucedería o no.

Podrían o no.

El resultado final era, eso sí, inevitable, pero un exitero debía saber ser paciente.

Felix siempre había tenido mucha paciencia. De hecho, había barajado la posibilidad de hacerse llamar Job en vez de John, pero eso habría despertado unas sospechas que John no infundía. Y había que evitar las sospechas a toda costa.

Aun así, esperó con la paciencia del santo Job. Lo hicieron los dos.

Una hora.

Dos.

Felix debía evitar el sopor. Le costaba dormir por la noche, pero a menudo se quedaba traspuesto durante el día. Aunque nunca durante un encargo. Estudió las estanterías y evocó el argumento de los libros que había leído: Dickens, Tolkien… Le vino a la memoria su boda y trató de recordar a todos los invitados. Chris hizo un sudoku con la ayuda de unas bifocales que se le asían con desesperación a la punta de la nariz. Felix nunca se había llevado bien con las bifocales. La óptica, la señora… Nosequé, le había dicho que tenía muy bien la vista para su edad, y eso lo consolaba. Había perdido un botón del puño de la camisa, ¡qué fastidio!,

pero siempre guardaba los botones de repuesto, con lo que seguramente tendría alguno que le valiera…

Contuvo un bostezo por deferencia hacia el enfermo, pero echó de menos la sensación de alivio que aquel ejercicio le habría producido a su sistema respiratorio. Había leído que, cuando empezó a utilizarse la ventilación mecánica con los primeros pulmones de acero, los pacientes morían aunque estuvieran respirando porque no se había contado con la necesidad de suspirar de vez en cuando. No bastaba con respirar. Confiaba en que el dato fuera fidedigno. Ya no podía uno fiarse ni de la ciencia impresa.

Pasaban niños por la calle. La salida de clase. Curiosamente, Felix lo recordaba ahora mejor que nunca: el paso cansino, la mochila pesada, las riñas de broma que terminaban siendo en serio, mirarse los zapatos arañados y las rodillas raspadas, y oírse el rugido del estómago, que anhelaba la merienda…

Sin hacer ruido, Felix se puso el maletín en las rodillas.

Collins abrió los ojos y lo miró.

—¿Le importa que coma? —preguntó Felix muy educado.

—Adelante —susurró el enfermo, discretamente divertido.

—¿Quiere que le traiga algo de comer o de beber?

El otro negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

Felix sacó un termo rojo de cuadros escoceses y algo envuelto en papel de aluminio que resultó ser un sándwich de pan blanco y mermelada de fresa, una preferencia pueril de la que no había logrado librarse aun siendo ya un adulto hecho y derecho.

Había vivido la época del racionamiento.

El hombre que estaba tendido en la cama lo observó mientras se comía el sándwich y se bebía el té.

El bullicio de los niños se fue extinguiendo.

Prosiguió el falso tictac del reloj.

A Chris se le descolgó la cabeza sobre el pecho y se le abrió la boca.

Felix se terminó el sándwich y el té, sacó un clínex limpio del bolsillo, secó la tacita del termo y volvió a enroscarla; después dobló con esmero el

papel de aluminio para reutilizarlo. Guardó ambas cosas y el clínex usado en el maletín y lo cerró despacio.

Antes de que le diera tiempo a encajar el cierre, Collins se levantó la mascarilla para hablar.

—Gracias —murmuró, y murió.

Prepararon el parte en una cafetería cercana.

No había mucho que hablar, pero Chris pidió un sándwich mixto, una porción de bizcocho de café y un capuchino grande. Como Felix ya había comido, pidió un té para acompañarlo.

—Voy a dejarlo —dijo Chris mientras llegaba la comida, y esperó, como pensando que su compañero se lo iba a discutir, pero, al ver que no lo hacía, continuó—. Empieza a ser demasiado para mí, tanta muerte.

Felix meneó la bolsita de té en la tetera.

—Bueno… —dijo como si fuera a comentar algo, pero no lo hizo y dejó la palabra flotando entre los dos.

En el fondo, no se lo reprochaba. Le entristecía que se fuera, claro, pero no tendría más que acostumbrarse a otra persona. Además, parecía que Chris estaba renunciando a una labor importante. No eran muchos. Geoffrey siempre se lo recordaba cuando lo obsequiaba con alguna de aquellas llamadas telefónicas interminables a última hora de la noche: «Hacen falta más como nosotros. Hombres buenos dispuestos a arrimar el hombro. Porque, si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo va a hacer? Dime, Rob. Si no somos nosotros, ¿quién?».

Geoffrey solía llamarlo Rob. Muchas veces le parecía que estaba ebrio, pero tampoco se lo reprochaba: tenía párkinson y necesitaba muletas y a veces hasta silla de ruedas, así que, a su juicio, tenía derecho a emborracharse mientras fuera capaz de llevarse una copa a los labios sin derramarla.

No lo conocía en persona, claro. Ni siquiera sabía dónde vivía. Los exiteros cuidaban mucho el anonimato. Geoffrey los instaba a usar seudónimos y siempre le decía a Felix que, cuando hablara por teléfono, no

dijera nunca que representaba a la organización: «Protégenos a todos, Rob —farfullaba—. Un secreto compartido es un secreto a voces».

Había sido Geoffrey quien había decidido llamarlos «exiteros». «Como los mosqueteros, ¿sabes? —le había dicho a Felix en más de una ocasión—. Todos para uno y uno para todos. A fin de cuentas, no todo el mundo puede permitirse ir a Suiza». Y Felix se había preguntado si eso significaba que Geoffrey no se lo podía permitir.

Una sargentona de mujer con el pelo recogido en un moño dorado les puso afanosa la comida en la mesa. Felix escapó de sus pensamientos y volvió a la cafetería.

—¿Qué te parece? —preguntó Chris como si quisiera que lo disuadiera, pero Felix se cuidó mucho de hacerlo.

Trabajar para Exit era sobre todo una cuestión de derechos y eso significaba que su compañero tenía derecho a abandonar la organización, como sus clientes tenían derecho a abandonar la vida, sin que los juzgaran o los cuestionaran, sin que se empeñaran en convencerlos de lo contrario.

Además, si Chris quería dejarlo, era porque ya no tenía madera de exitero.

Porque había perdido la constancia.

La constancia ya no estaba de moda, pero era una cualidad que Felix siempre había admirado. Le gustaba pensar que había sido un marido constante para Margaret, aun cuando ella lo había dejado solo, con la única compañía de los recuerdos juntos.

Aun después de eso.

—¿John?

—¿Sí?

Felix se quedó en blanco un segundo hasta que recordó que Chris le había preguntado qué le parecía que dejara la organización. Se aclaró la garganta y contestó:

—Lo entiendo perfectamente.

Y Chris asintió agradecido, como si Felix hubiera respaldado de forma activa su decisión; luego le dio un mordisco enorme a su sándwich mixto y un hilo de queso fundido que le colgaba del labio inferior se enroscó y acabó en su corbata azul marino. Aquello puso nervioso a Felix, que, sin

embargo, se contuvo de limpiárselo porque Chris no era su hijo. El otro se terminó el sándwich sin más incidentes con el queso, se comió el bizcocho y se bebió el capuchino.

La organización los instaba a que fueran a hacer los encargos en transporte público para que las cámaras de seguridad no los grabaran en sus vehículos particulares, así que caminaron juntos a la estación de Bristol Temple Meads, donde Chris le estrechó la mano y le deseó buena suerte, y Felix le contestó algo parecido. Después, el otro fue a coger el tren de vuelta a casa. Vivía por Winchester, creía Felix, aunque no estaba seguro. Él recorrió los poco más de tres kilómetros que lo separaban de la estación de autobuses y cogió el suyo a North Devon.

Mabel lo esperaba en el recibidor con mirada asesina. Había un charco junto a la puerta de servicio.

Le estaba bien empleado, supuso. Se miró el reloj: llevaba nueve horas fuera. La próxima vez se la dejaría a la señorita Knott, la vecina de al lado, que siempre interrumpía sus paseos con Mabel para hacerle caricias, como si fuera una perra de concurso, en vez de un chucho greñudo con un aliento capaz de decapar paredes.

Abrió la puerta del jardín y, antes de salir toda digna, Mabel le dedicó una mirada fulminante para dejarle claro que ya era tarde.

Felix limpió el pis con la sección de deportes del *Telegraph* del día anterior y una botella de lejía. Luego se lavó las manos, puso el maletín en la mesa de la cocina y sacó el termo, lo lavó y colocó en el escurreplatos, bocabajo, las dos piezas que lo componían. Desdobló el papel de aluminio en el que se había llevado envuelto el sándwich, sacudió las migas y le quitó una manchita de mermelada con una bayeta desechable. A continuación volvió a plegarlo y lo guardó con cuidado en el segundo cajón, donde había otros trozos de papel de aluminio usado y una colección de bolsas de papel y de plástico, gomas y cuerdas.

Por último, sacó el cilindro plateado de óxido nitroso y la mascarilla de goma transparente, los limpió de… lo que fuera… y los guardó en sendas bolsas de la compra. Por la mañana se llevaría el cilindro y lo tiraría en una

papelera cerca de la biblioteca, donde tenía que renovar el préstamo de un libro sobre rutas de aves migratorias. Y al día siguiente tiraría la mascarilla y el tubo en el cubo de reciclaje de alguna otra casa.

Le desagradaba tener que deshacerse de las pruebas. Le parecía un poco turbio. Lo que hacían los exiteros no era ilegal, por supuesto, de eso se había asegurado bien. Mientras no ayudaran de forma activa a los clientes, no los alentaran, no les proporcionaran el cilindro de óxido nitroso o, como lo llamaba Geoffrey, «el arma homicida»; mientras se limitaran a sentarse allí, a ser testigos del fin de una vida, no habría problema. El cliente moría rápido y sin dolor y, sin necesidad de implicarse directamente en su muerte, la familia se aseguraba de que su ser querido no había muerto solo. Todos conseguían lo que querían. A veces estafaban unas cuantas primas a los seguros médicos, pero, como una de sus condiciones contractuales era evitar la prolongación innecesaria del sufrimiento, Felix tenía la conciencia muy tranquila. Aun así, habría sido una torpeza dejarse algo por allí que pudiera llevar a una mente recelosa a hacer preguntas incómodas sobre lo que, en principio, parecía el fallecimiento del todo previsible de un enfermo terminal. Y Felix Pink no había cometido una torpeza en toda su vida.

Abrió el armarito de la esquina. Tenía los cilindros de óxido nitroso detrás del pienso de la perra. Se los había proporcionado el cirujano maxilofacial cómplice que Geoffrey le había recomendado después de su tercer o cuarto encargo, el de la señora Casper, una mujer de aspecto afable que padecía alguna enfermedad neurodegenerativa. Para entonces, Felix ya había tenido ocasión de comprobar la facilidad y la delicadeza con que aquellos cilindros podían poner fin a una vida. Compraba uno cada cierto tiempo solo para asegurarse de que el sistema funcionaba correctamente. Algún día lo necesitaría y lo tendría allí. Más pronto que tarde, esperaba. Aunque no antes que Mabel, por supuesto, porque en aquellos tiempos de bichoncitos y perritos de aguas nadie quería adoptar a una mestiza vieja y desaliñada que disfrutaba rebozándose la cara en caquitas de zorro. Pero, cuando Mabel se fuera, entonces le tocaría a él.

La noche anterior le había dado cordero con verduras para cenar, así que más le valía no repetir carne roja esa noche. Una delicia de atún, quizá, o un paté de pollo. Estiró el brazo para poder leer los ingredientes del paté y le

decepcionó comprobar que contenía solo un siete por ciento de producto cárnico. «Producto cárnico». Con esa terminología, no le habría extrañado que parte de ese siete por ciento ni siquiera fuera pollo. Pensó en lo poco que debía parecerse al pollo aquel «producto cárnico» para que sus fabricantes lo llamaran así en vez de especificarlo claramente en la etiqueta.

Mabel empezó a darle golpecitos con el hocico en la pantorrilla.

—Vale, vale —dijo él vaciando la delicia de atún en el cuenco y colocándolo sobre el mantelillo de plástico que impedía que se vertiera nada al suelo.

Cuando consiguió erguirse con el debido respeto a su cadera y volvió a mirar al suelo, Mabel ya se había zampado la delicia de atún y lo miraba expectante desde abajo. Felix la ignoró y subió despacio al dormitorio que compartían para guardar la gabardina azul marino. Sería la última vez que se la pusiera ese año, a menos que llegara de pronto una ola de frío.

Estuvo un rato plantado delante del armario, con las puertas abiertas, examinando con pragmatismo su guardarropa. Hacía tiempo que no lo renovaba: se había comprado el último paquete de tres calzoncillos hacía un año y con los calcetines que tenía aguantaría hasta el fin de sus días. ¡Qué sensación tan extraña la de saber que sus calcetines lo sobrevivirían! Aunque ya le había pasado con otras cosas, claro: la última casa, el último coche… Se preguntó si sería capaz de valorarlo con elegancia, lo bajo que caería. ¿La última lata de espuma de afeitar? ¿El último frasco de mermelada? A veces pensaba si su último pensamiento antes de morir sería que el cuarto de litro de leche que dejaba en la nevera se iba a poner malo.

Disponía de tres trajes: uno de mezclilla, uno de raya diplomática azul marino y otro negro; cinco camisas: cuatro blancas y una muy triste de cuadritos que supuestamente era para actividades al aire libre, aunque él solo se la ponía en el jardín; dos pantalones de vestir: uno gris y otro marrón; tres corbatas y tres pares de zapatos, a saber: unos de vestir marrones, unos fúnebres de resplandeciente color negro y unos mocasines que no sabía bien por qué había comprado y que no se ponía jamás porque detestaba los mocasines de cualquier tipo.

Colgó la gabardina azul marino de la barra, al lado de una cazadora beis.

Felix estaba en paz con casi todo su guardarropa, pero la cazadora beis aún lo perturbaba. La había comprado Margaret en Marks & Spencer hacía años y, aunque no le había dicho nada, lo había horrorizado. Tampoco es que él fuera muy atrevido, pero en su vida se le habría ocurrido ponerse algo tan serio, algo tan de señor mayor. Llevaba decenios viendo a señores mayores con cazadoras como aquella, a menudo con boina y bastón a juego. Creía recordar que su padre tenía una igual y posiblemente su abuelo también. Que Margaret, por lo visto, lo hubiera considerado un atuendo apropiado para él a los sesenta y cuatro años le había dolido un poco.

¡Lo malo era que ahora se la ponía muchísimo! Era calentita, pero no daba calor. Se podía lavar a máquina, se secaba en un pispás y quedaba como nueva. Además, le iba bien con todo lo que tenía y, de alguna manera, conseguía que lo elegante pareciera informal y lo informal más elegante. Por principios, llevaba diez años buscando algo más adecuado con lo que reemplazarla cuando por fin se estropeara, pero ¡no se estropeaba nunca!, y él era demasiado de su generación para pensar siquiera en deshacerse de ella cuando seguía estando en perfecto estado, aunque sufriera una crisis existencial cada vez que se la ponía.

Cerró la puerta del armario y bajó al salón a ver el *Cifras y letras* grabado de esa tarde.

Mabel ladró para comunicarle que necesitaba ayuda para subirse al sofá. Margaret nunca la había dejado subirse al sofá, pero, tras su muerte, Felix se había dicho: «¿Por qué no?». Con un chasquido de huesos, se levantó a ponerla en el cojín de al lado, pero antes de que le diera tiempo a agacharse ella se plantó de un salto en el sofá y se instaló rápidamente en el sitio calentito que su dueño había dejado.

—¡Fuera de ahí, Mabel! —le ordenó muy serio, pero la perra lo ignoró —. ¡Venga! —la instó con un empujoncito—. ¡A tu sitio!

Mabel se hizo la muerta en todos los sentidos, salvo por el ojo que estaba poniendo en blanco, y Felix suspiró. Por eso Margaret no la dejaba subirse al sofá. Una cosa más en la que su mujer tenía razón. Mabel era una perra muy tozuda y jamás se rendía en aquella batalla en particular. Lo único que le impedía alzarse vencedora siempre era el hecho de que su dueño estaba capacitado físicamente para cogerla en brazos y trasladarla.

Sospechaba que, si Mabel hubiera tenido esa misma capacidad, en esos momentos él estaría viendo el programa desde el jardín, con la nariz pegada a la ventana del salón.

La dejó donde estaba y, en vez de ver la tele, fue a la cocina a terminar el puzle. Como siempre se había creído bueno haciendo puzles, se había lanzado a por uno dificilísimo de dos mil piezas: un paisaje nevado con renos titulado *Páramo helado*. Y había sido un desastre. Los renos no habían supuesto problema y los tenía casi enteros; la nieve, en cambio, sí. Había conseguido completar las cuatro esquinas y casi todos los bordes, además de varios trozos de nieve blanca o cielo azul que le habían encajado más por suerte que por criterio, pero la práctica totalidad de la nieve y de la hierba amarilla estropajosa seguían en la caja, en una tentadora tundra. Llevaba con el puzle cerca de seis meses ya y rara vez encajaba más de un par de piezas al día. Había apuntado demasiado alto, pero le fastidiaba rendirse.

Cogió un trozo de mata. Aunque era idéntica a otro centenar de ellas, sabía que se trataba de la misma con la que llevaba semanas obsesionado. Había explorado minuciosamente todas sus posibilidades, se había inclinado sobre la imagen de la caja con una lupa para hacer coincidir hasta el detalle más minúsculo, la hierba pelona y seca, la nieve blanca y lisa de la base, y sin embargo aquella mata parecía de otro puzle. Aun con todo, pasó quince minutos dándole vueltas antes de dejarla a un lado para el día siguiente y de coger alguna otra del montón del cielo, azul claro, sin nada distintivo, con tres huecos y una punta. Desconocía el término correcto para los huecos y las puntas, si es que lo había, pero él los llamaba así: huecos y puntas. Claro que daba igual, porque estaban todos donde no tocaba y el tono de azul tampoco coincidía del todo.

En la caja ponía que era un puzle para mayores de ocho años. Resopló al verlo.

Sonó el teléfono y Felix chascó la lengua y miró ceñudo el reloj. Eran más de las nueve, así que solo podía ser Geoffrey. Incluso antes de las nueve, rara vez lo llamaba nadie, salvo comerciales, que ahora solían ser máquinas. Casi echaba de menos los viejos tiempos en que podías colgarle a una persona de carne y hueso.

—¿Rob…? —dijo Geoffrey—. ¡Chris lo deja!

—Eso me ha dicho.

—¡Qué mal! No podemos permitirnos perder gente. Hay mucho que hacer.

—Ah, ¿sí? —dijo Felix algo sorprendido.

—Desde luego. Estamos desbordados.

—¿Desbordados?

—Ya te digo —confirmó Geoffrey—. Recibimos veinte llamadas a la semana.

Le extrañó que Geoffrey se considerara «desbordado» con una cifra tan baja, sobre todo sabiendo que no todos esos clientes serían aptos. La labor de los exiteros consistía en acompañar a los enfermos terminales a los que el dolor les hacía la vida insoportable. Geoffrey le había dicho hacía tiempo que lo suyo no era facilitarle la tarea a cualquiera que estuviera «un poco harto de todo».

A Felix lo desanimaba que hubiera tan poca demanda de sus servicios, pero tampoco es que se anunciaran en las páginas amarillas. La suya era una labor discreta a la que se accedía solo mediante un cauto boca a boca. Funcionaba gracias al instinto, la confianza y el secretismo, y que solo recibieran veinte llamadas a la semana debía de significar que había una demanda mucho mayor.

Así que atemperó su desánimo y preguntó:

—¿Y cuántos exiteros somos?

—Siete —contestó el otro—. Ahora seis.

Aquello sí que lo dejó pasmado. No tenía ni idea de que fueran tan pocos. Nunca había dado importancia a las cifras; pero, si le hubieran pedido que adivinara cuántos eran, habría dicho que al menos un centenar de personas con un mismo propósito repartidas por todo el país. Claro que habría errado estrepitosamente. Por alguna razón, se había creído siempre una pequeña parte de una red mucho mayor. Una pieza del engranaje de una gran máquina. No un acorazado ni un caza, claro, pero sí una locomotora de vapor, quizá, o un reloj de campanario. Resultaba bastante decepcionante descubrir que más bien era un muelle de una tostadora.

Además, le fastidiaba un poco que Geoffrey lo llamara Rob si solo tenía que recordar el nombre de siete valiosos soldados de primera línea.

Ahora seis.

Pero entonces cayó en que, aunque Geoffrey recordara su nombre, sería John, que tampoco era el de verdad, así que se ofendió y lo perdonó en cuestión de segundos. Eso se le daba bien. La vida le había dado tantos disgustos grandes que le resultaba mucho más fácil perdonar los pequeños.

—Te sorprendería saber lo complicado que es encontrar voluntarios nuevos —dijo Geoffrey suspirando—. Muchísima gente respalda lo que hacemos, pero muy pocos quieren hacerlo. Y muchos de los que sí quieren hacerlo no son… aptos.

—Supongo —contestó Felix.

—Ya te digo —espetó el otro—. Hay que andarse con muchísimo cuidado.

—Por supuesto. Entonces, ¿quién va a trabajar conmigo ahora?

Los exiteros siempre iban en pareja, según Geoffrey, para ofrecerse apoyo moral, pero Felix, que aún tenía mentalidad de contable, imaginaba que era para que nadie robara nada. Él había trabajado casi siempre con Chris. Solo en su primer caso lo habían emparejado con una alegre mujer de mediana edad que se llamaba Wendy y que, por lo visto, había muerto poco después. Se había atragantado con un caramelo durante una clase de yoga, le había dicho Geoffrey, y a Felix le había parecido tan raro que debía de ser cierto.

—Lo arreglo y te digo algo.

—Gracias, Geoffrey.

—Buenas noches, John.

Felix colgó y gritó hacia el salón:

—¡Al jardín, Mabel!

La esposa y madre entregada

Siempre que iba a ver a su mujer y a su hijo, Felix se ponía su mejor traje, el de raya diplomática azul marino, con una camisa blanca y la corbata de rayas diagonales azules y verdes que Margaret le había regalado la última vez que se había acordado de comprarle algo en Navidad.

«Para cuando vayas de tiros largos», le había dicho, algo que ya no se decía, como casi ninguna de las expresiones de antes. En las nuevas todo eran palabrotas.

Hacía una mañana de abril maravillosa, soleada pero no asfixiante, y soplaba una brisa suave. Felix había comprado flores en la tienda de la esquina. Eran tulipanes amarillos medio decentes, pero se los habían envuelto en capas de plástico y papel marrón, cuando habría bastado con un cordel de cáñamo para sujetarlas.

Abrió el maletero del coche, sacó el termo y la silla de pícnic plegada y subió cansino el monte.

Margaret y Jamie estaban enterrados el uno al lado del otro en la ladera desde la que se veía el pueblo entero y, más allá, el estuario. Era un sitio precioso. Felix había pagado la parcela doble original, situada junto al roble, hacía muchos años, pero cuando había muerto su hijo lo habían enterrado allí y Felix había negociado la adquisición de una tercera parcela junto a las otras dos. El anterior propietario había detectado que detrás de aquella extraña petición se escondía una verdadera necesidad, mientras que lo suyo era solo una cuestión práctica, así que había aprovechado para sacarle los cuartos de mala manera, pero a Felix le había dado igual porque tenía dinero de sobra y le quedaba poco en que gastarlo. Ahora lo consolaba saber que, cuando muriera, ocuparía de nuevo su sitio al lado de su mujer y su hijo.

Se quedó al pie de las tumbas mientras un mirlo presumía en un seto cercano.

—Hola, Margaret —susurró.

El mirlo replicó con un gorjeo alegre y prolongado, pero la lápida de Margaret solo rezaba:

ESPOSA Y MADRE ENTREGADA

Se arrepentía de haber elegido aquella inscripción. La había visto en innumerables necrológicas y, en un momento de indecisión, le había parecido socorrida, pero cada vez le sonaba más como si Margaret no hubiera sido otra cosa que madre y esposa, y eso no era así en absoluto, aunque hubiera tenido que morir para que Felix entendiera que era el sol y que Jamie y él no eran más que dos planetas pequeños de su órbita a los que sostenía su gravedad, iluminaba su luz y alimentaba su calor.

A Margaret la había adorado todo el mundo. Adoraban su bondad, su sabiduría y su sentido del humor, y por eso se habían dignado a apreciarlo a él también, porque estaba con ella. Pero, cuando ella había empezado a dejarlo, sus amigos se habían ido también y Felix se había quedado completamente a solas con Margaret, luego completamente a solas sin ella y, tras su fallecimiento, estaba ya tan agotado que no podía ni pensar. Su muerte lenta había sido como una apisonadora que lo perseguía mientras él avanzaba tambaleándose de un bordillo a otro, procurando huir de lo inevitable. A veces tenía la sensación de haber muerto con ella, porque apenas era ya una sombra de sí mismo y aguantaba lacio como un visillo fino sobre una ventana cerrada.

«SIN TI NO SOY NADA», debería decir la inscripción.

Al menos, con Jamie habían acertado.

DEJÓ DEMASIADO PRONTO
A LOS QUE TANTO LO QUERÍAN

El «tanto» había sido idea de Margaret. Felix jamás lo había visto en una lápida y le parecía un poco ostentoso. Lo habían discutido. Se habían peleado por ello, de hecho. Pensándolo bien, había sido la única discusión de verdad que Margaret y él habían tenido en su vida. La única vez que ella se había enfadado en serio por algo. Pero ahora, cada vez que veía las palabras, sabía que ella estaba en lo cierto, que aquel «tanto» no solo era esencial, sino, en realidad, la palabra más importante de toda la lápida, y que él había sido un idiota redomado por pensar o decir lo contrario.

Margaret siempre había tenido razón en todo. Eso era algo que Felix iba aprendiendo con el paso de los días. Cuando se sentía atascado o confundido, se preguntaba: «¿Qué haría Margaret?», y la respuesta le venía como si ella estuviera allí mismo, susurrándoselo al oído. La Margaret joven y sensata, claro, no la Margaret vieja y triste que había perdido el juicio y la memoria y lo agarraba fuerte del brazo y le decía: «¡Prométemelo! ¡Prométeme que cuidarás de Jamie!», y él solo podía contestarle: «Te lo prometo», porque ella no recordaba que el hijo de ambos ya había muerto.

Tiró al seto los claveles de la semana anterior, lavó y rellenó el jarrón de plástico con agua de la botella que llevaba y dispuso en él los tulipanes nuevos. Dobló el envoltorio hasta formar un cuadrado y lo metió debajo de una piedra para que no se volara. Se lo llevaría a casa. Lo reciclaría. En contenedores distintos, por supuesto. Ambos tremendamente aparatosos, ambos de plástico. Y luego vendría un camión eructando humos de combustión de diésel y pondría su granito de arena por salvar el planeta.

Abrió la silla plegable y se sentó.

El cementerio rebosaba vida nueva. Las copas de los árboles susurraban sus canciones y los animalitos y las aves correteaban por la loma mientras absolutamente todos los gorriones y herrerillos parecían trasladar alguna brizna de hierba o alguna pluma suave. Un abejorro pasó zumbando con pesadez, como si no llevara puesta la marcha correcta, y el mirlo volvió a salir brincando del seto para enseñarle un pedacito de hilo de rafia naranja de alguna empacadora.

Felix sonrió y cerró los ojos. Aquel sitio lo sosegaba y lo recomponía, le daba fuerzas para seguir adelante. Confiaba en que algún día le diera

fuerzas para rendirse.

Graznaban las gaviotas en el cielo. De inmediato pensó en un día de pesca con Jamie, en ver a su hijo enroscar una tira de caballa en el anzuelo, tan asustado que se pinchaba los tiernos deditos… «¡¡Sé hacerlo yo!! ¡¡Déjame solo!!» Felix reía por lo bajo. No pescaban nada, claro. ¿Qué iban a pescar? Jamie estaba tan emocionado que recogía el sedal cada diez minutos para comprobar si habían picado. Hasta el más suicida de los peces se habría dado por vencido.

Se esfumó su sonrisa. Era difícil no pasar de aquellos recuerdos a otros más duros, del niño al joven cuya muerte lenta había hundido la frágil balsa a la que se habían aferrado todos durante dos angustiosos años, a la deriva en un mar de falsas esperanzas y tópicos de unos médicos que, aun haciendo todo lo posible, nunca hacían suficiente. Todos lo sabían, pero jamás lo dijeron en voz alta. En cambio, charlaban y jugaban a la canasta en la cama de hospital de Jamie o pasaban las horas sentados en silencio mientras él dormía y mermaba con cada exhalación hasta convertirse en un bultito menudo bajo la manta.

En su habitación siempre se mostraban optimistas.

Se guardaban la rabia para el aparcamiento.

Poco se hablaba del despiadado aparcamiento al que había que recurrir cuando se tenía a un ser querido hospitalizado por enfermedad crónica. Dos veces al día, todos los días, en un bloque distópico de hormigón de varias plantas que olía a orina y a esmog. La búsqueda constante de suelto para la máquina de tiques. La larga cola en la barrera. Olvidarte de dónde habías dejado el coche. ¿En esa fila? ¿En esa planta? ¿En ese aparcamiento? La única vez que Margaret se había derrumbado durante toda aquella larga pesadilla había sido un día que no encontraban el coche. Al final, doblada sobre el capó de otro automóvil, había llorado sin consuelo mientras él se quedaba plantado a su lado, frotándole la espalda inútilmente y asiendo con fuerza las llaves del vehículo desaparecido.

En el funeral, a Felix le habían dado ganas de soltarle un puñetazo al párroco. Dios no cuidaba de ellos. Solo ellos se cuidaban unos a otros. Margaret y él habían cuidado de Jamie, Félix había cuidado de Margaret

cuando ya no podía cuidarse sola y ahora ya no tenía a quién cuidar, salvo a Mabel. Y a él no lo cuidaba nadie.

La novata

La nueva exitera se llamaba Amanda.

Estaba sentada en la terraza de una pequeña cafetería de la plaza de Bideford, cerca de donde Felix se bajaba del autobús. Hacía un día algo fresco pero alegre y luminoso, perfecto para la cazadora beis, de hecho. Se presentó y Amanda le estrechó la mano. Como ella acababa de pedirse un chocolate caliente, él pidió un té.

Era jovencísima y Felix se preguntó de dónde la habrían sacado. A él lo había reclutado una mujer mayor de la funeraria que se había encargado de Margaret. Elspeth, se llamaba, según la plaquita negra en la que llevaba el nombre. Pelo cano, ojos azules, boca amable. «Lamento que la pobre haya sufrido tanto», le había dicho, y Felix, señalando con la cabeza el cadáver marchito de su esposa, había contestado: «La muerte ha sido un alivio para los dos». No recordaba bien cómo habían empezado a hablar de la muerte de Margaret y terminado hablando de los exiteros; solo recordaba que, cuando eso había ocurrido, él no se había alterado. Elspeth había mencionado a un grupo de personas que respaldaban el derecho del individuo a morir, le había dado su tarjeta y le había pedido que se lo pensara.

Felix se lo había pensado durante seis meses porque no era de los que se lanzan a lo que sea sin valorarlo y requetevalorarlo… y después incluso encargar un informe de riesgos. La cautela era algo tan intrínseco a su ser como Margaret, Jamie o el sándwich de mermelada. Y al final había llamado a Elspeth. «Me gustaría ser exitero», le había dicho, sintiéndose como si se presentara al puesto de Batman. Pero Elspeth no se había reído. Le había dicho dónde podían encontrarse y, después de una merienda muy civilizada en Banbury’s, ella había aprobado su candidatura. Nunca había

sabido en qué estándar psicológico oficial se habían basado, pero parecía una mujer muy inteligente y él se había fiado de su buen criterio.

Confiaba en que alguien como Elspeth hubiera estudiado detenidamente la candidatura de Amanda; pero, en serio, tendrían que haberlo advertido de lo jovencísima que era.

—¿Has hecho esto antes? —le preguntó él en cuanto se fue la camarera.

—No —contestó Amanda—. ¿Y tú?

Asintió con la cabeza.

—Muchas veces.

—¿Cuántas? Veces, quiero decir. ¿Cuántas veces?

Estaba nerviosa. También él estaba nervioso antes de su primera vez.

—Veintisiete.

—¡Son un montón! —afirmó ella espantada.

Lo dijo como si Felix fuera un asesino en serie y debió de darse cuenta, porque se ruborizó y eso la hizo parecer aún más joven. Tendría unos veinticinco años, calculaba, contando con que a él, desde la perspectiva de sus setenta y cinco, los jóvenes le parecían muchísimo más jóvenes.

—Con el tiempo es más fácil —le dijo Felix—. Claro que nunca es agradable. —Amanda asintió, mirando el vaso alto de su chocolate, que se le estaba quedando frío. Casi toda la nata se había hundido ya en el líquido fangoso—. ¿Cuántos años tienes, si no te importa que te pregunte?

—Veintitrés —respondió ella, y añadió angustiada—: ¿Pasa algo?

—No, no, nada —dijo él, aunque en el fondo fuera aún peor de lo que había pensado—. Tú solo acuérdate de que el nuestro es un papel pasivo, no activo. Lo más importante que podemos ofrecer a nuestros clientes es ternura y serenidad. Les proporcionamos el apoyo necesario para que abandonen este mundo sin miedo ni dolor. De ese modo, hacemos lo que está en nuestra mano.

La joven asintió y preguntó preocupada:

—¿Y si me da un ataque de pánico?

Felix la examinó. Tenía unas cejas rectas y oscuras que la hacían parecer sensata, así que, basándose únicamente en sus cejas, le contestó:

—No te va a dar.

—¿Y si me… emociono? ¿Si me echo a llorar?

—¿Cabe la posibilidad?

Ella lo miró extrañada, pero su frente era aún tan nueva que las arrugas que se formaron en ella apenas se marcaron ni duraron.

—Cabría si me pongo triste.

—Bueno, no pasa nada por ponerse triste —le dijo Felix—, pero desaconsejo rotundamente cualquier muestra visible de emoción en presencia del cliente.

—¿Como qué?

—Mesarse los cabellos… Rasgarse las vestiduras…

Le sorprendió que pillara la broma. Cuando reía, se le iluminaba la cara entera y no parecía mayor de veinte.

Esperaba sinceramente que Geoffrey supiera lo que estaba haciendo.

—¿Por qué… haces esto? —quiso saber ella.

Felix levantó la tapa de la tetera y echó un vistazo al té. Lo removió un poco y volvió a taparla.

—Creo que todo el mundo tiene sus motivos.

—Mi abuelita murió de cáncer —terció ella como si él le hubiera preguntado—. Primero de un tipo, luego de otro y después de otro. Tardó dos años y los últimos meses fueron, no sé…, ¡horrorosos! —Guardó silencio y contempló a la gente que pasaba, atareada, de compras, charlando, paseando al perro…—. Ojalá hubiera conocido esto entonces.

Soltó la cucharilla dentro del chocolate con un tintineo sordo y Felix supo que no se lo iba a terminar.

Asintió. Aquello mejoraba su impresión de ella.

—¿Vamos? —preguntó.

Insistió en pagar él y dejó una propina en su platillo. Del veinte por ciento. Margaret siempre dejaba propinas exageradas y a él le fastidiaba mucho, pero ahora lo hacía en homenaje a ella y disfrutaba de aquel pequeño dispendio.

—Vale —contestó Amanda, y de pronto volvió a parecerle mayor.

Cuando fue a coger el bolso, que tenía colgado del respaldo de la silla, Felix observó que le temblaba la mano.

—Lo vas a hacer bien —le dijo amable.

Ella esbozó una sonrisa pequeña, tensa y fugaz.

La llave estaba debajo del felpudo, como era de esperar.

A veces Felix pensaba en la vida que podría llevar si fuera ladrón en vez de un contable jubilado.

Dentro, un perrito negro y marrón les soltó unos ladridos agudos y luego paró y olisqueó el rastro de Mabel en la pernera del pantalón de Felix.

—Buen chico —le dijo. El perro meneó el rabo y entró en el salón.

—Esto me da muy mal rollo —susurró Amanda mirando nerviosa alrededor.

Felix asintió con la cabeza. Meterse en casa de un desconocido siempre producía esa sensación, aunque a él no le desagradaba la emoción del riesgo.

Había fotos en la pared de la escalera. Antiguas, en blanco y negro. Siempre lo entristecía ver fotografías de personas a las que no conocía y preguntarse adónde iban a parar las imágenes (y la gente) cuando se las olvidaba.

La casa no olía a frascos de pastillas, pero estaba hecha un asco. Sucia no, desordenada. Había un calcetín de hombre en el suelo.

—¿Hola?

El perro soltó un ladridito, pero no hubo respuesta humana.

Se acercaron al pie de la escalera y Felix oyó enseguida una respiración trabajosa, como si un corredor de maratones intentara succionar aire por una pajita. Los moribundos hacían toda clase de ruidos (gruñidos, pedos, gemidos…), pero el de la falta de aire era el que más impresionaba a Felix, el que inundaba sus sueños y lo despertaba envuelto en sudor y sin resuello. Pocas veces había oído a alguien respirar tan mal.

—¿Señor Cann?

Nada. Solo el terrible jadeo.

Miró a Amanda, que se había puesto pálida.

—Creo… —dijo ella—. Creo que… no voy a poder hacer esto.

—Pues claro que sí —replicó Felix—. Ya verás —le dijo con una sonrisa tranquilizadora y, agarrándose a la barandilla, inició el ascenso sin darle ocasión a discutírselo. Aunque no miró atrás, notó que ella lo seguía.

La penumbra aumentó según subían y, al alzar la vista por encima del descansillo, Felix entendió por qué. Solo se abría una puerta al descansillo, la del dormitorio del fondo, al final de la escalera, y hasta tenía las cortinas corridas.

Nada más subir el último escalón, Felix vio al enfermo en la cama.

Entró con sigilo en el cuarto.

—Hola…, ¿señor Cann?

El moribundo tenía mal aspecto. Estaba recostado sobre las almohadas, con los ojos cerrados, la frente fruncida y los dientes apretados del esfuerzo de aguantar vivo lo justo para poder morir.

—¿Señor Cann?

No dio muestras de acusar su presencia. Felix se acercó un poco y vio que, a pesar de sus dificultades respiratorias, Charles Cann estaba dormido. Cualquiera que fuese la enfermedad que lo aquejaba había envuelto en un halo de misterio su verdadera edad: igual podía haber sido cincuentón que octogenario. Tenía el rostro apergaminado, el pelo gris y alborotado, el cuerpo delgadísimo, grandes ojeras y, aun a la escasa luz, Felix pudo distinguir el tono azulado de su piel y de sus labios, signo de la falta de oxígeno. Daba la impresión de que estuviera asfixiándose lentamente en su propia cama.

Felix echo un vistazo a la mesilla, grande y anticuada. No estaba repleta de pastillas, pañuelos y libros, como de costumbre, sino que había una cajetilla de tabaco con una foto de unos pulmones negros como el carbón y la frase: «NADIE CREE QUE VAYA A SER EL SIGUIENTE».

El cilindro de acero pulido de óxido nitroso ocupaba un lugar de honor.

Bien.

Y sujeto por un pequeño reloj de mesa dorado había un impreso: la carta estándar de descargo.

Yo, Charles Cann…,

Felix se sabía el resto de memoria.

> … en plenas facultades mentales, pero víctima de un deterioro terminal de mis facultades físicas, declaro, por el presente documento, mi intención de quitarme la vida con el fin de evitarme una muerte dolorosa e indigna, como establece la legislación británica. Declaro también que, para aliviar de esa carga a mis seres queridos, he contratado los servicios de unos exiteros, que, aunque serán testigos de mi fallecimiento, se comprometen solemnemente a no favorecerla ni alentarla en modo alguno ni facilitarme el arma homicida, dado que todo ello sería ilegal. He otorgado permiso a los exiteros presentes en mi domicilio para que retiren todas las pruebas de mi suicidio y ahorren así a mi familia el trauma de la decisión que estoy tomando al firmar esta carta de descargo. En el caso improbable de que se llevara a cabo una investigación oficial de mi muerte, por la presente absuelvo de toda culpa a los exiteros.

La firma era un garabato ilegible, frágil.

—¿Charles? —dijo Felix con delicadeza—. ¿Señor Cann? —Luego lo dijo más fuerte y el hombre abrió los ojos, grogui, y levantó sin fuerzas una mano—. Señor Cann, somos los exiteros. Yo soy John y esta es Amanda. —La joven, que estaba a los pies de la cama, levantó una mano a modo de discreto saludo al enfermo, que se lo devolvió como pudo. La miró extrañado y abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida, al parecer agotado por el esfuerzo—. No hable si le cuesta —añadió Felix—. Hemos venido solo a hacerle compañía.

Había un silloncito junto a la mesilla y un taburete de aspecto incómodo apoyado en la puerta para que no se cerrara. Felix hizo una seña a Amanda para que se sentara, cogió la carta de descargo y se la guardó en el maletín. También había un sobre en el que ponía «TESTAMENTO» con la misma letra destartalada. Sin abrirlo, lo guardó con el impreso firmado y cerró el maletín.

—Hecho —dijo—. Ahora ya no hay prisa, ¿de acuerdo? Tómese su tiempo.

Dejó el maletín a los pies de la cama y se encaramó al taburete. Era tan incómodo como parecía, pero le daba el pálpito de que aquello no iba a durar mucho. Charles Cann tenía pinta de estar a punto de irse, con ellos o sin ellos. Dejó caer sus párpados azulados; luego tosió, abrió los ojos y exploró la estancia como si buscara algo importante.

Se tapó la nariz y la boca con la mano y susurró:

—Por fav…

Quería la mascarilla.

Felix se volvió hacia la mesilla y frunció el ceño. No veía la mascarilla. El enfermo tendría que haberla llevado puesta o tenerla en la mano antes de que ellos llegaran. Geoffrey siempre se lo explicaba detenidamente a los clientes, pero Felix no veía la mascarilla por ninguna parte. Miró el cilindro de óxido nitroso y siguió el tubo de plástico transparente desde la válvula y por la superficie de nogal de la mesilla. Entonces le dio un vuelco: al señor Cann se le había caído la mascarilla. Cuando Felix se inclinó a un lado, la vio colgando entre la cama y la mesilla, retorciéndose un poquito a unos centímetros de la moqueta. Fuera de su alcance.

—Por fav… —gruñó el señor Cann. Y lo repitió con un hilo de voz, como si la palabra saliera a presión de su garganta falta de aire—. ¡Por fav…!

Amanda miró a Felix, pero él negó con la cabeza. No podían hacer nada. Nada legal, por lo menos. Ella se ruborizó y se mordió el labio. Felix entrelazó los dedos en el regazo, incómodo.

La mano pálida y venosa del señor Cann dio unas palmadas en la colcha buscando a tientas la mascarilla que tendría que haber estado allí. Su respiración era ya un aullido. Torció la cabeza y el pecho empezó a subirle y bajarle de manera desproporcionada para la cantidad de aire que le llegaba a los pulmones. Era horrible verlo y Felix deseó con todas sus fuerzas que el primer encargo de Amanda no se hubiera complicado tanto.

A lo mejor no volvía.

«No siempre es así», le dieron ganas de decirle, pero tendría que esperar. Primero debían pasar aquel mal trago. Los tres.

El señor Cann miró a Amanda y luego a Felix, como preguntándose por qué no lo ayudaban. Felix apretó los dientes. Estaba allí para ayudar a aquel

hombre, el hombre necesitaba su ayuda, pero no podía ayudarlo. En eso no. Eso tenía que hacerlo él solo.

Y Cann lo intentaba, con todas sus fuerzas: gruñía, se esforzaba, jadeaba, alargaba la mano al máximo y se derrumbaba de nuevo sobre la almohada, como agotado. Entonces hizo un último esfuerzo y sus dedos desesperados atraparon el tubo y, al tirar de él, volcó con un cataplof el cilindro de gas, que rodó por la brillante superficie de madera. Demostrando unos reflejos propios de su juventud, Amanda lo cogió antes de que tocara el suelo y lo levantó, con la mascarilla colgando por debajo…

—¡¡No!! —le gritó Felix, levantándose enseguida del taburete, y ella se estremeció.

—¿Qué pasa?

Pero ya era demasiado tarde y Felix reprimió la advertencia. Cann había atrapado la mascarilla cuando colgaba encima de él, se la había pegado fuerte a la cara y succionaba el gas con avaricia, como si fuera a salvarle la vida en lugar de quitársela.

La respiración agonizante cesó casi de inmediato. Cerró los ojos. Un estertor.

—¿Qué pasa? —repitió Amanda, de pronto aterrada.

Felix se llevó un dedo a los labios para hacerla callar. El oído era el último sentido que se perdía y no quería que Charles Cann muriera oyéndolos discutir.

—No pasa nada —susurró sereno—. Todo va bien. Todo va de maravilla.

La mano de Cann se retorció un par de veces en la mascarilla, aflojó un poco y, al cabo de un momento, cayó inerte sobre su pecho, con los dedos doblados como los de un bebé dormido. Felix y Amanda se plantaron a ambos lados de la cama, esperando, en cómplice silencio, un último aliento.

No llegó.

El perro rascándose en la planta baja se convirtió de pronto en el ruido más fuerte de la casa.

Despacio, Felix se inclinó a tomarle el pulso en el cuello a Charles Cann. La piel estaba caliente, pero la arteria ni se inmutaba bajo sus dedos.

—¿Está muerto? —susurró Amanda y, cuando Felix asintió afirmativamente, la joven se echó a llorar.

A él le sorprendió, pero no dijo nada. ¿Qué iba a decir? Ya pararía. Y luego cogerían el autobús colina abajo hasta Bideford, se tomarían otro té u otro chocolate caliente y hablarían de que la vida sigue y ella le diría que se encontraba mejor, aunque no lograra convencerlo del todo.

Abrió el maletín, guardó imperturbable el cilindro y la mascarilla junto a su sándwich y volvió a cerrarlo con un clic, aliviado de que al final todo hubiera ocurrido tan rápido, por el bien del señor Cann. Se irguió y se aclaró la garganta. «Hora de marcharnos», significaba aquel carraspeo. Pero Amanda no lo oía. Ni dejaba de llorar. «Berreaba con ganas», como solía decir Margaret cuando Jamie era pequeño. Le pasó su pañuelo de tela.

—¿Lo he hecho mal? —sollozó—. ¡Yo solo lo he cogido al vuelo y él lo ha agarrado y ahora se ha muerto y me siento fatal!

—No estamos aquí para proporcionar ningún tipo de ayuda física —contestó Felix con paciencia—. Solo para ofrecerles apoyo moral.

—¡Ya lo sé! ¡Pero es que él no llegaba! ¡Y quería cogerla! Porque no podía respirar…

—De eso se trata precisamente —dijo él con la esperanza de animarla un poco, pero solo consiguió hacerla llorar otra vez. Amanda quiso cogerle la mano al muerto, pero Felix la agarró del brazo con delicadeza—. Mejor no, ahora que ya se ha ido —añadió y ella asintió con la cabeza y entonces, para sorpresa de su compañero, se volvió y lo abrazó a él, enterrando la cabeza en su pecho y aplastándole los brazos a los lados.

—Lo siento mucho —se lamentó entre lágrimas—. Es que… A ver… No pensaba que fuera a ser tan… triste.

—Venga, venga —contestó él incómodo, sintiéndose como un padre victoriano asaltado por una manifestación pública de afecto no deseada. Le habría dado unas palmaditas en la espalda, pero tenía los brazos presos de los de ella.

Seguramente era preferible.

Amanda tardó lo suyo en dejar de llorar; luego se sonó la nariz, suspiró y lo miró.

—Lo siento —repitió.

—No pasa absolutamente nada —respondió él, aunque en el fondo no lo pensaba y confiaba en que no volviera a hacer algo así.

Hablaría con Geoffrey. A lo mejor podía buscarle un compañero que la reemplazara en futuras ocasiones. O por lo menos alguien mayor. Miró la hora en el reloj. Se tenían que ir ya.

—Nunca había visto morir a nadie de verdad. Ni siquiera a mi abuelita.

—Claro. La primera vez siempre es difícil.

Aunque la suya no lo había sido: una anciana tan debilitada que le costaba saber si ya había muerto. Cuando el otro exitero confirmó la defunción, Felix experimentó un extraño alivio. Fue tan distinto de ver morir a su mujer y a su hijo que lo primero que pensó fue que quería volver a verlo…, por constatar lo dulce que podía llegar a ser la muerte. Como si fuera a poder emborronar sus viejos recuerdos con unos nuevos.

Amanda se limpió los ojos y volvió a sonarse. Felix vio que se le había corrido el rímel y se miró la pechera. Llevaba una mancha oscura en la cazadora beis.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Ahora nos vamos —contestó él.

—¿Nos vamos y ya?

—Sí. Nos vamos a tomar un té calentito y a charlar un rato.

—¿Y su… familia?

—Cuando la familia llegue a casa, descubrirán que el señor Cann ha fallecido y llamarán a un médico. El óxido nitroso no se ve en los informes toxicológicos *post mortem*, con lo que el forense dictaminará una muerte por causas naturales. Su familia no se verá implicada en líos legales. La compañía de seguros pagará lo que corresponda y será como si nunca hubiéramos estado aquí.

Amanda miró al hombre desde arriba y asintió.

—Se le ve mejor ahora —comentó sorbiéndose los mocos.

Era cierto: su piel ya no tenía la coloración jaspeada y las arrugas de desesperación de la cara se habían relajado, con lo que parecía más cincuentón que octogenario.

—¿Lo dejamos así…, sin más?

Felix cabeceó afirmativamente. Entendía esa necesidad casi imperiosa de «arreglar» las cosas, de «dejarlas bonitas»: cerrarle los ojos, limpiarle las babas, colocarle las manos o los pies…

—Nosotros no recogemos —le explicó él—. Ya hemos hecho lo nuestro. Ahora vendrán otros a hacer lo suyo. —Amanda asintió de nuevo —. Lo has hecho muy bien —le dijo amable, aunque no fuera cierto, pero de eso hablarían luego.

—Gracias —contestó ella—. Tú también.

Era maja, pero debía entender que solo por tocar el cilindro de gas podía haberlos puesto en un compromiso, que aquello podía asemejar su trabajo de testigos de la muerte al de asistencia a la muerte, que era rigurosamente ilegal. Era un mero tecnicismo, sin duda, pero convenía que el error no se repitiera.

Abajo, el perro soltó un ladridito que rompió un silencio sombrío.

—Pues venga —dijo Felix en un tono que cualquier británico habría interpretado como «¡Vámonos!», y como Amanda era británica, salió del dormitorio y él extendió el brazo para guiarla escaleras abajo.

Se oyó un ruido.

Se detuvieron los dos y Amanda lo miró desde abajo.

—¿Qué ha sido eso?

Felix, que aún tenía la cabeza por encima del descansillo, echó un vistazo a la puerta abierta a su espalda. El señor Cann seguía como lo habían dejado: inmóvil.

—No sé. Voy a ver.

Había sido testigo de veintisiete muertes y el gas siempre había funcionado. Era invariablemente letal con una dosis mínima de la concentración empleada y Charles Cann se había anclado la mascarilla a la cara e inhalado profundamente al menos dos veces.

Aun con todo, volvió a la habitación y le tomó de nuevo el pulso en la garganta.

Seguía muerto.

¡ZAS!

Se estremecieron los dos y se volvieron a mirar hacia la puerta del extremo opuesto del descansillo.

—Hay alguien ahí —susurró Amanda.

Felix soltó el maletín y cruzó el descansillo en tres zancadas. Se quedó allí plantado un buen rato; después inspiró hondo y abrió la puerta de un empujón.

En el dormitorio principal, un anciano asomaba de una cama situada junto a la ventana e intentaba alcanzar un bastón que, por lo visto, se le había caído al suelo de madera. Apoyándose en un codo, se incorporó, lanzó una mirada asesina a Felix y gruñó:

—¡Ya era hora!

Felix se quedó pasmado.

Reparó en el rostro demacrado, cetrino, en el cuerpo frágil, en la mesilla repleta de pastillas…

Luego salió de allí dando marcha atrás y cerró la puerta enseguida.

Amanda estaba de pronto a su lado.

—¿Qué pasa? —dijo, pero Felix no podía hablar porque todas las palabras que se sabía le daban vueltas en la cabeza como bolas de bingo. Las que necesitaba cayeron por fin de sus labios, despacio.

—Hemos matado al hombre equivocado.

El hombre equivocado

—¿Qué?

Felix se aclaró la garganta.

—Que hemos matado al hombre equivocado.

—¿Qué? —repitió ella, y Felix iba a repetir lo suyo también, pero cayó en la cuenta de que podían tirarse allí todo el día diciéndose lo mismo el uno al otro sin llegar a entender lo que había ocurrido ni cómo.

Solo había una cosa clara: asistir accidentalmente a un hombre que había planeado morir proporcionándole un arma homicida podía ser un mero tecnicismo, pero hacérselo a un hombre que no había planeado morir era algo muy distinto.

—¿Al hombre equivocado? —dijo Amanda sin moverse—. ¿A qué te refier…?

—¡Chist! —terció él a la vez que echaba un vistazo a la puerta del dormitorio.

—Pero ¿cómo lo sabes? —susurró ella.

—Porque el hombre de ese cuarto nos estaba esperando —replicó Felix en un susurro furioso.

Amanda miró espantada la puerta cerrada y, volviéndose hacia el lado opuesto del descansillo, contempló el bulto inerte que había sido un ser humano vivo hasta hacía unos minutos.

—Pero ¿cómo…?

—No lo sé.

La joven clavó de nuevo la mirada en la puerta cerrada del dormitorio principal como si pudiera ver la calle a través de ella y de la pared.

—¡Mierda! —exclamó mientras el horror se apoderaba lentamente de su rostro.

Y entonces Felix lo oyó también: sirenas.

Puede que lo asaltara el pánico durante un instante aterrador e interminable.

Luego dijo:

—Te tienes que ir.

—¿Ir?

—Sí. ¡Te tienes que ir! —repitió con mayor urgencia—. Vete a casa y olvídate de todo esto.

—¿Q-qué? —tartamudeó—. Pero ¿y qué vas a hacer tú?

—Por mí no te preocupes. Yo me encargo de todo. —Felix ignoraba lo que podía significar «todo». Lo único que sabía con certeza era que Amanda tenía veintitrés años y toda la vida por delante, mientras que él ya era setentón y llevaba a las espaldas casi toda la suya. Por una simple cuestión de cifras, era absurdo que ella se implicara—. ¡Corre! —insistió, pero ella lo miraba pasmada, con la boca abierta y los ojos como platos.

Poniéndole una mano en la espalda, la empujó con firmeza por el descansillo y la obligó a bajar los primeros peldaños de la escalera. Ella se agarró a la barandilla y se volvió a mirarlo.

—Pero ¿y tú?

—Saldré de esta —contestó él—. Vete.

—Vale —dijo ella llorosa—. Gracias —añadió, bajó corriendo y salió por la puerta principal.

El perro, que había ido al recibidor a despedirla, levantó la vista hacia Felix para ver qué hacía él. Pero Felix no sabía qué hacer. Miró de nuevo el cadáver del hombre al que había creído Charles Cann y luego bajó despacio al salón y se sentó en el sofá.

Aquello era lo peor que le había pasado en la vida. Desechó el pensamiento en cuanto le vino a la cabeza, pero enseguida supo que era cierto. La muerte de Jamie había sido una tragedia, devastadora, ¡insoportable!, pero no había sido culpa suya. Aquello, en cambio, sí.

Aunque había sido Amanda la que le había pasado la mascarilla al hombre, la culpa era de Felix, por dar por supuesto que ella reaccionaría como habría hecho Chris. Pero era su primer trabajo, el hombre se estaba muriendo de mala manera y a la pobre le había dado un ataque de pánico. Pensándolo bien, estaba cantado que algo se iba a torcer. Tendría que haber

previsto el desastre, haberse hecho cargo, haberse sentado él a ese lado de la cama, haberle advertido con mayor insistencia, o lo que fuera, antes de que la cosa no tuviera remedio…

Una suerte de entumecimiento fue apoderándose de Felix Pink. Una desconexión misericordiosa. Su vida anterior había terminado y se iba a quedar allí esperando a que alguien le indicara cómo sería la nueva.

Se quitó el reloj. No tenía nada de especial (era un Sekonda de cuarzo que le habían regalado al jubilarse y que probablemente no valía más de una libra por cada año de su vida que había entregado a la compañía), pero tampoco había motivo para dejar que se lo arañaran con las esposas. Lo puso a buen recaudo en el bolsillo interior de la cazadora beis, que tenía dos, uno a cada lado, y eran muy prácticos; en el otro llevaba las gafas de leer.

Las sirenas se acercaban. No tardarían en llegar. Felix se preguntó cómo lo arrestarían, qué le dirían, qué contestaría él. ¿Irían armados? ¿Tendría que levantar las manos como un vaquero? Confiaba en que no lo hicieran tirarse al suelo para esposarlo; no sabía si podría volver a levantarse, por la cadera. Llevaba más de un año en lista de espera para quirófano y la cosa no había mejorado… Aunque suponía que los policías lo ayudarían a ponerse en pie si veían que le costaba, así que a lo mejor no debería preocuparle ese aspecto de su detención inminente.

Bramaron las sirenas.

Felix se enderezó la corbata con una mano temblona y se aclaró la garganta para poder hablar. Se frotó la mancha de rímel de la cazadora, pero no consiguió quitársela. Chasqueó la lengua y se preguntó si lograría limpiarla en algún momento. Sería paradójico que tuviera que tirar la cazadora ahora, de repente y sin haber localizado aún otra prenda decente con que reemplazarla. Claro que en el sitio al que iba no necesitaría la cazadora beis durante una buena temporada. Ni ninguna otra.

El perrito negro y marrón subió de un salto al sofá, a su lado, y ya sentado empezó a rascarse la oreja haciendo un ruido similar al de una bandera agitada por un viento fuerte. ¿Tendría pulgas? Felix se levantó de golpe, con la consiguiente punzada de dolor, y se sacudió enérgicamente los pantalones. No quería contagiarle las pulgas a Mabel.

Entonces lo asaltó un pensamiento.

«¡Mabel!»

¿Quién iba a sacar a Mabel si él no volvía a casa? Y peor aún, ¿quién le pondría la comida? Nadie sabía que él no estaba allí, que no iba a estar allí. Y, aunque lo supieran, nadie tenía llave. Para cuando se corriera la voz entre sus vecinos de que lo habían detenido, ¡Mabel ya podía haber muerto!

Las sirenas gruñeron y se extinguieron. Por la ventana vio las luces estroboscópicas de color azul enfilando la calle.

Venían a por él.

Pero no lo podían detener. Aún no. Al menos, hasta que se asegurara de que Mabel iba a estar bien.

Con un pinchazo en la cadera que lo obligó a inspirar fuerte entre dientes, recorrió la vivienda a toda prisa y salió por la puerta de servicio. El perrito negro y marrón escapó detrás de él, ladrando, emocionado de estar fuera.

—¡No! —le gritó—. ¡Vuelve adentro! —Cojeando, se acercó a la puerta y le hizo un gesto rotundo al animal, que andaba olisqueando unas latas de pintura oxidadas—. ¡Vamos, chico! ¡Ven aquí!

El perro plantó la pata en una vieja escalera de madera.

Felix oyó cerrarse de golpe las puertas de los vehículos. Cogió en brazos al animal, lo depositó sin ceremonias en el interior de la vivienda, cerró la puerta de servicio y cruzó lo más rápido que pudo el jardín, tan atestado de zarzas que hasta que no bordeó un viejo ciruelo que había al fondo no reparó en que estaba completamente cercado por una valla maciza de paneles de madera, plateada por los años, tan alta como él y sin cancela. Se agarró a la parte superior de los tablones, trepó con dificultad a una vieja silla de jardín y estudió los campos seguros que había al otro lado. Aun subido a la silla, la valla le quedaba a la altura de la axila. No conseguiría saltarla en la vida. Ni siquiera por Mabel.

Su intento de fuga había terminado.

Echó otro vistazo al jardín. Desde donde estaba, apenas veía la casa, con las zarzas y el ciruelo, que se inclinaba como un borracho hacia la puerta de servicio, pero entre sus ramas pudo distinguir el anorak reflectante de un policía que comprobaba la parte trasera de la vivienda. El agente no lo

había visto a él. Aún. Felix miró al cielo y dio gracias a Margaret por vestirlo de beis, aunque solo fuera a ganar unos segundos. En cuanto el policía se diera la vuelta y cruzara el jardín, no habría cazadora beis capaz de ocultar a un hombre hecho y derecho apoyado en una valla, y entonces lo atraparían.

Volviéndose hacia la valla, zarandeó las tablas como si pudiera tumbarla a fuerza de empujones o tirones. Y eso fue precisamente lo que pasó. Con el crujido típico de la madera podrida, un panel completo de casi dos metros cayó endeble sobre él como una manta grande de madera. Por un segundo, se convirtió atónito en lo único que sostenía la cerca. Luego depositó con sigilo el panel en el suelo y, cojeando, escapó por encima de él.

Al bajar del autobús en Barnstaple, Felix cayó de pronto en la cuenta de que, con todo el lío, se había dejado el maletín en el descansillo.

El marronazo

Calvin Bridge contempló el cadáver tendido en la cama y se preguntó por enésima vez por qué se había hecho policía.

Siempre lo había atraído la idea, eso de ser el bueno cuando todos los demás eran los malos, pero resulta que ser poli era algo más que eso. Había mucho papeleo de por medio. Y mucho madrugar y trasnochar. ¡Y pensar! Muchísimo pensar. Calvin no era tonto, pero pensar todo el rato en cosas (como delitos, por ejemplo) requería un esfuerzo mucho mayor de lo que él había imaginado. Y no es que fuera vago, ¡ni mucho menos! Corría ocho kilómetros tres veces por semana y, en una ocasión, hasta se había dejado convencer por su novia, Shirley, para vestirse de paisano y hacerse inspector. Calvin le había seguido el rollo porque eso de seguir el rollo a la gente se le daba bien y porque su uniforme era dificilísimo de planchar, pero, después de un solo caso horrible de homicidio, había dejado, aliviado, la labor de inspector. Y a Shirley.

No se arrepentía de ninguna de las dos cosas. En casa podía hacer lo que le diera la gana y en el trabajo era feliz encargándose de simples robos con allanamiento, alteraciones del orden público y hurtos, delitos que cometía casi siempre la misma decena de borrachos y drogadictos o Tovey Chanter, que no era ninguna de las dos cosas, pero los aventajaba a todos con su absoluta devoción por saltarse la ley. El caso era que no se cometía jamás un delito en Bideford con el que Calvin Bridge no tuviera ni idea de por dónde empezar.

Y entonces le había tocado aquel.

Los habían llamado por un posible allanamiento, el tipo de caso que más le gustaba, porque, aunque rara vez se trataba de un allanamiento de verdad, le permitía encender las viejas estroboscópicas azules y ponerse serio. Además, si resultaba ser un allanamiento de verdad, cuando llegaban

a la vivienda casi nunca quedaba nadie con quien tener que lidiar, a menos que el presunto delincuente estuviera drogado o demasiado aturdido para salir corriendo.

Aquel, en cambio, sí era un allanamiento de verdad, que luego se había convertido en algo mucho más siniestro.

Su compañera, Jackie Braddick, había aporreado la puerta principal mientras él rodeaba la casa con sigilo por si alguien trataba de escapar por la ventana de la cocina. Pero no. Calvin había abierto sin problema la puerta de servicio y un perrito negro y marrón había escapado entre sus piernas a la jungla que tenían por jardín.

Aunque al gritar «¿Hola?» no había contestado nadie, como le había parecido sospechoso que la puerta de servicio no estuviera cerrada con llave, había desenfundado la porra e inspeccionado la vivienda sin hacer ruido. Primero la planta baja: la cocina, con la pila llena de platos sucios, y el comedor, donde el aire que entraba por el boquete abierto en una de las ventanas agitaba las cortinas. No había cristales en el suelo, con lo que la rotura no era reciente, así que había seguido adelante. Se había asomado al salón, en cuya mesita de centro había un montón de trastos de todo tipo, y luego le había abierto la puerta de la calle a Jackie y había subido detrás de ella a la otra planta.

Y allí estaba, montando guardia junto a un cadáver mientras su compañera iba al dormitorio principal a consolar a un anciano desorientado que no paraba de decir que el que tenía que haber muerto era él, que al despertar había visto en el umbral de la puerta una figura alta de pelo blanco que parecía el ángel exterminador, que había desaparecido sin decir nada y se había llevado al alma equivocada.

—¡Es culpa mía! —decía sin parar—. ¡Es culpa mía!

Calvin suspiró. «Marronazo».

Era un juego al que jugaban Jackie y él para mitigar el asalto diario que sufrían sus personas y sus sentidos. Un intento estoico de convertir una situación desastrosa en una especie de dudosa victoria para uno de ellos por lo menos. Como cuando a Jackie un burro a la fuga le había arrancado de cuajo un diente o cuando un borracho vestido con una minifalda se había cagado en el zapato de Calvin. Ambos vencedores. El que perdía invitaba a

la primera ronda la siguiente vez que fueran al pub. Solo que esa vez jugaban los dos en idénticas condiciones, con lo que, a menos que uno de ellos tuviera que lidiar con fluidos corporales o violencia antes de que terminara el turno, ese día empatarían.

Aun así, los de paisano estaban en camino, y en cuanto llegaran Calvin podría olvidarse del muerto de la cama. No le entusiasmaban los cadáveres y estaba deseando meterse en el coche patrulla, volver a la comisaría de Bideford y tomarse un té con los muchachos, y a lo mejor hasta un trozo del espantoso bizcocho de frutas de la mujer del sargento Coral. Pero hasta entonces tenía que centrarse en lo que había ocurrido allí: en la llamada anónima, la puerta de servicio abierta, el perrito que no paraba de ladrar, el maletín del descansillo, el pobre abuelo del dormitorio principal y el cadáver de aquel cuarto, presidido por una gran bombona de oxígeno negra que, montada en un carrito, guardaba la cama con solemnidad. No se le ocurría cómo encajar todo aquello; pero, a pesar de su limitada experiencia, sabía que de algún modo sería inevitable que terminara encajando, que en algún momento todos los puntos formarían una imagen reconocible de lo ocurrido allí y del porqué.

Oyó abrirse la puerta de la calle y, asomándose por encima de la barandilla, gritó:

—¡Aquí arriba!

Calvin esperaba que no fuera la inspectora jefe Kirsty King. Habían trabajado juntos durante su breve incursión en la Policía de paisano, pero con una vez le bastaba: el caso le había valido a ella una medalla y a él un tic nervioso. Agradecía la familiaridad y el compañerismo de la inspectora jefe King, que, aun siendo joven e inexperto, lo había tratado como a un adulto que tuviera algo que aportar. Y para sorpresa de ella, ¡había aportado algo! Había superado las expectativas de ambos y ella le había dicho que tenía futuro en el cuerpo. Y luego, cuando terminó todo, él le había demostrado que se equivocaba solicitando de inmediato su regreso a las patrullas de uniforme. Aunque nunca le había comentado nada, Calvin sabía que la había decepcionado.

Por suerte, no era la inspectora King quien acudía a la vivienda, sino un agente al que no conocía, un tío joven y repeinado que llevaba una chaqueta

de pana con coderas de cuero. Parecía un científico.

—Hola —dijo—. ¿Qué ha pasado?

Lo puso al corriente mientras subía las escaleras.

—Agente Bridge, señor. Hemos acudido a un aviso sobre dos posibles intrusos, hombre y mujer. No hay indicios de que hayan forzado la cerradura. Según la llamada anónima, los sospechosos han entrado por la puerta de la calle. La de servicio no estaba cerrada con llave. Y tenemos un cadáver en esta habitación y un inquilino en el dormitorio principal.

—¿Qué? —terció el inspector, mirando por encima del hombro hacia la puerta de la calle.

—Un anciano, señor. Muy desorientado. Dice que debería haber muerto él. Me parece que está un poco…, ya me entiende… —añadió Calvin como atornillándose el dedo índice a la sien para diagnosticar oficialmente que el viejo no estaba en sus cabales.

El inspector lo miró sin entender.

—¿Un cadáver? —repitió—. ¿De quién? —El joven miró enseguida a la cama, a la espalda de Calvin y dijo—: ¿Papá?

«¡Joooder!»

Con una mezcla de espanto e irritación defensiva, Calvin cayó en la cuenta de su error. ¿Cómo no habían llegado aún los de paisano? ¿Por qué tardaban tanto? ¡Acababa de cagarla a lo grande por su culpa!

Justo entonces oyó abrirse la puerta de la calle y a la inspectora jefe Kirsty King gritar: «¿Hola?».

—Perdone, señor —le dijo Calvin al cerebrito aterrado—. ¿Le importaría acompañarme abajo?

—Pero tengo que… ¿No puedo…?

Intentó asomarse por detrás de Calvin, que extendió los brazos.

—Solo un minuto, por favor, señor.

El joven vaciló y dio media vuelta y Calvin lo siguió.

No es delito

Reggie Cann no era inspector de policía ni científico. Al parecer era informático, con lo que, a juicio de Calvin, le sobraban las coderas. Lo tenía sentado en el sofá, con una taza de té que él mismo le había preparado, temblando un poco.

—Es que no lo entiendo —no paraba de decir—. Yo solo he venido a casa a comer.

Kirsty King asintió compasiva, inclinada en la butaca y con los codos en las rodillas. El inspector Pete Shapland tomaba notas como podía, encaramado a un asiento algo menos cómodo. Calvin observaba desde el pasillo mientras oía los crujidos del suelo y la voz apagada de su compañera, Jackie Braddick, en la planta superior, procurando calmar al anciano, que se empeñaba en levantarse de la cama y, de momento, solo obedecía a Jackie porque ella, aun siendo joven, tenía la sonrisa alegre y la voluntad de hierro de una enfermera de la Seguridad Social.

—¿Dónde trabaja, Reggie?

—En CompuWiz, en Bideford.

—Lo conozco —dijo King—. En el casco antiguo, ¿verdad? —El joven asintió con la cabeza—. ¿A qué hora ha salido de casa esta mañana?

—Hacia las ocho y cuarto —contestó él encogiéndose de hombros—. No está lejos.

—Muy bien —arrancó la inspectora jefe King—. Hemos recibido una llamada a media mañana avisándonos de que había intrusos en su casa.

—¿Intrusos?

—Un hombre y una mujer.

La miró extrañado.

—Ignoro quién ha podido ser.

—¿Sí? ¿Tiene alguien más llave de la casa?

—No. Solo Albert y yo.

—¿Su padre?

—Sí —confirmó Reggie cabeceando afirmativamente—. Pero él no sale mucho. Y Skipper lleva meses sin pisar la calle.

—¿Se refiere a su abuelo, a Charles?

—Sí, a Charles. Lo llamamos Skipper.

—Nos ha contado que tiene cáncer…

—Sí, de pulmón, muy avanzado, según el médico.

—Lo siento —dijo King.

—Ya —contestó Reggie, pero Calvin notó que no estaba pensando en eso—. ¿Quién los ha llamado?

—Una mujer. No ha querido dar su nombre.

King se sacó el móvil del bolsillo del abrigo, toqueteó la pantalla un momento y lo sostuvo delante de Reggie para que pudiera escuchar la grabación. Aunque la voz sonaba algo distorsionada, desde luego era una mujer con un fuerte acento local.

> —Hay gente en la casa de enfrente. En cuanto el muchacho que vive allí se ha ido a trabajar han entrado esos tipos y…
>
> —¿Los conoce, señora?
>
> —No, son desconocidos. Un viejo y una chica. Y no tienen buena pinta.
>
> —¿Cómo han entrado?
>
> —Por la puerta principal, pero no han llamado ni tocado el timbre, y yo no los conozco…
>
> —¿Cómo se llama usted, señora?
>
> —No se lo voy a decir. No quiero que un chiflado me persiga, ¿sabe? Pero creo que deberían mandar a alguien, porque yo nunca los he visto por aquí y me parece que no tendrían que haber entrado en la casa…

Paró la grabación.

—¿Reconoce la voz?

Reggie Cann negó con la cabeza.

—No, está bastante distorsionada.

—Sí —coincidió King—, pero, por lo que dice, deduzco que es alguna de sus vecinas…

—Supongo que podría ser Jean, la de enfrente. Es supercotilla.

—¿En qué número vive?

El joven se quedó pasmado un instante y luego meneó la cabeza.

—No sé. En la casa de los gnomos.

Se recostó en la silla y se frotó la cara.

—Siento hacerle pasar por esto, Reggie —le dijo King con amabilidad —, pero comprenderá que en casos como este debemos recopilar toda la información posible cuanto antes.

—Sí, claro. Lo entiendo.

—Gracias —dijo King y prosiguió—. Por lo que dice esa mujer, parece que los intrusos llevaban llave, ¿no?

—Hay una ventana rota, señora —terció Pete Shapland, por aportar algo, y a Calvin le dio lástima de él.

—Eso no es de hoy —replicó King sin mirarlo—. No hay cristales en el suelo. —Pete se puso como un tomate—. ¿Quién más tiene llave de la casa, Reggie?

—Nadie.

—¿Ningún vecino? ¿Un pariente? —Reggie negó con la cabeza y King continuó—. ¿Quién cuida de su abuelo mientras usted está en el trabajo?

—Bueno, lo cuidaba sobre todo papá, que no trabaja porque tiene enfisema… —Se interrumpió y puso cara de pena—. Tenía enfisema —rectificó—. Pero casi todos los días baja a ver la tele o lo que sea… Hace un poco de sopa o algo así.

—Así que, en circunstancias normales, habría estado levantado…

—Sí, se levanta casi todos los días.

—¿Pero hoy no?

—Supongo que no.

—Y usted hace lo que puede antes y después del trabajo…

—Parece que es lo único que hago —contestó Reggie—: trabajar, en el trabajo y luego en casa. A ver, viene una enfermera de Macmillan un par de

veces al mes, pero ¡lo hago casi todo yo! Papá dice que ayuda, pero eso no es ayudar. Igual hace la comida y después no recoge. Lo deja todo por ahí o en la pila y se cree que me ha hecho un favor. O Skip intenta levantarse y bajar al salón y yo pienso: «Pero ¡quédate en la cama, cojones, que te estás muriendo de cáncer!». —Calló y se hizo un silencio incómodo. Suspiró hondo—. Perdón. Es que llego a casa y me la encuentro llena de policías y a mi padre muerto y…

—Claro —dijo King. Y añadió al poco—: Entonces, ¿no viene nadie más a ayudar? ¿Alguien de servicios sociales?

—No —contestó Reggie—. La asistenta les hace un sándwich o algo así.

—¿La asistenta? —preguntó King logrando resistir la tentación de echar un vistazo a la caótica estancia—. ¿Tiene llave?

—Le dejo una.

—¿Dónde?

—Debajo del felpudo.

King no puso los ojos en blanco, pero, aun desde su posición junto a la puerta, Calvin le vio las ganas de hacerlo. Claro que ya podía poner los ojos en blanco todo lo que quisiera, porque aquello era Devon y allí la gente no cerraba ni el coche ni la casa con llave, y encima la dejaba debajo del felpudo.

—¿Cómo se llama?

—Hayley. —King miró de reojo a Shapland, que lo anotó—. ¿Sabe el apellido?

Reggie frunció el ceño.

—No lo sé. Pillé su tarjeta en el súper.

—Muy bien.

Pero el joven estaba distraído.

—Ni siquiera pregunté… —masculló.

Calvin sabía que era la conmoción por lo ocurrido, que se manifestaba de manera inoportuna.

—Da igual —dijo King—. ¿Qué días viene?

Reggie miró un momento al infinito para hacer memoria.

—Los lunes y los viernes.

—O sea, ¿ayer? —Era martes. El joven asintió—. ¿Tiene su número?

—Sí, claro —contestó Reggie. Sacó el móvil y se puso a buscar mientras esperaban todos. Por fin se lo enseñó a King, que lo apuntó.

—¿Esto es suyo? —preguntó la inspectora jefe dando unos golpecitos en el maletín que había sobre la mesita de centro.

—No. ¿Por qué?

—Estaba en el descansillo —contestó ella. Lo abrió y, con los resplandecientes guantes de látex que llevaba puestos, fue sacando un objeto tras otro—. Pues tenemos… un termo y… un sándwich… y esto… —Sacó un cilindro fino de acero con una mascarilla de goma conectada—. ¿Sabe lo que es esto?

—Eeeh… ¿oxígeno?

—No le pido que lo adivine.

—Perdón —dijo él—. Pues no.

—Se trata muy probablemente de óxido nitroso —espetó ella.

—¿Y eso qué es?

—N_2O. Gas de la risa.

—Ah. Vale. ¿Eso no es lo que usan los dentistas?

—Sí. En bajas concentraciones, el nitrógeno se usa como anestésico, pero los críos lo meten en globos para inhalarlo y en dosis altas resulta letal. Rápido, indoloro e imposible de detectar. Salvo si te lo dejas en la escena del crimen, claro.

—No lo entiendo.

—Su abuelo, Skipper, nos ha dicho que era él quien debía haber muerto hoy.

—No lo entiendo —repitió Reggie.

—Por lo visto, tenía pensado suicidarse.

—¡Suicidarse! —exclamó el joven y miró espantado a Shapland y a Calvin como si King estuviera de broma y uno de ellos fuera a guiñarle un ojo. Pero no.

—Parece ser que ha estado en contacto con uno de esos grupos que defienden el derecho a morir. Dice que se llaman «exiteros» —le explicó, estudiando su rostro con detenimiento.

—Jamás he oído hablar de ellos. A ver…, lleva mucho tiempo enfermo y sé que está harto. Es normal, ¿no? Pero… ¡joooder!

—Entonces, ¿no sabe nada del asunto?

—¡No! ¡Nunca me ha dicho una palabra!

—¿Y esto? —preguntó King desdoblando dos documentos sobre la mesita de centro que tenía delante.

—¿Qué es?

—El testamento y algo que parece una carta de descargo.

—¿El testamento de Skipper?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—En el maletín también. ¿Esa es la firma de su abuelo? —preguntó ella dando unos golpecitos en el documento.

—Lo parece, sí. Pero yo jamás he visto el testamento de Skipper. No sabía que lo hubiera hecho.

—Bueno, es muy mayor y tiene un cáncer terminal —dijo la inspectora jefe.

—Pues no se me había ocurrido.

—¿Y esto lo había visto antes? —preguntó King señalando el otro papel.

—No.

—Parece una carta de descargo con la que exime a los exiteros de toda culpa respecto a su muerte. —Reggie la leyó y asintió con la cabeza—. ¿Y esa también es la firma de Skipper?

—Eso parece. Que yo sepa, sí.

—Como verá ahí, los exiteros dicen que ellos no proporcionan el arma homicida, en este caso, el óxido nitroso. ¿Sabe de dónde la ha sacado Skipper?

—No. ¿Se lo han preguntado?

—Hablaremos con él dentro de un minuto —dijo ella cabeceando—. ¿Ha notado algo inusual esta mañana, Reggie? ¿Algo distinto?

—No se me ocurre nada. He desayunado, le he puesto la comida al perro, me he despedido de Skip y me he ido a trabajar.

—¿Y de su padre no se ha despedido?

—Aún dormía.

—¿Está seguro?

Reggie asintió con la cabeza.

—Respira fuerte.

—He visto que hay una bombona de oxígeno en su cuarto. ¿Cuánto hace que la usa?

—Como un año. Tiene una arriba y otra abajo —dijo, señalando una bombona negra grande que había en un carrito al fondo del salón, junto al sofá.

—Reggie, ¿se le ocurre algún motivo por el que alguien pudiera querer hacerle daño a Albert?

—No.

Por primera vez, Reggie Cann pareció apenado de verdad. Dejó de hablar y King le pasó un clínex para que pudiera limpiarse los ojos y sonarse la nariz estrepitosamente.

—Lo siento —le dijo al joven—. Es una pregunta que debemos hacer. —Esperó a que se recompusiera y, cuando le pareció que lo había hecho, prosiguió—: Pero, si no cree que nadie pudiera querer hacerle daño a su padre, es posible que esos exiteros cometieran un simple error y, por alguna razón, le administraran el gas a la persona equivocada y después les entrara el pánico y, en su huida, se dejaran olvidado el maletín. ¿Qué le parece? ¿Lo ve factible?

—Supongo que sí —contestó él encogiéndose de hombros—. Pero no sé cómo. ¡Es un error considerable!

—Lo es —coincidió King y cerró su libreta—. Gracias, Reggie. Vuelvo dentro de un momento para hablar con su abuelo.

Se levantó y Reggie la miró angustiado desde abajo.

—¿Va a tener problemas Skipper? O sea, quitarse la vida no es delito, ¿no?

—No, no es delito —contestó Kirsty King. Vaciló un instante y añadió —. Pero, claro, no ha sido él quien ha muerto.

Calvin y Pete salieron detrás de la inspectora jefe.

—¿Cómo lo veis? —preguntó King en voz baja.

—A mí me parece que la asistenta lo está timando —soltó Pete con sorna—. ¡La casa está manga por hombro!

King enarcó las cejas y se volvió hacia Calvin, que titubeó. Se sentía mal por haberle comunicado a Reggie Cann la muerte de su padre de aquella manera y decidió darle un respiro.

—Yo a él lo veo muy afectado.

—Lógico —asintió King—, pero, de todas formas, vamos a verificar su versión de los hechos. Dudo que el anciano contratara el servicio por su cuenta. —Miró la hora en su reloj—. Pero primero lo primero: hay que intentar localizar a la mujer del aviso. Seguro que los técnicos pueden triangular la llamada, pero estaría bien que pudiéramos ir interrogando a posibles testigos presenciales. Pete y tú, id por las casas de los vecinos. No son muchos, así que no os costará estrechar el cerco. Empezad por Jean, la de enfrente.

Solo había seis casas en Black Lane, tres a cada lado. La que estaba justo enfrente ostentaba un piquete de gnomos plantados hombro con hombro a lo largo del borde anterior del césped. No había habido intento alguno de disponerlos de forma más conveniente: los que pescaban, pescaban hormigas; los que cavaban, cavaban la acera… Uno apuntaba con un telescopio a la oreja puntiaguda de su vecino.

—Ya me encargo yo de la de los gnomos —se ofreció Pete, como Calvin sabía que haría, así que él fue a la casa de los vecinos de al lado.

La mujer rechoncha que le abrió la puerta le resultaba vagamente familiar.

—¡Anda! —dijo—. ¡Hola, Calvin!

El agente tardó un momento en reconocerla.

—¡Hola, señora Moon!

A apenas varios centenares de metros de aquel sitio, el marido de Marion Moon, Donald, había saltado la valla de un área de descanso y le había pisado la cara sin querer a una mujer asesinada.

—¿Cómo están los dos?

—No nos podemos quejar, Calvin, ¿y tú?

—Tampoco me quejo.

—Nos hemos enterado de que has roto con Shirley.

Calvin la miró sorprendido. Eso era lo que le fastidiaba de ser poli en una localidad pequeña: que personas a las que apenas conocía supieran cosas de él que prefería ocultar.

—¿Le importaría contestarme un par de preguntas rápidas, señora Moon?

A ella se le ensombreció el semblante y, acercándose, le susurró:

—¿Un asunto policial? —Él asintió con la cabeza—. Porque Donald no está por la labor después de haber pisado a aquella mujer, ¿sabes? Lo dejó muy tocado. Y justo cuando empezaba a recuperarse se rompió una pierna por culpa de una de las ovejas y eso lo dejó aún más tocado y tuvo que jubilarse y vender la parcelita que guardábamos porque la situación lo superaba y venirnos a vivir aquí. Y a Donald no le gusta vivir en la ciudad, ¿sabes?, que está fatal de los nervios y se está recuperando de una infección pulmonar, así que no creo que ande para mucho interrogatorio.

—Claro —dijo Calvin, espantado por la retahíla de desgracias que le habían ocurrido a Donald Moon desde que le había pisado la cara a Frannie Hatton. Era demasiado enrevesado para intentar siquiera desenmarañarlo, de modo que insistió, bajando también la voz por el bien de los nervios de Donald Moon—. Esta mañana ha llamado una mujer para avisarnos de que había visto a dos personas entrar en la casa de los Cann. ¿Ha sido usted?

—Yo no —contestó ella—. Yo no he visto a nadie.

Después de meditarlo un segundo, Calvin terció:

—¿Le importaría que le preguntase al señor Moon si él ha visto a alguien? —Marion frunció los labios—. Es importantísimo; de lo contrario, no insistiría.

Ella suspiró y Calvin la siguió por el oscuro recibidor hasta el salón, donde Donald Moon estaba sentado en una butaca junto a la ventana con unos prismáticos en el regazo. Había perdido peso y parecía diez años mayor que hacía tres.

—Donald, ¿te acuerdas de Calvin?

—¿Calvin? —dijo su marido levantando un segundo la vista—. No.

—De la Policía. ¿No te acuerdas?

—Ah, de la Policía —repitió el hombre sin sonreír.

—Hola, señor Moon, me alegro de volver a verlo —lo saludó Calvin con la voz más jovial de que fue capaz.

—Ajá —respondió el otro.

—Parece que ha pasado una época algo difícil desde la última vez que nos vimos…

—Algo así.

—Lo siento mucho, señor, pero me preguntaba si podría echarme una mano. Un par de desconocidos ha estado rondando por aquí esta mañana —dijo con cautela—. ¿Ha visto u oído algo raro?

—No.

—¿Ni siquiera con sus viejos prismáticos? —añadió Calvin señalándolos.

—Son para los pájaros —explicó el anciano, y su mujer sonrió angustiada al agente.

—Como ya no tenemos ovejas, a Donald le gusta cuidar de los pájaros.

—De algo habrá que cuidar —espetó el hombre malhumorado; luego se volvió y se llevó los prismáticos a los ojos para inspeccionar el jardín alargado.

—Bueno, gracias de todas formas, señores Moon. Me alegro de volver a verlos.

Marion acompañó a Calvin a la calle.

—No se lo tenga en cuenta —le dijo cuando ya estaban fuera—. No ha vuelto a ser el mismo desde que ocurrió todo aquello.

—No me extraña —contestó el agente.

Donald Moon no era más que un simple granjero que había informado diligentemente sobre un hallazgo horripilante, debido al cual su mujer y él se habían convertido en daño colateral en la búsqueda de un asesino en serie. Lo habían interrogado sobre la muerte de Frannie Hatton hasta hacerlo desmoronarse y ambos habían terminado llorando cuando la Policía había desmantelado su granja de la colina. Se habían visto obligados a hacerlo, pero no había servido de nada. Al final se había demostrado que Donald Moon no había tenido nada que ver con el homicidio. No era de extrañar que ahora se mostrara reservado. Seguramente no volvería a confiar en la Policía y Calvin no se lo reprochaba.

—¿Va todo bien en la casa de al lado?

Calvin sabía que lo que procedía era eludir la pregunta de la señora Moon con la típica jerga policial, pero le pareció que le debía un poco de sinceridad y por eso le contó que Albert había muerto.

—¡Madre de Dios! —exclamó—. Pobre hombre. ¿Le han fallado los pulmones?

—No estamos seguros de qué ha pasado —esquivó la pregunta el agente —. ¿Conoce bien a los Cann, señora Moon?

—No mucho —respondió ella—. Hace solo año y medio que nos mudamos aquí. Sabíamos que estaban enfermos, eso sí. Albert y Skipper. Nos lo contó Reggie. Pero él es un joven encantador. Cuida mucho de ellos y trabaja todo el día. Además, Albert no era un hombre fácil, ¿sabes?

—¿A qué se refiere?

—Pues a que no era fácil. Donald y él tuvieron un encontronazo al poco de mudarnos. Sobre quién debía reparar la valla que separa nuestras viviendas. La valla es de ellos, ¿sabes? Pero la tenían podrida y el perrito no paraba de venirse a nuestro jardín a hacer sus cosas. Al final la arregló Donald. Con la pierna mala y todo. Pero luego Albert enfermó y ya casi no lo volvimos a ver.

Calvin asintió con la cabeza.

—¿Le pidieron ustedes a Reggie que arreglara la valla?

—No, no. Se le veía desbordado. No sé qué harían sin él. Además, cuando nos mudamos, me ayudó a colocar los muebles mientras Donald iba escayolado. Le di unos bollitos para que se los llevara a casa y me trajo el plato lavado y seco y todo. ¡Madre mía! ¡Pobre Reggie! Entonces, ¿piensan que esas dos personas han podido tener algo que ver?

—Sí —contestó Calvin—, pero no se preocupe, señora Moon. Aún no sabemos qué ha pasado, pero tiene pinta de ser un caso aislado en circunstancias muy concretas.

Ella asintió y recobró su actitud de esposa sensata.

—Creo que no le voy a decir nada a Donald —susurró—. Ya casi no sale. Al jardín para dar de comer a los pájaros y ya está, y hace una semana que ni siquiera eso, así que tardará un tiempo en darse cuenta de que ha cambiado algo en la casa de al lado.

—Será lo mejor —coincidió el agente—. ¿Se le ocurre quién ha podido llamar a la Policía? Era una mujer.

—Jean, la que vive enfrente, donde los gnomos. Es muy cotilla.

—Sí, gracias. Mi compañero está hablando con ella.

—Aparte de ella, las únicas mujeres somos la señora Digby, a este otro lado, y yo.

Calvin le dio las gracias, se despidió y pasó a la vivienda contigua, donde la señora Digby, una anciana con andador, tardó una eternidad en llegar a la puerta de cristal y, después de llegar, no oía al agente, a pesar de los gritos de este.

—¡¡Voy a por el audífono!! —berreó por fin, como si fuera algo que tuvieran que llevar a cuestas unos *sherpas* en vez de un aparatito que va puesto en el oído.

Estuvo a punto de decirle que no se molestara y luego, al cabo de cinco minutos de conversación infructuosa en la puerta de su casa, se arrepintió de no haberlo hecho.

Calvin vio a Pete llamando con los nudillos a la puerta de la vivienda del centro y le gritó:

—¿Ha habido suerte?

Shapland negó con la cabeza.

Calvin cruzó la calle. La última casa tenía en la tapia un rótulo de «PROHIBIDO APARCAR», en el jardín uno de «PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED» y en la puerta otro de «ABSTÉNGANSE VENDEDORES». Cuando llamó, le sorprendió un alboroto de ladridos furiosos y, receloso, retrocedió un paso. No le daban miedo los perros, pero aquel parecía grande y una vez lo había mordido un dálmata. Según el dueño, solo estaba jugando, pero Calvin le había visto las intenciones en la mirada.

Se abrió un poquito la puerta, sujeta con la cadena, y el perro dejó de ladrar.

—¿Sí?

Era un hombre de mediana edad, unicejo. Calvin bajó la vista, pero no consiguió ver al perro.

—Buenas tardes, señor. Soy el agente Bridge, de la comisaría de Bidford. Estoy preguntando a los vecinos por un incidente que ha tenido

lugar en esta calle. Quería saber si usted ha visto u oído algo inusual.

—¿Qué clase de incidente?

Calvin eludió la pregunta.

—Esta mañana ha llamado alguien para informar de la presencia de dos individuos sospechosos en el domicilio de los Cann. ¿Se ha hecho la llamada desde aquí, señor?

—No —contestó el hombre—. Yo no he sido.

—Era una mujer. ¿Podría haber sido su esposa?

—Yo ya no tengo esposa, gracias a Dios.

—De acuerdo —contestó el agente, alegrándose por el colectivo femenino—. ¿Podría darme su nombre y su teléfono, por favor? Por si necesitamos hacerle más preguntas…

—Bob Wilson. —Calvin lo anotó—. Como el portero.

—Ah, ¿sí? ¿De qué equipo?

El agente no era muy futbolero.

—¡Bob Wilson! —exclamó irritado el señor Wilson—. ¡Portero del Arsenal de 1963 a 1974!

—Me temo que yo aún no había nacido, señor Wilson —replicó Calvin sonriente, pero el hombre no estaba de humor para perdonarle su edad. Chascó fuerte la lengua, indignado, y le cantó muy deprisa su número de teléfono, como si pretendiera demostrar que el agente tampoco sabía contar del uno al diez.

—Pues muchas gracias, señor Wilson. Llámenos si se acuerda de algo.

—¡No me he olvidado de nada! —espetó malhumorado, y le cerró la puerta en las narices.

Calvin se quedó pasmado un segundo y luego volvió a llamar con los nudillos.

Ladró el perro, tan fuerte como antes, y lo creyó capaz de destrozarle el gaznate, pero, cuando Wilson abrió, dejó de ladrar otra vez.

—¿Qué? —le soltó furioso.

Calvin miró al suelo. No había ningún perro a los pies del hombre, por lo menos uno de verdad.

—Nada —dijo Calvin.

Dio media vuelta y atajó por el jardín.

Espera

Ya hacía dos horas que Felix tenía que haber sacado a Mabel a dar su paseo de mediodía y aún no lo habían detenido, así que al final hizo sonar la correa, se la enganchó al collar y cogió del gancho la llave de repuesto. Luego salió a la calle, cerró la puerta y pegó en ella una nota adhesiva a la altura de los ojos.

APRECIADOS AGENTES: HE SALIDO A PASEAR A LA PERRA.

NO VOY ARMADO.

VUELVO ENSEGUIDA. F. PINK.

La señorita Knott, la vecina de al lado, estaba desbrozando el jardín.

—¡Hooola, Mabel! —solía decir—. ¿Cómo está mi chica favorita?

Felix siempre había sospechado que a la señorita Knott le habría gustado que contestara a sus saludos como si fuera la perra: «Un poco GRRR. ¿Usted, GUAU?», pero él se negaba a prestarse a hacer semejante bobada.

—Buenas tardes, señorita Knott.

—¿Qué tal, señor Mabel? —dijo ella sonriente.

«Hoy he asesinado a un hombre».

—Muy bien, gracias, señorita Knott.

—¿Va a algún sitio especial?

«A la cárcel, muy probablemente».

—A dar una vuelta a la manzana.

—Estupendo. Es una manzana preciosa, ¿verdad?

Felix no supo qué contestar a eso. La manzana no era ni mejor que muchas ni peor que la mayoría. Residencial, sobre todo, con una mezcla de

adosados con acceso directo desde la calle y semiadosados con su entradita y su jardincito delantero. Había una tienda en la esquina con un cubo de flores carísimas en la acera y un expositor de postales de sitios bonitos que estaban relativamente cerca, pero no allí mismo.

—Me gusta ver los jardines de los demás —continuó la vecina—. ¿A usted no? —Felix nunca se había fijado en los jardines de los demás, pero contestó con un «Ajá» por cortesía mientras ella seguía parloteando como si nada—. Me gusta puntuarlos de cero a diez.

—Ah —dijo él dando una cabezada—. Lo cierto, señorita Knott, es que quería darle una llave de mi casa… —añadió como si se hubiera mudado hacía un mes en vez de hacía cuarenta años.

La señorita Knott se mostró sorprendida.

—¿Se va a ausentar?

La pregunta lo estremeció.

—Es solo para emergencias —contestó él—. Por si Mabel se quedara sola, por ejemplo, en caso de que a mí me pasara algo, ¿sabe?

—Uy, seguro que no —dijo ella, muy amable—. Pero es muy buena idea, ¿verdad, Mabel?

«¡¡GUAUUU!!»

Eso no lo dijo. Se limitó a darle la llave a la señorita Knott. No le comentó que seguramente no tardaría en usarla porque lo buscaba la Policía y pronto se lo llevarían esposado. ¿Para qué complicar las cosas?

—Gracias, señorita Knott —respondió en cambio. Cerrar la operación lo alivió. No le gustaba pedir favores a nadie, que luego se pensaban que eran amigos.

—De nada. Y, por favor, llámeme Winnie.

«¿Ves?», se dijo Felix.

—Por supuesto —respondió él.

—Igual debería darle una llave de mi casa yo también.

Madre mía, el asunto se le estaba escapando de las manos. Se arrepintió mucho de no haberle dado la llave a otra persona, pero es que no tenía nadie más a quien dársela. Nadie desde que sus amigos (o, mejor dicho, los que Margaret había compartido generosamente con él) habían ido desapareciendo de su vida. Sin embargo, la señorita Knott nunca había

dejado de ir a verlo, había llorado desconsolada en los dos funerales y seguía entregándole en mano su felicitación navideña todos los años, así que Felix se aclaró la garganta nervioso y dijo:

—Si quiere… Para emergencias.

—Claro, claro —contestó ella—. Luego se la paso.

—Déjela en el buzón —propuso él—. Bueno, nos tenemos que ir.

—Adiós, Mabel —dijo la señorita Knott riendo como una boba, un sonido bastante agradable aun viniendo de una anciana como ella, y se despidió agitando la palita de jardinería mientras ellos se ponían en marcha.

Felix esperó a que la vecina no pudiera oírlos y, mirando a Mabel, mascullló:

—Como un cencerro.

Pero la perra lo miró de soslayo y él retomó el paseo con mayor humildad.

Confiaba en que Amanda estuviera bien, que no la atormentara el remordimiento. Había sido él quien había malinterpretado la situación y lo justo y conveniente era que asumiera la culpa. Solo que no la había asumido. Había huido de la escena del crimen para dar de comer a su perra.

El recuerdo lo ruborizó. En aquel momento la había considerado una solución muy razonable, pero, de pronto, le parecía una cobardía y una puñalada trapera a la elevada moral de que había querido hacer gala diciéndole a la joven que se marchara, que ya se encargaba él de todo.

Y encima lo buscaban las autoridades.

Al salir de casa esa mañana no había imaginado que terminaría huyendo de la Policía. Pensaba ir a Abbotsham, supervisar con sigilosa dignidad la partida de este mundo de un enfermo y estar en casa a tiempo para la merienda. En cambio, Amanda se había puesto nerviosa, había muerto el hombre equivocado y él había escapado de la Policía tumbando una valla de jardín. Después de setenta y cinco años siendo un ciudadano respetuoso, le fastidiaba pensar en todas las leyes que había infringido desde la hora del desayuno. ¡A saber lo que pensaría Margaret!

Solo esperaba que el tipo al que habían asesinado por error hubiera sido un miserable toda su vida y que su familia no lamentara su muerte. Y, aunque sabía que era un pensamiento egoísta, le alegró tanto tamaña

insensatez que la dejó pulular libremente por su cabeza un rato, disfrutándola. El optimismo era contagioso. Puede que todo el asunto quedara en nada. La Policía debía de saber dónde encontrarlo y, sin embargo, allí estaba, libre como una alondra, paseando a Mabel y charlando con los vecinos como si no hubiera asesinado a un hombre en absoluto.

La perra se detuvo de pronto a orinar sobre un hierbajo que había brotado en la tapia del jardín de los Martin y Felix suspiró al ver que su fantasía se hacía pedazos y se la llevaba el viento. Había generado una realidad nueva y debía aceptarlo. Ya le había dado la llave de su casa a la señorita Knott para que Mabel estuviera bien. Y, si no conseguía localizar a Geoffrey esa noche…, bueno, entonces, al día siguiente tendría que acudir a la Policía de todas formas y explicarles su error. Aunque no sabía bien cómo.

—Date prisa, Mabel —dijo dándole un tirón a la correa, pero la perrita no había terminado de olisquear y clavó las patas en el suelo.

Felix no insistió. Sabía por experiencia que el peso de la perra aumentaba de forma proporcional al empeño que él ponía en apartarla de cualquier punto de interés.

Mientras esperaba a que Mabel decidiera arrancar, echó un vistazo a las flores de los Martin. Aun estando casi en mayo, los tulipanes seguían preciosos, un estallido de luminosos naranjas, rosas y rojos, con el aire perfumado de dafnes de invierno y los pétalos sedosos de las camelias esparcidos por el trocito de césped.

Le daba un ocho al jardín de los Martin.

Llamó a Geoffrey por tercera vez desde que había llegado a casa.

No se lo cogió.

Felix miró ceñudo el teléfono. Quería confirmar que pensaban lo mismo sobre la implicación de Amanda. Estaba convencido de que Geoffrey respaldaría la promesa de ocuparse de todo lo que él le había hecho a la joven porque, aunque aún no supiera qué podía significar ese «todo», tenía clarísimo que no iba a darle el soplo a la Policía.

Se estremeció. «Darle el soplo». Hacía menos de veinticuatro horas que era un delincuente y ya usaba su jerga.

Volvió a marcar. Tampoco esa vez se lo cogió, así que empezó a hacer los preparativos para entregarse. Recorrió la casa apagando todos los aparatos, salvo el congelador; luego regó las plantas de interior, echando doble ración a la gerbera que tenía en lo alto de las escaleras, que siempre se ponía mustia al más mínimo indicio de sequía. Si no volvía pronto, sería la primera en marchitar. Metió en la botella de leche una notita para el repartidor que decía: «NO QUIERO LECHE HASTA NUEVO AVISO. GRACIAS. F. PINK» y la dejó en el escalón de entrada.

Probó a llamar otra vez a Geoffrey, pero el teléfono sonaba y sonaba sin más.

Empezaba a preocuparse. Geoffrey le había dicho una vez que apenas salía, pero, por lo visto, sí que había salido. O se había caído y no alcanzaba a coger el teléfono. Esperaba que no fuera eso.

Miró de reojo el reloj: eran poco más de las tres. Aún tenía tiempo antes de irse a Bideford, así que se sentó a la mesa de la cocina e, inclinándose sobre el puzle, cogió la pieza de la mata rara, pero, mientras la sujetaba con dos dedos, se quedó pasmado mirando los renos. Había otra cosa que lo había tenido preocupado todo el día. Le había parecido insignificante en comparación con el resto de lo ocurrido y por eso había procurado quitárselo de la cabeza, pero de pronto descubrió que, cuanto más lo ignoraba, más le costaba olvidarlo.

Había habido un momento, una décima de segundo, en que había sido consciente de lo espantoso de su metedura de pata y, en ese instante congelado a la puerta del dormitorio, a Felix Pink le había pasado toda su vida por delante de los ojos.

Era un cliché y se sentía un poco estúpido de que le hubiera pasado a él, pero, ahora que tenía tiempo de pensar en ello, lo más preocupante era que le había parecido tan…

Tan…

Puso cara de pena.

Le había parecido tan… ¡aburrida!

Eso. Aburrida. Ya lo había pensado y no había vuelta atrás.

Felix era aburrido. Muy en el fondo, siempre lo había sospechado. Lo temía. Solo que, hasta ese momento, nunca lo había reconocido, ni siquiera para sí. Pero siempre había sido aburrido. Había sido un niño aburrido y un adolescente aburrido. El mediano de tres con un hermano atlético y una hermana lumbrera. En el colegio y en el trabajo, él había sido del montón. Ni acosador ni acosado. Ni listo ni tonto. Ni solitario ni popular. Limitado en todo: incapaz de liderar y demasiado lento para seguir. Siempre en un punto intermedio y sin destacar siquiera en eso. Felix nunca había estado al borde de la muerte ni había experimentado una epifanía religiosa ni tenido un momento eureka. No había vivido disparatados viajes alucinógenos ni amaneceres en la cima de una montaña ni besos robados ni había estado a puntito de conseguir nada. Había pasado tres años en la universidad sin probar el sexo, las drogas ni el *rock and roll* hasta que había encontrado su alma gemela en la contabilidad, que, siendo corriente y poco arriesgada, le iba como anillo al dedo. No precisaba pensamiento crítico ni se podía presumir de ella, con lo que no había corrido peligro alguno de sacar el tema en la mesa.

Hasta Jamie lo había llamado aburrido una vez. No era más que un adolescente y enseguida se había echado a reír y había hecho que pareciera una broma, pero Felix lo sabía. ¿Y Margaret? Bueno, la cazadora beis era un recordatorio de lo que su esposa pensaba de él.

Recordó la mancha de rímel y esperó poder quitarla. En el lavadero tenía un limpiador de tapicerías. Con eso seguramente se iría. Le había funcionado en la alfombra del salón cuando a Mabel se le había escapado un pis. Aunque, claro, la alfombra era de color rojo oscuro con un falso dibujo oriental y la cazadora era lisa y de color claro, así que iba a necesitar un poco de suerte para…

Parpadeó espantado. «¿Ves?» ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué se preocupaba por una mancha de rímel en un momento como aquel? ¡Había asesinado a un hombre, por Dios! Y sabía perfectamente que eso se había convertido de inmediato en lo más interesante de su persona.

Sonó el teléfono y se estremeció.

—¿John?

—¡Geoffrey! ¿Estás bien?

—No estoy mal, gracias —dijo el otro—. Lo malo es que me han arrestado por homicidio.

La excursión de Geoffrey

Aunque habían detenido a Geoffrey Skeet por homicidio, a Calvin le parecía que estaba disfrutando de la excursión a comisaría. Jackie y él habían tenido cuidado con la silla de ruedas y habían sido considerados al ayudarlo a levantarse de ella y subir al vehículo policial. Calvin estaba seguro de que podría haberlo llevado en brazos de la casa al coche si hubiera hecho falta, porque el hombre era delgadísimo.

Luego, como era evidente que el detenido no salía mucho, Jackie había cogido el camino agradable de Exeter a Bideford, por carreteras bonitas y entre árboles, cruzando después lo que la gente aún llamaba el puente nuevo del Torridge, aunque llevara treinta años en pie, que ofrecía una vista espléndida de todo el río, de los veleros y de los vistosos barquitos de pesca, recostados en los revueltos lodazales de la orilla, y de las mansiones con jardín que ocupaban toda la ladera hasta el borde del río, y del puente viejo, algo más arriba, que cruzaba con torpeza el río en veinticuatro arcos desiguales.

Geoffrey había disfrutado del paisaje y del progreso, y charlado del pasado, del suyo y del de ellos, y se había maravillado al descubrir que en su día le había dado clase de Historia de Europa al padre de Jackie Braddick, que ahora era propietario de medio Appledore, a pesar de no haber tenido interés alguno en los Habsburgo. Luego Calvin había dejado caer que él se había criado en Tiverton, donde Geoffrey había vivido también parte de su juventud, y el anciano había pasado un rato intentando encontrar a alguien a quien conocieran los dos, aunque sin mucho éxito.

—Generaciones distintas, supongo —había repetido varias veces mientras veía asentir a Calvin por el retrovisor.

Luego, cuando habían llegado a la comisaría, había observado que Tony Coral llevaba un pin de la South West Steam Society en la solapa y habían

empezado a hablar de locomotoras, de manómetros y de señalización y de la trágica conversión de las líneas secundarias en espantosas pistas de asfalto repletas de perros y bicis en vez de material rodante, y de cómo eBay se había transformado en «un puñetero campo de minas» para los coleccionistas honrados y decentes que pretendían preservar un pedacito esmaltado de historia ferroviaria.

Calvin y Jackie fueron a informar a la inspectora jefe y dejaron a Tony preguntándole a Geoffrey si le apetecía un té o un café y un trozo del pesado bizcocho de frutas de su mujer.

King cogió la carpeta del caso Cann y se dirigió a la sala de interrogatorios.

—¿Lo habéis visto preocupado?

Jackie se encogió de hombros.

—Como un huérfano en el circo.

Eran cuatro en el estrecho calabozo victoriano reconvertido en sala de interrogatorios. Se habían apartado las sillas de plástico estilo salón de actos de pueblo para que cupiera la de ruedas y sobre un viejo escritorio de madera se había instalado la grabadora digital. En un rincón de la estancia había un televisor; en otro, una cámara que apuntaba a Geoffrey.

La inspectora jefe King miró de reojo a Calvin y a Pete, se aclaró la garganta y empezó.

—Geoffrey Skeet, Charles Cann, también conocido como Skipper, de Black Lane, en Abbotsham, nos ha facilitado su teléfono. —El anciano no dijo nada—. El señor Cann asegura que habló con usted varias veces, como organizador de los exiteros, en relación con los preparativos de su propuesta de suicidio.

Silencio.

—¿Es eso cierto?

Geoffrey la miró y suspiró pesaroso.

—No quisiera ser grosero, pero no tengo nada que decir.

—Bueno, no hay motivo para poner en duda la versión de los hechos del señor Cann.

Silencio.

—Teniendo eso en cuenta, ¿no sería lógico pensar que a las personas que han entrado en el domicilio del señor Cann esta mañana las hubiera enviado usted?

Geoffrey suspiró.

—Sin comentarios.

La inspectora jefe sacó un papel de la carpeta del caso y lo puso en la mesa, entre los dos.

—Hemos encontrado esto en la escena del crimen. —Geoffrey se palpó los bolsillos hasta que encontró las gafas de leer; luego las limpió a fondo con la punta de la corbata y se las puso para poder ver lo que ella le enseñaba—. ¿Lo reconoce?

El anciano se quitó las gafas y las dejó en la mesa.

—No puedo comentar nada, de verdad.

—Es una carta de descargo —dijo King— que exime a los exiteros de toda culpa en la muerte de un cliente, en este caso, de Charles Cann. —Geoffrey no dijo nada—. También está este testamento —añadió aplanando el documento en la mesa—. ¿Tiene algún conocimiento de esto?

—Sin comentarios.

Kirsty King se encogió de hombros.

—El señor Cann asegura que le aconsejó usted que comprara óxido nitroso a un dentista llamado… —Echó un vistazo a sus notas—. Williams. Y que le dio instrucciones precisas de cómo usarlo.

—Sin comentarios.

—¿Dónde tiene la consulta el doctor Williams?

—No puedo comentar nada, de verdad.

King lo observó un buen rato y puso en la mesa un viejo maletín de piel.

—También se dejaron esto —dijo y lo abrió con un clic—. Y esto… —Sacó el termo, el cilindro de óxido nitroso y el sándwich envuelto en papel de plata y los colocó en una fila perfecta aunque aleatoria—. ¿Los reconoce?

El anciano volvió a ponerse las gafas.

—¿Eso es un sándwich?

—Sí —contestó ella quitándole el envoltorio.

—¿De mermelada de fresa?

—Sí.

—En ese caso, sin comentarios —espetó Geoffrey.

King lo miró con los labios fruncidos.

—Esto no es una broma, señor Skeet. Está en su derecho a no contestar a mis preguntas, pero le agradecería que recordara que ha muerto un hombre.

—Tiene razón —dijo el anciano—. Discúlpeme. Es que estoy un poco nervioso. Todo esto es muy nuevo para mí.

—Lo entiendo —asintió King.

—¿Podrían traerme un vaso de agua?

—Por supuesto.

Calvin fue a por él. Geoffrey se lo agradeció y bebió un sorbo con cuidado. Le tembló un poco la mano al hacerlo y esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Párkinson —explicó—. Me he pasado casi toda la vida tirándome cosas encima.

King permaneció inmutable.

—Alguien se ha dejado esto en el domicilio de los Cann —continuó dando unos golpecitos en el maletín—. El anciano señor Cann, su cliente…

—Supuesto cliente —la corrigió él.

—Su supuesto cliente —rectificó ella— dice que esta mañana dejó el cilindro en su mesilla de noche, con la mascarilla conectada y a mano, junto con su testamento y la carta de descargo firmados, que asegura que le facilitó usted. Dice que estaba esperando a alguien de su organización para que fuera testigo de su suicidio. —Geoffrey no dijo nada—. Sin embargo, según el señor Cann, al despertar más tarde descubrió que el cilindro, el testamento y la carta de descargo habían desaparecido de su mesilla y que en su dormitorio había un desconocido. Le preguntó qué estaba pasando y el hombre se fue sin contestar. Alguien había llamado a la Policía, pero, cuando llegamos, los intrusos habían huido. Por desgracia, ya había muerto un hombre. El hombre equivocado. —Dejó las palabras suspendidas en el aire un instante—. No era Charles Cann… —añadió dando un golpecito firme y seco con una uña en el testamento—, sino su hijo, Albert. —

Geoffrey enarcó de pronto las cejas y King cabeceó, sumándose así a su sorpresa—. ¿Qué ha pasado?

Geoffrey frunció el ceño como intentando desentrañar el misterio.

—Sin comentarios —contestó muy despacio.

—¿Ha hablado con las personas implicadas?

—Sin. Comentarios.

—¿Alguien de su organización había cometido alguna vez un error de este tipo?

—Sin comentarios.

—Esta carta de descargo revela que entiende usted la prudencia con que sus empleados deben llevar a cabo su labor para no saltarse la ley. —El anciano no lo miró—. Pero, claro, la carta de descargo carece de validez a menos que la persona que la haya firmado sea la que de verdad…, ya sabe, muere.

Silencio.

—¿En qué lugar lo deja a usted esto, entonces? —Geoffrey no contestó—. Yo se lo digo: hasta el cuello de mierda. —Él siguió mudo. La inspectora jefe se recostó en su silla y lo observó con frialdad—. No se está haciendo ningún favor, Geoffrey, ¿sabe? Cree que está protegiendo a las personas que se encontraban en la escena del crimen, pero al negarse a revelar su identidad está cometiendo, en el mejor de los casos, un delito de obstrucción a la justicia y, en el peor, es cómplice de un homicidio. Albert Cann usaba oxígeno para su enfisema. Lo tenía en su cuarto, junto a la cama. Una bombona enorme. Cualquiera que estuviera allí tuvo que verlo. Cualquiera con un poco de sentido común habría entendido que podía dar lugar a equívocos. Se habría asegurado bien. Tendría que haberse asegurado bien. No haberlo hecho es, como poco, imprudencia temeraria.

Geoffrey no dijo nada.

King se recostó de nuevo en la silla dando un suspiro.

—Lo malo, Geoffrey, es que usted es el único sospechoso que tenemos de momento y, salvo que nos ayude a identificar a cualquiera más culpable, me temo que se va a comer todo el marrón. —El anciano esbozó una sonrisa—. ¿Qué le divierte tanto?

—Nada —contestó él—. Es que eso es lo que dicen siempre en las series policiacas y luego el sospechoso se derrumba y le cuenta a la Policía todo lo que quiere saber. No sabía si en la vida real también funcionaba.

—A menudo —aclaró King—, pero solo porque es verdad. —Sonrió—. ¿Sabe lo que también suele funcionar?

—¿Qué?

—Una orden de registro.

Las discrepancias

—¡Lo siento mucho, Geoffrey! —exclamó Felix, muerto de vergüenza—. ¿Dónde estás?

—En la comisaría de Bideford.

Felix miró el reloj con los ojos entornados, pero no tenía el brazo lo bastante largo para ver la hora sin gafas.

—Voy para allá lo más rápido que pueda. Diles que esto es solo culpa mía y te dejarán marchar.

—Por mí no te preocupes, John, que estoy bien. De momento, he adoptado la vieja treta de «sin comentarios». Lo malo es que, en el fondo, no sé qué es lo que no quiero comentar.

Así que Felix inspiró hondo y le contó lo que había pasado con pelos y señales. Cuando terminó de hablar, se hizo un largo silencio. Luego Geoffrey dijo en voz baja:

—La Policía piensa que ha sido deliberado, John. Hablan de homicidio.

—¿Qué? —dijo el otro—. ¿Qué?

—Ha muerto un hombre…

—Pero… —repuso Felix, pasmado—. ¡No ha sido deliberado, sino un terrible error!

—Bueno —replicó Geoffrey con cautela—, parece que hay algunas discrepancias.

—¿Discrepancias?

—Entre tu versión de los hechos y la de ellos.

—Pero ¿cómo va a haberlas? Yo lo he hecho todo como hay que hacerlo. He comprobado el nombre y el cilindro, el testamento y la carta de descargo estaban allí mismo, junto a la cama del cliente…

—Pues Charles Cann le ha dicho a la Policía que estaban junto a la suya. Claro que lo han encontrado todo en tu maletín, con lo que no pueden

asegurarlo. Además, por lo visto, el pobre hombre que ha muerto, Albert Cann, tenía enfisema o algo por el estilo y usaba oxígeno y piensan que igual lo confundió con el óxido nitroso.

—No había oxígeno en la habitación —terció Felix—. Esas bombonas grandes van siempre en un carrito, ¿no? Me habría dado cuenta.

«No lo sabías de antemano…», lo reprendió una vocecilla interior y Felix recordó el dormitorio: pequeño, mal ventilado, con muebles grandes y viejos de color marrón y una moqueta triste, pero sin bombona de oxígeno. Al menos que él recordara…

Pensó en Albert Cann, en su respiración trabajosa y su piel moteada. El pobre se estaba asfixiando delante de ellos. Recordó cómo buscaba con desesperación la mascarilla por todas partes y que, cuando se la había encontrado de pronto en la mano, se la había pegado fuerte a la cara y había inhalado con vehemencia…

Ansioso por vivir, no por morir.

—¡Madre mía! —exclamó Felix, consciente de que aquel giro de los acontecimientos lo ponía en una situación mucho menos cómoda.

Aturdido, se dejó caer pesadamente en el pequeño asiento que tenía junto al teléfono en el recibidor de su casa.

—No te preocupes, John —le dijo Geoffrey muy amable—. Seguro que todo esto tiene una explicación lógica. Tú escóndete mientras tanto, que yo te cubro al cien por cien.

—¿Que me esconda? ¡Pero tendré que contarle a la Policía lo que ha pasado de verdad!

El otro titubeó y luego contestó, sombrío:

—Me parece que, mientras no sepamos qué ha pasado, podría ser peligroso para todos nosotros.

Felix asintió, intentando pensar con claridad en medio de la fuerte conmoción.

—Pero prométeme que vas a mantener al margen a esa pobre chica, Geoffrey. Ella aún tiene toda la vida por delante.

—Por supuesto. No tiene sentido meterla en este lío.

—Gracias. Es que…

—Lo que pasa es que… —lo interrumpió Geoffrey bruscamente como si de pronto tuviera compañía— necesito que alguien le dé de comer a mi gato.

—¿A tu gato?

—¿Tienes lápiz para anotar?

A Felix lo descolocó muchísimo el súbito giro de la conversación. Miró extrañado el bloc de notas que tenía siempre junto al teléfono, pero aún andaba pensando en el pobre enfermo, inhalando por la mascarilla que Amanda le había facilitado, y en el bloc de notas, en cuya primera página había algo escrito por Margaret, «¿COMIDA CON JEAN EL JUEVES?», que Felix no había querido arrancar y tirar, por lo que había doblado la hoja hacia atrás y usado las páginas siguientes…

—… Exeter —dijo Geoffrey, y Felix cayó en la cuenta de que el otro acababa de darle su dirección y no la había pillado, así que le pidió que se la repitiera y la anotó, con la sensación de estar volviéndose un poco loco, apuntando la dirección de un gato mientras pensaba en Albert Cann jadeando y muriéndose y en el lapicerito dorado con borla y en Jean, que iba a venir a comer el jueves…

—Geoffrey…

—Se llama Buttons —dijo el otro y colgó.

Felix encajó el auricular en el aparato sin hacer apenas ruido. Después se quedó allí sentado, mirando la dirección sin verla.

«¿Deliberado?»

La Policía se equivocaba. El testamento estaba allí mismo, en la mesilla. Y la carta de descargo también. Y no había oxígeno en el dormitorio de Albert Cann, de eso estaba seguro. ¿O no?

Felix era un hombre justo y meticuloso y por eso, sin moverse de donde estaba, revisó sus recuerdos, repasando despacio los acontecimientos del día, desde el momento en que había cogido la llave de debajo del felpudo hasta el preciso instante en que el anciano acostado había dicho aquellas fatídicas palabras: «¡Ya era hora!».

Se tomó su tiempo. Sin prisas. Quería asegurarse de que no se le escapaba nada. Pero su memoria no encontró obstáculo alguno en lo que tenía por verdadero. No encontró trampa ni revelación ni área nebulosa en

la que de pronto descubriera que se había liado y se viera obligado a revisar su versión de los hechos. No se le ocurrió nada que no hubiera formado parte de la experiencia entonces o que pudiera haber sucedido en el orden equivocado.

Felix sabía que estaba en lo cierto, pero también que era mayor.

Se estudió ceñudo las manos apoyadas en las rodillas. Eran manos grandes y fuertes de jardinero con algo de vello en los nudillos y protuberancias que no había detectado la última vez que se las había mirado. Claro que la última vez que recordaba haberse mirado a conciencia las manos había sido cuando se le había quedado el pulgar pegado al fuselaje de un Airfix Spitfire y su madre le había hecho sumergirlo todo en un cuenco de agua tibia durante media hora mientras las pegatinas de la RAF se despegaban con tristeza de las alas y flotaban en el agua.

Las de ahora no eran las mismas manos. ¡Eran las de un anciano! Y, en cambio, allí estaban, en el extremo de sus brazos, maltrechas y arrugadas.

Su memoria también estaba ya maltrecha y arrugada, llena de colinas y barrancos en los que podían esconderse verdades o mentiras. Recordaba perfectamente haber forrado las paredes de aquel papel tan setentero cuando se habían mudado, su aspereza y el olor de la pasta adhesiva, pero a veces se olvidaba de reciclar la basura. Con frecuencia, de hecho. Y la semana pasada, sin ir más lejos, se había olvidado de una cita médica. Y había ido dos veces a por leche a la tienda de la esquina y había vuelto con la bolsa de malla de Margaret llena de todo menos leche. Hasta había comprado ocra, que ni le apetecía ni sabía cómo cocinar, así que ¿para qué demonios la había comprado?

Lo cierto era que había empezado a olvidar cosas, con lo que, si esa mañana había olvidado algo, ¿lo sabría siquiera? ¿Recordaría que lo había olvidado? ¿O el olvido sería absoluto? Lo aterraba pensar que pudiera esperarle un futuro de olvidar su pasado. ¿Llegaría a olvidarse de Margaret algún día? ¿De Jamie?

La sola idea lo atemorizó. Y de pronto, lo asustó algo más. Hasta entonces había tenido clara una cosa: que, cuando la Policía lo detuviera, creerían su versión de los hechos porque las pruebas la respaldarían, que bastaría con que les contara la verdad para que entendieran cómo había

tenido lugar la tragedia. Pero ¿y si su verdad era errónea? ¿Y si algún pequeño detalle que había pasado por alto u olvidado avalaba otra verdad completamente distinta?

En ese caso, asesinar al hombre equivocado y huir de la escena del crimen quizá no resultara comprensible en absoluto. Quizá sonara a homicidio, sin más.

Otra oportunidad

A Calvin Bridge no le gustaba el caso Cann.

Para empezar, le había hecho pensar en su propia mortalidad. Ya pensaba en ella más a menudo de lo que probablemente era saludable. O lógico, dado que aún le vivían los cuatro abuelos, con Dermot Bridge a la cabeza, aguantando como un campeón a sus noventa y nueve años.

Pero Calvin nunca se había sentido del todo parte de la familia. Nunca se había parecido mucho a sus hermanos, todos morenos, ni pensaba en absoluto como ellos; por eso siempre había pensado que confiar en que compartían la misma esperanza de vida era un privilegio que no debía dar por sentado. En consecuencia, era consciente de que quizá dispusiera de un tiempo limitado para encauzar su vida y de que ya había quemado un cartucho con Shirley. Desde entonces no había vuelto a tener una novia en condiciones, y estaba a punto de cumplir veintisiete, que casi era como tener treinta, que a su vez estaba a solo diez de los cuarenta, momento a partir del cual ya podría darse por vencido y rodar cuesta abajo hacia la tumba.

Así que, obviamente, aquel caso le había traído al pensamiento, una vez más, el fantasma de la muerte. Luego, las reflexiones inocentes de Geoffrey Skeet del día anterior sobre la gente de Tiverton a la que quizá ambos conocieran lo habían inquietado aún más. El anciano había ido soltando nombres mientras recorrían el serpentino camino que separaba Exeter de Bideford: Tigger Jackman, Derek Trott, Cynthia Curley, Paul Minster… No le sonaban de nada. Salvo uno.

Cynthia Curley era su madre.

El anciano lo había dicho en tono interrogatorio y Calvin se había quedado pasmado y después había negado con la cabeza. «No la conozco».

Y Geoffrey Skeet había saltado a otro recuerdo sin él y lo había dejado atenazado por un temor oscuro.

Cynthia Curley había estado entrando y saliendo de la cárcel por robo y venta de objetos robados prácticamente toda la vida de su hijo y a Calvin no se le ocurría cómo podía haberla conocido aquel anciano. Se había esforzado demasiado por olvidar sus antecedentes familiares para que un sospechoso cualquiera, sentado en el asiento de atrás de un vehículo policial, los levantase de pronto como una costra para que todos sus compañeros le vacilaran. O, peor aún, para que se filtrara a otros ámbitos de la sociedad y hasta el último ladrón de poca monta al que había enchironado se creyera con derecho a preguntarle por qué no detenía a su madre por delitos de verdad en vez de a él por mangar un *pack* de cervezas en Morrisons o chutarse a la puerta del White Hart.

Quería a su madre, pero, llegado el caso, la negaría como Pedro a Jesucristo.

—¿Estás bien, Calvin?

Se sobresaltó cuando la inspectora jefe King le lanzó una carpeta al escritorio por encima del hombro.

—Sí, señora.

—¡Vamos, no me jodas! —espetó ella.

Calvin se puso como un tomate. «¿Cómo lo sabe?» ¿Tan transparente resultaba? A lo mejor era preferible que se lo contara. Ojalá tuviera la tranquilidad de que ella…

Entonces se volvió y vio que King no se lo decía a él, sino a la máquina expendedora. La máquina expendedora de la comisaría de Bideford era la mayor ladrona que conocían. Peor aún: los seducía mientras les robaba, desplegando sus brazos espirales para ofrecerles una chocolatina o un sándwich y negándose después a entregarles el tentempié, que dejaba unas veces en la boca de la bandeja y agarraba otras por el tobillo para que quedara colgando al borde del precipicio, como un deudor de la mafia suspendido cabeza abajo del extremo de una azotea.

Calvin había perdido decenas de monedas a lo largo de los años y siempre suspiraba sin más y confiaba en tener más suerte la siguiente vez. Pero Kirsty King estaba hecha de otra pasta, así que aporreó fuerte el cristal

y, al ver que no funcionaba, agarró la máquina por las esquinas superiores y la zarandeó hasta que escupió el Twix que había pagado y una bolsa de patatas fritas que no. Soltó las patatas en el escritorio de Calvin.

—Tu día de suerte —le dijo y se sentó.

—Estas las pagué hace una semana —musitó él mientras abría el aperitivo—. ¿Skeet ha cantado ya?

—Sin comentarios —contestó ella encogiéndose de hombros—. Puto fastidio. Es obvio que está encubriendo a sus hombres.

—O mujeres —sugirió Calvin.

—O mujeres —coincidió ella—. He mandado a Pete a Black Lane a ver si alguien tiene imágenes de la escena y probaré de nuevo con el anciano esta mañana, pero, si no me falla la intuición, verás como no le sacamos nada. —Calvin asintió con la cabeza y la inspectora jefe King lo miró fijamente—. Por cierto, ¿tú estás bien?

—Sí, señora —contestó él sorprendido.

—¿Seguro? Tienes cara de perro pachón.

Eso le dolió. Le gustaba pensar que tenía la cara de Ryan Gosling.

King lo estudió con frialdad por encima de la doble barra de su Twix y a él lo inundó una mezcla de irritación y admiración por la perspicacia de su jefa. Procuró parecer contento.

—Estoy bien, de verdad —mintió.

Ella enarcó las cejas, pero al ver que él no decía nada más, añadió, acercándole la carpeta por la mesa:

—Bien, porque te vas a encargar del caso.

—¡Ah! —dijo él mirando el expediente del caso Cann.

—¿Algún problema?

«¡Muchos!», pensó Calvin, pero dijo:

—No… Es que… tengo sentimientos encontrados con respecto a la eutanasia, nada más.

—¿Tienes sentimientos encontrados con respecto a un acto ilegal?

—Sí. Bueno, no, claro. Pero…

Viendo que lo había incomodado, King le guiñó un ojo.

—Tranquilo, Calvin, esto es muerte asistida, no eutanasia. Hay una línea muy fina entre las dos, pero no te líes: este caso no es ninguna batalla

ideológica espectacular. Las personas implicadas son aficionados. Aficionados torpes. En la cuerda floja. Por eso hay que llevar a los tribunales a gente como Geoffrey Skeet. No es médico. No es filósofo ni gurú. Es un profesor de Historia jubilado haciendo de Dios. Peor aún, ¡se lo encarga a otros! Sin formación ni supervisión ni repercusiones si algo sale mal. Y, créeme, es cuestión de tiempo que eso pase.

—Sí, señora —dijo Calvin.

—No hay gran cosa en el expediente —continuó ella señalando la carpeta—. Y tampoco parece que haya nada turbio en el testamento de Charles Cann. Ninguna cláusula dudosa por la que se nombre a Skeet beneficiario de nada.

«Menos mal», pensó él. Aunque lo que decía la inspectora jefe de los exiteros era comprensible desde el punto legal, Calvin empatizaba sin querer con la postura moral de Skeet y le alegraba que los motivos del anciano no lo hubieran decepcionado.

Al menos de momento.

—Es obvio que, con su discapacidad, Skeet no pudo haber participado directamente en el asesinato —prosiguió King—, pero es muy probable que sea la única vía que vamos a tener para llegar a los autores de los hechos, así que voy a pedir que nos den noventa y seis horas si hace falta para exprimirlo todo el tiempo y todo lo fuerte que nos sea legalmente posible.

Calvin se limitó a asentir con la cabeza. King lo miró más detenidamente.

—Otra oportunidad de demostrar tu valía, Calvin.

—Sí, señora.

—Bien. —La inspectora jefe le sonrió—. He mandado a Pete al Colegio de Odontólogos para que intente localizar a ese doctor Williams y empezaremos por verificar la versión de los hechos de Reggie.

Se levantó, salió y dejó a Calvin mirando la carpeta de cartulina marrón que tenía en la mesa delante de él.

86923 CANN, ALBERT

No la abrió. De manera inconsciente, retiró las manos de la mesa y apretó los puños, nervioso, sobre los muslos.

—¡Vamos allá!

Se puso en pie despacio, agarró la carpeta y salió detrás de King.

Calvin Bridge no buscaba otra oportunidad de demostrar su valía.

Sobre todo si eso significaba tener que relacionarse con alguien que pudiera descubrir de quién era hijo.

Buttons

Si a Geoffrey no lo hubieran detenido por un delito que había cometido él, Felix jamás habría accedido a ponerle la comida a su gato.

Ponerle la comida al gato de otro era muy distinto de ponérsela a su perro. Para dar de comer a un gato primero había que encontrarlo y, aun así, nunca estaba donde debía cuando tenía que estar. Ponerle la comida al gato de otro era como intentar planificar un fin de semana en Brigadoon[1].

Dicho esto, cuando Felix llegó a Exeter, hacia las once de la mañana siguiente, ya había un gato naranja grande sentado a la puerta del domicilio de Geoffrey, con lo que la primera parte de la tarea fue pan comido.

Solo había un aparcamiento libre un par de casas más allá y, como no tenía previsto tardar mucho y la zona parecía medio decente, ni siquiera echó el seguro ni subió las ventanillas. Margaret se habría puesto hecha una furia. Casi podía oírla acusándolo de «¡Temerario!».

Estaba seguro de que no iba a pasar nada.

La casa formaba parte de una hilera de adosados de ladrillo rojo. En la puerta medio pelada había un rótulo rústico, de madera, que rezaba «DUNLOANIN'» y que hizo sonreír a Felix: al menos Margaret aún estaba lúcida cuando ellos habían terminado de pagar la hipoteca y había podido disfrutar de ese instante de alivio.

Miró debajo del felpudo y de las botellas de leche, pero no había llave. Claro que Geoffrey tampoco le había dicho que fuera a haberla. Como no le había dicho nada de ninguna llave antes de colgar, Felix se acercó a la vivienda de la derecha y llamó a la puerta.

La vecina, que tenía llave de la casa de Geoffrey, le dijo que le habría puesto la comida al gato con mucho gusto si él se lo hubiera pedido. Le pareció que le fastidiaba que no lo hubiera hecho, así que trató de serenarla

convenciéndola de que le debía un favor a Geoffrey y había insistido en encargarse él de la tarea.

Abrió la puerta y Buttons pasó enseguida al interior en penumbra.

La vivienda estaba mal ventilada y olía como muchas otras en las que Felix había entrado en los últimos años: a medicinas. Por la enfermedad de Geoffrey, supuso. Había otros indicios más visibles de su párkinson: un salvaescaleras en un bonito tono esparadrapo descolorido y unas muletas apoyadas en la pared de detrás de la puerta de la calle.

Entró en la cocina y empezó a abrir armarios abarrotados de cosas hasta que dio con una caja que contenía una decena de sobrecitos de comida para gatos. Vació tres en un cuenco y lo dejó en el suelo; luego llenó un bol más grande de pienso y otro más grande aún de agua.

—Ahí tienes, Buttons…

Se volvió, pero el gato había desaparecido.

«¿Ves?»

Lo buscó irritado, pero se tranquilizó al ver que había gatera en la puerta principal. Bien. El gato podía entrar y salir cuando quisiera y comer cuando le apeteciera. Con toda la comida y el agua que le había dejado y una vecina dispuesta a tomar las riendas, Felix ya no tendría que volver a preocuparse. Seguro que Geoffrey no tardaba en volver a casa. Debía de ser obvio para la Policía que, en su estado, no podía haber participado activamente en la muerte de Cann.

Satisfecho de que ponerle la comida al gato hubiera resultado mucho menos complicado de lo que pensaba, Felix se dirigió de nuevo a la puerta de la calle. Por el camino, miró de reojo el salón, donde había un sofá, un televisor y un pequeño escritorio pegado a la ventana con un monitor enorme encima y un mueblecito archivador de color negro a su lado, sobre la moqueta.

Se detuvo, dio media vuelta y entró con cautela en la habitación. Se sintió un poco travieso por hacerlo. Estaba abusando de la confianza de Geoffrey: este le había pedido que le pusiera la comida al gato y, habiéndolo hecho ya, lo lógico era que se fuese.

Pero aquel archivador…

Se puso las gafas de leer y lo examinó. Los tres cajones tenían un cartoncito manuscrito en la ventanita de la etiqueta: «A-F», «G-M», «N-Z».

Miró a su espalda, como si alguien pudiera estar vigilándolo, y abrió el primer cajón. Había decenas de carpetas colgando, todas ellas etiquetadas con un nombre. Cogió una al azar: «AUSTIN». Dentro había una carta de descargo estándar con el nombre y la edad de una tal Joyce Austin, de Kidderminster. Eso quedaba fuera de su jurisdicción. Felix solo hacía el West Country. Había llegado hasta St Ives y Bristol, pero nada más. No tenía ni idea de quién llevaría Kidderminster. Debajo de la carta de descargo había un testamento y Joyce Maureen Austin había garabateado su firma al final de ambos documentos.

Geoffrey le había explicado que la carta de descargo estaba pensada para proteger a los exiteros, que trabajaban al límite de la legalidad, y que se guardaba una copia del testamento para demostrar que ningún exitero se había beneficiado de la muerte del cliente. A Felix le parecía muy buena idea.

Guardó el expediente de Austin donde lo había encontrado y pasó a la C: «CANN». No había nada en la carpeta de cartulina marrón. No podía haberlo, claro, porque él se había dejado el testamento y la carta de descargo dentro del maletín, en el descansillo. Además de otras pruebas que posiblemente terminarían condenándolo.

Cerró la carpeta enseguida y la guardó en el cajón.

Abrió los otros dos cajones y hurgó en ellos con premura, identificando los nombres de las personas a las que él había facilitado la muerte: Garth, Herman, Keith, Pares, Powel, Rhys, Rodger, Sandish…

No buscaba nada en concreto, pero lo encontró. Aunque la última etiqueta rezaba «YOUNGER», había otra carpeta sin etiquetar detrás de esa. La sacó y la abrió. Dentro había solo una hoja con una lista de nombres y números de teléfono. Hasta que no vio el quinto nombre de la lista, «Chris», tachado, no cayó en la cuenta de que eran exiteros. Había un «John», claro, el tercero, y al final del todo estaba «Amanda».

Amanda, que podía confirmar o desmentir su recuerdo de lo sucedido.

Felix exploró la estancia en busca del teléfono. Sin vacilar, marcó el número.

—«Hola…»

—Hola, Amanda, soy…

—«… ahora no te puedo atender, pero vuelvo enseguida, así que, por favor, deja un mensaje después de la señal y te llamo en cuanto pueda. ¡Sobre todo si es para algo bueno! ¡Hasta luego!»

Sintiéndose imbécil por no haberse dado cuenta de que era el contestador automático, esperó la señal.

Piii.

—¿Hola? ¿Amanda? Soy Fe… John. De… —Calló. No había pensado qué decir. Seguramente no convenía que mencionara a los exiteros ni a Cann ni a Abbotsham ni nada que pudiera indicar de qué iba todo aquello a un tercero que oyera el mensaje. Lo arregló lo mejor que pudo—. De la casa. John. Del otro día en la casa. A la que fuimos juntos. ¿Te acuerdas? ¿Te importaría llamarme, por favor…? —Tuvo que improvisar de nuevo—. Pero a este número no. A mi número de casa… —Se lo dictó despacio para que le diera tiempo a coger un boli y anotarlo. Luego recordó—. Ahora no estoy allí, pero volveré… —Estiró el brazo y apretó los ojos para mirarse el reloj—. Hacia las…

Piii.

Se había quedado sin tiempo.

Empezaba a sudar. Se enjugó la frente con el pañuelo. Pensó en llamar otra vez y hacerlo un poco mejor, pero con una ya se había estresado bastante. Bueno, le había dejado su teléfono. Cuando ella lo llamara, le aseguraría que no tenía intención de implicarla en ninguna investigación. Solo quería que lo ayudara a tranquilizarse para poder ir a la Policía completamente seguro de su propia versión de los hechos.

Colgó y echó otro vistazo al listado de nombres que tenía en la mano. Una docena en total, pero seis de ellos tachados, incluida la pobre Wendy, con lo que suponía que el resto eran antiguos miembros de la organización. Además de Amanda y de él, quedaban Rupert, Delia, Connor y Jim. Serían nombres falsos como el suyo, pero, por lo visto, los teléfonos eran de verdad.

Miró ceñudo el documento. Los testamentos y las cartas de descargo le habían parecido muy buena idea cuando Geoffrey se lo había comentado,

pero de pronto le dio por pensar que dejar semejante rastro en papel era una idea espantosa. Geoffrey no paraba de insistirles en la importancia de que fueran cautelosos y, en cambio, tenía en el salón de su casa, bien visible, un archivador repleto de pruebas.

Entonces se le ocurrió que tal vez aquella era la razón por la que Geoffrey le había pedido que fuera a ponerle la comida al gato. ¿Se proponía que entrara en su casa y hurgara en el archivador? ¿«Ponerle la comida al gato» era una especie de forma en clave de pedirle que ocultara las pruebas?

Le inquietaba muchísimo la sola idea de hacer algo tan… delictivo.

Aunque parecía sensato.

Dobló despacio la lista de exiteros y se la guardó en el bolsillo interior de la cazadora beis. Metió la carpeta vacía al fondo del cajón y lo cerró. Luego sacó el pañuelo por segunda vez en cinco minutos y limpió el archivador. Después abrió los cajones sirviéndose también del pañuelo y lo pasó por las etiquetas de plástico, deteniéndose en particular en las de Austin y Cann.

«Eso, no dejes huellas».

Felix ignoró la vocecilla insidiosa de su interior. Terminó de limpiar la etiqueta de Cann, pero luego la soltó del todo, se la guardó en el bolsillo y dejó solo la carpeta marrón vacía. Se incorporó, se dirigió a la puerta y desde allí echó un vistazo.

El mueblecito archivador era un imán para sus ojos.

Era una torpeza dejarlo ahí. Seguro que Geoffrey estaría de acuerdo.

Se acercó de nuevo y lo cogió en brazos. Intentó cogerlo en brazos. Le llegaba por la rodilla, pero pesaba un quintal. No podía cargar con él hasta el coche, desde luego, al menos sin llamar la atención por que se le cayera o sin fastidiarse la espalda, así que decidió empujarlo, deslizarlo por la moqueta apartándolo del ordenador y colocarlo al lado del sofá. Entonces fue a la cocina y abrió uno de los armaritos que había abierto antes cuando buscaba la comida del gato. Era el de los trapos. Por lo visto, Geoffrey era un obseso de los paños de cocina y debía de tener unos cuarenta doblados en dos torres perfectas. Felix los fue mirando sin sacarlos y eligió uno que

llevaba estampada una imagen de «los cinco grandes de África» porque dudaba que alguien pudiera querer secarse las manos con un búfalo.

De nuevo en el salón, tapó el archivador con el paño, que lo ocultaba casi entero y lo hacía parecer más bien una mesita auxiliar. Dio un paso atrás para contemplar su obra y le puso encima un tiesto para desalentar aún más a los curiosos. Se sentía un poco grosero por redecorarle a Geoffrey el salón, pero le parecía prudente, dadas las circunstancias.

Después salió, cerró la puerta y suspiró aliviado por el trabajo bien hecho.

Le devolvió la llave a la vecina, que prometió echar un ojo a Buttons hasta que Geoffrey volviera a casa, y se dirigió a su coche con las llaves colgando del dedo.

—¿Perdone…? —oyó decir a una mujer.

Se volvió hacia la calzada y vio un coche que se situaba despacio a su altura.

¡Un coche patrulla!

Se sobresaltó tanto que tartamudeó un poco. El susto lo estremeció y le produjo sudores fríos por todo el cuerpo.

—¡Sí! —dijo—. Ho-hola. ¿Qué?

La mujer conducía, pero también iba alguien en el asiento del copiloto. Un hombre más joven. Ninguno de los dos de uniforme.

—¿Se marcha, señor?

—¿Qué? ¿Adónde?

—Que si se va —dijo ella señalándole las llaves que llevaba en la mano —. ¿Va a sacar el coche?

Felix se quedó pasmado un minuto mirándose las llaves y por fin entendió a lo que se refería la mujer: quería ocupar su plaza de aparcamiento. Nada más. ¡Nada más!

—Sí, señor —contestó—. Me marcho ya. Me voy a casa.

—Gracias —sonrió ella y puso el intermitente.

«La he llamado “señor”. Me ha entrado el pánico. ¿Qué hago?, ¿me explico? No, que me va a ver sudar…»

Felix se acercó aprisa al coche con la etiquetita de plástico del expediente de Cann pesándole en el bolsillo como un plomo. Subió y

desocupó la plaza lo más rápido posible, a pesar de que le sudaban tanto las manos que se le escurría el volante. Mientras se alejaba, vio por el retrovisor cómo el vehículo policial rebasaba la plaza y entraba en ella marcha atrás con una sola maniobra perfecta.

Lo había puesto tan nervioso su encuentro con la Policía que volvió a casa con el piloto automático, ajeno a insignificancias como el tráfico o las indicaciones de la carretera. Hasta ese punto lo angustiaba su súbito descenso al inframundo criminal. El día anterior había asesinado a un hombre. Hoy se había llevado algo que podía resultar una prueba esencial para la Policía y había ocultado otras, y después se había librado por los pelos de que lo pillaran con las manos en la masa. Iba tan distraído con sus delitos que de pronto se sorprendió aparcando delante de su casa como si hubiera llegado allí por arte de magia.

Y, por eso, hasta que no le saltó por encima del hombro algo aterradoramente veloz y sigiloso que desapareció después por un lateral de la casa como un cohete en medio de una nebulosa naranja, no entendió que, sin saber cómo, también le había robado el gato a Geoffrey.

Como en los viejos tiempos

La inspectora jefe King condujo hasta Exeter mientras Calvin se agarraba al salpicadero como en los viejos tiempos. Se había puesto el único traje que tenía, el azul marino que no había vuelto a llevar desde su experiencia anterior con King, hacía más de dos años. Esperaba que ella no lo reconociera.

Tuvieron suerte con el aparcamiento porque justo se iba uno.

La casa de Geoffrey Skeet le recordaba a la de su abuelo. Olía a cenas de colegio y a moqueta vieja, y de las paredes deslustradas del recibidor colgaban imágenes descoloridas de barcos de guerra y gatitos. Había un salvaescaleras. La inspectora jefe King desplegó el asiento, se sentó en él y toqueteó los mandos.

—Siempre he querido subirme en un cacharro de estos —dijo, pero no consiguieron hacerlo funcionar, así que entraron en el salón, donde había sillones feos y demasiado mullidos y un escritorio desvencijado con un monitor tan enorme que tapaba la luz del mirador. Un montón de adornos polvorientos se apiñaban en un aparador inmenso. Todas las superficies de la estancia estaban ocupadas por algún aparato pasado de moda o algo que tendría que haber estado en un cajón, pero, cuando Calvin abrió uno, lo encontró hasta arriba de cosas que tendrían que haber estado en la basura.

—Céntrate en encontrar algo que vincule a Skeet con los exiteros —le pidió King—. Nombres, números de teléfono, folletos, carteles…, ya sabes.

—Sí, señora —contestó Calvin y, con los brazos en jarras, fue girando en círculo desde el centro de la estancia sobrecargada—. Esto nos va a llevar una eternidad —dijo dando un suspiro.

—¡Bingo! —exclamó King y, al volverse, Calvin se la encontró arrodillada delante del cajón abierto de un mueblecito archivador de color negro, con un paño de cocina colgado del brazo como si fuera una metre. —

Se acercó enseguida—. Esto podrían ser clientes —añadió ella y, sacando una carpeta del primer cajón, leyó el nombre de la etiqueta—: Raymond Arlow. ¿Te suena?

—No, señora.

—Ni a mí, pero aquí hay una carta de descargo idéntica a la que encontramos en la escena del crimen, y el testamento y las últimas voluntades del señor Arlow. —King hurgó en el cajón de la A a la F—. No hay expediente de Cann, pero imagino que es porque el testamento y la carta de descargo los tenemos en comisaría.

—¡Pues sí que ha sido fácil!

—Sí —dijo ella despacio—. Y eso siempre está bien…

Pero Calvin no la veía muy convencida.

—¿Ocurre algo, señora?

King se sentó sobre los talones y exploró la estancia.

—Que igual ha sido… demasiado fácil.

—Estaba escondido debajo de un paño de cocina —señaló él y ella rio y él se puso colorado y añadió—: Perdone… Quiero decir que no estaba completamente a la vista.

King sonrió de nuevo.

—No, si tienes razón: estaba tapado con un paño de cocina. —Miró fijamente el trapo, luego el archivador y después el trapo otra vez—. Pero eso casi me hace sospechar más que si estuviera a la vista. Como si quisiera que pensáramos que hemos encontrado algo que intentaba esconder y así dejemos de buscar.

—¿Qué más cree que podría haber?

—Pues, para empezar, aquí no hay ningún registro de los nombres ni de los teléfonos de los exiteros —dijo repasando las fichas rápidamente y volviendo a sentarse después sobre los talones—. No tiene sentido. En algún lado estará.

—Yo guardo todos mis contactos en el móvil —sugirió Calvin encogiéndose de hombros—. ¿Skeet llevaba móvil?

—Un Nokia del Pleistoceno —contestó ella—. Con su funda de polipiel y todo, tan mala que hasta Tony Coral ha pensado que era buena. —Calvin

sonrió. El sargento de guardia era tan retro que casi volvía a estar a la moda —. ¿Qué tal se te dan los ordenadores?

—No se me dan mal.

—Mira a ver si puedes encender ese fósil —le pidió ella señalando el monitor con el pulgar—. Yo voy a echar un vistazo arriba.

Calvin se puso a cuatro patas para encender la CPU gris del tamaño de una maleta que había debajo del escritorio. No había visto un ordenador así desde que era niño, cuando su hermano Victor tenía uno con un ventilador chungo que hacía tantísimo ruido que no se podía ver la tele al mismo tiempo. Claro que tampoco quería ninguno ver la tele, porque estaban todos apiñados en torno al monitor, mirando con impaciencia la página web solo de texto que se cargaba a paso de burra.

Aquel PC volvió a la vida entre sibilancias exactamente del mismo modo que los de antes, y el teclado estaba igual de sucio y desgastado, con la E completamente borrada. Era tan lento que le dio tiempo a desmontar el ratón pegajoso y limpiarlo con el paño de búfalos antes de que la máquina terminara de arrancar.

Curioseó un poco, pero no parecía que hubiera mucho en el equipo. Ni siquiera había un navegador. Tenía instaladas versiones antiquísimas de Word y Outlook Express y había unas carpetas con archivos varios. No parecía que tuviera contraseña en nada y en cuanto abrió el programa de correo empezaron a entrar mensajes.

Al cabo de unos veinte minutos, bajó Kirsty King, se plantó a su lado y él le enseñó lo que había encontrado.

—Hay un par de correos personales en la bandeja de entrada, pero son sobre asuntos ferroviarios, unos recibos antiguos de eBay… Casi todo es correo basura y el resto parece que lleva sin leer desde marzo.

La inspectora jefe se quedó pensativa, dándose golpecitos con el índice en los dientes.

—¿Quién tiene un ordenador y no mira el correo?

—Nadie —contestó él—. Ni siquiera los pensionistas. Y tampoco me ha pedido contraseña.

—Raro.

—¿Otro «paño de cocina», señora?

—Puede —coincidió ella—. Quiere hacernos creer que no hay más que encontrar… —Suspiró—. Creo que deberíamos contar con que tiene otro móvil y otro ordenador. Los de verdad. —Calvin la observó mientras pensaba—. Vale —dijo al fin—, hay que volver a registrarlo todo, todas las habitaciones, de forma exhaustiva. Tiene que haber algo aquí. La documentación del archivo vincula a Geoffrey con la labor de los exiteros, pero está claro que sabe cómo esquivar a la justicia, con lo que probablemente tengamos que vincularlo a quienquiera que entrase en el domicilio de los Cann para poder acusarlo de algo.

—Sí, señora —dijo Calvin—. ¿Y si no lo conseguimos?

—Si no lo conseguimos, habrá que soltarlo —respondió King.

Reparar el daño

Geoffrey le había pedido que se escondiera, pero a Felix esconderse (incluso pensar en hacerlo) le hacía sentir como un fugitivo de la justicia. Que lo era, claro, por eso debía esconderse.

Llevaba levantado desde las seis y había pasado casi toda la mañana nervioso, sentado en la banqueta del recibidor, junto al teléfono, esperando a que Amanda le devolviera la llamada.

Sobre sus rodillas, la portada del *North Devon Journal* bramaba: «LA POLICÍA INVESTIGA LA MUERTE "SOSPECHOSA" DE UN PENSIONISTA». El artículo decía poco más. Lo sabía bien porque lo había leído veinte veces. Habían encontrado muerto a Albert Cann en su domicilio de Abbotsham y la Policía pedía la colaboración de cualquiera que hubiera presenciado alguna actividad sospechosa. Por lo visto, un vecino anónimo había dicho lo típico de que jamás habría pensado que algo así pudiera suceder allí, y no había más.

Se le hacía raro saber más de una noticia que la propia prensa; que nadie, de hecho, aparte de Amanda o como se llamara de verdad.

Claro que él tampoco lo sabía todo. Sabía lo que había hecho él y ya. Lo que hubiera ocurrido antes o después de que Amanda y él estuvieran allí era un misterio para Felix. Había cometido un terrible error, pero confiaba en que tuviera una explicación. Solo que aún no la había encontrado.

Doblaba y desdoblaba la lista de exiteros que se había llevado de casa de Geoffrey. Le daban ganas de llamarlos a todos, pero no sabía qué decirles ni en qué podrían ayudarlo. Además, tampoco quería usar el teléfono por si llamaba Amanda. Que no lo hizo.

A las nueve, volvió a pegar la nota adhesiva en la puerta de su casa y fue con Mabel a la tienda de la esquina, aunque a ella no le apetecía salir de

casa, al menos por la puerta de la calle. Había visto a un intruso pelirrojo acechando en el jardín trasero y, desde entonces, el balcón la tenía hipnotizada y su hocico húmedo iba dejando un rastro serpentino de babas que la delataban.

En la tienda, compró comida para gatos, guisantes congelados y dos botellas de medio litro de leche. De camino a casa, puntuó los jardines de cero a diez, pero pocos habían florecido ya y a casi todos les puso un tres o un cuatro. Algún tiesto de narcisos de toda la vida por aquí, una hilera intermitente de pensamientos por allá. Hierbajos por todas partes. El plantel no impresionaba. Hasta que llegó al jardín de los Martin, por supuesto, donde una vez más Mabel se detuvo a inspeccionar la tapia, que parecía una especie de tablón de anuncios para perros.

Mientras esperaba, Felix les bajó la puntuación a los Martin a un siete porque no habían cortado el césped desde su última valoración. A lo mejor estaban de vacaciones y por eso su jardín empezaba a parecer un poco abandonado. Los tulipanes comenzarían a abrirse al cabo de uno o dos días y eso le hizo pensar que iba a ser una pena que no hubiera nadie allí para apreciarlo.

Así que cogió uno: se inclinó sobre la tapia y arrancó un tulipán rosa que aún no había florecido del todo. Era sencillamente perfecto. Felix pasó el tallo carnoso por la anilla de la cremallera de su cazadora beis y siguió caminando, sintiéndose extrañamente… libre.

La señorita Knott estaba abriendo la cancela de la casa de Felix.

Él la interceptó. Se interpuso en su camino y miró de reojo, nervioso, la puerta de la vivienda. Aun desde allí, la nota adhesiva llamaba la atención.

—Hooola, Mabel… —dijo ella sonriente—. ¿Cómo está mi niña bonita?

Mabel meneó la colita.

—Hola, señorita Knott —contestó Felix con recelo.

—¿Vienen de algún sitio especial?

—No, no —respondió él sosteniendo en alto la bolsa de malla de Margaret—. De la tienda.

—La tenemos muy a mano, ¿verdad?

—Uy, sí. Mucho.

—¡Qué tulipán tan bonito! —exclamó ella señalándole la cazadora.

Felix lo miró. De pronto se sentía mal por haberlo cogido, sobre todo porque no iba a lucirlo más que el último tramo del camino. Cuando entrara en casa, se quitaría la cazadora, la colgaría en el perchero del recibidor y, antes de que anocheciera, la flor se pondría mustia, marchitaría y sus pétalos oscurecidos se secarían. Un precio demasiado alto por media manzana de pavoneo. Así que se quitó el tulipán de la cazadora y se lo ofreció a la señorita Knott.

—Tome —dijo—. Se lo regalo.

La vecina lo miró como si quisiera gastarle una broma, como si, al coger el tulipán, fuera a soltarle un chorro de agua a la cara.

—¿Seguro?

—Claro —la tranquilizó él y ella sonrió, lo cogió y le dio las gracias—. De nada —le contestó, y se hizo un silencio incómodo hasta que ella le llevó la mano a la pechera.

—Tiene aquí una…

Felix se apartó y se miró extrañado la cazadora. El manchurrón negro.

—Ah, sí, es rímel —dijo él.

—Ah.

Se hizo otro silencio mucho más incómodo y Felix rezó para que la señorita Knott se marchara. ¿Y si venían a detenerlo en ese momento? ¡Qué bochorno!

Pero en vez de irse, ella le ofreció una llave.

—Le traigo una llave de mi casa.

—Ah.

—Me dijo que se la trajera.

—Sí, sí —contestó él e intentó cogerla, pero llevaba las manos ocupadas con la correa y la malla de la compra, y la señorita Knott se inclinó un poco para ponérsela primero en una mano y después en la otra y los dos agitaron los brazos como si fueran marionetas hasta que al final la vecina se la coló en el bolsillo de la cazadora beis.

—¡Listo! —dijo sofocada.

—¡Gracias! —contestó Felix, sofocado también.

Entonces él dijo que se le iban a estropear los guisantes congelados, ella se despidió de Mabel y Felix enfiló aprisa el senderito, quitó la nota adhesiva de la puerta y entró en casa.

«¡Por Dios!»

Se quedó un instante al otro lado de la puerta de la calle, sintiéndose como si lo hubiera sacudido un vendaval. Le había empezado a sudar un poco el labio superior y aún tuvo que cruzar al trote la cocina y soltar la compra y a la perra para limpiárselo con el pañuelo.

En cuanto guardó la comida, etiquetó la llave de la señorita Knott y la colgó de un gancho; luego puso por fin una cucharada de comida para gatos en un platillo y lo dejó fuera, junto a la puerta de servicio, para indignación de Mabel. Pretendía que Buttons saliera de su escondite entre las matas, agarrarlo, meterlo en una caja y llevarlo de nuevo a Exeter antes de que Geoffrey volviera a casa y descubriera que no estaba.

Puso un huevo a cocer, untó un poco de pan y lo cortó en tiras. Miró el contestador, pero Amanda no había llamado, así que volvió a llamarla él. Tampoco esa vez lo cogió y a Felix empezó a preocuparle que no fuera a hacerlo. No le extrañaba. Era joven y obviamente le aterraba que volvieran a meterla en aquel lío cuando ya había conseguido escapar ilesa de él. Lo entendía. A fin de cuentas, él estaba intentando hacer lo mismo.

Se irguió y aquel pensamiento le hizo fruncir el ceño. ¡No! ¡Él no intentaba escapar de aquel lío! Se proponía entender el lío para poder deshacerlo, que no era lo mismo. ¿No?

Plantado delante de los fogones, experimentó una creciente inquietud.

Geoffrey, un inocente discapacitado, se encontraba en aquel preciso instante pudriéndose en el calabozo de una comisaría mientras él estaba allí, tan tranquilo, viendo borbotear un huevito moreno, con las tiras de pan esperando en un platillo, listas para sumergirse en la yema y morir.

Debería estar haciendo alguna otra cosa. Algo mejor. Algo… más. Pero ¿qué? Lo ignoraba. «¿Qué habría hecho Margaret?», se preguntó, y la respuesta le vino de inmediato a la cabeza. Margaret no estaría cociéndose un huevo y esperando a que alguien le devolviera una llamada. Ella cogería el toro por los cuernos, averiguaría lo que había ido mal y haría todo lo posible por arreglarlo.

Felix no sabía qué había ido mal ni podía devolverle la vida a Albert Cann, pero había otras formas de reparar el daño que había hecho.

Y podía empezar por reparar la valla.

Sin pensárselo más, apagó el fuego, les perdonó la vida a las tiras de pan y volvió en coche a la escena del crimen.

La valla

Abbotsham estaba a veinticinco minutos en coche de Barnstaple.

Felix tardó cuarenta.

«Esto es impropio de mí —iba pensando, nervioso, todo el camino—. Esto es impropio de mí».

No paraba de mirar de reojo la caja de herramientas que llevaba en el asiento del copiloto. No había vuelto a usarla desde que Margaret había enfermado porque ella le había absorbido todo el tiempo. Antes de eso, era bastante manitas, siempre reparando esto o mejorando aquello. Tanto era así que su mujer lo llamaba Manny Manitas. «¡Ojo, que viene Manny Manitas!» o «Aparta, Jamie, deja que pruebe Manny Manitas»… Las herramientas lo estaban esperando en el garaje, exactamente donde las había dejado hacía casi diez años. Se había sentido bien solo con llevar la caja al coche.

Desde Bideford había subido la colina hasta Abbotsham y girado a la derecha para enfilar Black Lane. Según se acercaba al domicilio de los Cann, fue aminorando la marcha… y entonces vio a un joven en la entrada, abrillantando el parabrisas de un pequeño deportivo rojo. Aunque el joven no levantó la vista, Felix ya había perdido el arrojo y pasó de largo. Cincuenta metros más adelante, la carretera volvía a estrecharse en un solo carril, punteado de setos altos, que serpenteaba ligeramente hacia las colinas y el mar.

Felix detuvo el Rover en un prado y dedicó un momento a recomponerse. Quería reparar la valla, no entablar conversación con nadie, pero de pronto había un joven a la entrada de la casa. Ignoraba si se trataba de un miembro de la familia o de un vecino o incluso, quizá, un agente de policía. Lo único que sabía era que no podía entrar mientras él estuviera

allí. Se miró el reloj y puso en marcha el coche. Hizo un cambio de sentido entre los setos y volvió por Black Lane.

El cochecito rojo había desaparecido.

La llave no estaba debajo del felpudo, pero la puerta estaba entornada, así que, después de pensárselo un segundo, llamó con los nudillos.

No respondió nadie.

Dentro se oía un televisor a todo volumen.

—¿Holaaa…? —gritó.

Nada.

Mabel subió de un salto el peldaño de entrada, abrió con el lomo la puerta y Felix salió corriendo detrás de ella a susurrarle furioso que parara y volviera, pero no le hizo caso. Al contrario, avanzó olisqueando el rodapié y entró tranquilamente en el salón, donde el perrito negro y marrón se acercó a ella trotando y meneando la cola.

Felix se asomó a la puerta. En el sofá había sentada una joven con un bote de Pringles encima de la tripa. Estaba viendo ese programa en el que unos chefs maleducados les gritan a los concursantes.

—¿Hola…? —dijo él con cautela.

Ella levantó la vista, sobresaltada.

—¡Ah! —exclamó—. Hola.

Era rolliza y bonita, como muchas chicas de la zona, con la cara redonda y las mejillas sonrosadas. Le echaba unos dieciocho años, pero llevaba el pelo rubio cortito apartado de los ojos con una pincita de colorines como si fuera una cría.

—Soy… Felix —dijo él tras un instante de vacilación durante el cual dudó si decir que se llamaba John. Se lio tanto él solo que al final optó por el nombre que estaba seguro de que iba a recordar.

—¿Qué hay? —contestó ella con una sonrisa algo perpleja—. Yo soy Hayley.

—Hola, Hayley. He… he venido a arreglar la valla.

—No sabía que estuviera rota —dijo la joven.

—Sí —contestó él—. Un trozo se ha caído. Porque estaba podrida. Por lo visto.

—¿Sí? ¿Viene de servicios sociales?

—Ajá —dijo Felix. Le fastidiaba mentir, pero no podía decir la verdad —. ¿Vives aquí?

—No —rio ella—. Soy la asistenta. —Felix miró con disimulo la habitación, hecha una pocilga, y la chica se puso colorada—. Ya —se excusó—. Yo lo intento, pero me canso mucho porque estoy embarazada, ¿ve?

Se señaló la tripa.

—Ah —asintió él, pero no miró. No hacía falta.

—Si le digo la verdad —prosiguió—, ahora mismo solo tengo ganas de llorar y de comer Pringles.

Y, para demostrarlo, empezó a temblarle la barbilla, se le llenaron los ojos de lágrimas y soltó un fuerte hipido, como si llevara un rato amenazando con brotarle de dentro, igual que una burbuja en el barro.

—Bueno, bueno… —dijo Felix.

Margaret lo había pasado fatal mientras estaba embarazada de Jamie: lloraba sin parar, como si hubiera sabido desde el principio lo mal que iba a terminar.

Le ofreció a Hayley el pañuelo y ella se enjugó las lágrimas, se sonó la nariz y, ya que estaba, se limpió los dedos de Pringles.

—Gracias —lloriqueó y le devolvió el pañuelo.

—Quédatelo —le dijo Felix.

Otros eran los tiempos en que uno podía prestarle el pañuelo a una señorita con la certeza de que tendría la decencia de devolvérselo habiéndose rozado apenas la frente, sin otra mácula que la de su perfume o su gratitud.

Esos tiempos, obviamente, se habían esfumado.

La chica se lo agradeció con un cabeceo y llamó a Mabel dándose una palmada en la rodilla.

—¡Qué perrito tan mono! ¿Cómo se llama?

—Mabel.

—¡Uy! —rio ella—. Hola, Mabel.

Y Mabel meneó la cola con el máximo entusiasmo, el que reservaba para cualquiera que le prometiera una fuente de grasas.

Felix echó un vistazo a la caótica estancia. Suponía que aquello era lo que pasaba por abolir el servicio militar obligatorio.

—Venga, que te echo una mano —le dijo y empezó a recoger.

Empezó por llevarse todos los platos y cubiertos sucios a la cocina mientras la chica se levantaba y llenaba el fregadero de agua caliente. Felix encontró una bolsa de basura que llevó a la entrada y la fue llenando de porquerías: periódicos antiguos, envoltorios, trozos de plástico de vete a saber qué… Todo lo que no era claramente basura lo dividió en cosas planas y cosas abultadas y lo colocó en dos montones sobre la mesita de centro. En el primero había recibos y correo basura. Casi todos los recibos iban dirigidos a Albert Cann y estaban sin abrir, hasta los de impagos. La idea de no abrir un recibo de inmediato era inconcebible para Felix y tuvo que hacer un esfuerzo supremo por no abrirlos él; en cambio, los puso todos en un montoncito ordenado. El otro montón era de cosas varias: deuvedés, cacharros del ordenador, figurines de plástico, ropa sucia y, curiosamente, un ladrillo con una goma elástica alrededor. Se quedó mirando el ladrillo, preguntándose qué haría allí y en qué montón lo ponía si es que lo ponía en alguno.

—¿Crees que querrán conservar esto?

—Lleva ahí una eternidad —contestó Hayley encogiéndose de hombros—. Y con una goma alrededor.

—Ya —terció Felix confundido, porque, de algún modo, la goma hacía que pareciera algo más que un ladrillo, así que lo dejó en la mesita y siguió limpiando.

Sacaron dos bolsas de basura del salón y entonces fue cuando Felix empezó a tener la sensación de que por fin empezaban a poner orden.

Hayley le sonrió.

—Gracias. ¡Ha sido usted muy amable!

—De nada —contestó él—. Encantado de ayudar.

—¡Ya tiene mucho mejor aspecto!

—Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio —dijo Felix.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—¡Madre mía, es totalmente cierto! Es usted una especie de Yoda del orden.

Felix no tenía claro lo que era «un yoda», así que se limitó a sonreír vagamente.

—Bueno, yo a lo mío —espetó, frotándose las manos.

—¿Necesita herramientas o algo? Reggie tiene algunas en el cobertizo.

—¿Quién es Reggie?

—Ya sabe —respondió ella y bajó la voz—, el hijo de Albert.

—Claro, claro —dijo él como si solo fuera un despiste. Debía de tratarse del joven del coche rojo.

Le dijo a Hayley que tenía sus propias herramientas. La dejó con sus patatas fritas y su tele espantosamente alta y fue al coche a por ellas. Luego se dirigió a la parte trasera de la casa.

Todo estaba como hacía dos días, solo que ahora Felix disponía de más tiempo para echar un vistazo. Levantó la mirada un segundo a la ventana que suponía que pertenecía al dormitorio en el que había muerto Albert Cann y recordó la desesperación, el pánico y la sorpresa que había experimentado al abrir la otra puerta.

—Vamos, Mabel —le dijo animoso.

El jardín estaba repleto de arbustos y lechos de flores, todos ellos ahogados por matas inmensas de zarzas que se alzaban casi cinco metros al aire y estrechaban la zona más o menos igual por ambos lados. Los arbustos seguían por allí debajo (Felix lo sabía porque de cuando en cuando un rododendro asomaba alguna florecilla desesperada entre la maleza o una rosa saludaba mientras se ahogaba en espinas), pero casi todos hacía tiempo que se habían convertido en mero enrejado para las fuertes especies invasoras.

Mabel estaba alterada por la novedad de todo aquello. Encontró «avisos» que leer en una vieja escalera de mano y también en un montón de tiestos vacíos. Persiguió a un reyezuelo por debajo del destartalado cobertizo y a una paloma por el ciruelo, y luego, olfateando, llevó a Felix por la hierba alta, más allá de un antiguo vivero con los cristales rotos, hasta donde el boquete de la valla los atraía como si fuera el portal a un universo mucho más ordenado.

Felix se puso a reparar el boquete. Como suponía, las estacas de la base del panel roto estaban podridas. No tenía estacas a mano, ni en el garaje ni en el cobertizo de su casa, pero sí varios maderos de cinco por diez centímetros a los que serró un extremo en forma de punta para clavarla más fácilmente en el suelo. Luego se dispuso a sujetarlos con montones de tornillos a los tablones existentes, serrándoles primero los extremos podridos a la altura de la base del panel.

No le llevó mucho tiempo improvisar cuatro estacas nuevas y atornillarlas bien a los tablones y, cuando tuvo el panel listo para colocarlo en su sitio, lo puso de pie y lo apoyó en el de al lado; luego salió al prado con una silla de jardín y un mazo y puso el panel en su sitio, inclinando la silla para mantenerlo erguido mientras trabajaba. Clavó las estacas nuevas en la tierra con tal facilidad y precisión que lamentó que no hubiera nadie allí para ser testigo de su pericia. Cuando las estacas quedaron perfectamente asentadas a nivel del césped y en línea con las demás, Felix estaba ya tan acalorado que tuvo que quitarse la cazadora beis y colgarla de la valla.

Tardó casi una hora y, al terminar, se limpió la frente con la manga del suéter e inspeccionó su labor. ¡No estaba mal! Además, hacía una eternidad que no disfrutaba tanto con algo.

Entonces cayó en la cuenta de que, al montar la valla, se había quedado atrapado al otro lado.

—¡Ja! —rio—. ¡Viejo bobo! —dijo, y se alegró de que, después de todo, no lo hubiera visto nadie más que Mabel.

Ya había estado a ese lado de la valla antes, claro, pero en aquella ocasión se había limitado a cruzar el prado cojeando y a ciegas hasta que había llegado a un seto, luego a una cancela, después a un sendero y a continuación a una parada de autobús. Tenía un recuerdo vago de todo eso. Pero ahora quería volver al jardín, no huir de él. Miró a su alrededor. Los vecinos tenían también una valla alta de madera al fondo de su finca, interrumpida solo por un manzano nudoso, situado junto a la puerta e inclinado sobre ella, del que colgaba media docena de nidales y comederos para pájaros. Montones de gorriones, herrerillos y pinzones revoloteaban y volaban por ellos peleándose por este fruto seco o aquella pipa de girasol.

A pesar del apuro, Felix dedicó un instante a disfrutar de la vista. Siempre le habían gustado los pájaros. Debería comprar un comedero. Compraría un comedero en cuanto atrapara a Buttons y se lo devolviera sano y salvo a Geoffrey. Eso le recordó qué había ido a hacer allí y que aún tenía que encontrar el modo de regresar al jardín de los Cann.

Volvió a asomarse por encima de la valla, pero era demasiado alta para saltarla, así que se subió a la silla y, aun así, la valla le llegaba por el pecho. Con cincuenta años, se las habría apañado, pero con setenta y cinco hasta el brinco esperanzado que dio sobre la silla hizo que esta se tambaleara peligrosamente y él se viera obligado a aferrarse a ella. Mabel le ladró furiosa, como si no se conocieran de nada. Se preguntó si a lo mejor solo lo reconocía de rodillas para abajo.

—¡No seas boba! —la reprendió, pero la perra estaba decidida a alertar a todo el planeta de su presencia, de modo que Felix se bajó de la silla y miró alrededor.

La fachada principal de la vivienda de los Cann daba a la calle y a las casas vecinas y, pasadas estas, al cielo suspendido sobre el prado que conducía al mar, pero las vistas desde la parte trasera eran mucho más bonitas: unos campitos verdes y luminosos salpicados de ovejas que descendían suavemente hacia el desfiladero y ascendían por el otro lado hacia Bideford.

Hacía años que perdía olfato, pero allí había naturaleza de sobra hasta para que inhalara el aroma de la vegetación diversa y del suelo que había bajo ella mientras, ahora que ya no manipulaba la valla ni la silla, los pajarillos volvían en masa al manzano e inundaban el aire con sus alegres gorjeos.

Se limpió las manos en los pantalones. Tendría que ir hasta el final de la hilera de casas y confiar en que hubiera alguna cancela que pudiera saltar.

Levantó la silla de plástico por encima de la valla y estaba a punto de dejarla caer al jardín cuando la asistenta abrió de golpe la puerta de servicio, corrió hasta el cobertizo y le gritó:

—¡Eh! ¡Que Skipper se ha caído!

Felix se quedó de piedra.

—¡Madre mía! —gritó sin más.

Pero ella le respondió a gritos:

—¡No puedo levantarlo yo sola!

Luego le hizo un gesto con el brazo y volvió dentro, esperando, por lo visto, que la siguiera de inmediato. Él no se movió. Se quedó mirando la casa entre las zarzas sin saber qué hacer. El cuerpo le pedía echar una mano, pero había supuesto que todo ocurriría a su ritmo, no tan rápido, no tan pronto, y le entró el pánico de pensar en volver a ver al anciano. ¿Cómo iba a mirarlo a los ojos y reconocer lo que había hecho? No estaba preparado para eso.

Imaginó a Margaret regañándolo: «¿No habías venido a ayudar?».

Suspiró. Con una fuerte aprensión, pasó la silla de nuevo a su lado de la valla y estudió el entorno más atentamente. Una de las ramas del manzano se curvaba con elegancia por encima de la valla del vecino. Felix colocó la silla debajo del punto más próximo a la curva. Se subió con cuidado, se agarró a la rama… y viajó de golpe en el tiempo. ¿Cuándo había sido la última vez que había tocado un árbol? ¿Cuándo había trepado a uno por última vez? ¡Madre mía, haría por lo menos sesenta años! Y, sin embargo, le era tan familiar: aquella corteza áspera y seca, el crujido de la madera mientras probaba su peso y la nube de pájaros que huían con premura al verlo invadir su mundo.

Tiró de la rama todo lo que pudo y levantó una pierna hacia ella. La silla se tambaleó de mala manera y Felix bajó el pie enseguida, temblando por dentro.

¡No lo iba a conseguir jamás!

Pero Cann necesitaba ayuda y Felix había ido allí con el expreso propósito de ayudarlo. No iba a cometer la torpeza de dejar que algo tan simple como un árbol se interpusiera en su camino.

Volvió a intentarlo. Echó un brazo por encima de la rama y luego la pierna derecha. No era fácil: hacía años que no levantaba tanto la pierna. Oyó un crujido y no supo si había sido el árbol o su cadera, pero consiguió calzar la rodilla derecha sobre la rama y luego por encima de ella. De pronto, la rama se desplazó, el pie izquierdo dejó de estar en contacto con la silla de jardín y Felix se vio definitivamente ¡en el árbol!, con la mejilla y la barbilla pegadas a la corteza. Movió la cabeza un poquitín y miró abajo.

Desde el suelo, la rama parecía estar a la altura de la cabeza, pero, desde la rama, el suelo estaba a una distancia vertiginosa y, aferrado a ella, Felix temió moverse, perder el equilibrio y caer al suelo como un mono de trapo atravesado por un dardo venenoso.

Pero había que moverse.

Avanzó un poco y vio que no se caía, así que inspiró hondo y lo hizo otra vez. «¡Date prisa!», le gritó Margaret. Felix aceptó por fin su destino y se dio prisa. Si lo conseguía, bien; si no, bien, porque la chica sabría dónde encontrar su cadáver y Mabel, además de llevar microchip, lograría llegar hasta la señorita Knott, estaba convencido.

En el fondo, no era tan difícil. Cuanto más avanzaba, más seguro se sentía. Lo había hecho antes; hacía muchísimo tiempo, claro, pero su cerebro, que lo sabía, les recordó a las manos, las piernas y los pies que aquello era del todo posible y esperó pacientemente a que se pusieran al día.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba viendo el borde superior de la valla debajo de él y la inminencia de la victoria lo ayudó a asirse más fuerte. Se bamboleó un poco al darse con la cabeza en un nidal y otro poco cuando uno de los comederos se le metió en la oreja, pero, salvo por eso, todo fue bastante bien y menos de cinco minutos después de iniciar aquella nueva aventura Felix ladeó las caderas y bajó las piernas de las ramas. Su idea era quedarse colgando de los brazos, valorar la distancia y aterrizar de pie, pero en cuanto las piernas abandonaron la rama arrastraron consigo el resto del cuerpo y cayó al suelo.

Quince centímetros.

El suelo lo sorprendió tan pronto que le fallaron las rodillas, volcó sobre el tronco del manzano y se abrazó a él para guardar el equilibrio.

«Estoy entero. ¡Estoy entero!»

A nadie le importaba, claro.

Despacio, libró al árbol de su abrazo, se sacudió la ropa y se dio unas palmadas en los muslos para quitarse trocitos de musgo, de corteza y de excrementos de pájaro, se irguió y cruzó el jardín de los vecinos aprisa y con renovada determinación. Si alguien le plantaba cara ahora, le diría que tenía que rescatar a un hombre y que estuviera atento por si lo necesitaba. Si intentaba detenerlo…, pues se lo quitaría de en medio.

Felix Pink había trepado a un árbol y ya nada era imposible para él.

—¡Aquí arriba!

La escalera estaba mejor iluminada que la última vez que Felix había estado allí. Al llegar al descansillo vio que era porque todas las puertas de la planta superior estaban abiertas.

Se detuvo pasmado a la puerta del dormitorio de Albert Cann y un escalofrío le recorrió la espalda. Había una bombona de oxígeno. Y no era pequeña, sino una de esas negras grandes, tipo escafandra autónoma, con válvulas, tubo y mascarilla de aspecto industrial, todo ello montado en un recio carrito para que el usuario pudiera transportarlo de una habitación a otra. Justo el tipo de artilugio que podría necesitar un enfermo de enfisema.

No estaba allí antes, de eso estaba seguro. ¿O no?

—¿Oiga? —gritó la chica—. ¡Aquí dentro!

Despacio, Felix dejó atrás el cuarto en el que había matado al hombre equivocado y entró en el dormitorio principal, donde el hombre correcto estaba sentado en la alfombrita de al lado de la cama, de espaldas a la puerta. Hayley lo sostenía pegándole las rodillas a la espalda.

—¿Qué hacía que no estaba en la cama, Skip? —refunfuñaba—. No debería levantarse sin ayuda. ¡Tiene cáncer!

—¡Que le den al cáncer! —gruñó el hombre desafiante—. El día que no pueda llegar al beque solo…

—Lo cogemos de un brazo cada uno —dijo la chica mirando a Felix por encima del hombro—. Tiene suerte de que Felix esté aquí, Skip. Yo sola no habría podido.

—¿Quién? —preguntó Skipper, con los ojos entrecerrados, aturdido, pero Felix se puso de lado para poder seguir a su espalda.

—De servicios sociales —contestó ella—. Ha venido a arreglar la valla.

—¿Qué valla?

—¡La del jardín! —Hayley miró a Felix con los ojos en blanco—. ¿Lo puede coger del otro brazo?

Felix se acercó con cautela desde atrás y ayudó a Skipper a levantarse del suelo. No fue difícil: no pesaba nada y Felix notó en el brazo las

costillas huesudas del anciano a través del pijama.

—¿Dónde está mi bastón?

—Se ha roto —respondió Hayley—. Tranquilo, que ya le conseguiremos otro. De momento, lo vamos a meter en la cama, ¿vale?

Con los brazos entrelazados, avanzaron los tres hacia la cama. Entonces Skipper paró en seco y dijo que aún «se hacía» y, en el centro de la habitación, ejecutaron los tres un cambio de sentido algo irregular que casi parecía una coreografía mal ensayada.

—Gracias —dijo Hayley cuando llegaron a la puerta, y sonrió a Felix como indicándole que ya se ocupaba ella del resto, así que él le soltó el codo al anciano y los vio salir despacio del dormitorio.

Felix miró alrededor.

Charles Cann.

Skipper.

Al caerse había tirado al suelo cosas de la mesilla. Agarrándose al borde del viejo mueble de roble, Felix se agachó, dando un chasquido, y cogió unas gafas de leer y un botecito de pastillas. Como las lentes eran muy gruesas, las sostuvo en alto para leer la etiqueta. Con ellas, la letra se veía enorme y distorsionada: «SULFATO DE MORFINA DE LIBERACIÓN PROLONGADA».

Lo asaltó un triste recuerdo. A Jamie le habían recetado el mismo analgésico poco antes de morir. Gracias a Dios. Dejó el botecito y las gafas en la mesilla y se agachó de nuevo para coger de la alfombra el bastón, que ahora tenía forma de ele. El pobre abuelo podía haberse roto la cadera. O algo peor.

Animado por su triunfo con la valla, pensó que quizá podría repararse, así que, cuando salió de Abbotsham, se lo llevó.

Felix estaba en un atasco. Estiró el cuello para ver a qué se debía, pero no había más que una fila de coches que descendía la colina desde el casco antiguo, bordeaba Pannier Market y continuaba por Bridge Street hacia el muelle.

Dos coches más adelante detectó un cupé rojo. Después de escudriñarlo bien, llegó a la conclusión de que era el mismo que había visto a la entrada de la vivienda de los Cann ese mismo día. Con el mismo joven al volante: Reggie Cann.

Se puso nervioso de inmediato.

«No seas bobo —se dijo con firmeza—. Él no te conoce».

Aun con todo, llevarlo a dos vehículos de distancia le parecía demasiado y buscó una forma de escapar del atasco y alejarse del coche rojo. Pero ya había dejado atrás el único acceso disponible a Buttgarden Street y ahora todos avanzaban despacio hacia Bridge Street, una calle estrecha de una sola dirección y tan empinada que había pasamanos para que los peatones pudieran agarrarse cuando subían. No le quedaba otra que seguir detrás del deportivo.

Lo observó con recelo. En una novela de espías, se abriría la puerta del conductor, el joven bajaría del vehículo y se acercaría a él. ¡Con un arma! Felix se estremeció y luego se dijo que estaban en Bideford y que aquello era imposible. Claro que, ¿no había matado él al hombre equivocado cuando todo había apuntado a que era el hombre correcto? Tampoco eso parecía posible.

Tragó saliva para deshacer el nudito que se le había hecho en la garganta mientras descendían poco a poco en procesión. Cuando el coche rojo llegó al pie de la colina, giró a la izquierda para entrar en el aparcamiento de delante del ayuntamiento. Cuando Felix llegara a ese punto, seguiría recto y cruzaría el puente viejo en dirección a su casa, en Barnstaple.

Solo que no lo hizo. En cambio, siguió al deportivo. Encontró un sitio y aparcó. Vio al joven salir del coche y dirigirse a la máquina de tiques, así que bajó del Rover y lo imitó. Hasta hizo cola a unos metros de la máquina, detrás de Reggie Cann, pero no se le ocurrió un modo de presentarse ni sabía siquiera si debía hacerlo. En el fondo, no tenía ni idea de qué hacía. ¿Iba a disculparse?, ¿o a exigir explicaciones? La idea de revelar quién era y lo que había hecho lo alborotó por dentro. ¡A saber dónde se estaba metiendo! Era preferible que vigilara al joven un rato, que intentara ver quién era y cómo era antes de actuar.

Pero esa vez iba a actuar. Se sentía más dueño de sí mismo que antes, más resuelto. Si no pensaba averiguar por lo menos qué había salido mal en la casa de los Cann, no tenía excusa para no entregarse de inmediato a la Policía y delegar en ella esa responsabilidad, por mucho que Geoffrey se empeñara en lo contrario.

Así que puso el tique en el salpicadero, abrió la ventanilla una rendija para Mabel y fue corriendo detrás del joven, algo emocionado por su propia proeza.

«Será el árbol lo que me infunde valentía», se dijo.

Allhalland Street tenía solo el ancho de un coche y estaba repleta de tiendecitas pintorescas, pero el joven no miraba los escaparates. Sabía adónde iba y avanzaba con tal brío que Felix se resentía a cada zancada. Cruzaron la calle mayor y siguieron por Mill Street, pasando por el supermercado, y luego bajaron por otra calle aún más estrecha hasta el muelle. Felix estaba deseando parar. Le faltaba el resuello y la cadera le chascaba todo el rato. No sabía ni qué le iba a decir, si es que tenía agallas para hacerlo, con lo que todo aquello podía terminar siendo una gran pérdida de tiempo.

Pero persistió y, cincuenta metros más adelante, Reggie Cann aminoró la marcha según se aproximaba a la terraza de una pequeña cafetería. Aunque soplaba un aire frío, un montón de clientes recios se disponían a comer al fresco, con abrigo y bufanda, y el joven serpenteó entre las mesas y las sillas esparcidas bajo los árboles.

Felix se detuvo al abrigo de un árbol próximo. Había dado alcance a su presa y ya no tenía excusa para no abordarla. Bastaba con que se presentara y se disculpara, y luego ya vería. Si la cosa iba bien, quizá descubriera información valiosa; si no…, bueno, si el asunto se complicaba, había mucha gente alrededor que seguramente acudiría en auxilio de un anciano.

Sintió la presencia de Margaret a su lado e inspiró hondo. Era ahora o nunca.

Entonces Reggie Cann se agachó a besar en la mejilla a una chica sentada a una mesa y Felix dio media vuelta y se alejó corriendo.

La chica era Amanda.

El gran derrochador

Calvin llevó a la inspectora jefe King al casco antiguo para comprobar la coartada de Reggie Cann.

CompuWiz era un establecimiento corriente situado en una hilera corta de edificios, enfrente del parque de bomberos y entre dos adosados. Estaba a diez minutos en coche de Abbotsham, solo a cinco de comisaría.

Cuando King abrió la puerta sonó una campanilla, pero aún tardó unos minutos en salir alguien del sombrío interior, con lo que a Calvin y a ella les dio tiempo a echar un vistazo a los misteriosos componentes electrónicos de las vitrinas polvorientas y a la pequeña selección de portátiles usados del escaparate.

—¿Sí…? —dijo el cincuentón que vino por fin a atenderlos, con barba de tres días, gafas y una camiseta de Asteroids que cubría el continuo espacio-tiempo en torno a su barriga.

—¿Es usted Daz? —preguntó King enseñándole su placa.

—Ya os he dicho mil veces que no compro ni vendo material robado —espetó el hombre con desprecio.

—No estamos aquí por un robo.

—Ah.

—Venimos por Reggie Cann.

—¿Está bien? Salió a comer el otro día y no ha vuelto.

—Está bien.

—Ah, vale —dijo Daz—, porque se ha dejado a medias un Mac y yo no tengo ni puta idea de Macs.

—¿A qué hora llegó aquí el martes?

—¿El martes? Pueees…, ¿hacia las ocho y media? A la hora de siempre, creo.

—¿Y a qué hora se fue a comer?

—¿Sobre las doce? No soy muy estricto con eso. ¿Pasa algo?

—¿Suele ir a casa a comer?

—Sí. Vive cerca, en Abbotsham, y es demasiado rácano para comprarse algo. ¿Qué tiene de malo eso?

—Su padre ha muerto —le dijo ella.

Daz la miró extrañado.

—¿Su padre ha muerto? ¿Está segura?

—El médico parecía seguro —replicó ella enarcando una ceja.

—Es que… pensaba que el que estaba enfermo era su abuelo.

—Y lo está —dijo King—. Están enfermos los dos. Estaban. Uno de los dos aún lo está.

—Vaya —espetó Daz con un resoplido—. Menuda mierda.

—Pues sí —replicó King—. ¿Qué le ha contado Reggie de su abuelo?

—Solo que estaba malo —contestó Daz encogiéndose de hombros—. De cáncer, creo, aunque igual me equivoco. Ahora parece que todo el mundo tiene cáncer, ¿verdad? ¡Igual yo lo tengo y aún no lo sé! —añadió riendo.

King esperó a que parara.

—¿Y de su padre también le ha hablado?

—No mucho.

—¿Alguna vez le ha comentado que alguno de los dos quisiera morir?

—¿Morir? No. No que yo recuerde. A ver, habla mucho de lo complicado que es cuidar de ellos y todo eso. Sobre todo del anciano. Vamos, que uno no dejaría sufrir tanto tiempo a un perro, ¿no?

—¿Reggie ha dicho eso?

—No —contestó Daz encogiéndose de hombros otra vez—. Lo digo yo…, que a un perro lo sacrificarías, ¿no?

Le dieron las gracias, se fueron y volvieron a la comisaría en silencio.

A la hora de comer, Calvin subió la colina hasta la casa de apuestas. Había tenido la desgracia de ganar la primera apuesta de su vida en las carreras de caballos. En honor a su hermano pequeño, había apostado una libra a ganador y colocado, treinta y tres a uno, por un caballo llamado Lucky

Louis en Worcester. El caballo había ganado fácilmente y el destino de Calvin estaba sellado. Ahora, casi diez años después, sentía el gusanillo prácticamente todos los días y lo único que le impedía perder el control era la paranoia de endeudarse.

De hecho, pasaba muchos almuerzos en el Ladbrokes de la calle mayor de Bideford, mirando ceñudo los periódicos pinchados en las paredes, garabateando en el boleto de color rosa *yankees* optimistas que luego arrugaba para cambiarlas por *trixies* algo menos atrevidas que descartaba en favor de dobles aún dudosas antes de pagar en ventanilla. Ese pago lo recibía Mike el Muerto, tan delgado y demacrado que cada vez que respiraba parecía resucitar, o Sylvie, que llevaba trabajando en el mismo establecimiento desde principios de los noventa y conocía por su nombre a todos los pringados de la localidad y hasta sabía lo que desayunaban algunos. En un local lleno de hombres, ella había sido objeto de interés en su día, pero aquello ya era historia y ahora llevaba el pañuelo rojo del uniforme anudado bien fuerte debajo de una oreja para que no se le viera la papada. Aun así, todavía coqueteaba de vez en cuando, al parecer porque tenía el monopolio. No entraban mujeres en las casas de apuestas.

Aunque las casas de apuestas llevaran una eternidad utilizando chicas guapas para promocionarse en eventos deportivos, Calvin jamás había visto a otra mujer en Ladbrokes aparte de la Vieja Veterana, que estaba allí sentada, encogida, con su anorak y sus katiuskas, pasara lo que pasara, y no hablaba nunca con nadie, salvo alguna vez con Mike el Muerto cuando hacía una apuesta.

Para Calvin ella no contaba.

La parroquia del local la formaba como mucho una docena de personas, casi todos parados o autónomos. Algunos tenían empleo, seguramente en alguna empresa cuyos jefes pensaban, ingenuos, que estaban en otro lado, haciendo cualquier otra cosa. El rey de los habituales era Dennis Matthews, Den para los que lo conocían, Denny para quienes creían conocerlo. Matthews solía apostar trescientas libras seis a cuatro y jamás iba a ningún lado sin su cojín inflable para las almorranas.

Nadie se reía de él. Tenía la cara colorada, los ojos saltones y los rizos dorados como un angelito que hubiera perdido su estatus de estrella infantil

a base de emborracharse. Cuando se sentaba, extendía los brazos y las piernas todo lo posible, de forma que cualquiera que se instalase a su lado, detrás o delante de él debía hacerle sitio o arriesgarse a intimar con su codo, su hombro gigante o su bota descuidada. De ese modo, había creado en el local un espacio grande en forma de Dennis Matthews que solo él estaba autorizado a ocupar.

Nadie más se sentaba en su sitio. Todos los habituales sabían que Matthews había estado entre rejas por agresión y nadie quería darle motivos para volver a chirona. Lo saludaban con humildad. Le enseñaban las apuestas que habían hecho o iban a hacer, se ofrecían a traerle café de la máquina, le reían las bromas sin gracia, le daban la razón cuando despotricaba de algo y, en general, hacían todo lo posible por no entrar en su lista negra. Hasta Mike el Muerto lo dejaba hacer apuestas fuera de hora. A veces, muy fuera de hora.

A pesar de todo eso, era un hombre desafortunado. Nadie del Ladbrokes de Bideford tenía tan mala suerte como Dennis Matthews. Cuando perdía, se levantaba y se plantaba delante de la inmensa pantalla (tan cerca que casi distorsionaba los píxeles con su aliento) y miraba furibundo al caballo/galgo/yoqui descarriado, como si la propia rabia pudiera hacer retroceder el tiempo. Si eso ocurría, todos se andaban con pies de plomo. Muchos se iban y volvían luego, cuando Matthews ya se había marchado y podían ver la tele otra vez.

Aun cuando ganaba, protestaba como si hubiera perdido. Siempre tenía que haber apostado más o sus ganancias apenas cubrían lo que había perdido en el mismo caballo durante los últimos seis meses porque el entrenador estaba pagado o el yoqui estaba pagado o tendrían que pegarle un tiro al caballo. Para Matthews, nunca había un mal que por bien no viniera. Al principio de la jornada, se dejaba caer con pesadez en su sitio y gruñía: «A ver si compenso, que no me vendría mal el dinero».

La única persona que siempre estaba dispuesta a sentarse a su lado era un tipo menudo con cara de sorpresa al que llamaban Arenas Movedizas.

Como es lógico, Arenas no era su nombre de pila. Sus padres le habían puesto Simon, pero, en una población donde la marea vaciaba el río dos veces al día, llamarse Arenas era ir buscando bulla. Lo cierto era que no

parecía «movedizo». Tenía unos treinta años y los ojos como platos y las cejas enarcadas de alguien empeñado en complacer, aunque todo el que intentaba gorronearle un pitillo mientras fumaba industriosamente en la puerta descubría enseguida que eran solo apariencias.

Arenas se fumaba cuarenta al día, así que se pasaba el rato levantándose y volviendo a sentarse, como en misa; pero, cuando se sentaba, Matthews y él se ponían juntos, echaban pestes de los yoquis gordos y el mal de ojo a sus caballos. Cada cuatro años, maldecían también a los atletas, a los nadadores y a los ciclistas olímpicos, que, según ellos, eran parte de la misma conspiración para robarles el dinero, un dinero que rara vez se ganaba decentemente y que, además, estaba libre de impuestos.

Calvin se había criado entre hombres como Matthews (machos alfa tempestuosos, permanentemente cabreados con la humanidad y con roña en las uñas) y su deferencia hacia cualquiera más grande y más peligroso era innata. Matthews y él no eran amigos, pero tampoco enemigos. Como habituales del local, se saludaban sin entusiasmo con la cabeza y de vez en cuando consultaban, codo con codo, el *Racing Post* pinchado en la pared si los dos pensaban apostar.

Nunca habían hablado, eso sí.

Hasta ese día.

Sin saber por qué, cuando Calvin se acercó a él para mirar las apuestas del último derbi, Matthews arrastró un dedo del tamaño y la complexión de una salchicha cruda de Lincolnshire por la lista de yoquis seleccionados.

—Putos estafadores —masculló.

Calvin Bridge era agente de la ley, pero jamás se había sentido más hombre.

Por eso cometió un terrible error.

El derbi nunca había sido una de las carreras de la suerte de Calvin. Prefería los saltos, donde alguna desgracia espantosa le regalaba de vez en cuando una victoria inesperada que no se habría producido de no ser por el último obstáculo.

Sin embargo, en diciembre, a Jackie Braddick y a él los habían mandado a la casa de apuestas rival, William Hill, situada en el muelle, después de que un cliente apuñalara a otro, al parecer durante un acalorado debate sobre *Bailando con las estrellas*.

Calvin había hablado con la supuesta víctima, Tomas Novak, que llevaba dos pinchazos triangulares en la mejilla. Los bolis de las casas de apuestas eran triangulares para evitar que rodaran por los mostradores, con lo que no hizo falta ser Poirot para identificar el arma elegida para la agresión. A pesar de los agujeros que le habían hecho en la cara, Novak se negó a dar el nombre de su asaltante y el establecimiento se encontraba sospechosamente vacío cuando llegaron, por lo que Calvin y Jackie dedujeron que los posibles testigos de la agresión tampoco querían declarar y el caso debía cerrarse allí mismo.

Sin embargo, mientras intentaba convencer a Novak de que fuera por lo menos al hospital, se enteró de que este tenía un pronóstico ganador en las carreras de galgos y ambos hicieron una pausa para verlo llegar con una apuesta de veintiséis a uno. Calvin se mostró interesado en el supuesto sistema de Novak y, en principio para compensarlo, el otro, mirando furtivamente alrededor, le había susurrado el nombre del ganador del derbi.

Aquello no era nuevo. En las casas de apuestas, los jugadores siempre se estaban soplando ganadores unos a otros. El propio Calvin lo había hecho en alguna ocasión: había murmurado el nombre de un caballo que le gustaba y después, al ver que no ganaba, tanto él como el tipo al que le había dado el soplo hacían como si no hubiera dicho nada. Pero, si ganaba, al que susurraba se le daban las gracias y posiblemente se le recompensaba materialmente con una taza de sopa de la máquina o una chocolatina Mars y subía un poquitín en el *ranking* de parroquianos.

Calvin no era muy de William Hill, sino de Ladbrokes, y no distinguía a Novak de otros. Por eso, antes de volver al coche patrulla con Jackie, había pedido con disimulo al gerente las credenciales de aquel tipo. Resultaron ser impecables, porque el hermano de Novak había corrido en su día en Pardubice.

El nombre que le había soplado era Rumbaba y Calvin había apostado cincuenta libras al ganador, veinte a uno. Era una apuesta enorme para él,

que nunca apostaba más de cinco, estiradas todo lo posible en varios caballos.

En marzo, el caballo había ganado una buena carrera de una milla en césped y había quedado en diez a uno y, cuando el entrenador reservó el excelente D. Mahony para el derbi, bajaron las apuestas a seises y enseguida a nueve a dos, y de pronto Rumbaba era el tercero favorito, solo por detrás del vencedor habitual de Ballydoyle y el del Dewhurst.

Ahora, a solo unas semanas para la carrera, Calvin estaba en posesión de un boleto que podía valer el sueldo de un mes y apenas pegaba ojo. Lo primero que hacía siempre que iba a la casa de apuestas era mirar las del derbi anterior y temblar al pensar en su posible éxito.

Por eso, cuando Dennis Matthews se dignó a compartir con él su opinión sobre los yoquis, el historial previo de Calvin lo llevó a corresponderle. Y lo hizo con lo único que podía impresionar al grandullón.

—Yo este lo llevo veinte a uno —murmuró, dando unos golpecitos sobre Rumbaba.

Dennis Matthews gruñó. Repasó la lista con sus ojos saltones, frunció aquellos labios de querubín y, al cabo de un minuto o dos, sacó del dispensador del mostrador más próximo un boleto nuevo, cogió un pequeño boli azul y anotó con letra grande y cuidada: «RUMBABA. DERBI».

Calvin procuró que no se le notara lo mucho que significaba para él que Dennis Matthews le otorgara tanta confianza, pero, cuando lo vio completar el boleto, casi se desmaya: «500 LIBRAS AL GANADOR».

Empezó a sudar la gota gorda. «¿Quinientas libras? ¿Al ganador? ¿Porque lo digo yo?» Peor aún, ¿porque lo había dicho un imbécil de William Hill cuyo hermano era un puto estafador y no había tenido la sensatez de apartar la cara después de la primera puñalada con el boli de una casa de apuestas? Le iba a dar un vahído. ¿Y si el caballo perdía? Habría hecho perder quinientas libras… ¡a Dennis Matthews! Tenía que arreglarlo. Desdecirse. Fingir que bromeaba. Pero, si lo hacía y el caballo ganaba, ¿qué iba a ser de él? Matthews terminaría enterándose tarde o temprano de que había ganado una pasta en el derbi y entonces parecería que no quería compartir el botín con él.

Presa de un horror incapacitante que solo imaginaba que podía sentir al ver caer por un precipicio a su primogénito en triciclo, presenció cómo Matthews le entregaba el boleto a Mike el Muerto.

Para una vez que se hacía el machote, para una vez que fardaba como un crío… Como Rumbaba no ganara el derbi, Calvin Bridge se iba a meter en un buen lío.

La trampa

Felix había subido la colina tan rápido que casi no podía respirar.

—Margaret —jadeó—, ¡necesito tu ayuda!

Apoyó una mano en la lápida para no perder el equilibrio y se llevó la otra al corazón, que no había dejado de latirle a toda velocidad desde que había huido dando tumbos de la terraza de la cafetería del muelle.

Amanda y Reggie Cann.

¿Qué significaba eso? ¿QUÉ SIGNIFICABA ESO?

¡Ojalá Margaret estuviera allí! Ella lo sabría.

Procuró calmarse y meditarlo bien.

Si Amanda conocía a Reggie, debía de saber que Albert no era Charles Cann. Y si lo sabía, le había mentido. Con descaro. No parecía una mentirosa. Aunque… ¿qué aspecto tenía un mentiroso? Lo ignoraba, pero la traición le había dolido mucho. Había confiado en ella y ella le había mentido. Le había contado que su abuela había muerto de cáncer. ¿Eso también era mentira? ¿Quién mentiría sobre una cosa así? Encima, cuando se había echado a llorar, él le había prestado su pañuelo. Aún lo tenía. ¡Una mentirosa tenía su pañuelo! Él la había encubierto. Le había dado lástima de ella. Se había sentido unido a ella por un trauma común y por el rímel que ella le había dejado en la cazadora. Pero ahora Felix entendía que Amanda también estaba unida a otra persona, de otra forma, y que en el fondo no sabía nada de ella.

¡Le habían tendido una trampa!

La sola idea le revolvió el estómago. No recordaba la última vez que había tenido un presentimiento, quizá no lo había tenido nunca, pero esa vez sí.

Si le habían tendido una trampa, la muerte de Albert Cann no había sido un accidente. Alguien había querido matarlo.

Y se había servido de él para hacerlo.

Se mareó del horror.

Luego dejó a su mujer y a su hijo y bajó la colina dando tumbos como un borracho.

El sol poniente abría en la hierba sombras alargadas en forma de tumbas que amenazaban con engullirlo mientras volvía tambaleándose al coche. Cuando llegó a él, temblaba tanto que casi no encontraba la cerradura con la llave.

Abrió la puerta del conductor y Mabel bajó de un salto, lista para su paseo.

—No, Mabel, ven…, sube… —dijo y, abriendo la puerta trasera, se agachó a cogerla.

El peso de la perrita le recordó tanto al de un bebé que, por un momento divino, Felix cerró los ojos y se concentró en aquel bulto caliente, estrechándolo contra su pecho y su mejilla, y pensó que era un niño, de dos, tres años quizá, con dientecitos perfectos con su pequeña separación también perfecta, un niño cuyo culete diminuto le cabía en el pliegue del brazo, un niño que aún olía a bebé, aunque ya supiera decir todas las cosas importantes: «mamá, papá, *fúbol*…».

Inhaló fuerte.

Mabel olía a perro.

Abrió los ojos y la dejó con cuidado en la alfombrilla del asiento trasero. Al cerrar la puerta, reparó en el bastón roto. Había olvidado que lo llevaba allí. Metió la mano en el coche y lo cogió. Era de auténtica madera de cerezo, con una hebra bonita y la empuñadura desgastada del uso. A unos veinte centímetros de la contera de goma del extremo opuesto, el bastón se había partido.

Felix se lo acercó a la cara y lo estudió extrañado. Por dentro, la fractura era un montón de astillas y tiras de cerezo dobladas que aguantaban las dos partes, pero, por fuera, donde la madera interior había quedado expuesta…, ahí la fractura era recta. Perfecta. ¡Deliberada! Como si alguien hubiera serrado el bastón lo justo para que se rompiera con la presión. La presión de Skipper Cann.

Felix se quedó allí plantado mirando el bastón tanto rato que, cuando levantó la vista, los árboles de lo alto de la colina ya habían partido en dos el sol rojo.

Se puso al volante, dejó el bastón en el asiento del copiloto y se fue a casa.

Rápido.

La paloma

Geoffrey Skeet llevaba ya casi tres días bajo custodia policial.

Calvin había conectado el fósil en la oficina, donde había llamado bastante la atención. Jackie Braddick era solo cuatro años más joven que él, pero en su vida había visto nada igual. Cuando Calvin había puesto el monitor encima del escritorio que compartían, ella había creído que era un microondas y la pantalla de matriz de puntos la había asustado visiblemente. Tony Coral, en cambio, puso la mano en la carcasa amarillenta como si fuera el pelo alborotado de su hijo favorito y dijo: «Ay, ya no se hacen máquinas como esta».

La inspectora jefe King le había pedido a Calvin que introdujera en la base de datos HOLMES los expedientes de los exiteros para que estuvieran disponibles para las cuerpos de seguridad de todo el país. Le parecía sensato hacerlo, pero le fastidiaba un poco que se lo hubieran encargado a él. Tendría que escanear muchos documentos y rellenar muchos formularios, y era la clase de tarea que un inspector jefe solía encargar a un agente de patrulla, cuando se suponía que él era un inspector más mientras trabajara en el caso Cann. Calvin no quería otra oportunidad de ascender, pero tampoco quería que se la arrebataran en circunstancias humillantes.

Aun así, se puso manos a la obra y registró once expedientes en tres horas; un buen ritmo, a su juicio, teniendo en cuenta lo aburrido que era. Mientras escaneaba los testamentos iba leyéndolos por encima, poniendo especial atención en los detalles importantes, como las grandes sumas legadas a personas ajenas a la familia o a la misma oenegé sospechosa, pero no había dos iguales. En uno, un ahijado recibía mil libras; en otro, a un primo le tocaba el reloj de pared de la abuela. A un vecino se le legaba «el cortacésped y todo lo que haya en el cobertizo».

Se preguntó distraído si él heredaría en el futuro. Su padre se había buscado otra familia que por lo visto le gustaba mucho más, así que, por ese lado, dudaba que le cayera algo. Y las posesiones actuales de su madre se limitaban a lo que le dejaran tener en su mitad de una celda de dos metros y medio por tres. Su hermano pequeño, Louis, ya dirigía la versión legal y la ilegal de Peristas Bridge y no le iba mal con ninguna de las dos, hasta donde Calvin quería saber. Aparte de eso, había poco donde escoger. Intentó recordar un solo objeto de su desastroso hogar de infancia que fuera a la vez deseable y legalmente propio, pero lo último era demasiado pedir, así que se rindió.

A las dos en punto intentó comprarse un sándwich de queso con cebolla en la máquina, pero tuvo que conformarse con mordisquear dos galletas con pepitas de chocolate del cajón de Jackie Braddick. Ya se las repondría; tenían un acuerdo.

Kirsty King y Pete Shapland llegaron poco después de las tres.

—¿Cómo lo llevas, Calvin?

—No voy mal, señora. Estoy escaneando toda la documentación y examinando los testamentos por si hay algo claramente sospechoso.

—Un poco arbitrario, ¿no? —dijo Pete—. ¿Cuántos has hecho?

—Catorce, de momento.

Pete soltó un bufido.

—¡Hay casi doscientos expedientes! ¡Vas a tardar una eternidad! Una puta pérdida de tiempo, en mi opinión.

Nadie le había pedido su opinión y Calvin le esquivó la mirada. Aunque Pete fuera inspector, daba igual: tenían el mismo rango y más o menos la misma edad, y no debía hablarle como si fuera su superior.

—Tú no eres su superior —espetó Kirsty King con frialdad mientras sacaba a empujones de la máquina el sándwich de queso y cebolla de Calvin—. Además, parece que él ha tenido una mañana más productiva que nosotros. Con testigos para aburrir, aún no sabemos quién hizo la llamada anónima.

—¿No han podido triangularla? —preguntó Calvin.

—Solo han podido limitarla a la zona de Black Lane. Los Cann no tienen cámaras de seguridad, pero un par de vecinos sí. Vamos a revisar las imágenes ahora, por si quieres venir.

Pete metió las tarjetas de memoria en distintos lectores para visualizar las imágenes en dos pantallas diferentes. Encontraron enseguida lo que buscaban: dos personas que se alejaban de la cámara por Black Lane. Un plano largo posterior de un hombre alto con algo de cojera que llevaba una cazadora de color claro («Parece un señor mayor», comentó King) y una mujer delgada de pelo moreno con abrigo largo y vaqueros. Giraron hacia la vivienda de los Cann y desaparecieron de la imagen. A las 10:11, según el código horario de la grabación. La segunda cámara estaba montada en un tejado y las imágenes eran más que nada de otros tejados, pero se veía a la pareja en el cuadrante inferior derecho. Lo malo era que, aunque estaban a la puerta de la vivienda de los Cann, solo se les veía de cintura para abajo porque la cornisa les tapaba la parte superior del cuerpo.

—¿Ese es el mejor ángulo que tenemos? —preguntó King ceñuda.

—Sí, señora —contestó Pete—. Desde la casa de al lado.

—La de los Moon.

Pete asintió.

A las 10:13, el hombre alto se agachaba de repente, y se inclinaron expectantes, pero justo cuando podrían haberle visto la cara los sobresaltó una paloma gigante que entraba en plano y se encaramaba al canalón, acicalándose con el pico y llenando la pantalla entera.

—¡La madre que la parió! —masculló Pete.

—¿Quién coño instala una cámara apuntando a un canalón? —espetó King indignada.

—Donald Moon es aficionado a la ornitología, señora —terció Calvin—. A lo mejor lo que le interesa es la paloma.

Pete hizo avanzar las imágenes hasta que desaparecía la paloma, pero para entonces también se habían ido los sospechosos.

Observaron y esperaron los tres. Un vehículo cruzó la primera pantalla. Esperaron un poco más. Cinco minutos. Diez.

—¿A qué hora se recibió la llamada anónima? —preguntó Calvin echando un vistazo al código horario de la grabación.

—A las 10:22 —contestó King sin mirar sus anotaciones.

A las 10:27, catorce minutos después de que los exiteros hubieran entrado en la vivienda, la mujer salió de la casa y volvió aprisa por donde había venido. Sola.

—¡Se fue sin él! —exclamó Shapland.

—Raro —dijo King.

Esperaron, pero el hombre no salió por la puerta principal. Luego, a las 10:31, el coche patrulla se detuvo a la entrada y Calvin se vio a sí mismo cruzar la imagen camino de la parte trasera de edificio.

«Tardamos nueve minutos en llegar —se dijo—. No está mal».

Las piernas de Jackie entraron por la puerta principal.

Y no pasó nada más.

—¡Ese tío estaba en la casa a la vez que vosotros! —le dijo Pete a Calvin.

—No lo creo —replicó el otro—. Cubrimos ambas entradas de inmediato. Me da que se había escapado ya por la valla rota.

—Tendrías que haber mirado primero en el jardín —le reprochó Pete.

—Jackie estaba dentro —intervino King con rotundidad—. ¿Qué querías, que Calvin la dejara sola? Además, seguramente el sospechoso ya había escapado por la parte de atrás.

—¿No había ningún vehículo? —preguntó Calvin.

King negó con la cabeza.

—Ninguna de las personas con las que hemos hablado recuerda haber visto un vehículo desconocido en la calle ese día. Puede que aparcaran en otra zona del pueblo y fueran andando. O cogieran el autobús.

Pete resopló.

—¿Quién va en autobús a cometer un asesinato?

—¿Registros telefónicos? —preguntó Calvin con más esperanza que expectación.

—Nada de Geoffrey Skeet —contestó King—. Si se puso en contacto con ellos, no lo hizo desde el Nokia. Los registros del fijo de su casa aún tardarán un par de días, pero no espero gran cosa. Creo que es demasiado cuidadoso para eso; de lo contrario, habríamos encontrado un listado de exiteros entre sus archivos. Nos estamos quedando sin tiempo —suspiró,

dando golpecitos en la pantalla con el bolígrafo—. Si no conseguimos relacionar a Skeet con esos dos sospechosos, lo único que tenemos es un anciano encantador que sabe bien cómo actuar para no llegar a quebrantar la ley.

King se echó un vistazo al reloj e hizo una mueca de disgusto; luego miró muy seria a Calvin.

—Ve a ver a Hayley Pitt.

—¿Cómo dice, señora?

—A la asistenta —le recordó ella—. Las asistentas oyen cosas, ven cosas, encuentran cosas. Por eso yo no tengo: me espeluznan. Pero, si alguien tenía motivos para asesinar a Albert Cann, seguro que la asistenta sabe quién.

La asistenta

Hayley Pitt vivía en un adosado minúsculo en la calle principal de Abbotsham, a menos de cuatrocientos metros del domicilio de los Cann.

Calvin oyó tronar la música procedente de la casa nada más bajar del coche y, cuando una mujer que sería la madre de Hayley le abrió la puerta, sonó aún más fuerte. Algo con unos graves poderosos que el agente ya era mayor para identificar.

La señora Pitt llamó a su hija por la escalera, a gritos, con una voz que era como una sirena de barco, y luego sonrió contenta a Calvin.

—Baja enseguida —le dijo y lo acompañó al salón, que era un colorido océano de piezas de LEGO con un niño pequeño cabeceando en medio de ellas. Había montones de ropa en todas las superficies disponibles (la mesita de centro, las butacas, el sofá…) y, a juzgar por cómo olía, no era limpia. Cerca de la ventana, un loro gris metido en una jaula graznaba tan fuerte que lo estremecía. La moqueta de alrededor de la jaula estaba cubierta de alpiste y de excrementos de pájaro.

La señora Pitt no hizo alusión alguna al ruido ni al niño ni al loro ni al estado del salón, de lo que el agente dedujo que posiblemente era la norma.

—¿Té?

—Gracias.

—¡¡HAYLEY!!

—¿QUÉ?

—¡QUE BAJES!

—¿Para qué?

—¡Porque tienes visita!

Se oyó un estruendo y luego silencio, como si Hayley hubiera empezado a obedecer y se lo hubiera pensado mejor a medio descansillo.

—¡Críos! —dijo la señora Pitt con los ojos en blanco y se fue a preparar el té.

El loro había dejado de graznar y estudiaba a Calvin. El agente lo saludó con la cabeza y miró al niño. Tendría unos dieciocho meses, la cara seria y llevaba un pañal tan grueso y tan lleno que parecía que estuviera sentado en un cojín.

Calvin nunca sabía cómo hablar con los niños, así que lo saludó también con la cabeza y le dijo:

—¿Todo bien?

El bebé abrió la boca y escupió despacio tres piezas de LEGO a la moqueta.

—Mierda —masculló Calvin y cruzó la estancia entre crujidos para examinarle la boca en busca de otros peligros de atragantamiento.

El pequeño dejó que el agente le pasara el dedo por la cavidad bucal sin alterarse y, cuando iba a retirarlo, se lo atrapó de un mordisco.

—¡Mierda! —exclamó Calvin con los ojos llorosos—. ¡Suelta! —El niño se limitó a fulminarlo con la mirada—. ¡Pequeño cabronazo! —susurró furioso el agente y miró de reojo a la puerta. Al ver que no venía nadie, le pellizcó con fuerza la nariz hasta que abrió la boca y empezó a berrear.

—¡Calla! —gritó el loro con voz de chica y a Calvin le dio la risa; entonces el loro rio también, a carcajadas, y se tiró riendo una eternidad, parando solo para suspirar hondo, de una forma tan humana que Calvin se echó a reír otra vez—. ¡Calla! —dijo el loro—. ¡No, cállate tú!

No vino nadie a consolar al bebé, que enseguida dejó de llorar y se metió más piezas de LEGO en la boca. Calvin no se lo impidió. Se miró el dedo. El condenado había hecho buen uso de todos y cada uno de los dientes que ya tenía.

El agente apartó un montón de ropa de chica para poder sentarse en el sofá. Debajo de las prendas había un plato con restos de un desayuno inglés: un trozo gelatinoso de clara de huevo y algunas alubias en salsa de tomate. Soltó la ropa en otro montón parecido, dejó el plato en equilibrio encima de todo aquello y se sentó.

—¿Qué hay?

Calvin se volvió a mirar a la niña escuálida de unos doce años que asomaba por la puerta.

—¿Hayley?

—Está arriba, arreglándose el pelo por si eres guapete —contestó la cría riendo como una boba. Rio alguien más a su espalda y Calvin notó que se le ponían las orejas coloradas.

—¿Tú quién eres? —preguntó.

—Rita. ¿Y tú?

—El agente Bridge.

—¿Eres poli?

—Sí.

La niña puso los ojos como platos de la emoción.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Nada.

Decepcionada, Rita se volvió hacia el pasillo y dijo:

—Dice que nada.

Calvin pudo distinguir la voz de otra chica mascullando.

—Entonces, ¿a qué has venido? —preguntó Rita.

—A hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre unas personas para las que limpia.

—¿Quién?

—Los Cann, de Black Lane.

Rita se asomó al pasillo otra vez y se oyeron más cuchicheos y risitas. Luego reapareció.

—¿Quieren que les devuelva el dinero?

Se oyeron carcajadas y Rita desapareció y ya no volvió.

Entró la señora Pitt con una taza de té. No había donde ponerla, así que se la ofreció directamente a Calvin.

—Viene enseguida. Ya sabe cómo son las chicas: no saben ni bajar a desayunar sin pintarse como una puerta.

Cogió al bebé y se fue otra vez. El té estaba asqueroso. Calvin buscó algún sitio donde tirarlo o dejarlo. Antes de que le diera tiempo a localizar

una superficie lo bastante grande, se oyó de nuevo un estruendo por las escaleras y apareció Hayley.

Era una chica guapa y regordeta, de piel perfecta y con melenita corta rubia sujeta hacia atrás con unas pinzas de Wonder Woman.

—¿Hayley?

—¡Te quiero, Hayley! —dijo el loro con ternura y la chica se ruborizó.

—¿Qué hay? —saludó y se dejó caer en el sillón sin molestarse en retirar la ropa.

—Soy el agente Bridge, de la comisaría de Bideford. —Calvin puso la taza en el suelo para poder tomar notas—. Tengo entendido que trabajas en casa de los Cann, en Black Lane.

—Sí —contestó ella, asintiendo con la cabeza—. Ya llevo un tiempo allí.

—¿Sabías que Albert Cann murió el martes?

—Se lo oí a alguien en la tienda.

Había una tiendecita de prensa colina arriba.

—¿Cuándo viste a Albert por última vez?

—El lunes.

—¿Cómo estaba entonces?

Hayley hizo una mueca.

—No sé. ¿Igual?

—¿Igual que cuándo?

—Que siempre.

Calvin probó de nuevo.

—¿Y qué clase de persona era?

—Normal —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Por lo menos conmigo. Siempre quejándose de esto y de lo otro, pero yo le llevaba las copas y lo ayudaba con el ordenador y eso.

—¿Qué solía beber?

—Ginebra.

—¿Cuánto bebía?

—Un montón —contestó Hayley espantada.

—Uuuyyy —terció el loro, muy crítico.

Calvin subrayó «montón» dos veces.

—¿Y de qué se quejaba?

—Pues de lo típico, del dinero y eso.

—¿Cómo te llevas con Skipper?

—Bien. —Volvió a encogerse de hombros—. Les preparo el té a los dos, o algún sándwich, cereales…, porque Albert cocina de pena.

—Un detalle por tu parte —dijo Calvin.

—Sí, pero Skipper no come mucho de todas formas, con lo del cáncer.

—¿Y Reggie? ¿Te llevas bien con él?

—Sip —respondió cabeceando.

—¿Y qué tal se llevan entre ellos?

—Estupendamente —dijo entre bostezos—. Que yo sepa.

—¿Sabías que Skipper tenía pensado quitarse la vida?

—No. —Titubeó—. Pero vi su testamento.

—¿Dónde estaba?

—Junto a la cama.

—¿La suya?

—Sí.

—¿Cuándo fue eso?

—El lunes.

—¿Lo hablaste con él?

—Estaba dormido.

—Pero ¿lo leíste?

Vaciló un instante y luego se encogió de hombros.

—Bueno, nunca había visto uno.

—¿Te ha dejado algo? —preguntó Calvin guiñándole el ojo.

—Na.

Hayley bostezó ruidosamente sin taparse la boca y, al estirarse, enseñó el ombligo. Calvin procuró no sonreír. Por alguna razón, su apatía juvenil le divertía.

—¿Recuerdas qué más había en la mesilla de Skipper?

—La verdad es que no. A ver, siempre tiene agua y pastillas y rollos de esos. Revistas, fotos… No sé.

—¿No había una bombona?

—¿Como la de Albert?

—Sí, pero mucho más pequeña. Como así de grande. Plateada.

Ella arrugó la cara.

—Uy, sí. Estaba allí.

—¿Junto a la cama?

—Sí. Yo pensaba que era un termo.

—¿Has oído hablar de los exiteros?

—No. ¿Qué es eso?

—Es un grupo que ayuda a la gente a suicidarse.

Hayley abrió mucho los ojos y por primera vez pareció interesada.

—Entonces, ¿Albert se suicidó?

—¿Tú qué crees? —le preguntó él.

—Bueno, estaba bastante enfermo. Tardaba una eternidad en subir y bajar las escaleras y eso. ¡Y seguía fumando, no te lo pierdas! Mamá trabaja en el albergue y dice que lo ve todo el rato. ¡Fumando compulsivamente con un solo pulmón y tal!

—¿Los Cann tienen muchas visitas?

—Na. Viene el médico y la enfermera del McDonald's.

—¿Macmillan?

—¿Quién? —preguntó ella.

—Nada —contestó Calvin—. ¿Y un hombre mayor? ¿El señor Skeet? ¿Geoffrey?

Hayley negó con la cabeza.

—No los conozco, pero es que todos los ancianos se parecen, ¿no? —Calvin se limitó a asentir con la cabeza, porque desmontarle aquella sandez le iba a suponer demasiado esfuerzo—. Vino un señor mayor de servicios sociales.

Calvin se irguió en el asiento.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer.

El agente se desinfló. Le interesaban las visitas anteriores a la muerte de Albert.

—¿Sabes de alguna razón por la que alguien pudiera querer hacer daño a Albert?

Hayley negó con la cabeza sin pensarlo siquiera.

Él cerró la libreta y entonces recordó algo a lo que le había estado dando vueltas.

—Oye, la ventana rota del salón…

—¿Sí?

—¿Cuándo ocurrió eso?

—¿Por Navidad? —No parecía segura.

—¿Por Navidad? —dijo él.

—Más o menos —confirmó ella asintiendo con la cabeza—. Hacía frío. Me corté un dedo recogiendo los cristales y Reggie me llevó a casa en coche.

—Vaya —espetó Calvin.

—No fue para tanto.

—¿Sabes cómo se rompió la ventana?

Hayley negó con la cabeza y se encogió de hombros exageradamente para dejar claro que había alcanzado el límite de su conocimiento.

Calvin se sentía decepcionado. La asistenta no había sido el oráculo que la inspectora jefe King había esperado. La chica sabía que Albert era alcohólico, que Skipper no le había dejado nada en su testamento, a pesar de todos los sándwiches que le había preparado y que el testamento y la bombona estaban en el cuarto de Skipper el lunes, aunque eso no significaba que no hubieran podido trasladarlos al de Albert antes del martes. No eran más que un par de papeles y un aerosol, no Stonehenge. Nada de lo que le había contado Hayley parecía revelar un móvil ni detalles concretos, salvo el hecho de que la pobre era un poco corta. Lo único bueno era que con el mordisco que llevaba en el dedo índice seguramente conseguiría que Jackie Braddick lo invitara a una pinta.

Se levantó.

—Bueno, gracias por tu ayuda, Hayley.

—Sin problema.

—Sin problema —repitió el loro con la voz de Hayley.

—Es un cachondo, ¿eh?

—Es un capullo —matizó ella—. Imita todas las voces. Nos tiene locos. Le basta con oírla una vez, ¿verdad, Nipper?

El loro ladeó la cabeza. Miró a Calvin con sus ojitos ribeteados de dorado y susurró furioso:

—¡Pequeño cabronazo!

La lista

—¿John?

—¡Geoffrey!

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? Mejor dicho: ¿dónde estás?

—Estoy en casa.

—¿Te han soltado?

—Bueno, como a todo contestaba que «sin comentarios», ya no podían retenerme más. Un truco de toda la vida.

A Felix le impresionaba la serena fortaleza de Geoffrey.

—Debo decirte que tienes unos nervios de acero.

—No creas —contestó el otro con modestia—. Estaba claro que no tenían nada que me vinculara a la escena del crimen y Amanda y tú estáis escondidos, así que sabía que era cuestión de tiempo. Se han llevado mis archivos y me fastidia, claro, pero, en realidad, no hay nada incriminatorio en ellos porque esto no es una organización criminal. Nosotros no facilitamos el arma homicida y estamos cubiertos hasta las cejas.

—Geoffrey —le dijo Felix titubeante—, me llevé la lista de exiteros de tu archivador. Y la etiqueta del expediente de los Cann. Espero que te parezca que hice lo correcto.

—¡Por supuesto que sí! —contestó el otro—. Muy sensato.

A Felix le satisfizo haber hecho lo correcto, pero contuvo la respiración y esperó a que Geoffrey le preguntara por Buttons. No lo hizo. Seguramente pensaba que el gato estaba en casa de la vecina y no tardaría en volver a casa. Y no tardaría en…

—Bueno… —dijo Geoffrey de pronto—. Todo bien, entonces.

—No todo —respondió Felix muy serio.

—¿A qué te refieres?

Felix miró fijamente el papel pintado sin saber por dónde empezar.

—¿Has hablado con Amanda?

—Aún no, ¿por?

—Porque… —empezó Felix. Luego calló. Y empezó de nuevo—. Bueno, porque la he visto con el hijo de Albert Cann.

—¿Qué?

—El hijo de Albert Cann: Reggie Cann. Los vi juntos ayer en una cafetería de Bideford.

Geoffrey enmudeció, perplejo, y acto seguido preguntó:

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Me quedé tan pasmado que no le dije nada. Me fui antes de que me viera.

—Pero eso no… Es que no… ¿Cómo va a…?

No terminaba ninguna frase, como un coche que no acaba de arrancar cuando hace frío.

—No sé, Geoffrey, pero la verdad es que me sentí… Me sentí como si me hubieran… tendido una trampa.

—¿Una trampa? ¿Cómo que una trampa?

—A ver, Amanda le pasó la mascarilla a Albert Cann. En el momento, claro, pensé que había sido sin querer, pero ya no estoy tan seguro.

Geoffrey mascculló algo que Felix no llegó a oír del todo, pero que bien podría haber sido una palabra malsonante. Parecía muy afectado.

—Supongo que la investigarías a conciencia —se atrevió a decir Felix.

—¡Desde luego! La investigó Elspeth. Igual que a ti. Es mi colaboradora más concienzuda y experimentada. Jamás habría dado su aprobación si las motivaciones de Amanda no hubieran sido completamente irreprochables. Creo que ha perdido a su abuela hace poco, ¿no?

—Eso me dijo —coincidió Felix— y, claro, me gustaría concederle el beneficio de la duda, pero no entiendo qué hacía quedando con Reggie Cann.

—¡Yo tampoco! —dijo Geoffrey enfadado—. Es lo más absurdo que he oído en mi vida. ¿En qué estaba pensando? ¡Será idiota!

—Me preocupa que Charles Cann pueda correr peligro también.

—¿Por qué iba a correr peligro?

Felix pensó bien lo que iba a decir. Geoffrey se había puesto tan furioso al saber del contacto de Amanda con la familia que no le apetecía contarle que él había vuelto a la vivienda.

—Bueno —contestó con cautela—, si la muerte de Albert no fue un accidente, eso es que alguien lo quería muerto, y puede que ese alguien también quiera muerto a Charles Cann.

—No lo creo. Si alguien quería muerto a Albert, eso es lo que ha conseguido. De hecho, si lo asesinó, le salvó la vida al anciano para conseguirlo, así que dudo que ahora corra peligro.

Felix asintió en silencio al teléfono. La lógica de Geoffrey era aplastante, pero él no disponía de todos los datos. Felix tampoco, pero sí de algunos más que él y no conseguía librarse de la inquietud.

—De todas formas, Skipper Cann solo está vivo porque nosotros la liamos —dijo— y Albert no lo está por la misma razón. Deberíamos ser nosotros quienes descubriéramos la verdad, creo yo.

—¡Pues yo no! —espetó Geoffrey y suspiró hondo—. Si nos empeñamos en descubrir la verdad, solo conseguiremos exponerte, John, y al exponerte tú nos exponemos todos. En circunstancias ideales, te daría la razón, pero las circunstancias no son ideales y creo que debemos aceptar que nunca sabremos qué salió mal y seguir adelante. Mejor para ti y mejor para los exiteros, si te soy absolutamente sincero.

—No me convence, Geoffrey.

—A mí tampoco me convence.

—Geoffrey, no… no sé si puedo seguir dedicándome a esto.

—¡Pero tienes que hacerlo! ¡La gente nos necesita! Es obvio que yo no les soy de ninguna utilidad práctica, atrapado en esta condenada silla de ruedas, o sea, que a quien necesitan es a ti. ¿De qué les vas a servir si te meten en la cárcel? ¿Qué vas a poder hacer por todos esos hombres y mujeres que están viviendo semejante suplicio que prefieren quitarse la vida a pasar un solo día más con sus amigos y familiares? Si en tu búsqueda de la verdad acabaran deteniéndote, perjudicarías precisamente a quienes pretendemos ayudar.

—¡Pero maté al hombre equivocado!

—¡Y por eso no volverás a hacerlo!

Felix vaciló un instante y luego murmuró:

—Eso es cierto.

—Pues eso —afirmó el otro y Felix le notó el alivio en la voz—. Ahora debemos olvidar todo este desaguisado y recordar que hacemos un trabajo importante. ¿Lo harás por mí, John?

—Sí.

Pero no lo hizo.

En cuanto colgó a Geoffrey, desdobló la lista de nombres que se había llevado de su casa y llamó al primero de ellos.

Connor no contestó.

Felix se sintió aliviado… e inmediatamente angustiado otra vez. Apenas había empezado. El siguiente de la lista era Rupert. Contestó un hombre al primer tono.

—Buenas tardes, ¿Rupert?

—Sí, dígame.

—Soy John. Le llamo de parte de los exiteros…

Se hizo un breve silencio; luego se oyó un traqueteo misterioso y la llamada se cortó. Felix miró extrañado el auricular. O Rupert había rodado por las escaleras o no quería hablar con él. Seguramente lo último. Le pareció una grosería, por mucho que Geoffrey les hubiera dicho que fueran cautelosos con los desconocidos que les preguntaban por su trabajo.

La grosería de Rupert no hizo más que afianzar su determinación de llamar al siguiente de la lista sin hacer apenas una pausa. Contestó una mujer.

—¿Delia? —dijo.

—¿Geoffrey?

—No, soy John. No cuelgue, por favor —le pidió Felix enseguida—. Sé que Geoffrey nos ha dicho que no hablemos de los exiteros con nadie más que él, pero yo también soy exitero y necesito urgentemente hablar con usted. —Delia no dijo nada, pero tampoco colgó, así que Felix continuó—. Le voy a hacer una pregunta extraña, Delia: ¿en alguno de sus casos ha salido algo mal?

—¿Mal?

—Sí —contestó él. No quería decirle hasta qué punto, al menos de momento—. ¿Alguien que no…? No sé… ¿Algo fuera de lo corriente? ¿Cualquier anomalía?

—Me parece que no sé de qué me habla —dijo ella con recelo.

Felix suspiró hondo.

—Discúlpeme. Sé que puede resultar inquietante recibir de pronto una llamada así, pero me encuentro en una situación extrañísima y querría saber si otros exiteros han tenido experiencias similares y, en caso afirmativo, qué han hecho al respecto.

—Bueno, depende de lo que haya ocurrido, ¿no? De todas formas, sea lo que sea, no es algo que me apetezca hablar por teléfono. ¿Dónde vive?

—En Devon.

—Yo en Bath.

—¡Madre mía!

—¿Podríamos quedar a medio camino?

—Sí.

—Bien. Área de servicio Gordano en la M5. En la cafetería.

—¿Cuándo? —preguntó Felix.

—¿El miércoles? ¿A las dos?

—A las dos —dijo él—. Soy alto y de pelo cano.

—Yo no —contestó ella.

—Pues adiós.

—Adiós.

Felix colgó el teléfono y el subidón de adrenalina lo hizo levantarse como una bala del asiento. Se paseó nervioso por el recibidor. Había desobedecido las órdenes. Geoffrey le había pedido que lo dejara estar y él había contestado que sí, pero no lo había hecho. Se sentía tremendamente desleal y angustiado.

Y un poquito emocionado.

Acababa de quedar en secreto con una coconspiradora en un bar de camioneros. ¡Como los espías bajo el reloj del ayuntamiento! Muy fuerte. No podía parar quieto y cojeó sin rumbo de una habitación a otra hasta que

vio que había empezado a llover. Entonces llenó un cubo de agua caliente y jabón y salió a lavar el coche para que la lluvia se lo aclarara gratis.

Cuando terminó, volvió a entrar y se encontró a Mabel acobardada en un rincón de la cocina. No entendió por qué hasta que media hora después entró en el salón con sus varitas de merluza y su té en una bandeja y vio a Buttons recostado en el sofá como si fuera Nerón.

Dejó la bandeja en la mesita de centro y cogió al gato. El animal le clavó las uñas tan fuerte que ni se atrevió a soltárselo por miedo a que le desollara el brazo a través del suéter. Como pudo, cruzó la casa a trompicones, abrió la puerta de servicio, agitó el brazo y gritó: «¡Largo!».

Buttons cayó al suelo sin hacer ruido, dio media vuelta y saltó ágilmente a la mesa de la cocina. Mabel se escondió atemorizada detrás de las piernas de Felix, que miraba nervioso al gato. Entonces recordó que se le estaba enfriando la cena.

Dejó abierta la puerta de servicio, pasó despacio por delante de la mesa con la huidiza Mabel, cerró la puerta de la cocina y volvió al salón.

Pero apenas prestó atención a *Cifras y letras* ni disfrutó de sus varitas de merluza de lo que le inquietaba pensar que el gato pudiera aparecer de pronto en el umbral de la puerta, asombrosamente calzado con unas botas y blandiendo un estoque.

La ex

—Tengo los resultados de las pruebas de toxicología de Albert Cann —dijo la inspectora jefe King. Calvin levantó la vista. Llevaba ya dos tercios de los expedientes de los exiteros y estaba aburrido como una ostra. Por una vez, agradeció una conversación sobre muertos—. Le han encontrado oxicodona en el organismo. No se la había recetado el médico.

Calvin y Pete se miraron extrañados. La oxicodona era un opiáceo potente.

—¿La toma el anciano? —preguntó Pete.

King negó con la cabeza.

—Nop, solo morfina.

—¿Fue eso lo que lo mató?

—No, lo mató el óxido nitroso, pero me preocupa que se le haya encontrado en el organismo. La oxicodona lo habría atontado y desorientado, desde luego.

—Hayley Pitt me comentó que Albert fumaba y bebía mucho —terció Calvin—. A lo mejor tenía otras adicciones.

—Lo he pensado, pero he llamado a Reggie y me ha dicho que no. —King sacó un frasco de aceitunas del primer cajón de su escritorio y extrajo una con la ayuda de un cacillo perforado que tenía para eso—. ¿Ha habido suerte con el dentista, Pete?

—Sigo intentándolo —suspiró él—. El Colegio de Odontólogos tiene registrados novecientos dentistas que se apellidan Williams.

King suspiró y guardó las aceitunas.

—Os quiero a todos con traje negro el miércoles en el funeral.

Calvin frunció el ceño.

—Yo no tengo traje negro.

—Valdrá con ese que llevas —respondió King—. ¿Tienes corbata negra?

—No.

—Cómprate una. Con este trabajo, le vas a dar uso.

—Sí, señora.

Como era la hora de comer, Calvin decidió ir a comprarse una entonces, pero comprarse una corbata negra en la calle mayor de Bideford era más difícil de lo que había pensado. Pocas tiendas vendían ya nada de verdad. Había una librería, una tienda de prensa y un puñado de tiendas benéficas. Al final se compró una corbata en Barnardo's por la bonita suma de cuarenta peniques.

Luego se pasó por la casa de apuestas con la esperanza de que a Rumbaba lo hubieran sacado del derbi. Dennis Matthews seguiría perdiendo sus quinientas libras, pero al menos no sería culpa suya.

Al llegar a la puerta, saludó con la cabeza a Arenas. Dentro, la Vieja Veterana ya estaba plantada delante de la pared leyendo el *Racing Post*. Le hizo hueco, pero la única mención de Rumbaba que vio Calvin era una cita breve del entrenador, que valoraba las posibilidades del potro en términos optimistas: «Si pasa "la curva", lo tendrá fácil».

Calvin meneó la cabeza. ¿Si pasa la curva? ¿La curva al pie de una pendiente pronunciada y en una mala combadura? ¿Esa curva que un caballo de tres años solo podía superar estando perfectamente equilibrado y teniendo una suerte demencial? ¡Por Dios! ¡La curva de Tattenham era el puto derbi! Los caballos que la sobrepasaban con facilidad eran los únicos que podían generar beneficios en la carrera.

El entrenador del favorito decía que el caballo era el potro más equilibrado que había visto en su vida, y el propietario del ganador de Dewhurst decía que él había aconsejado a todos los muchachos del astillero que apostaran el salario de una semana a cuenta de la empresa. Y, en cambio, el entrenador de Rumbaba no decía nada. No revelaba si había pasado el invierno entrenando al caballo para bajar pendientes ni si disponía de alguna estrategia para evitarle problemas; tampoco garantizaba que el potro estuviera mentalmente preparado para correr la carrera más complicada del mundo.

Una incógnita absoluta. Como si fuera un triste jugador más.

—… tío es gilipollas —masculló la Vieja Veterana.

—¿Cómo dice? —preguntó Calvin.

Ella señaló el informe con una uña larga y amarilla y repitió:

—Que ese tío es gilipollas. ¡La curva de Tattenham es el puto derbi!

—Eso mismo —contestó Calvin—. Yo ese lo llevo veinte a uno.

La Vieja Veterana cruzó con la uña la silueta de Rumbaba e hizo un ruido entre resoplido y bufido.

—¿Qué aconseja, entonces?

—Yo ya no aconsejo nada —gruñó ella—. Desde que un imbécil apostó un pastizal a un caballo que le dije.

Calvin enarcó una ceja con aire burlón.

—¿Qué pastizal? —le preguntó, porque había visto las apuestas de la anciana. Probablemente una libra al ganador le parecía un pastizal.

Pero ella no contestó. Se limitó a fulminarlo con la mirada.

—Ten el valor de defender tus propias convicciones, chico, de cometer tus propios errores. El resto no es más que presunción e ignorancia. —Calvin se revolvió, incómodo. «Presunción e ignorancia». ¿Acaso estaba al tanto de lo suyo con Dennis Matthews?—. Tranquilo, te arruinarás igual sin mi ayuda —añadió la anciana y volvió a su sitio arrastrando los pies.

Antes de que Calvin pudiera decidir qué hacer, se abrió la puerta y entró Reggie Cann.

Se miraron sorprendidos.

Reggie llevaba un ojo morado, la nariz colorada y un labio partido.

—¿Qué ha pasado?

Reggie se tocó la nariz avergonzado.

—Un golpe con el coche.

—¿Todos bien?

—Sí, sí —contestó el otro—. Solo estábamos el coche, una farola y yo. Me distraje. Supongo que iba pensando en todo lo que está ocurriendo…

—Comprensible —dijo Calvin asintiendo con la cabeza, pero se preguntó qué hacía Reggie Cann allí, tan nervioso.

—Solo he entrado aquí para esconderme de mi ex —comentó Reggie señalando con el pulgar hacia la puerta, como si le hubiera leído el

pensamiento—. Hemos roto. Le dije que se acabó, pero no se resigna. No para de llamarme. Se le ha ido un poco la olla, ¿sabes?

Calvin sabía, sí. A Shirley también se le había ido un poco la olla cuando él le había dicho que no iban a casarse. Por lo visto, estaba terminando de preparar las invitaciones de boda, pero una semana después se había plantado en comisaría a intentar avergonzarlo con una caja de porno que él se había dejado en su piso. Calvin había tenido que azuzar a Tony Coral, que era capaz de aburrir a cualquier mujer.

Aun ahora, si lo veía a lo lejos, Shirley se esforzaba por mirarlo furibunda y, si iba con alguien más, se volvía hacia quien fuera, le decía no sé qué y su acompañante hacía que la imitaba, algo que le hacía sentirse mala persona, aun sabiendo que no lo era, así que, si alguna vez la veía antes de que ella lo detectara a él, se escondía y punto.

Que era precisamente lo que Reggie Cann estaba haciendo en ese momento, con lo que Calvin se sintió unido a él en una especie de hermandad de evitación y negación.

—Bueno, estas cosas llevan su tiempo —le dijo sabiamente, como si él supiera mucho de mujeres.

—Porque a las mujeres no les gusta entrar en las casas de apuestas, ¿verdad?

—No, no les gusta —respondió Calvin mirando de reojo a la Vieja Veterana.

Se hizo un breve silencio incómodo.

—¿Algún progreso con el caso? —preguntó Reggie.

—Llama a la inspectora jefe King y ella te pondrá al día.

—Claro —dijo el otro—. Por supuesto. Gracias.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí. Gracias.

Reggie abrió la puerta y se asomó un poco.

—¿A quién busca? —inquirió Arenas.

—A mi novia.

Arenas se asomó también, por ayudar.

—¿Qué aspecto tiene?

—Da igual; ya no la veo —dijo y, volviéndose hacia Calvin, le hizo una seña con el pulgar hacia arriba y se fue.

Calvin salió detrás de él y lo vio bajar corriendo la colina y meterse por Mill Street.

No sabía si creerse lo del coche. Ni lo de la novia.

Se estremeció cuando Arenas le soltó al oído una bocanada de humo y la exclamación «¡Mujeres!», como si ellos dos estuvieran por encima de esas bobadas. Pero Calvin no estaba por encima en absoluto. Por primera vez se planteó si pasar tanto tiempo en un sitio que a las mujeres no les gustaba no sería una forma desastrosa de encontrar pareja.

Aunque le daba tiempo a hacer una apuesta, decidió volver al trabajo.

A mitad de la calle mayor saludó con la cabeza a Dennis Matthews, que subía despacio la cuesta con su cojín para las almorranas bajo el brazo carnoso.

Calvin acarició la corbata negra que llevaba en el bolsillo y pensó en la muerte.

El micro

La cafetería de la M5 era un Starbucks, no el bar mugriento que Felix había imaginado. Pidió un té y una porción de bizcocho Victoria que era tan grande que, cuando se la dieron, comentó que allí había bizcocho para un regimiento, algo que no hizo más que confundir a la dependienta, que le preguntó si quería otro tenedor.

—Ah, no —dijo él, pero ella siguió mirándolo extrañada y nerviosa hasta que le dijo que era una broma.

—Aaah —asintió ella y sonrió como si de repente lo hubiera pillado, y Felix perdió un poco la ilusión por aquella aventura de espías al recordar que era demasiado viejo para un mundo tan joven.

Lo confirmó cuando vio que no le traían el té en una tetera, sino que era una bolsita metida en una taza de agua tibia. Se sentó y, mientras veía flotar la bolsita como un cadáver, deseó con toda su alma que Delia no fuera una mujer joven. Tuvo suerte. Delia tenía por lo menos sesenta años, era tan ancha como largo era él y llevaba al cuello un collar de perlas tan prieto que parecía un bulldog fugado.

—¿John? —dijo ella y luego, mientras él hacía ademán de levantarse, añadió—: ¡Menudo trozo de bizcocho!

—¡Para un regimiento! —espetó él.

—¡Ya te digo!

—¿Pido otro tenedor?

—Genial —contestó ella.

Lo alivió ver que parecía más simpática en persona que al teléfono. Volvió a la mesa con una taza de té y un tenedor, al que ella enseguida dio buen uso.

—Gracias por venir.

—Bueno, no sé si ha sido buena idea. Podrías ser un submarino.

—¿Un submarino?

—Un policía encubierto o algo así. Y llevar un micro.

—No, no —la tranquilizó Felix, pero se angustió solo de pensarlo. A lo mejor tendría que haber llevado un micro. ¡A lo mejor Delia lo llevaba!

—¿Llevas micro tú? —le preguntó.

—¡Qué va! —Rio a carcajadas—. ¿Por qué íbamos a querer llevar un micro? ¡No hacemos nada malo! —Luego miró alrededor con disimulo e, inclinándose hacia él, le susurró fuerte—: ¿No?

—En realidad —terció Felix con cautela—, de eso quería hablarte, de las cosas que salen mal…

La miró fijamente, pero ella se encogió de hombros.

—Las cosas que salen mal… Termina pasando tarde o temprano, ¿no? La ley de Murphy.

—Claro —dijo él, de pronto aliviado.

Delia prosiguió.

—El año pasado estaba haciendo un trabajo en Bath y el tío con el que iba le robó el anillo del dedo a la muerta.

Hacía una semana Felix se habría quedado pasmado, pero ya no.

—¿Y qué hiciste?

—Nada oficial porque no fui testigo del robo, pero la clienta lo llevaba puesto antes de morir y luego había desaparecido. Un anillo bonito jamás se me escapa.

Felix le miró de reojo las manos. Las tenía pequeñas y delicadas para lo grande que era y llevaba un pedrusco con el que se habría ahogado un caballo.

—¿Se lo contaste a Geoffrey?

—¡Y tanto que se lo conté! Se puso como una furia. Me dijo que tomaría cartas en el asunto, y las tomó. Me llamó unas horas después para decirme que se había devuelto el anillo a la familia.

—¿Y qué fue del ladrón?

—Me aseguró que se había encargado de él también. Fue la primera y última vez que lo vi. Supongo que…, ya sabes… —dijo Delia señalando con el pulgar por encima del hombro.

—¡Confío en que sí!

—Un espanto —continuó ella—. Me dejó algo desanimada un tiempo, pero, bueno, en todas partes cuecen habas, ¿no?

—Supongo —contestó Felix ceñudo.

Delia bebió un sorbo de té.

—¿Qué te ha pasado a ti?

—Puesss… —Inspiró hondo para tranquilizarse antes de seguir—. Hace unos días estaba con una compañera nueva…, Amanda, se hacía llamar… —Miró de reojo a Delia—. ¿La conoces?

—Nunca he oído hablar de ella.

—¿Joven, morena, cejas de mujer sensata…? —dijo esperanzado, pero Delia negó con la cabeza—. Bueno, seguramente no se llame así. ¿Delia es tu verdadero nombre?

—Claro que no. ¿El tuyo es John?

—No. Bueno, el caso es que el cliente lo estaba pasando muy mal…

—¡Qué horror!, ¿no?, cuando ocurre eso…

—Y no llegaba a la mascarilla, ¿sabes?

—Vaya —dijo ella, asintiendo como si supiera lo que venía después.

—La tenía en la mesilla, pero no llegaba y al final se le cayó al suelo…

—¡Vaya!

—Abreviando: la tal Amanda se puso nerviosa y, antes de que pudiera impedírselo, le «acercó» la mascarilla al cliente…

—Uf, mal asunto —masculló Delia con la boca llena de bizcocho—, pero a veces pasa. Ya aprenderá. En el fondo, no ocurre nada.

—Bueno, sí —dijo Felix, incómodo—. Y no.

Ella lo miró.

—¿Y no?

—Sí. Porque…

Calló.

—¿Porque qué?

—Porque entonces…, bueno…, entonces descubrimos que… eeeh, que nos habíamos equivocado de hombre.

—¿Os habíais equivocado de hombre?

—Sí.

—¿Matasteis al hombre equivocado?

Felix se puso coloradísimo y miró con disimulo alrededor por si alguien lo había oído. Delia era la primera persona a la que se lo contaba, aparte de Geoffrey, pero no se mostró precisamente comprensiva. De hecho, parecía espantada, perpleja, incluso enfadada.

—¡No, no, no! —dijo él reculando—. ¡Matarlo no! Madre mía, eso sería espantoso. Pero casi, ¿sabes? A ver, lo impedí a tiempo, pero podría haber pasado perfectamente. Y me preocupó, ¿sabes? Porque, de haber muerto, ¿qué iba a ser de nosotros? ¿Qué iba a ser de mí? ¿Qué iba a ser de todos? Por eso te he llamado, porque es algo que nunca se me había pasado por la cabeza, pero lo ocurrido me ha hecho pensar en ello. Me ha hecho pensar en todos nosotros y en lo vulnerables que seríamos si algo así llegara a ocurrir. ¿No te parece? Por eso quería saber, en caso de que, Dios no lo quiera, sucediese algo así, ¿qué haríamos? ¿Qué haría Geoffrey? ¿Qué harías tú?

Estaba farfullando, así que paró, pero ya la había liado. El recelo había reemplazado a la anterior simpatía de Delia, que miraba alrededor como buscando una escapatoria.

—Pues no tengo ni idea —dijo.

—Ah. No pasa nada, entonces.

—¿Por qué no llamas a Geoffrey? Seguro que él se encarga de todo.

—Sí. Buena idea. Eso haré —respondió Felix con tristeza.

—Me tengo que marchar —comentó ella poniéndose en pie—. No quiero que me pille la hora punta.

Eran las dos y media.

—Claro —contestó Felix y se puso en pie por cortesía. No intentó razonar con ella ni detenerla. Quería marcharse y él quería que se fuera. Se arrepintió de haberla llamado y se sintió tremendamente expuesto y vulnerable—. Gracias por venir, Delia. Me has sido de gran ayuda.

Ella agitó la mano para indicarle que volviera a sentarse y Felix supuso que no quería arriesgarse a que un chiflado la acompañara a su coche. La siguiera a su coche.

Desinflado, se sentó, aunque tuviera que volver a levantarse en cuestión de uno o dos minutos, y la vio pasar a toda velocidad por delante del ventanal y cruzar como una bala el aparcamiento, con la cabeza gacha y

apretando el paso con sus piernas de bulldog para alejarse de él cuanto antes.

Adiós al todos para uno y uno para todos.

Felix estaba solo.

El funeral

A las dos semanas de la muerte de Albert Cann, la inspectora jefe King, Pete Shapland y Calvin Bridge salieron de comisaría, fueron a pie por Nunnery Walk hasta la iglesia de St Mary y entraron por separado. Se sentaron con desconocidos, asesinos en potencia, con la esperanza de detectar un tic nervioso, un rubor, una mirada furtiva…, algo que pudiera indicar un remordimiento mayor del que todo el mundo siente por la muerte de un ser querido al que no ha visitado lo suficiente, con el que no ha sido lo bastante generoso o por el que se ha preocupado lo justo.

A lo mejor era mucho pedir, pero Calvin había aprendido que aquel trabajo era una mezcla de esmero metodológico y casualidades absurdas.

Echó un vistazo a la sombría congregación, formada en su mayoría por personas de mediana edad vestidas con sus mejores galas. Reggie estaba en el primer banco, solo. No vio al anciano Charles Cann. Skipper. El pobre debía de estar demasiado enfermo para asistir al funeral de su propio hijo.

Habría unas treinta o cuarenta personas, pero se perdían en aquella iglesia, que era grande por fuera y parecía aún mayor por dentro, con imponentes pilares y arcadas e inmensos recovecos oscuros a los que no llegaba la luz de las ventanas altas y estrechas, filtrada por las vidrieras de Jesús y sus múltiples y coloridos milagros.

La congregación se apiñaba en la parte delantera del templo, con lo que llamaba aún más la atención la cantidad de bancos vacíos. El féretro de Albert Cann se encontraba dispuesto junto a la pila decorativa de madera, algo que, por alguna razón, resultaba a la vez muy propio y del todo impropio, con el ciclo de la vida, de la cuna a la tumba, resumido en un sencillo y sobrio diorama. Como *El rey león*, pero con canciones que se cantaban sin ganas y a destiempo. «¡Álzate! ¡Álzate!», bramaban todos, y terminaban con un lalalala no sé qué lala no sé qué más SEÑOR. Calvin se

limitaba a mover la boca y aprovechaba para mirar a los que consultaban la parte de los salmos que no se sabían. Todos parecían comportarse como lo haría alguien que no había asesinado a Albert Cann.

El párroco era un sesentón corpulento de nariz azulada y lustroso pelo cano cardado de forma completamente impropia para su humilde oficio. Empezó a hablar de Albert Cann en términos convencionales aunque impersonales (de sus muchos años al servicio de la industria de la moqueta y de su reciente enfermedad), pero, con asombrosa facilidad, fue derivando en la llegada de la Bestia. Calvin se quedó a cuadros, pero a nadie más pareció perturbarle el devenir apocalíptico del sermón. La mayoría se miraba las uñas o exploraba la hoja de servicio en busca de futuros entretenimientos. Aviso de *spoiler*: no había ninguno. Pero ni la peste ni la hambruna podían con la necesidad imperiosa de comer gratis en platos de cartón en el Royal Mail, con lo que mascullaron todos el último salmo y fueron desfilando por delante del féretro y saliendo por la puerta, donde se encontraban Reggie y el párroco estrechando la mano a los asistentes.

«Gracias por venir. Gracias por venir. Te agradezco que hayas venido. Gracias por venir».

Calvin se puso a la cola detrás de una mujer tan bajita que podría haberle apoyado un codo en la cabeza, y hasta que no se acercó a darle la mano a Reggie, no vio, pasmado, que se trataba de la Vieja Veterana, que iba repeinada, depilada y se había quitado el anorak para la ocasión. Llevaba un vestido de flores y un chaquetón azul marino, unos resplandecientes zapatos de vestir azules con un poquito de tacón y guantes blancos como la reina… o su quisquilloso mayordomo.

Le agarró la mano a Reggie y lo miró a los ojos, pero a Calvin no le pareció que él la reconociera. «Gracias por venir», le dijo y se volvió a la izquierda para ver quién era el siguiente en aquella cola tan peculiar. Pero la Vieja Veterana no le soltó la mano para estrechársela al párroco, como era de esperar, sino que le dijo algo que Reggie tuvo que agacharse para poder oír. Cuando se irguió, parecía incómodo y Calvin vio entonces que sus manos seguían unidas solo porque ella no lo soltaba. Levantó la otra como si fuera a acariciarle la cara y él, sorprendido, se apartó. Al final lo soltó y siguió su camino, pasando por delante del párroco sin mirarlo siquiera y

avanzando al tuntún por el caminito de salida como el que no se acuerda de dónde ha aparcado el coche. El agente escapó de la cola y la siguió, pero enseguida se detuvo. No podía abordarla a ciegas. No había oído lo suficiente para interrogarla como policía y tampoco podía considerarla amiga.

Dio media vuelta y regresó a la iglesia. Iba cruzándose con los asistentes al funeral, que doblaban la esquina en dirección al pub. Kirsty King y Pete Shapland iban con ellos prestando atención, enterándose de cosas… Avanzando contracorriente, se encontró a Reggie a la puerta de la iglesia, solo y meditabundo.

—¿Reggie? —El joven cambió de cara y le estrechó cariñoso la mano —. ¿Estás bien?

—Sí. Ya sabes. Gracias por venir. A los tres.

Le pareció que Reggie no sabía que estaban trabajando.

—Es lo mínimo que podíamos hacer —dijo por no destrozarle la sensación de que les importaba—. Ha venido mucha gente —añadió, a pesar de que era el funeral menos concurrido al que había ido en su vida.

—Sí. A algunos hacía años que no los veía. Desde el colegio y eso…

—Así son los funerales.

—Supongo.

—¿Skipper no ha podido acercarse?

Reggie negó con la cabeza.

—Lleva meses sin bajar.

—¿Quién lo va a cuidar ahora mientras estás en el trabajo?

—No sé. Ya organizaré algo.

—¿Y la asistenta? ¿Es flexible?

—¿A qué te refieres?

—Con el horario de trabajo.

—Ah, sí. Creo que sí.

—Estupendo. Oye, ¿quién era la anciana del vestido de flores?

Reggie se encogió de hombros.

—Vete a saber.

—¡Me ha parecido que quería darte un beso! —tanteó Calvin.

El otro rio.

—¡A mí también!

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado si a papá le habían dado boleto o algo así…

Calvin lo miró extrañado.

—¿Qué ha querido decir?

—No sé. —Se encogió de hombros y miró con los ojos entornados en dirección al pub—. Pero a él sí se lo han dado. Se lo han dado pero bien. —Calvin detectó cierta amargura en el comentario—. Es igual… Seguramente no ha venido más que a comer gratis.

Calvin sonrió, pero no se imaginaba a la Vieja Veterana quitándose el anorak y las katiuskas por comer gratis.

—¿Vas al pub?

—Sip. ¿Tú?

—Tengo que hablar un momento con el párroco —dijo Calvin—. Voy enseguida.

—Vale. Hasta luego. Gracias de nuevo.

Se dieron la mano otra vez y Calvin entró en la iglesia y se encontró al párroco volviendo a colocar su Biblia en el púlpito.

—Bonito sermón —le dijo.

—Me alegro de que le haya gustado.

Se preguntó si el cura lo decía con sorna también, pero continuó.

—¿Puedo preguntarle una cosa, padre? Todo eso del fuego y el azufre… ¿es habitual o iba especialmente dedicado a Albert Cann?

—Siempre digo que cada uno saca del sermón lo que necesita oír —contestó el párroco sin mirarlo, entretenido con su Biblia y sus anotaciones—. Yo solo transmito la palabra de Dios. Él es quien se encarga de que llegue a los oídos adecuados.

—¿Conocía a Albert?

—Sabía de la existencia de Albert.

—¿De qué forma?

—De la misma que la gente de los pueblos pequeños sabe de otras personas —respondió el párroco.

Se hizo un silencio incómodo mientras Calvin se preguntaba cuánto sabría el párroco de él. Luego le dio las gracias y se fue.

Ya no había nadie allí, ni siquiera en el aparcamiento. Pasó por delante del pequeño Mazda rojo de Reggie. No había mentido en lo del golpe: el retrovisor del lado del conductor colgaba de los cables.

Siguió hasta el pub, donde, aun habiendo comida gratis, no vio a la Vieja Veterana por ninguna parte.

El bastón

La aspiradora atronaba; la tele, aún más.

—¡Mire! —gritó Hayley orgullosa—. ¡Estoy limpiando!

—Bien hecho —le contestó Felix a voces—. Lo estás dejando perfecto.

No era verdad, pero por lo menos no estaba sentada en el sofá, llorando encima de las patatas fritas.

Apagó la aspiradora y Felix dijo:

—Le he traído a Charles un bastón nuevo.

—¡Skipper! —exclamó ella—. Nadie lo llama Charles.

—Ya. ¿Está en casa?

—Sip. Acostado.

Mientras Felix subía la escalera, el aspirador volvió a bramar. Mabel entró trotando en el dormitorio delante de él. Skipper Cann lo miró desde la cama, pegada a la ventana, y preguntó:

—¿Y tú quién eres?

Felix se detuvo nervioso en la puerta.

—Soy Felix.

—Le preguntaba al perro —replicó Skipper y Felix se relajó un poco.

—Se llama Mabel.

Mabel meneó la cola al oír su nombre y el perrito negro y marrón saltó de la cama para saludarla.

—Hola, Mabel —dijo el anciano—. Ese de ahí es Toff y yo soy Skipper.

—Hola, Skipper. Estuve aquí el otro día. Cuando se cayó.

—No me caí. El condenado bastón se partió.

—Por eso le he traído uno nuevo.

Felix cruzó la estancia y le ofreció el bastón. Era de Margaret y llevaba al lado de la puerta de la calle desde que ella había muerto. No lo había tocado porque a veces, al verlo, por un instante fugaz, se engañaba

pensando que su mujer aún seguía en casa y que, si entraba en el salón, la encontraría allí, leyendo o bordando. Echaría de menos esos momentos, pero estaba convencido de que Margaret le habría cedido su bastón a Skipper Cann porque era una forma de arreglar las cosas.

El anciano lo cogió y lo examinó con recelo.

—¿Lo tengo que pagar?

—No —contestó Felix.

—¿Quién lo paga, entonces?

—No lo paga nadie. Servicios sociales.

—¿En qué quedamos: nadie o servicios sociales?

—Servicios sociales. Lo que quería decir es que no tiene que pagarlo usted.

Skipper lo observó con sus fríos ojos azules, bajo sus cejas blancas, y luego miró furioso el bastón, como si no lo quisiera si era gratis. Lo estudió desde todos los ángulos, golpeó con él el canto de la cama varias veces y por fin asintió con la cabeza y le tendió la mano a Felix, que se acercó a estrechársela. Pero en vez de darle la mano, el anciano se la agarró con violencia y tiró de él para poder mirarlo de cerca a la cara.

—Me había parecido que eras tú —susurró furioso y le pegó con el bastón.

Felix retrocedió tambaleándose, procurando zafarse de él.

—¡Espere! —gritó—. ¡Espere!

Pero Skipper no esperó ni lo soltó. Se levantó bruscamente de la cama, ayudándose de la mano de Felix, a la que se aferraba con ganas, y cuando consiguió ponerse en pie, volvió a pegarle, más fuerte esta vez y en la cabeza.

—¡Has matado a mi hijo! —gritó, mientras Toff y Mabel ladraban y daban vueltas alrededor de ellos—. ¡Has matado a Albert!

—¡El gas estaba en el sitio equivocado! —se defendió Felix—. ¡Fue un error!

—¿Un error? —susurró Skipper con aspereza—. ¡Has matado a mi hijo!

Felix se protegió la cabeza y el anciano le pegó en los codos mientras el otro intentaba en vano hacerse con el bastón. Nunca se había peleado con nadie y sabía que lo estaba haciendo fatal. Podría haberse librado del viejo

de un empujón, pero no quería hacerle daño, ni siquiera en el fragor de la batalla. Claro que tanto miramiento no le estaba haciendo ningún favor. Skipper era mayor que él y muy frágil, pero estaba encolerizado; Felix, en cambio, solo estaba arrepentido de haber venido.

Por fin consiguió agarrar la contera del bastón e intentó arrebatárselo a su asaltante con una serie de sacudidas que solo hicieron que ambos perdieran el equilibrio y, tras un extraño tango trotón junto a los pies de la cama, cayeran al suelo con idénticos quejidos de dolor.

Felix se quedó tumbado bocarriba, sin resuello, mirando el techo amarillento mientras Mabel le jadeaba apestosa en la cara y el bramido de la tele y el aspirador se filtraban estrepitosos por el suelo. Giró un poco la cabeza, con la consiguiente punzada de dolor en el cuello, y vio al anciano tirado a su lado, con la mirada perdida en lo alto. Durante un segundo terrible pensó que esa vez lo había matado, pero entonces Skipper parpadeó y Felix soltó un largo suspiro de alivio.

—He venido a disculparme.

—Me la soplan tus disculpas —replicó sibilante el otro—. Te las puedes meter por el culo.

Felix asintió mirando al techo. Estaba pintado con gotelé y de él se desprendían miles de minúsculas estalactitas de merengue.

—Deberíamos levantarnos —propuso con un suspiro—. ¿Puede? —Skipper no dijo nada—. Yo espero poder hacerlo —masculló. Hacía mucho que no se levantaba del suelo. Le llevó varios intentos, pero al final logró ponerse de lado, apoyar los codos, impulsarse con las manos, plantar una rodilla y luego el pie y, asiéndose a la mesilla, erguirse como un bebé—. Lo conseguí —jadeó satisfecho. Entonces se volvió y le tendió la mano a Skipper, que la apartó de un tortazo, pero tampoco hizo ningún esfuerzo por levantarse solo; se quedó allí tirado, con la chaqueta del pijama abierta por la pelea y el pecho, huesudo y pálido, al descubierto. Felix le tendió la mano de nuevo—. Vamos —dijo—, déjeme ayudarlo.

Skipper Cann ignoró la mano que le ofrecía.

—Me quedé dormido —espetó—. No sé por qué. Los estaba esperando y… me quedé dormido. —Felix retiró la mano despacio. El anciano prosiguió tímidamente, como si estuviera descubriendo todo aquello de

repente—. Debí haberlo oído venir a por el gas. Podría habérselo impedido. Pero me dormí y ahora…, ahora están enterrando a Albert… —dijo y se echó a llorar con un sonido seco y ronco indicativo de años de abandono de la maquinaria del llanto.

Felix se sentó en la cama.

Toff avanzó con sigilo hacia su dueño, allí postrado, y se tumbó junto a sus costillas mientras aquel respiraba trabajosamente. Las lágrimas le empañaron los ojos, rodaron por las antiquísimas arrugas y cayeron de sus mejillas a la alfombra verde de rizo largo. Felix rezó para que dejara de llorar, porque empezaba a notarse en los ojos una presión que recordaba muy bien del funeral de Jamie y de después.

«Ahora no —se dijo con vehemencia—. Ahora no».

—Lo entiendo —terció—. Yo también he perdido a mi hijo.

—Me da igual tu hijo —replicó Skipper—. A mí me importa el mío.

Claro que sí, y Felix se avergonzó por pensar que hablarle de Jamie podía ayudarlo. Por supuesto que no. Nada ayudaba. Ni siquiera el tiempo, cuya fama de curarlo todo estaba, a su juicio, sobrevalorada. Así que no dijo nada más; contempló por la ventana los campos frondosos y el cielo brumoso, al fondo, mientras, a su espalda, Skipper Cann lloraba hasta el agotamiento.

Cuando se serenó, Felix volvió a tenderle la mano a su enemigo caído.

—Vamos —le dijo—. No sea bobo.

Esa vez Skipper alzó la suya y Felix lo ayudó a incorporarse y luego, entre gruñidos y bamboleos de los dos, logró levantarlo y llevarlo de nuevo a la cama, donde ambos se derrumbaron y recobraron el aliento. Toff subió de un salto entre los dos y miró a uno y a otro como un árbitro nervioso, alerta ante posibles transgresiones.

Felix sacó el pañuelo y se sonó la nariz mientras Skipper descolgaba la cabeza sobre su pecho flácido. El pijama le colgaba de los hombros afilados. Tardó una eternidad en encontrar un botón y luego el ojal para pasar el uno por el otro.

—Porque no estoy en forma —resolló—, que, si no, te habría hecho pedazos.

Felix asintió como si aquello fuera cierto.

—Lo ha abrochado mal —le dijo con ternura.

Skipper se miró el pijama torcido un buen rato, mordiéndose las encías.

—Yo antes era algo —susurró—. Ahora no soy nada.

A Felix le escocieron aquellas palabras que conocía tan bien: «Sin ti no soy nada…». Ninguno de los dos era nada. Dos ancianos que habían dejado de ser útiles. A menudo se preguntaba si alguna vez lo había sido de verdad. «Manny Manitas». Podía arreglar una valla, pero no podía arreglar lo de Jamie ni impedir el descenso de Margaret al infierno.

—He traído esto para enseñárselo —dijo Felix cogiendo el bastón roto de Skipper, que se le había caído en la refriega. Se lo ofreció, pero el otro no hizo ademán de cogerlo—. ¿Ve la fractura? ¿Aquí? A mí me parece como si lo hubieran serrado.

Skipper lo miró de reojo y apartó la vista.

—¿Y qué?

—He pensado que… —Calló y suspiró—. Solo intento ayudar.

El anciano se encogió de hombros.

—¿Llevas más gas de ese encima?

—No.

—Entonces, no me vales para nada. —Skipper miró por la ventana el horizonte próximo de colinas que le impedían ver el mar—. Vuelve a meterme en la cama.

Felix le levantó las piernas, ligeras como una pluma, y lo hizo girar despacio sobre el trasero hasta dejarlo recostado en las almohadas; después lo tapó con las mantas arrugadas y, sujetándose al pie de la cama para mantener el equilibrio, se agachó a coger el bastón de Margaret por última vez. Lo dejó en la cama y Skipper lo agarró por la empuñadura, pero Felix no se estremeció. Si el anciano volvía a pegarle…, bueno…, seguramente se lo merecía.

—Vamos, Mabel.

La perra trotó hasta la puerta y Felix la siguió y asió el pomo.

—Me dijo que sería rápido.

Felix se volvió.

—¿Cómo?

El viejo volvió a morderse las encías un instante y luego encontró las palabras.

—Me lo dijo Geoffrey. Que con ese gas…

Felix se avergonzó de nuevo. No era el único que necesitaba respuestas a algunas preguntas importantes.

—Muy rápido —contestó—. Y completamente indoloro.

Skipper no lo miró. Levantó la barbilla al cielo de forma casi imperceptible.

—Aun así…

Felix lo entendió. «Aun así», el hijo había muerto. «Aun así», el padre seguía vivo, y ambas cosas seguían siendo culpa suya.

—Lo siento muchísimo —le dijo, pero Skipper continuó mirando por la ventana. La rabia que llevaba dentro ya había ardido y solo quedaban las cenizas tristes y grises.

—Vete —le dijo hastiado—. Si vuelves por aquí, te mato.

Al llegar a casa, Felix se miró el chichón de la cabeza en el espejo del baño. Lo tenía justo donde en otro tiempo le empezaba el pelo; había un corte feo en el centro.

Se lo apretó y puso cara de dolor; no se lo volvió a apretar.

«Tendrías que haber visto al otro», pensó con tristeza. Eso era lo que decían los hombres cuando ganaban una pelea, ¿no? Felix nunca lo había dicho, claro, pero pensaba que era algo que todo hombre debía tener ocasión de decir una vez en la vida. Pero no tenía nadie a quien le importara lo suficiente como para preguntarle qué le había pasado en la cabeza. Además, aunque hubiera habido alguien, él jamás habría dicho: «Tendrías que haber visto al otro». Sobre todo, cuando el otro se había quedado tendido en el suelo, llorando por su hijo muerto.

La sospecha

Skipper Cann se despertó en la oscuridad, temblando de miedo. Había alguien en su cuarto. Un roce en la puerta. Una sombra en un rincón. Un crujido. Agarró el bastón.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Skip.

—¿Dónde has estado?

—Siento llegar tarde.

Skipper buscó a tientas la lamparita y la encendió.

—¿Qué hora es?

Miró el reloj con los ojos entornados. Las doce y cuarto. ¿Cuándo se había acostado? ¡Cómo! El día en que habían enterrado a su hijo…

—Poco más de medianoche —contestó Reggie—. ¿Has comido algo?

El anciano desechó la idea con un manotazo al aire. Últimamente nunca tenía hambre. Hayley le había hecho un sándwich de queso a la hora de comer, pero ni lo había tocado. El cáncer era lo único voraz de su persona: lo había ido devorando por dentro y ya casi había acabado con todo.

—¿Qué haces?

Reggie estaba delante del armario abierto, donde la lamparita de la mesilla no llegaba a iluminarlo.

—Estaba guardando la corbata que me has prestado.

—¿A oscuras?

El joven se encogió de hombros.

—Sí, perdona. Tendría que haber esperado a que fuera de día, pero como he entrado a ver si estabas bien…

Skipper se incorporó con dificultad y se recostó en la almohada. De pronto le vino a la memoria el día que acababa de terminar, pero muy lejos.

Así le ocurría últimamente, como si su cerebro tardara en recordar cómo era el mundo.

Aun cuando preferiría no recordar.

Se frotó los ojos.

—Llevo dormido una eternidad. Siempre durmiendo, puñetas. Duermo por toda Inglaterra.

—Voy a prepararte un té.

—Te acompaño —contestó Skipper.

—¿Abajo? ¿Ahora?

Llevaba un tiempo sin bajar.

—Échame una mano. —Reggie ayudó a su abuelo a ponerse las zapatillas y una bata vieja y raída, y Skipper le olió el aliento a cerveza—. ¿Has estado en el pub?

—Sí.

—Ya te has dado un golpe con el coche.

—Lo sé, lo sé.

Skipper prefirió no insistir. El pobre chico había tenido un día difícil.

Dejó que su nieto lo ayudara a bajar las escaleras, despacio y lleno de dolores antiguos y nuevos. Hicieron una parada y se sentaron en un peldaño, con el perrito entre los dos, impaciente por ir a cualquier lado, siempre que fuera con su dueño.

—Me acuerdo de cuando eras pequeño y yo te daba la mano para bajar las escaleras.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas del trineo?

Reggie rio.

—¡Sí!

Lo habían llamado «trineo», pero no era más que un cartón gordo de la caja de la lavadora que les habían traído. Si el camino estaba despejado, Reggie llegaba a la puerta. Lo había tenido despejado las veces suficientes como para dejar una marca que su abuelo nunca había repintado.

¡Qué buenos tiempos!

Siguieron bajando.

Ya en la cocina, Reggie lo ayudó a sentarse en una silla, llenó de agua la tetera y la puso en el quemador. Skipper percibió aquel olor a gas tan típico de la cocina en invierno y oyó ese silbidito que, como por arte de magia, le hacía sentirse niño otra vez, con su madre a los fogones, los calcetines secándose en la parrilla, la bombilla desnuda reflejada en la ventana negra de una mañana de colegio.

Como si fuera ayer. Mejor que si fuera ayer. El ayer podía estar algo borroso.

Skipper se hizo un hueco para apoyar el codo en medio de todos los trastos que había en la mesa, junto al teléfono.

—¿Qué tal ha estado el funeral?

—Bien. Ha estado bien.

No se miraron. Reggie cascó dos huevos en una sartén y ambos observaron cómo saltaban y chisporroteaban.

—¿Qué ha dicho el párroco?

—Cosas bonitas.

—¿Sí? —preguntó Skipper. Reggie metió pan en el tostador y apretó fuerte la palanca—. ¿Han ido los de la tienda?

—No. —El anciano asintió con la cabeza—. ¿Por qué iban a ir?

Skipper se mordió las encías.

—Albert lo hizo lo mejor posible, Reg.

—Su «lo mejor posible» era una porquería.

—Te compró ese coche.

—¡Que no podía pagar! Y ahora tenemos que cargar con sus deudas, como de costumbre. Como primos. Tú con una pensión y yo con un asco de trabajo. Era un padre de mierda, Skip, y eso no cambia porque haya muerto. —Reggie abrió con dificultad un cajón—. ¿Dónde coño están los tenedores? ¡Joder!

Encontró uno y cerró de golpe el cajón. Saltaron las tostadas. Las echó al plato y las aplastó un poco al untarlas de mantequilla.

Su abuelo se limitó a mirarlo. Toff le saltó al regazo y él le acarició las orejas.

—Hoy ha venido a verme un tipo.

—¿Sí? ¿Quién?

—El que lo hizo.

—¿Que hizo el qué?

—El exitero —contestó Skipper señalando el techo con el pulgar.

Reggie paró.

—¿Ha vuelto?

Skipper cabeceó afirmativamente.

—Me ha dicho que lo sentía, que fue un error. Luego nos hemos pegado.

—¿Que os habéis qué? —inquirió pasmado—. ¡Os habéis pegado! ¿Cómo que os habéis pegado?

—Nos hemos pegado de lo lindo. Iba a practicarle un arresto ciudadano. Habría podido con él, solo que estoy en baja forma de todo el tiempo que paso en la cama, pero le he atizado fuerte un par de veces con mi bastón nuevo.

—¿Qué bastón nuevo?

—Me ha traído un bastón nuevo.

Reggie lo miró sorprendido.

—¿Por qué?

—El viejo se ha roto. Él dice que me lo han roto a propósito.

—¿Has llamado a la Policía?

—¿Por el bastón?

—¡Por la pelea! ¡Por el hombre que asesinó a papá!

Skipper negó con la cabeza.

—Me he tomado una pastilla y me ha dejado fuera de combate hasta ahora. Hazlo tú, Reg. Me he dejado los dientes arriba —dijo, ofreciéndole el teléfono.

Reggie lo cogió.

—Esa mujer policía lo soltó como si tal cosa, ¿sabes?, dijo que igual había sido un error. No puedo creer que ese capullo haya tenido la jeta de volver.

Su abuelo asintió.

—¿Vas a llamar o qué?

—Sí. —Reggie se palpó los bolsillos—. Tengo por ahí la tarjeta que me dio. Lleva el número directo. ¿Cómo era ese hombre?

—Más alto que yo. Un tío grande. ¡Y mucho más joven!

—¿Cómo de joven?

—Uy, no sabría decirte —soltó Skipper, quitándole importancia con un manotazo al aire—. Pero ha venido con una perra.

—¿Una perra?

—Se llama Mabel.

Reggie enmudeció de pronto.

—¿Mabel?

—¡No me crees! —protestó Skipper.

—¡Sí!

—¡Pues llama!

—Voy. —Reggie dejó una tarjeta en la encimera para poder mirar el número mientras marcaba. Pidió que le pasaran con la inspectora jefe King, pero, como no estaba, habló con el inspector Shapland y le contó toda la historia bajo la atenta mirada de Skipper—. ¿Te ha dicho su nombre? —le preguntó a su abuelo.

—No.

—¿De qué color tenía el pelo?

—Gris —contestó Skipper.

—Gris —le dijo Reggie a Shapland.

—Un poco calvo —ofreció el anciano.

—¿De dónde?

—Pues de la cabeza.

—Nooo, que si tenía solo entradas o una calva grande en el centro o qué…

—Entradas. Y cuéntale lo del bastón.

—Sí, por lo visto a Skipper se le rompió el bastón y ese tío le ha dicho que se lo habían serrado. No, yo no lo he visto… ¿Dónde está el bastón ahora, Skip?

—Creo que se lo ha llevado.

Reggie puso los ojos en blanco antes de transmitirle a Shapland esa información; luego le dio las gracias, se despidió y colgó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Skipper.

—Que les viene muy bien, que la descripción es tan específica que, si lo tienen fichado, lo van a encontrar seguro.

—«Si» lo tienen fichado —repitió Skipper con desánimo—. ¿Y si no?

—Lo van a pillar, Skip, no te preocupes. Es mejor dejarlo en manos de la Policía. Ellos tienen todos los datos. —Le pasó al abuelo el té en su taza favorita, una en la que ponía: «LOS PESCADORES USAMOS TAZAS ASÍ DE GRANDES», y luego dejó resbalar los huevos de la sartén a las tostadas—. ¿Quieres que te vuelva a llevar a la cama?

—De momento estoy bien aquí, gracias.

—Voy a ver la tele. ¿Vienes?

Skipper negó con la cabeza.

—Me quedo aquí sentado un poco.

Reggie estuvo allí de pie un buen rato, mirando fijamente los huevos.

—¿Lo vas a intentar otra vez, Skip?

—¿El qué?

—Ya sabes el qué.

El abuelo se lo pensó bien y después negó con la cabeza.

—Hasta que no averigüe qué le pasó a Albert, no.

Reggie dio una cabezada afirmativa y salió de la cocina, y Skipper oyó que encendía la tele: risas enlatadas.

Allí sentado, se bebió el té a sorbitos.

Cuando terminó, no se movió.

Miró el teléfono. Miró la tarjeta.

Al final, los cogió los dos. Ladeó la tarjeta hacia la luz y la sostuvo con el brazo estirado.

COMISARÍA DE BIDEFORD
INSPECTORA JEFE KIRSTY KING
INSPECTOR PETER SHAPLAND
01237 908809

Escudriñó el teléfono y pulsó la tecla de rellamada.

Se oyó un tono breve, tres tonos más largos… y luego el reloj parlante le dijo que eran exactamente las doce y treinta y ocho.

La manzana podrida

A la mañana siguiente a la pelea, Felix llamó a la puerta de la señorita Knott.

No recordaba la última vez que lo había hecho. Puede que fuera en las Navidades de hacía nueve o diez años. Margaret le había pedido que le llevara unas empanadillas de carne picada porque había usado una receta antigua y había hecho demasiadas para ellos dos. Él había protestado, de eso se acordaba. ¿Por qué iba a querer la señorita Knott sus empanadillas de carne picada? ¡Ya se las haría ella, que no era una indigente! Pero Margaret, haciendo caso omiso a todos sus argumentos, le había encasquetado una bandeja de horno repleta de empanadillas y lo había hecho salir por la puerta en plena granizada y, como era de esperar, a la vecina le habían encantado. Felix no había entrado, a pesar de que ella le había ofrecido un jerez, pero había visto de refilón un árbol y un recibidor decorado con luces y guirnaldas de las de antes, de esas que también ellos habían hecho cuando Jamie era pequeño. Ya no las hacían. ¿Para qué? Ponían el árbol porque Margaret se empeñaba, aunque todos y cada uno de los adornos les recordaran a su hijo: el muñeco de nieve, el reno, el elfo…, la única moneda de chocolate que Jamie había conseguido no comerse…

La señorita Knott abrió la puerta con una sonrisa. Luego exclamó espantada:

—¡Madre del amor hermoso! ¿Qué le ha pasado?

Felix se tocó el chichón y se ruborizó.

—Ah —dijo—, no es nada. —Pero antes de que pudiera impedírselo, ella lo tenía sentado a la mesa de la cocina y le estaba desinfectando la herida a la vez que iba retransmitiéndole con todo lujo de detalles lo que venía a continuación. El agua oxigenada escocía una barbaridad, pero ella siguió limpiándole el corte a pesar de que Felix le había dicho que se lo

había lavado (que no era cierto) y después se lo tapó con una gasa y un esparadrapo cuadrado grande. Resultó que había sido enfermera de Urgencias, cosa que él no sabía, pero que agradecía mucho.

—¿Mejor? —le preguntó.

—Sí, gracias —contestó él.

—¿Ha conseguido quitarle la mancha a su preciosa cazadora?

—¿La mancha? —preguntó él aturdido.

—La de… eeeh… rímel.

—Pues no. Se me resiste.

De hecho, la cazadora beis había salido de la lavadora con el mismo aspecto que al entrar. No sabía si podría salvarla.

—Mostaza en polvo y vinagre —dijo ella—. Haga una pasta y frote la mancha con ella antes de lavarla. O tráigame la prenda, a ver si la puedo quitar yo.

A Felix no le atrajo la idea. La colada siempre la había parecido algo muy íntimo, demasiado personal para compartirlo con una vecina.

—Lo intentaré yo. Gracias, señorita Knott. Entretanto, ¿podría usar su teléfono?

—Por supuesto —contestó ella—. ¿El suyo está averiado?

—No, es que me encuentro en una situación algo extraña. Tengo que llamar a una persona, pero no quiero que sepa que soy yo quien llama, así que se me ha ocurrido llamar desde otro teléfono.

Temió que la señorita Knott fuera a hacerle toda clase de preguntas incómodas que no iba a querer contestar, pero no le preguntó absolutamente nada. Lo llevó al salón y dio una palmadita en el respaldo de un enorme sillón orejero.

—Siéntese. El teléfono está ahí mismo. Lo dejo tranquilo, voy a preparar un té. ¿Cómo lo toma?

A Felix no le apetecía un té, pero ¿qué iba a decir?

—Con una pizca de leche —contestó—. Gracias, señorita Knott.

Ella salió de la habitación y él se sentó. El sillón era comodísimo y tenía una mesita a cada lado: una con una lámpara y el mando de la tele y otra con el teléfono y un pequeño bloc de notas muy parecido al que tenía él en el recibidor, solo que sin el lápiz con borla. En su lugar, había un boli

barato. También había un libro de bolsillo, abierto y bocabajo. Casi le da un infarto. Él siempre usaba marcapáginas y no soportaba que se maltrataran los libros, aunque fueran de Clive Cussler. Menos mal que Margaret siempre había sido cuidadosa con los suyos; de lo contrario, habrían sido cincuenta años muy complicados.

Oyó cantar a la señorita Knott en la cocina, ni alto ni despacio, sino casi por lo bajo y saltándose palabras e incluso notas, casi como si canturreara para sí misma. Margaret también lo hacía a veces; cantaba temas antiguos con los que habían bailado de novios: *Bewitched* o *The Way You Look Tonight*. La señorita Knott no cantaba tan bien como Margaret, pero, aun así, alegraba el ambiente.

Más le valía hacer la llamada antes de que ella volviera. Se palpó los bolsillos en busca del papel donde había anotado el número de Amanda, lo sacó y lo desdobló. Inspiró hondo. Estaba muy nervioso. Le temblaba tanto la mano que tuvo que hacer un esfuerzo para marcar, con cuidado y fijándose muy bien. Oyó un chisporroteo antes del primer tono, durante el cual reparó en que la señorita Knott había puesto el tulipán que le había regalado en un jarroncito estrecho de cristal, en el alféizar de la ventana, y que se había abierto y convertido en una flor maravillosa. Lo ayudó a sentirse un poquito menos angustiado.

—¿Diga?

—¡Hola! —Felix se irguió sorprendido—. ¿Amanda?

—Sí, ¿qué hay?

Se quedó pasmado. No esperaba que lo cogiera, ni que lo hiciera tan rápido, ni que respondiera al nombre de Amanda. Tendría que haberse preparado mejor, pero ya era tarde para eso.

—Hola —volvió a decir.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—John —contestó Felix—. El de Abbotsham. —Ella no dijo nada, así que aprovechó para continuar—. Amanda, sé que te dije que me encargaría de todo, y lo voy a hacer, pero para eso necesito cotejar algunos datos contigo.

Esa vez el silencio fue más largo.

—Yo… —dijo ella—. ¿Qué quieres… cotejar?

Sintió un gran alivio. ¡La chica no era una manzana podrida! Una manzana podrida le habría colgado sin más. Una manzana podrida no habría seguido al teléfono ni le habría preguntado qué quería cotejar. ¡Seguro que le habían tendido una trampa a ella también, pobre!

Habló rápido y en voz baja.

—Bueno, está pasando algo bastante raro. Por lo visto, la Policía cree que la muerte a la que «asistimos»… fue deliberada…

—¿Deliberada?

—Parece ser que han encontrado algunas… discrepancias… Por ejemplo, que el señor Cann usaba una bombona de oxígeno, y la Policía asegura que estaba en la habitación del pobre hombre. Yo no recuerdo que fuera así, ¿sabes?, y me preguntaba si tú sí.

—No…, yo… no.

—¡Ay, menos mal! —dijo él enseguida—. Y el testamento y la carta de descargo estaban en la mesilla, ¿verdad? A ver, yo tengo la certeza casi absoluta de que sí, pero ¿tú? Es que quiero asegurarme de que lo recuerdo bien, ¿sabes? Con los años que tengo… ¡Ja, ja! —Oía a Amanda respirar—. Hasta he pensado en preguntarle a algún miembro de la familia… —Lo dejó caer, invitándola a reconocer que eso mismo había hecho ella, que, por estúpido que pareciera, había quedado con el hijo de Albert Cann, que él le había explicado lo ocurrido y que no era culpa de ellos… Pero la joven no dijo nada por el estilo—. Es que, Amanda, estoy un poquito preocupado porque, bueno, te voy a ser sincero, esto me empieza a parecer una… trampita. —Quiso decirlo con una risilla, pero le salió tan seca y tan triste que la reconvirtió en un carraspeo—. ¿Amanda? —Silencio—. ¿Hola? —Silencio—. ¿Hola? ¿Amanda?

Le había colgado.

Colgó él también y se enjugó la frente con un pañuelo limpio. Al levantar la vista, vio que entraba la señorita Knott con una bandeja preparada para servir el té con tetera, tazas, platillos, leche, pastas…

Se acaloró y le entró el pánico. No quería estar allí. Debía estar en otro sitio, en uno donde pudiera pensar. Se levantó con dificultad del sillón orejero para ayudar a la señorita Knott con la bandeja, pero ella era una

experta y llegó a la mesita de centro sin hacer tintinear siquiera las cucharillas.

—No puedo quedarme mucho —dijo mirándose el reloj, aunque no tenía ni idea de qué iba a hacer cuando se marchara, aparte de pasarlo mal en su propia casa.

—Claro —contestó ella—. Siéntese, ande, y déjese cuidar.

Felix se sentó y empezó a sudar mientras ella manipulaba la tetera y el colador, le servía una taza de té y se la ofrecía. Era un té de un rojo precioso, bastante aguado, como a él le gustaba.

—¿Una pasta?

—¿Cómo dice?

—Que si quiere alguna pasta.

—Ah, sí. Perdone, señorita Knott. Estaba distraído.

Las pastas también eran buenas, de esas que van en lata, más que en paquete, y cubiertas de chocolate o envueltas en un papelito brillante. Felix tuvo que hacer un enorme esfuerzo por parecer normal, aun estando revuelto por dentro. Cogió la pasta menos ostentosa.

—Coja una de las que van envueltas —le ordenó ella—. Es entretenidísimo desenvolverlas.

«¡Qué absurdo!», se dijo Felix, pero cogió una con el envoltorio de color púrpura y sí que disfrutó desenvolviéndola, por disparatado que pareciera.

La señorita Knott se aclaró la garganta.

—Señor Mabel, no quiero parecer curiosa, pero tengo la impresión de que podría estar usted en un apuro.

—¡No, no, no! —contestó él, ruborizado, y derramó un poco de té en el platillo. Dejó la taza en la mesa, avergonzado de la mentira, y rectificó enseguida—: Bueno, sí.

Mientras se alisaba el papel púrpura de la pastita encima de la rodilla y eliminaba despacio todas las arrugas con el pulgar, le dio tiempo de ordenar sus ideas, de preguntarse qué debía contarle a la vecina y qué no. Entonces se angustió pensando en cuántas mentiras sería capaz de recordar y, al final, decidió contarle la verdad sin más.

La señorita Knott no lo interrumpió. Se rellenó la taza, le rellenó la suya y escuchó hasta que él la puso al tanto de todo.

—¿Y esa Amanda es la persona con la que acaba de hablar?

—Sí.

—¿La que le ha colgado?

—Sí.

La señorita Knott guardó silencio tanto rato que Felix se arrepintió de habérselo contado. Aquello no era esconderse, sino irse de la lengua a lo grande. Se había expuesto él y había expuesto a los exiteros. Había quedado como un incompetente en el mejor de los casos… y como un asesino en el peor. No era de extrañar que la vecina estuviera tan seria.

—Mejor me voy —dijo él y dejó la taza en la bandeja.

—No se vaya, Felix —le pidió ella—. Estoy sorprendida, nada más. ¿Cómo no iba a estarlo? Pensar que todo este tiempo ha llevado una doble vida, entrando en secreto en casa de esas personas, apoyándolas en los momentos difíciles, deshaciéndose de las pruebas… Y arriesgándose tanto. ¡Qué atrevido! Pero qué bondadoso también… —La señorita Knott lo miró con aprecio—. Siempre he sospechado que tenía usted cualidades ocultas.

—Ah, ¿sí? —preguntó él extrañado, porque desde luego era más de lo que esperaba.

—Pues claro —repuso ella—, todos tenemos cualidades ocultas, solo que algunos las tienen más y mejor escondidas que otros.

—Vaya, se lo agradezco, señorita Knott, pero ahora veo que he estado intentando enmendar un error que no tiene enmienda posible. He sido muy estúpido. Y cobarde. Tendría que haber ido derecho a la Policía, pero lo he dejado correr…, primero porque me daba pánico, luego porque Geoffrey me pidió que me escondiera y después porque pensé que Amanda podría ayudarme a deshacer el entuerto. Pero ya he hablado con ella y no me ha servido de nada, así que más vale que me entregue.

—No veo por qué —dijo ella, de nuevo inesperadamente.

—¡Porque es lo correcto!

—¿Quién lo dice?

Felix se quedó pasmado.

—Bueno…, es lo que haría Margaret.

—¡Bah! —espetó la vecina sacudiendo el aire con una mano que olía a su crema de naranjas—. A Margaret nunca la acusaron de homicidio, así que ¡a saber lo que habría hecho! —Felix no estaba acostumbrado a cuestionar a Margaret ni a que la cuestionaran otros. Aquel era territorio virgen para él, pero la señorita Knott tenía razón—. El caso es que —continuó ella— estoy segura de que los agentes de policía son todos muy decentes y trabajadores y solo quieren acusar a las personas correctas; pero, cuando alguien se confiesa autor de un delito, es lógico, creo yo, que no tengan ni tiempo ni ganas de seguir investigando ese delito tanto como deberían. Ni tanto como lo haría usted mismo. —A Felix no se le había ocurrido eso—. Porque, en cuanto lo tengan a usted, puede que ya no busquen más. —Felix asintió despacio—. Y entonces ese pobre anciano correrá un grave peligro sin nadie que lo proteja. —Felix se miró fijamente los nudillos brillantes mientras la vecina contemplaba la lata de pastitas con el ceño fruncido, como si la solución estuviera allí dentro, envuelta en un papelito de colores. Luego levantó la vista y dijo con firmeza—. Yo creo que debería volver.

—¿Volver? —preguntó él espantado—. ¿A la casa?

—Sí.

—¡Pero ese hombre me va a matar!

—Seguro que lo dijo por decir —repuso la señorita Knott con un manotazo al aire que a Felix empezaba a resultarle familiar—. A fin de cuentas, debía de estar aterrado.

—¡Yo sí que estaba aterrado! —exclamó él señalándose el chichón.

—Ay, pero imagine a ese pobre hombre… ¿Cómo se llama?

—Skipper Cann.

—Skipper está débil y enfermo y postrado en la cama, y el tipo que ha asesinado a su hijo aparece de pronto en su cuarto. ¡Con un bastón! Seguramente pensó que había ido a matarlo otra vez.

—¡No fui a matarlo la primera vez! —la corrigió Felix, bastante indignado—. Se iba a suicidar, ¿recuerda? Quería morir.

—Puede —respondió ella con firmeza—, pero ¡nadie quiere que lo asesinen!

Sus palabras quedaron flotando en el aire, innegables.

A Felix le daba igual. Se cruzó de brazos. No iba a volver a Black Lane. Ya había hecho todo lo posible y no había conseguido nada. Le había pedido disculpas a Skipper Cann, le había arreglado la valla y le había enseñado el bastón serrado… ¡y el otro lo había amenazado con matarlo! No había nada más que él pudiera hacer por enmendar su error, al menos sin correr peligro. Margaret coincidiría con él en eso, seguro. La señorita Knott era demasiado impulsiva, demasiado sentimental, y lo que esperaba de él no era nada realista.

—Volveré mañana —dijo alguien.

Y, cuando vio que la señorita Knott lo miraba con los ojos brillantes de orgullo, Felix cayó en la cuenta de que ese alguien debía de haber sido él.

El desván

Después de la cena, Felix descolgó la escalera del desván dando varias sacudidas chirriantes y subió despacio a buscar su viejo juego de ajedrez.

Siempre le había gustado jugar al ajedrez. Era el recuerdo imborrable que tenía de su padre. Ambrose Pink era un hombre taciturno que olía a tabaco de pipa y era más un observador de sus hijos que un padre para ellos. Lo recordaba sujetando la pipa con los dientes para poder aplaudir algún logro de su hermana o de su hermano. Felix nunca había hecho nada que pudiera compararse, pero su padre y él jugaban al ajedrez. Sobre todo las tardes tristes de domingo, cuando no se oía otra cosa que el ruido inquietante de la lluvia y del reloj de pared. Aun así, estaban solos y juntos mientras sus espectaculares hermanos andaban en otro lugar, haciendo algo seguramente más digno de aplauso que perder al ajedrez.

Jamás había conseguido vencer a su padre, pero había estado a punto de hacerlo en dos ocasiones, ambas no reconocidas. Tras su muerte, había empezado a entender que la ausencia de reconocimiento no era nada personal. A su padre le daba igual quién ganara. Para él, el jaque no era más que la señal de que podía recostarse en la butaca y cargar la pipa con tabaco de su suave bolsita de piel mientras su hijo, encorvado, estudiaba su rey desde todos los ángulos para asegurarse de que era cierto. Siempre lo era.

Pero, mientras jugaban, hablaban. No de gran cosa. De Egipto, de hockey, de la mejor ruta de Barnstaple a Newton Tracey, del buje Sturmey-Archer… De nada, en realidad. Daba lo mismo: lo importante era que siempre le costaba menos hablar con su padre si había un tablero de ajedrez entre los dos.

Ahora Felix tenía una vaga idea de dónde estaría aquel juego de ajedrez y, en cuestión de diez minutos, estaba deslizando la tapa de la cajita de contrachapado. Dentro se encontraban las viejas piezas de madera Staunton

con las que había aprendido a jugar de niño, desgastadas. Las mismas con las que había enseñado a jugar a Jamie.

La nostalgia lo cegó. Aquellas piezas llevaban allí treinta años, esperando, tranquilas, tal y como las había guardado su hijo la última vez que habían jugado. ¿Qué tendría…, dieciséis años…, diecisiete quizá? ¿De qué habían hablado? De nada importante, seguro, pero de algo, desde luego.

Acarició un peón como si quedara aún en él algún rastro de su hijo. Alzó a la tenue luz de la bombilla uno de los caballos blancos y recordó cómo guiaba la manita regordeta de Jamie en ele por los cuadrados del tablero mientras agarraba con fuerza aquella misma pieza.

Acompañado del suave choque de las piezas de madera, hurgó entre aquellos bonitos recuerdos y encontró un rey. «Jaque mate». A veces con su voz y otras con la de Jamie. Felix, como su padre antes que él, jamás se había dejado ganar por su hijo, aunque, en su caso, Jamie le había ganado de todas formas.

Jamie era un luchador, un guerrero: nada lo abatía mucho tiempo y siempre estaba dispuesto a volver a por más. Se entregaba al juego, el que fuera, tonto o serio. Buen perdedor y ganador elegante, era en la participación donde brillaba de verdad. Se entregaba por completo en todo lo que hacía, aunque no se le diera muy bien. Él lo intentaba. Había pasado años llevándolo en coche a jugar al fútbol y recogiéndolo después para llevarlo a casa, hasta arriba de barro y contento y gritando en el coche con sus rubicundos amigos…, siempre igual, ganara o perdiera. Y aquella vez que no había oído el silbato de salida nula en el festival del condado y había nadado un largo entero él solo… Al tocar el borde de la piscina, había mirado alrededor, había visto las otras calles vacías y se había quedado pasmado de haber ganado con tanta ventaja. Todos se habían reído de él, cientos de personas cuyas carcajadas habían retumbado en las paredes del centro de natación. Pero, cuando Jamie había empezado a reírse también, lo habían vitoreado, le habían aplaudido mientras regresaba a su puesto y habían vuelto a aclamarlo cuando había llegado, cansado, en último lugar. A Felix le dolieron las manos dos días de tanto aplaudir y Margaret había llorado de orgullo.

Sonrió al recordarlo. Jamie no había vivido una vida larga, pero, mientras le había durado, ¡madre mía!, había sido maravillosa.

¡¡Maravillosa!!

Contempló las piezas con los ojos empañados.

¡Qué viejo miserable y desagradecido era! Diecinueve años de amor y felicidad y dos de infierno. ¡Qué terrible injusticia cometía recordándolo solo con dolor y amargura cuando había despertado tanta admiración por la que tenerlo presente!

Se secó las lágrimas y volvió a acariciar el peón.

Las piezas de ajedrez habían estado esperándolo todos esos años.

Se alegraba de haber ido a buscarlas en ese momento.

La Vieja Veterana

—Calvin, ¿no dijiste que conocías a la anciana del funeral?

Calvin levantó la vista de la base de datos de exiteros, que estaba costándole una eternidad y volviéndolo loco.

—Solo de vista, señora.

—Pero ¿sabes dónde encontrarla?

Lo sabía. Así que se dirigió a Ladbrokes en misión inusualmente oficial.

Estaba siendo el día más caluroso del año hasta la fecha y Calvin se remangó y se aflojó la corbata mientras subía por la calle mayor. Al llegar a la puerta, saludó a Arenas con la cabeza y entró.

El local no disponía de aire acondicionado, pues su propietario confiaba en que al fondo del todo la penumbra fuera fresca, pero el sol daba ese día en el ángulo perfecto para convertirlo en un horno. Dennis Matthews estaba despatarrado en dos asientos a la entrada, con los brazos en cruz para que el aire le refrescara las axilas, mientras Sylvie se había soltado una pizca el pañuelo y la papada para combatir el calor. La Vieja Veterana, en cambio, iba embutida en su anorak y sus katiuskas, como de costumbre. Calvin casi notó cómo le subía la temperatura corporal solo de mirarla.

Se acercó y se situó a su lado.

Estaba rellenando un boleto con esmerada caligrafía.

—¿Me puedo sentar?

Ella asintió de forma casi imperceptible. Él esperó un poco mirando los caballos y los galgos en las pantallas.

—¿De qué conocía a Albert Cann?

—Era amigo de la familia —contestó ella sin interrumpir su labor.

—¿Sí? ¿Desde cuándo?

La Vieja Veterana tachó uno de los caballos y anotó otro.

—Desde hacía un tiempo.

Era factible, supuso Calvin. Aun con todo, se sintió incómodo: estaba claro que la anciana no quería hablar de eso con él y, no siendo un interrogatorio oficial, carecía de excusa para presionarla. Pero debían avanzar en el caso.

—¿Qué le dijo a Reggie después del funeral?

Ella se encogió de hombros.

—Le di el pésame.

Calvin parpadeó asombrado. La Vieja Veterana estaba mintiendo. ¡Mintiéndole a él! ¡A la Policía! Le alucinó. Y le hizo un poco de gracia. Pero sobre todo, le alucinó.

La vieja cogió el boleto de la apuesta y lo estudió como si fuera la piedra de Rosetta. Desde luego, texto llevaba, pero Calvin vio que la apuesta total era de solo cincuenta peniques, el mínimo. Por debajo de eso, ni lo pasaban por caja.

Eligió con cuidado las siguientes palabras.

—Me pareció que él párroco había estado algo duro.

—¡Imbécil! —masculló con una rabia inesperada—. No conocía a Albert. La gente siempre lo había decepcionado.

Calvin se sentó más erguido, de pronto interesado.

—¿Quién lo decepcionó?

—Yo solo pretendía aclarar las cosas —dijo la Vieja Veterana apartando la mirada y agitando con desdén una mano moteada.

El agente estaba completamente alerta ya. La anciana sabía algo. Quizá mucho. Puede que fuera la clave del caso entero.

—¿Cómo? —le preguntó—. ¿Y por qué? —Pero ella no contestó. Se levantó, incómoda, y se acercó a la ventanilla de un solo paso—. ¿Qué pretendía arreglar? —insistió él.

La Vieja Veterana miró espantada hacia ventanilla y luego a él.

—Me voy —dijo, y blandiendo aún el boleto, se desplomó de espaldas en el suelo con un golpe seco amortiguado por el anorak.

—¡Joooder! —Sorteando las sillas de plástico, Calvin se arrodilló a su lado—. ¡Mike, pide una ambulancia!

La anciana estaba consciente, mirando fijamente al techo. En los cursillos de formación siempre aconsejaban llamar a los pacientes por su

nombre, mantener su atención, pero Calvin no sabía cómo se llamaba.

—Tranquila —le dijo—, se pondrá bien. —Ella volvió los ojos vidriosos hacia él y lo miró con escepticismo—. ¿Tiene angina de pecho o algo así? —La anciana negó con la cabeza—. ¿Toma alguna medicación? —Volvió a negar—. Bueno, aguante, que ya viene la ambulancia.

—Me voy —susurró ella con los labios azulados.

—No, no se va —repuso él con firmeza—. Estamos esperando la ambulancia. —Miró la ventanilla, donde Mike el Muerto le hizo una seña con el pulgar hacia arriba—. Está de camino.

Había piernas por todas partes. Los otros jugadores. Observando. Murmurando. Calvin se enfureció con ellos sin motivo justificado.

—Me muero —dijo la Vieja Veterana con un hilo de voz—. Es mi hora.

—No es su hora —espetó él—. ¡No sea boba!

La anciana rio en silencio, con los labios tensos sobre unos dientes antiquísimos, pero su respiración era trabajosa y Calvin cayó en la cuenta de que, en cualquier momento, podía perder el conocimiento y dejar de respirar y él tendría que hacerle una RCP. Nunca se la había hecho a una persona, solo a un muñeco, y no iba enfundado en un anorak. Quizá debería quitárselo. Seguramente le había dado una lipotimia del calor y eso la aliviaría un poco. Pero era una anciana y Calvin pensó en su yaya Curley y en que habría preferido morir a que un montón de desconocidos la viera en sujetador. El «sostén», que decía ella, recordó Calvin inoportunamente. Así que no le quitó el abrigo a la Vieja Veterana. Se limitó a cogerle la mano e intentar recordar el número de compresiones por minuto.

Sylvie salió corriendo de detrás del mostrador con un vaso de agua y Dennis Matthews se agachó y deslizó con ternura su cojín para las almorranas debajo de la cabeza de la anciana.

—Ya queda poco —dijo Calvin—. Se pondrá bien.

«Ojalá supiera su nombre. No se lo voy a preguntar ahora».

La Vieja Veterana giró de pronto la cabeza y lo miró a los ojos.

—Lo que te hizo aquella chica estuvo mal.

La miró confundido.

—¿Qué chica?

—Con la caja aquella de porno —añadió ella.

Calvin se quedó de piedra. Pero a la anciana se le llenaron los ojos de lágrimas, le cogió fuerte la mano y tiró de él para que la oyera mejor. El agente se agachó con miedo y ella le habló al oído.

—Todos hacemos cosas de las que nos avergonzamos.

Y aflojó la mano.

«¡Joder!»

La zarandeó. Le gritó: «¡OIGA!», en la cara. «¡Oiga! ¡Oiga!»

«Se ha ido», dijo alguien a quien Calvin le habría dado un puñetazo. Le buscó el pulso. No tenía latido. Le bajó bruscamente la cremallera del enorme abrigo de invierno y se lo retiró del pecho, aliviado de ver que no iba en sujetador, sino que llevaba una blusa azul inesperadamente bonita. Le puso los dedos en el esternón para medir la distancia correcta, notándole los aros del sujetador y, poniendo una mano encima de la otra, inició las compresiones, bombeando sangre a su corazón inerte para que su cerebro no muriera antes de que llegase la ambulancia.

«Bombea, bombea, bombea».

—Apártense un poco, por favor —dijo Sylvie y las piernas empezaron a moverse, a acercarse despacio a la puerta.

«Bombea, bombea, bombea».

«Bombea, bombea, bombea».

Y entonces llegaron los sanitarios. ¡Qué rápido! Ni siquiera había oído las sirenas. Se levantó y se apartó. Los conocía: María y Dan. Lo saludaron con la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿Lo sabe alguien?

No lo sabía nadie, pero tampoco nadie dijo: «La Vieja Veterana».

—Se ha levantado de la silla y de repente se ha desplomado —dijo Calvin—. Ha hablado un poco y luego, ¡zas!, se ha apagado como una luz. No tiene angina de pecho ni toma ninguna medicación.

Los sanitarios asintieron con tristeza y se pusieron a trabajar. Fluido y rápido. Comprobación de las vías respiratorias. Compresiones. Oxígeno. Compresiones. María preparó una vía. Calvin miró alrededor. Sylvie había sacado a todo el mundo del local y vigilaba la puerta. El agente los veía de

espaldas al ventanal, esperando para poder continuar con su vida. Mike el Muerto estaba sentado cerca, en una silla de plástico, pálido y con más cara de muerto que nunca.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Calvin y él asintió con la cabeza.

—Ayúdame a incorporarla —le pidió Dan, y Calvin lo ayudó.

Le quitaron el abrigo del todo. Dan le rasgó la manga de la blusa y se miraron sorprendidos los tres: la Vieja Veterana llevaba el brazo izquierdo cubierto de tatuajes. Solo palabras, muchas, muchísimas, que le daban la vuelta por todo el contorno, de un azul descolorido según iban apareciendo bajo lo que quedaba de la manga, más nítidas, más oscuras, más nuevas a medida que descendían en espiral hacia la muñeca y desaparecían por el dorso del brazo, que se sacudía con cada compresión.

«Bombea, bombea, bombea».

Calvin leyó palabras sueltas aquí y allá: «AIRBORNE MY LOVE»… Las palabras no significaban nada para él. ¿«PSIDI… UM…»? Aquello ni siquiera era una palabra.

María no le encontraba ni una vena entre tanta tinta azul. Le cortó la manga derecha y empezó otra vez. Calvin le cogió la mano a la anciana y leyó: «LARKSPUR MERCHANT VENTURA SIR IVOR BLAKENEY». Aquello le sonaba y lo examinó frunciendo el ceño, intentando recordar… Sir Ivor… ¿no había ganado el derbi? ¿En los sesenta o así? Mientras Dan le aplicaba compresiones en el pecho a la Vieja Veterana y María le insuflaba aire con un globo de goma, Calvin le exploró el brazo con mayor interés. «RANKIN THEATRICAL NASHWAN». Nashwan había ganado el derbi, seguro. ¡Eran caballos! La intriga se convirtió en júbilo por un misterio resuelto. En parte, por lo menos. Estiró el cuello para ver mejor, levantándole un poco el brazo inerte de vez en cuando para ver más palabras.

—Tenemos pulso.

Calvin leyó más rápido, subiéndole y bajándole el brazo. Se asomó todo lo que pudo sin que resultara demasiado obvio y, según iba discurriendo la lista por la piel arrugada de la anciana, los nombres iban resultándole más cercanos en el tiempo. «TEENOSO» y, unas líneas después, «REFERENCE POINT», ambos ganadores del derbi. «TERIMON» se había hecho famoso por

quedar segundo en quinientos a uno. «MASTEROFTHEHORSE» no había tenido nada que hacer frente al sublime «SEA THE STARS». Y «RIDEOUT», que había corrido el derbi del último año, había quedado segundo en treinta y tres a uno. Lo sabía porque él lo había apoyado. Para que ganara, claro. El último nombre de la lista, a solo un par de centímetros de la muñeca huesuda de la Vieja Veterana, era «SEASPEAK». Calvin lo miró sorprendido. Eso no tenía sentido. Seaspeak corría el derbi de ese año, pero aún faltaba una semana para la carrera.

—¿Calvin…?

Levantó la vista.

—Perdona…

—Nos la tenemos que llevar —le dijo María, mirándolo fijamente, y Calvin cayó en la cuenta de que posiblemente ya se lo habían dicho una vez y debía apartarse.

Se levantó y se hizo a un lado, y ellos desplegaron la camilla y la empujaron hacia la puerta.

—¿Se pondrá bien?

Dan respondió encogiendo un poco un hombro.

—¿Vienes con ella?

«Porque soy policía».

—Sí.

«Por el brazo, no me voy a engañar».

Y a la Vieja Veterana la sacaron del local de apuestas como a una guerrera victoriosa. Antes de salir corriendo detrás de ella, Calvin se agachó a coger el boleto arrugado que se le había caído de la mano y lo presentó en ventanilla junto con una moneda de una libra.

—Es de ella —le dijo a Sylvie.

Luego cruzó la puerta y se abrió paso entre los jugadores que esperaban a que los dejaran volver a entrar. No había tantos como antes. Algunos se habrían ido al pub o a William Hill, en esa misma calle. Otros habrían vuelto a casa, a contarles a su mujer lo corta que es la vida y a hacer nuevos propósitos que no tardarían en volver a ser los mismos de siempre. Calvin lo sabía bien: a él le había costado años deshacerse de esa dolorosa

sensación de premonitoria inevitabilidad que lo invadía cada vez que lidiaba con la muerte.

El trayecto al hospital fue rápido y agitado. La sirena sonaba demasiado fuerte para poder mantener una conversación. Se agarró sin más a un asa que parecía puesta allí a propósito. Sentado cerca de las puertas traseras de la ambulancia, vio cómo María trabajaba con la anciana y admiró su pericia y su silenciosa eficiencia.

—¿Crees que se pondrá bien? —le gritó inclinándose hacia delante.

La sanitaria miró de reojo a la mujer inconsciente y negó con la cabeza. «No». Luego le dio la espalda y toqueteó un monitor que no paraba de pitar. Calvin lamentó que la Vieja Veterana fuera a morir, pero tampoco era una tragedia. Había vivido una vida larga y, por lo visto, buena, y muerto en un sitio en el que había pasado más tiempo que en su casa, y con alguien cogiéndole la mano. Hasta había conseguido decir unas últimas palabras, aunque no tenía ni idea de cómo podía haberse enterado de lo de la caja de porno. Menos mal que no la había oído nadie más.

Giraron bruscamente a la izquierda, luego a la derecha y se detuvieron en seco. Se abrieron las puertas, Calvin bajó del vehículo y vio cómo Dan y María metían a la anciana en Urgencias; después entró en la sala de espera y se sentó.

Se preguntó hasta cuándo se retrotraería la lista de caballos del derbi, qué años tendría la Vieja Veterana cuando se hizo el primer tatuaje. ¡El escándalo que debió de ser! Le intrigaba la razón por la que lo habría hecho y lo que habrían significado para ella aquellos potros para que se los instalara permanentemente en la piel. Había ganadores entre ellos, pero también perdedores. ¿Y por qué habría incluido a Seaspeak si el derbi de ese año aún no se había…?

Le dio un pasmo.

Los nombres que llevaba tatuados en el brazo no eran un registro aleatorio de caballos de carreras. ¡Eran sus pronósticos! La absoluta osadía de aquello lo dejó sin aliento. Los apostadores mentían como bellacos. Minimizaban sus pérdidas e inflaban sus ganancias. Pero la Vieja Veterana no. ¿Cómo era aquello que había dicho? «Ten el valor de defender tus propias convicciones». Ella llevaba las suyas ahí mismo, en el brazo, todos

los días de su vida. Calvin sintió un respeto renovado por la anciana. Ganara o perdiera, aquellas eran sus decisiones y las mantenía.

Sacó el móvil y echó un vistazo a los pronósticos para el derbi. Seaspeak había atraído poco apoyo. No le sorprendía: el entrenador era pequeño y el potro, de dos años y dudosa resistencia, era hijo de un caballo de salto. Su único atractivo era que, en una ocasión, había llegado a colocarse en una carrera de mil ochocientos metros, en Lingfield, pero había sido en barro y su forma física dejaba mucho que desear. El pronóstico de Seaspeak en el derbi reflejaba sus posibilidades: veinticinco a uno en una carrera de diez caballos.

Rumbaba, en cambio, era ya un favorito con cuatro a uno junto con el ganador de Dewhurst, y Calvin sintió el habitual hormigueo de pánico que le daba cada vez que veía el nombre del caballo. Habérselo aconsejado a Dennis Matthews le había drenado hasta la última gota de alegría que pudiera producirle la ilusión de llevarse un inmenso botín.

«Presunción e ignorancia…»

María le dio un toque en el hombro.

—Lo siento —dijo—. No ha salido adelante. —Calvin se levantó—. Tenía toda la pinta de ser un episodio coronario grave. Nadie habría podido salvarla.

—¡Qué pena!

—¿Estás bien?

—Sí —contestó él—. Gracias.

—¿Sabes cómo se llamaba? Para el papeleo.

—No. Lo siento.

—Bueno, tengo aquí sus pertenencias. ¿Te las puedes quedar tú?

Calvin se preguntó por qué y luego recordó que era policía.

—Claro —dijo—. Me aseguraré de que se le entreguen a su familia cuando la localicemos. —Cogió la enorme bolsa de cierre *zip*, que apenas tenía ocupada una esquina, y firmó el impreso que constataba la recepción de lo que fuera aquello—. Gracias, María.

—De nada —dijo ella sonriendo—. Nos vemos, Cal.

Se despidió y la miró mientras se alejaba. No tenía ni idea de que ella supiera su nombre. Nadie lo llamaba Cal. No le disgustaba.

En el autobús de vuelta a Bideford, examinó las pertenencias de la Vieja Veterana. No había mucho: una medalla de oro de san Cristóbal con la inscripción «BD77» en el dorso, un monederito de piel azul que contenía un billete de una libra y unas monedas, un puñado de bolitas marrones que olían un poco a pescado y un tique de Morrisons de comida para gato y leche. Ni un solo documento de identidad. Ni siquiera tarjetas de socia. Nada que llevara su nombre. Y sin nombre no podía averiguar quién era ni donde vivía ni lo que había querido decir con lo que le había soltado a Reggie en el funeral… ni otro centenar de cosas que Calvin tenía que añadir ahora a la larga lista de lo que desconocían de la muerte de Albert Cann.

—Mala suerte —dijo la inspectora jefe King.

—Sí, señora —contestó Calvin—, sobre todo para ella.

King le dio la vuelta a la medalla de san Cristóbal.

—¿Qué significa «BD77»?

—No lo sé, señora. En Google solo me sale como código de un microchip.

—Quizá sean iniciales… ¿y una fecha de nacimiento? —Le devolvió la medalla y cogió una aceituna del frasco—. ¿Has preguntado en el súper?

Se refería al tique de Morrisons.

—Sí, señora.

Había visto las imágenes de la cámara de seguridad donde aparecía ella pasando por caja con la leche y la comida para gatos, pero nadie la recordaba. Una anciana más, oculta por la edad. Una historia sin contar.

La inspectora jefe asintió con tristeza.

—Alguien denunciará su desaparición tarde o temprano.

—Eso espero.

—¿Cómo era eso que te había dicho?

—Que la gente había decepcionado a Albert y que ella solo pretendía arreglar las cosas.

—¿Te pareció lúcida?

—Sí, sí… —contestó Calvin—, pero eso fue justo antes de que se desplomara y muriera, así que…

Se encogió de hombros, se enroscó la cadenita de oro en los dedos y estudió la medalla. San Cristóbal blandía una llave que parecía un guiño al misterio de la Vieja Veterana. Ojalá la hubiera conocido mejor. Ojalá la hubiera conocido, en realidad. Ya era tarde para eso.

Calvin se levantó, apagó el ordenador y se puso la chaqueta. Guardó las pertenencias de la Vieja Veterana en la bolsa de pruebas y luego, llevado por un impulso, sacó la medalla de san Cristóbal y se la colgó del cuello. Cuando encontrara a la familia de la anciana, la devolvería. Hasta entonces, la llevaría puesta. Calvin no era religioso, no sentía la necesidad de que lo protegiera el patrón de los viajeros y tendría que haber dejado la medalla con el resto de las pertenencias, en la bolsa de pruebas, en un pasillo perdido de la comisaría de Bideford…, pero aquello le parecía más… amable.

La partida de ajedrez

Skipper Cann miró furioso a Felix.

—Te dije que te iba a matar si volvías por aquí.

Felix se quedó cerca de la puerta del dormitorio. Estuvo a punto de salir, pero no lo hizo.

Se había preparado una apertura. Se aclaró la garganta y la ejecutó.

—He pensado que igual le apetecía jugar al ajedrez.

—Yo no juego al ajedrez.

Felix entró despacio en la habitación.

—Le puedo enseñar. Le va a encantar.

Se dirigió a una sillita de madera y la acercó a la cama; luego cogió la papelera que había detrás de la puerta y empezó a echar en ella todos los clínex usados, los frascos de pastillas vacíos y toda clase de porquerías de la mesilla: un sándwich apenas mordisqueado, medicamentos, una caja de chuches para perro… Solo dejó la dentadura de Skipper en un vaso de agua, otro vaso de agua sin dentadura y varias medicinas. Después abrió el tablero y colocó las piezas, notando todo el rato que el viejo lo atravesaba con la mirada.

—Vale —dijo—, el objetivo es proteger a su rey…

—No he dicho que no sepa jugar.

—Ah, bueno. Entonces, sale usted. Es lo justo.

—¿Porque ha matado a mi hijo salgo yo?

Felix se ruborizó.

—Perdone. No lo he dicho por eso.

Skipper Cann giró la cabeza para mirar por la ventana y la temperatura bajó como cuando se deslizan las nubes por la ladera de una montaña. Toff tembló como si él también lo hubiera notado. El bastón estaba junto al pequeño bulto que formaba la pierna del anciano y Felix lo miró con cautela

y recordó a Margaret apoyándolo en un rincón del recibidor al entrar, a él dándoselo cuando salían y preguntándole siempre: «¿Llevas el bastón, abuelilla?», mientras cerraba con llave la puerta de casa.

Tal vez debería marcharse. Pero, si se iba ahora, ¿qué iba a decir cuando la señorita Knott le preguntase cómo había ido?

—En cualquier caso, siempre salen las blancas —dijo Skipper y movió desafiante un peón.

Felix movió otro.

Skipper miró alrededor como buscando un camarero y masculló:

—Necesito beber algo.

—¿Preparo un té?

El anciano resopló con desdén.

Felix se miró ceñudo el reloj.

—Son poco más de las diez.

—¡Tengo cáncer!, ¿sabes? —repuso Skipper victorioso.

—A ver qué encuentro —claudicó Felix.

Al final del descansillo vio el dormitorio del fondo, con la bombona de oxígeno solitaria acusándolo. Le satisfizo girar, agarrado al pasamanos de la escalera, y dejar a su espalda el cuarto de Albert.

Toff y Mabel lo siguieron abajo y entraron con él en el salón, donde Felix buscó en vano el mueble bar. La estancia había recuperado casi por completo el desastroso estado en que se encontraba cuando Felix había hablado con la asistenta por primera vez. «Solo tengo ganas de llorar y de comer Pringles». Pobre chica. Aun así, tendría que estar haciendo el trabajo por el que le pagan. Incluso el ladrillo seguía allí, ahora medio enterrado debajo de una nueva avalancha de notificaciones de impago y correo basura. Felix se puso a recoger lo que era claramente basura hasta que unos golpes fuertes en el techo le recordaron que Skipper estaba esperando una copa. Abrió y cerró armarios a toda prisa, pero no encontró más que trastos. Fue a la cocina, donde estaba Hayley secando los platos.

—Skipper quiere una copa —dijo vacilante, pero ella no pareció sorprendida.

—Ahí dentro —contestó, señalando tímidamente uno de los armaritos.

No era un mueble bar, sino un especiero. Había una vieja lata de mostaza en polvo que le recordó que tenía que comprar para quitarle la mancha de rímel a la cazadora beis. También había una botella de Captain Morgan medio llena y dos de ginebra de marca blanca del súper. Por respeto al apellido de Skipper y a sus supuestos antecedentes, Felix cogió el ron. Sirvió un par de dedos largos en un vaso de whisky que cogió del escurreplatos y lo subió con cuidado al dormitorio.

—Ahí tiene —le dijo y se lo dejó a mano, en el alféizar de la ventana.

—¿Y ya está?

—¿Ya está qué?

—¿Ese dedal?

—Me ha parecido un trago generoso, teniendo en cuenta la hora que es —repuso Felix y movió un caballo por encima de los peones.

Skipper contratacó con otro peón, se bebió de un sorbo el ron y se quedó mirando fijamente el interior del vaso como si fuera a rellenarse él solo por arte de magia.

—¿Repetimos? —dijo.

Felix abrió la boca para protestar, pero no lo hizo. Bajó a buscar la botella.

—Sabía que iba a volver —rio Hayley.

Skipper se sirvió otro trago.

—¿Me acompaña?

—No, gracias —contestó Felix, haciendo avanzar el alfil de un extremo al otro del tablero, a lo que el anciano respondió anteponiendo un peón a su reina.

—Ya luce el sol sobre el penol, ¿sabes?

Felix suspiró. Fue a por un vaso. Ya había subido y bajado la escalera cuatro veces y la cadera se le empezaba a resentir. Se sirvió una gota de ron, se humedeció los labios y notó la quemazón. Nunca había sido muy bebedor y el alcohol no le entusiasmaba, pero el aroma del ron había vuelto algo exótica aquella sombría estancia, como si estuvieran en una cabaña o en un barco viejo y maltrecho, con su suelo de madera que crujía, sus muebles sencillos y su anciano capitán entrecano oteando el firmamento, ahora con algo más de chispa en los ojos y color en las mejillas.

Lo veía bastante contento para ser un hombre que quería suicidarse.

—Lluvia.

—¿Cómo dice?

—Lluvia —repitió Skipper—. ¿No la huele?

Felix le siguió la mirada. El cielo estaba de un blanco insulso.

—¿En serio?

El anciano señaló con la cabeza las nubes de encima de las colinas.

—Esas traen lluvia —espetó—. Y te diría exactamente cuándo la van a soltar si pudiera ver el mar —añadió, recorriendo ansioso las cimas de las colinas con sus ojos azul claro como si pudieran asomarse por encima de ellas y lanzarse entre los pedruscos grises hasta el océano.

—¿Ha trabajado en el mar?

—Prácticamente todos los días durante setenta años —confirmó Skipper, y el recuerdo le suavizó el tono—. Empecé a los doce en el barco de mi padre, el *Megan*, hasta que se fue a pique cerca de Hartland.

—¿Se hundió? ¡Madre mía! ¿Hubo víctimas?

—Solo Duffy Braund.

—¿Qué le pasó?

—Se ahogó.

—¡Qué horror! —exclamó Felix espantado.

Pero Skipper sonrió.

—¡Ningún pescador quiere morir en tierra! Se lo llevó la mar; esos son los afortunados. Como Manny Tithecott. Pescaba junto a las rocas de Bude con su hermano y una ola se lo llevó. Ni siquiera estaba en el barco, pero había llegado su hora y la mar fue a buscarlo. Y Billy Cole. Se le enroscó en la pierna la cuerda de una nasa langostera mientras los otros muchachos del *Chairman* dormían. Cuando tiraron de la cuerda, se encontraron a Billy a medio camino ¡y dos bicharracos enormes al fondo de la nasa! —Rio, luego añadió respetuosamente—: Las langostas se las dieron a la esposa de Billy, claro.

—Claro —dijo Felix sin entusiasmo.

Pero Skipper se había puesto charlatán.

—Y luego lo de Chiggy Sleeman, que se cayó de un bote de remos en Instow ¡cuando ni siquiera habían pasado el condenado banco!

—¿Qué banco? —preguntó Felix.

—Pues el banco —repitió el anciano nervioso, como si fuera algo del dominio público—. El banco de arena que hay entre el río y el mar. El banco de Bideford es el más peligroso de Inglaterra, pero Chiggy ni siquiera estaba cerca. Acababa de dejar la orilla. Dicen que se le llenaron las botas de agua y eso lo arrastró al fondo, pero yo no me lo creo.

—¿Qué cree usted que pasó? —preguntó Felix embelesado.

—Llevaba una moza con él, ¿sabes? —contestó Skipper guiñándole un ojo—. Noreen, del White Hart. ¿La conoces?

—No creo —dijo Felix, que nunca había estado en el White Hart ni en ningún otro pub de Bideford.

—Pues es una moza guapa pero flaca, ¿sabes? Y se habían bebido unos cuantos jarros de sidra antes de zarpar. Yo creo que eso fue lo que le hizo caer por la borda y lo que le impidió volver a la barca. Chiggy era bobo, pero aun borracho, se le habría ocurrido quitarse las botas. Me da que Noreen estaba demasiado delgaducha para ayudarlo y él demasiado achispado para hacerlo solo.

Skipper rio tan fuerte que contagió a Felix, aunque la historia fuera horrible. Pero no pudo evitarlo. Precisamente por ser horrible resultaba más graciosa, por lo disparatada: el cómico esfuerzo de Chiggy por auparse a la barca, la creciente preocupación al darse cuenta de que no podía, el temor incipiente… ¿Qué se habrían dicho aquellos dos? ¿Alguno de ellos sería consciente de lo que estaba pasando? ¿O estaban demasiado borrachos y, cuando quisieron darse cuenta, ya era tarde? A lo mejor esa era la mejor forma de irse de este mundo: borracho y torpe. Así que rio y Skipper rio también hasta que las carcajadas se tornaron en tos y Felix lo miró angustiado mientras el otro se aporreaba el pecho. Pero la tos fue remitiendo y derivó en sibilancia.

—¿Se encuentra bien?

—Cuando no duermo, estoy cojonudo —soltó Skipper, quitándole importancia con un manotazo al aire. Se limpió los ojos, bebió un trago de ron y continuó.

—¿Qué pasó después de que se hundiera el *Megan*? —preguntó Felix, que empezaba a sentirse como a la hora de la cena cuando era niño y su

hermano mayor contaba sus proezas atléticas. El pistoletazo de salida, los vítores del público, la llegada a la meta y los apretones de manos, todo ello mucho más apasionante por habérselo perdido.

—Después de eso mi padre tuvo el *Megan II* casi veinte años, hasta que murió.

—¿Se lo llevó la mar? —se aventuró a decir Felix.

—Murió en la cama. De la patata —dijo Skipper dándose unos golpecitos en el corazón—. Le dio a mi madre el disgusto de su vida. La cosa es que se espera que un pescador muera en la mar. Por eso le pone a su barca el nombre de su amor, para poder estar juntos al final, ¿sabes? Así, cuando llega el momento, ella sabe qué hacer, cómo estar. Pero ¿esto…? ¿Teniéndola al lado? —Meneó la cabeza con tristeza—. Y luego todo el jaleo con el médico, la funeraria, el funeral y ese condenado párroco parloteando sin parar cuando lo que quiere un hombre es un trocito de Jonás y al pub —dijo con un gesto de desdén por todo el jaleo que ocasionaba que no se lo llevara a uno la mar.

—¿Qué hizo usted después? —preguntó Felix.

—Trabajé con el *Megan II* un año o así. Me casé. Tuve a Albert. Luego vino el *Susanna*…

Dejó de hablar y miró al infinito.

—¿Se hundió también?

—¿Cómo dices?

—Que si el *Susanna* también se hundió.

—Aún sigue a flote…, que yo sepa, al menos. Hace un año que no lo veo. Seguirá ahí, supongo, amarrado en el muelle. Pudriéndose, seguramente. La última vez que lo vi fue antes de enfermar… —Se retorció y señaló la pared de al lado de su cama—. Es ese —dijo con ternura.

Felix se levantó a mirar. Era una de las pocas fotos enmarcadas profesionalmente y alguien había escrito a mano el nombre del barco con un lápiz fino en la moldura de color verde claro. El *Susanna* apenas llamaba la atención. Era un barco pesquero, pequeño y robusto, como otros muchos que Felix había visto a lo largo de los años amarrados en Barnstaple, Bideford e Ilfracombe, con la cubierta pintada de un blanco luminoso y el casco de color azul cielo.

—¿Ha estado alguna vez en altamar?

Felix negó con la cabeza.

—Me mareé una vez en un hidropedal —contestó con tristeza—. Uno con forma de cisne.

Skipper volvió a reír y Felix lo acompañó, aunque lo cierto era que el mar le daba miedo. Estaba demasiado hondo, demasiado oscuro. ¡Había vivido junto al mar toda la vida y jamás se había metido más que hasta la rodilla en Westward Ho!

Rellenó los vasos. Le comió la torre a Skipper.

—Jaque.

El anciano miró el tablero resoplando y sacrificó un caballo para escapar.

—Pesqué hasta los ochenta y dos años. Siempre temí que, si paraba, sería el fin de los dos, el mío y el del *Susanna*. Y no me equivocaba. —Agitó el ron en el vaso—. Nadie lo quiere. Ya no se puede vivir de eso. Aquí no. Al menos con barcos pequeños. Son historia; están ahí solo para los guiris.

Las piezas de ajedrez guardaron un minuto de silencio mientras el pasado hacía guardia desde la pared. Felix miró todas las fotos de personas y lugares y perros y barcos y barcos y barcos. Ninguna estaba recta y todos los marcos eran distintos. Junto a la del *Susanna* había una pareja en sepia con sus mejores galas; luego, una imagen de san Pedro cruzando las aguas hasta Jesucristo; un chaval en un bote… «Probablemente Albert», se dijo Felix con una punzada. Después, el mismo niño solo en un coche de choque. No sonreía y parecía abandonado en un mar de gente contenta y luces brillantes.

—¿Ese es Albert?

—Sí, es él —contestó Skipper—. Pobre chico. Siempre triste… Mi esposa me dejó cuando él no era más que un crío, ¿sabes? —dijo el anciano mordiéndose las encías.

—¿Aún vive?

—¿Quién?

—Su esposa. Susanna.

—Mi esposa murió hace tiempo, pero no se llamaba Susanna.

—Ay, perdone… —dijo Felix abochornado.

Skipper rechazó la disculpa con un suspiro.

—He sido un marido de mierda y un padre de mierda, igual que Albert. Una cosa lleva a la otra, supongo. Mi padre repartía puñetazos y favores con alegría… —Miró el cielo y acarició a Toff—. Pero la gente cambia, ¿no? Si no, ¿qué sentido tiene? Siempre he procurado hacerlo bien con Reggie, pero, cuando quise darme cuenta, era demasiado tarde para Albert. Así que, cuando me puse malo y vino a decirme que igual podía… «acelerar la cosa un poco»…, no se lo podía reprochar, ¿no? Estaba siendo el hombre en el que yo lo había convertido. —Skipper miró a Felix como pidiéndole su opinión, pero Felix no dijo nada—. Es difícil —añadió con la voz de pronto quebrada— vivir lo bastante para entender todo el daño que has hecho.

Felix contempló la mano grande del anciano sobre el pelo sedoso del perro y, acercando la suya, lo acarició también.

—Le toca a usted —le dijo en voz baja y Skipper sorbió, se incorporó y le comió un alfil.

Felix devolvió la torre a su sitio.

—Jaque.

El viejo se quedó mirando el tablero tanto rato que Felix pensó que quizá se había quedado dormido. Agachó un poco la cabeza para verle la cara, pero tenía los ojos abiertos, así que lo dejó pensarse la jugada.

Pero el otro no movió.

—Siento lo de su hijo —espetó en cambio.

—Gracias —contestó Felix, sorprendido.

—¿Cómo se llamaba?

—James. Jamie…

Iba a decir que tenía veintiún años. Iba a decir que era su único hijo, tan divertido, tan cariñoso, tan guapo. Iba a decir que había aprendido a jugar al ajedrez con aquel mismo tablero y aquellas mismas piezas. Pero al final lo dejó así. Con «Jamie» bastaba. Y Skipper asintió con la cabeza como si supiera bien lo que era Jamie y no necesitara que se lo contase. Alzó su vaso hacia Felix y brindaron en silencio por sus hijos. Uno, por todo lo que había sido y el otro, a pesar de eso.

Felix se aclaró la garganta.

—¿Ese es su nieto?

La foto de Reggie Cann junto a su coche rojo era nueva y la habían metido en el marco de una mucho más antigua.

—Ese es Reggie —confirmó Skipper—. Albert le compró ese coche las Navidades pasadas. Supongo que también se estaba haciendo lo bastante viejo para intentar arreglar las cosas.

—¿Reggie tiene novia? —preguntó Felix, procurando sonar natural.

—Si tiene, no me lo ha contado. ¿Por qué?

—Lo vi el otro día con una chica —se aventuró a decir—. Me parece que se llama Amanda. ¿La conoce? Igual ese no es su nombre. ¿Pelo corto moreno, cejas de mujer sensata…?

—No. ¿Qué tiene de malo?

—Bueno… —dijo Felix y luego hizo una pausa larga mientras decidía cómo continuar, o si continuar. Pero se lo había prometido a la señorita Knott, así que al final añadió—: Es exitera. —Skipper lo miró fijamente a los ojos—. Venía conmigo el día… —Calló. No sabía qué más decir. Skipper se había vuelto hacia la ventana. Tenía los nudillos blancos y brillantes de apretar el vaso—. No pretendo…

Pero el anciano lo interrumpió.

—Reggie no me haría daño.

—Skipper…

—¡No le haría daño a nadie!

—Pero lo vi con…

—¡No!

Aquella súbita vehemencia le hizo toser y toser y toser y toser, y esa vez no paraba. Esa vez la cosa fue a más y a más hasta que se encontró doblado sobre sus propias rodillas, con una baba rosa colgándole de los labios, jadeando y presionándose el pecho con la mano abierta.

—¡Hayley! —gritó Felix.

Skipper señaló con la mano la mesilla y Felix encontró el frasco de pastillas de morfina. Con cara de dolor, el anciano asintió y levantó dos dedos. Felix abrió el frasco y, al inclinarlo, le cayeron tres en la mano. Las miró ceñudo y comprobó la etiqueta: «SULFATO DE MORFINA DE LIBERACIÓN

PROLONGADA 100 MG», pero aquellas pastillas no eran como las de Jamie; eran comprimidos redondos y amarillos, no las cápsulas que él recordaba, y en el comprimido ponía 30, no 100.

Se levantó, se acercó cojeando a la puerta y volvió a gritar.

—¡HAYLEY!

La joven no contestaba y Skipper aullaba como un perro ante una puerta cerrada. No era momento de ponerse tiquismiquis. Le dio dos pastillas. Iba a devolver la tercera al botecito, pero se la guardó en el bolsillo. La señorita Knott había sido enfermera; se la enseñaría a ella.

Skipper se metió las pastillas en la boca y buscó el vaso de agua, pero, como estaba vacío, Felix le ofreció su ron para que se las tragara. Le daba igual que no fuera higiénico. Solo quería que el anciano dejara de sufrir y volviera a respirar, aunque fuera temporalmente.

—Respire —le dijo—. Respire.

—¡Voy! —gritó Hayley, y Skipper hizo un aspaviento.

—Prométeme… —dijo el viejo, y Felix se inclinó para oírlo mejor.

—¿Que le prometa el qué?

«Respire. Respire».

—Prométeme que no le vas a contar a la Policía lo de Reggie…

—Pero… —dijo Felix desconsolado—. Es por su bien…

Hayley subía las escaleras con paso cansino y Skipper lo agarró del brazo tan fuerte que hasta le hacía daño.

—¡Me lo debes! —le susurró furioso el viejo—. ¡ME LO DEBES!

Felix vaciló.

Se lo debía. Se lo debía a los dos.

—Lo prometo —contestó.

El papeleo

Cuanto más frío el cadáver, más frío el caso.

El dicho era viejo pero cierto y, al comienzo de la tercera semana de investigación, todos empezaban a notarlo.

—Ya saldrá algo —dijo King—. Siempre sale algo.

Sin embargo, por primera vez desde que la conocía, Calvin Bridge detectó cierta desesperación en la voz de la inspectora jefe. Así que decidió jugársela: dejó de lado la base de datos HOLMES y se puso a investigar a los Cann en Google.

Era un apellido antiguo de Devonshire y casi todos los resultados de la búsqueda hablaban de concejales del ayuntamiento o negocios prósperos o el patrocinio de equipos de fútbol juveniles, pero también había unos cuantos Cann menos dignos que se emborrachaban, robaban o timaban a los clubes de rugby con las cuotas de suscripción. Hasta había una supuesta violación llevada a cabo por un Cann cerca de Shebbear sobre cuya resolución no encontró nada.

La única referencia específica a los Cann de Abbotsham con la que se topó fue una foto de Albert de hacía cinco años. Le concedían un premio, en palabras del *Bideford Gazette*, por «treinta años de servicio fiel» en la tienda de alfombras de Bridgeland Street. Calvin amplió la foto en pantalla y miró a los ojos a aquel hombre al que ya había conocido cadáver. En la foto, Albert Cann se encontraba entre un compañero y una jirafa de peluche de metro ochenta, posiblemente por alguna broma que el periodista había olvidado incluir en el cuerpo del artículo o en el pie de foto. Albert estaba irreconocible, sano y fuerte. Iba muy elegante, con traje, corbata y un cuello de camisa blanquísimo, y sostenía el reloj de mesa que Calvin recordaba haber visto en la mesilla de noche, junto a su cama. Era de oro falso y

cuarzo, y de pronto le dio pena del pobre hombre, que obviamente lo había atesorado como símbolo de toda su vida laboral.

Tras meditarlo un minuto, decidió usar Google junto con HOLMES para ver qué podía averiguar de los otros clientes de los exiteros, tanto de su vida como de su muerte. No sabía bien qué buscaba ni si había siquiera algo que buscar. Aun así, eligió los nombres más comunes y empezó a investigar.

Raymond Timothy Arlow, asesor informático, no parecía tener antecedentes penales cuando había muerto hacía dos años en Avonmouth tras lo que la esquela de su familia en el *Bristol Evening Post* había definido como «una breve batalla contra la “larga enfermedad”».

Julia Jane Barnes, gerente de una tienda, tampoco tenía ficha policial. Lo único que Calvin encontró en Facebook fue una petición de sus parientes para que se hicieran donaciones a la Asociación de Adiestramiento de Perros Guía en vez de mandarle flores.

De Tharindu Barraratne no encontró ni ficha policial ni esquela. Había una foto suya en Facebook con un cóctel en la mano, en un chiringuito playero. Tenía unos dientes preciosos.

Jasmine Casper había muerto por las complicaciones de un aneurisma cerebral. Según su esquela, era una santa, y tampoco tenía antecedentes.

Y así todo: muertes normales y corrientes de gente normal y corriente. Nada sospechoso sobre ninguno de ellos, algo que a Calvin le pareció, como poco, prueba de la discreción de los exiteros.

Luego venía Paula Marie Max, de Borough Green, en Kent. La señora Max había muerto, al parecer, de cáncer de estómago, claro que Calvin ya se conocía el percal. Ni su vida ni su muerte tenían nada de particular. Encontró una esquela en el *Kent Messenger* que decía que había trabajado en una pastelería y la echaría de menos todo el club de bádminton, del que era asidua. Ese último dato lo deprimió un poco. Paula Max había sido «asidua» del club, no una socia con talento ni una socia popular, solo asidua. Como si se hubiera constatado su asistencia y, a falta de algo memorable que resaltar, esta hubiera pasado a la posteridad en las necrológicas de un diario local.

Pero había un Max en HOLMES. No Paula, sino Leonard. También de Borough Green. Calvin echó un vistazo al testamento de la difunta y descubrió que era su hermano y que había heredado una casa móvil y cinco mil libras. Había una foto de Leonard, cincuentón, sin afeitar y con cara de cansado. El único rasgo familiar que al parecer compartían era la asiduidad, ella en el club de bádminton y él en los juzgados de primera instancia de la localidad: hurto, agresión común, robo con violencia, falsificación de cheques…

«¿Quién falsifica un cheque a estas alturas? —se dijo Calvin distraído—. ¡Es como robar un cerdo!»

Al final de cada sentencia judicial encontró la típica frase de «por los delitos de tal y cual…». A lo largo de los años, el total de tales y cuales de Leonard Max revelaba que había sido un maleante devoto. Aunque Calvin no estaba seguro de qué aportaba todo aquello a su conocimiento de Paula Max, apartó el expediente.

Luego dio con dos más casi seguidos: Harry Neal había muerto «tranquilo en casa, rodeado de sus familiares», entre los que quizá sí o quizá no se encontrara su hijo, Duncan Neal, que tenía varias condenas por drogas; y Lucy May Powell, cuya sobrina Shona había cumplido dieciocho meses por fraude.

Entró la inspectora jefe King, que se puso a comer aceitunas mientras Calvin le contaba lo que había estado haciendo.

—¿Y qué importancia tienen los parientes con antecedentes penales?

—Igual ninguna —reconoció él—. ¿Soborno quizá? O a lo mejor hubo alguien que…, ya sabe, «favoreció» la muerte de un pariente en beneficio propio. Estaba pensando en el «paño de cocina», ¿sabe?, y después de lo del párroco se me ha ocurrido que igual podía averiguar algo más sobre Albert y luego he pasado a estos otros. Pero puede que se quede todo en nada.

—Siempre pasa —le dijo ella guiñándole el ojo, y añadió—: ¿Alguno de ellos aparece en los testamentos?

—Unos cuantos sí, señora.

—¿Albert Cann tenía algún pariente con antecedentes penales?

—Que yo haya visto, no.

—Aun así, aparta los expedientes de los que tengan parientes con antecedentes penales y además fueran beneficiarios, y a ver si son unos cuantos.

—Eso voy a hacer, señora.

—¡Por la operación Paño de Cocina! —dijo ella brindando con el frasco de aceitunas.

Calvin sonrió. Le alegraba que la inspectora jefe King estuviera contenta con él, aunque eso le hizo pensar que, si no buscaba una segunda oportunidad como inspector, aquella no era la forma más acertada de demostrarlo.

A la hora de comer, Calvin había amontonado once carpetas finas. Cada una representaba a un cliente ya fallecido de los exiteros que había dejado dinero o propiedades a alguien con historial delictivo. Ahora debía ahondar aún más.

Empezó por arriba. Por los ricos.

Bruce Macdonald Bruce. Sus padres le habían puesto ese nombre y su esposa lo había puesto en la tumba de un infarto: en julio de 2014, Vicky Bruce, declarada culpable en seis demandas de fraude contable que ascendían a cuatrocientas mil libras, con mucho la suma más elevada que Calvin había podido encontrar vinculada por consanguineidad o matrimonio a cualquiera de los clientes de los exiteros. Vicky Bruce había despilfarrado sin miramientos hasta que la habían pillado y condenado a dos años, una sentencia que a Calvin le había parecido indulgente. Solo había cumplido doce meses en Askham Grange y la habían obligado a indemnizar a sus treinta y dos víctimas con el importe total de sus pérdidas, que oscilaban entre mil y cuarenta mil libras. Casi al final del juicio, a Bruce le había dado un ictus que lo había confinado a una silla de ruedas hasta su muerte, dos años después, a consecuencia de lo que Calvin únicamente había podido determinar como «complicaciones». El forense había dictaminado que se trataba de una muerte por causas naturales.

Pero el forense no sabía de la existencia de los exiteros.

El testamento que había encontrado en el archivador de Skeet establecía sucintamente que Bruce se lo había dejado todo a su esposa, además de una cuenta de ahorros con veinte mil libras que debían repartirse entre los dos hijos de su primer matrimonio, Lauren y Sarah. A Calvin le pareció injusto, pero era bastante corriente.

Consiguió el teléfono y la dirección de Vicky Bruce de un amable funcionario de prisiones de Basildon y la llamó. Lo cogió enseguida y él se presentó. Decidió no andarse por las ramas; no tenía tiempo.

—La llamo por su difunto marido —le dijo.

—¡No me diga! —contestó ella como si le pareciera un caradura.

Miró de reojo las fotos de la ficha policial. La mujer con la que estaba hablando tendría unos cincuenta años, fornida y con las uñas de manicura, rizos rubios de bote y pendientes de aro grandes. A su marido lo habían fotografiado con ella a la salida de la audiencia provincial de Reading y parecía mucho mayor incluso antes del ictus que había terminado matándolo. Aunque eso no fuera verdad. Ya lo sabían los dos.

—Se lo dejó casi todo en su testamento, ¿no es así?

—«Casi nada», querrá decir. Todo lo que tenía se lo tragó su atención médica después del ictus.

—Vaya —dijo él con fingida compasión—, esas cosas salen caras. ¿Cuánto quedó?

—¿Después de pagar el funeral? —Suspiró como si estuviera harta de contarlo y se lo supiera de memoria—. Novecientas once libras y setenta y cinco peniques.

Calvin soltó un silbido.

—Guau. La dejó con el agua al cuello.

—Sí —dijo ella—. Solo los cuidados a domicilio costaron más de cien mil.

—¡Madre mía! —exclamó Calvin—. ¿Sus hijas no aportaban nada?

—Ni una mierda —replicó ella, cabreada aún, cinco años después, a pesar de que las hijas no habían heredado más que diez mil miserables libras cada una.

—¿Deduzco que le dejó la casa en herencia?

—Pues claro. La casa era mía.

—Ya… ¿Y por cuánto la vendió?

—No me acuerdo, la verdad —contestó ella vagamente.

Daba igual. Google sí se acordaba. Calvin encontró enseguida el inmueble en Zoopla y vio que se había vendido en diciembre del año anterior por quinientas diez mil libras. Parecía mucho más cara: estilo Tudor, cuatro dormitorios, bonito jardín y en Newbury. Miró el precio de algunas fincas próximas. Nada de la periferia inmediata se había vendido por menos de setecientas cincuenta mil libras el año anterior.

—¿Tenía seguro de vida su marido, señora Bruce?

—Ahora soy la señora Cornish —repuso ella.

—Disculpe, señora Cornish. Permítame que lo corrija… —Y, mientras fingía corregir la ficha, buscó su nuevo apellido en Google y en HOLMES. No encontró nada—. ¿Cuánto le pagaron por el seguro de vida de su marido?

—Me parece que eso no es asunto suyo.

—Soy agente de policía, señora —contestó Calvin—, y yo decido qué es de incumbencia policial y qué no. Si no quiere hablar conmigo, está en su derecho, pero puedo enviar una citación al seguro y averiguarlo de esa forma, así que ahórreme tiempo y ahórrese problemas…

Otro silencio renuente.

—Doscientas veinticinco mil libras.

Calvin garabateó la suma en la parte superior de la primera hoja de la carpeta marcada como «Bruce» y echó un vistazo a las anotaciones que había hecho mientras estaba al teléfono con la prisión de Basildon. En realidad, Vicky Bruce había pagado la indemnización de cuatrocientas mil libras de una sola vez unos meses antes de que su caso llegara siquiera a los tribunales. Era inusual, pero debió de aconsejárselo su letrado y le valió para suavizar su condena: a los jueces les encantaban los maleantes que pagaban, se declaraban culpables, rectificaban… Y no había nada de malo en ello, a juzgar por las apariencias. Se suponía que esas cosas funcionaban así, aunque rara vez lo hacían. La delincuente no solo había cumplido condena, sino que, además, había indemnizado por completo a sus víctimas.

Pero ¡¿cómo?! Calvin se rascó la cabeza. Según constaba en acta, Vicky Bruce se había pulido casi todo lo que había robado.

—¿De dónde sacó el dinero para pagar la indemnización, señora Cornish?

Se hizo un breve silencio.

—Lo pedí prestado.

—¿A quién?

—A familiares, amigos… Se portaron muy bien conmigo.

—Suele ocurrir —coincidió Calvin—. ¿Podría darme sus nombres?

—¿Qué nombres?

—Los de las personas que le prestaron dinero.

—¡Ni hablar! —espetó ella.

—¿Por qué no?

—Pues porque no quiero meterlos en esto. ¡Sea lo que sea! Me ayudaron cuando lo necesitaba y no se lo voy a pagar dándole sus nombres para que los acose como me está acosando a mí. Es muy molesto y desconsiderado.

—Lamento que lo vea así, señora.

—¡Pues sí! Mire, inspector…

—Agente.

—Lo que sea. Mire, cometí un error, cumplí condena, devolví hasta el último penique que debía ¡y tuve que vender mi casa para hacerlo! No digo que merezca una medalla ni nada por el estilo, ¡pero sí que me dejen en paz, gracias!

La estaba perdiendo. No iba a poder preguntarle mucho más antes de que se cerrara en banda y le colgara. Repasó mentalmente datos sueltos. Había salido de la cárcel arruinada y con un montón de facturones médicos por pagar. Cuanto más tiempo viviera su marido, mayor sería esa deuda. Por suerte, él había muerto.

—¿En qué momento se puso en contacto con los exiteros? —le preguntó.

Se hizo de nuevo un silencio incómodo al otro lado y luego ella le colgó.

Calvin se levantó de un brinco y le pegó un puñetazo tan fuerte a la máquina expendedora que esta chilló, se balanceó y le vomitó un surtido de aperitivos.

«Vicky Bruce asesinó a su marido. ¡Y se sirvió de los exiteros para hacerlo!» Claro, que no podía demostrarlo. Ni siquiera estaba seguro de cómo había llegado a esa conclusión. Aquello era como uno de esos juegos de unir puntos y, en esos momentos, Calvin solo se hacía una idea muy muy vaga del dibujo que le iba a salir. Pero eso no le impedía tener la corazonada.

Sonó la alarma de la máquina expendedora. Tony Coral asomó medio cuerpo por la puerta sin intención de entrar del todo, como solía hacer.

—¿Qué ruido es ese?

—Le he dado un puñetazo a la máquina —contestó Calvin, ruborizado a la vez que desafiante.

Coral asintió muy serio y dijo:

—Alguien tenía que hacerlo. —Y desapareció otra vez.

Calvin desenchufó la máquina y, en el silencio que siguió, recogió con ambos brazos su botín y lo soltó en el escritorio; después se sentó y lo miró fijamente mientras analizaba los datos que acababa de recabar de la antigua señora Bruce.

Había pedido dinero prestado inmediatamente después de su detención para poder reducir su sentencia. Hasta ahí, perfecto. Probablemente su marido y ella habían pensado que podrían pagarlo rápido, pero entonces él había tenido un ictus y en vez de aportar ingresos había necesitado cuidados las veinticuatro horas, con lo que debieron de fundirse los ahorros como si fueran queso. Cuando él murió, ella necesitaba dinero desesperadamente. Estaba con el agua al cuello.

Podría haber sido una afortunada coincidencia que Bruce falleciera a menos de mil libras de estar demasiado arruinado para permitirse los cuidados de una enfermera más tiempo, pero el hecho de que su viuda hubiera colgado a Calvin parecía indicar algo muy distinto: que los exiteros la habían ayudado a deshacerse de su costoso marido antes de que sus cuidados médicos empezaran a comerse el dinero del seguro de vida. Doscientas veinticinco mil libras. Lo suficiente para vivir y empezar a devolver a sus amigos y familiares el dinero que le habían prestado.

Calvin frunció el ceño. Sin embargo, había vendido la casa al mes de heredarla y muy por debajo de su valor de mercado. No tenía sentido para

una mujer que empezaba una nueva vida a los cincuenta y tantos.

Mientras pensaba en ello, se comió una Starbar del botín.

Apareció la inspectora jefe King.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó señalando los aperitivos.

—Un arrebato de hambre.

Con la reverencia de Indiana Jones descubriendo una reliquia, King rescató del botín un Walnut Whip. Se sentó y, poniendo los pies en la mesa, empezó a abrir el envoltorio.

—Ponme al día, Calvin. —Y eso hizo el agente. Cuando terminó, ella musitó—: ¿Por qué vendería la casa por menos de lo que valía? No tiene sentido.

—Salvo que quien le prestara el dinero se lo estuviera reclamando. ¿Con intereses, quizá?

—Eso no te lo hacen unos familiares ni unos amigos que «se han portado muy bien» —dijo ella entrecomillando al aire.

Él asintió con la cabeza.

—Ni un banco ni una sociedad de crédito hipotecario… —Se dedicaron una mirada cómplice—. Un usurero —dijo él.

—Eso parece —contestó ella.

Entonces agarró la mitad de los expedientes que Calvin tenía en la mesa, abrió el primero y cogió el teléfono.

En las siguientes horas, King y Calvin hablaron con una docena de afligidos parientes que encajaban a la perfección en dos grupos: los que habían heredado grandes bienes y los que no. Los últimos se sentían dolidos y furiosos.

«¡Lo que papá no entiende es que esa era nuestra casa…!»

«¿Qué derecho tenía a deshacerse de una casa que era de la familia entera…?»

«Sandra se revolvería en la tumba si viera lo que ha hecho esa mujer».

«La casa era de la familia desde hacía cien años. Y ahora ha desaparecido, sin más, con todo lo que había dentro…»

Los que habían heredado bien lo habían vendido todo. Rápido. Demasiado rápido.

King y Calvin colgaron a los últimos parientes y se miraron.

—Es todo por las casas —dijo ella.

—Skipper le dejó la casa a Albert en su testamento —respondió Calvin con un cosquilleo de emoción en el estómago—. Igual fue Albert quien contrató a los exiteros para su padre…

Kirsty King asintió con tristeza.

—Y entonces mataron al hombre equivocado.

El barco

Felix paseó a Mabel por el muelle de Bideford. Empezó por el puente viejo y pasó por delante de los grandes buques de acero con nombre ruso en la proa atracados detrás de la parada del autobús como si bastara con enseñar el abono de transporte para volver gratis a Vladivostok.

Después de los navíos rusos estaba el *Oldenburg*, que llevaba suministros a Lundy y turistas a que vieran frailecillos y ponis; luego los barcos empezaban a ser mucho más pequeños: unas cuantas embarcaciones de recreo, pero sobre todo barquitos pesqueros, con la cubierta blanca, el casco de algún color vivo y la herrumbre corriéndoles por los remaches hasta el agua verde oscuro, que buscaban refugio allí dos veces al año.

Con el sol calentándole la cara, Felix llevó a Mabel por todo el muelle, saltando maromas del grosor de su brazo en paralelo al parque sembrado de caléndulas municipales, consciente de lo pequeños que eran los barcos por allí y lo maltrechos que estaban. Cada vez más, hasta que, cuando ya empezaba a pensar que Skipper estaba senil, por fin vio el *Susanna*.

Era la última nave amarrada a lo que podía considerarse el muelle, aunque por aquella zona ya no fuera tan claramente un muelle, con su buena caída hasta el agua y su cabestrante de un negro resplandeciente, sino una suerte de orilla herbosa con gruesos postes de madera clavados en el barro en los que sujetar las embarcaciones. Pero aquel era el *Susanna*, eso sí, porque llevaba el nombre, ya descolorido, pintado en negro sobre el azul cielo de la popa.

Se encontraba en un estado algo lamentable. Felix no sabía de barcos, pero hasta él podía ver que aquel ya no estaba en condiciones de navegar. Su cubierta un día blanca estaba oxidada y forrada de algas, y la porquería había vuelto opacas las ventanas de su pequeña timonera, agrietadas por algunos sitios. En el centro de la cubierta había un charco de agua sucia,

varios rollos de maroma verdosa y un montón de redes de pesca destrozadas, pero estaban cubiertos de excrementos de pájaro, igual que el resto de lo que iba a bordo. Como para confirmarlo, una gaviota le graznó desde lo alto del mástil y extendió las alas para advertirle que se apartara.

Ignorando la advertencia, Felix decidió embarcar. No lo había previsto, pero la marea estaba tan baja que el espejo de popa le quedaba a la altura del muslo y él ya había trepado a un árbol hacía poco, así que ¿por qué no iba a poder subir a un barco? Mientras lo hacía, sin embargo, se arrepintió de no haberse quitado los zapatos de vestir. Materializó la hazaña con uno o dos bamboleos y con un ladridito de Mabel, sin duda convencida de que aquel ejercicio estaba por encima de sus posibilidades. Pero se equivocaba, porque al poco Felix estaba plantado en la cubierta del *Susanna*.

La orilla se veía distinta desde allí, aun estando amarrado a ella y habiéndose desplazado apenas un metro. Seguramente podría haber tenido una vista muy similar desde la orilla si se hubiera dado la vuelta, pero la sensación era muy muy distinta. Para empezar, ahora veía la orilla herbosa como «la playa» cuando antes solo le había parecido la orilla herbosa. La otra diferencia era que la superficie que tenía bajo los pies le parecía superhueca. Era como estar subido a una gran burbuja de madera. Notaba hasta la mínima vibración de cualquier cosa que chocara con el casco o pasara por el agua, como si los oídos de pronto le empezaran en los pies.

Avanzó con cautela por la cubierta resbaladiza, que crujía y se mecía un poco y le hizo pensar en piratas. «¡Al abordaje!» Rio para sus adentros.

En una especie de tambores grandes había enrolladas unas redes con boyas, deshilachadas y enverdecidas por las algas. Probó la puerta de la timonera y le sorprendió encontrarla abierta. ¡Cualquiera podía subir a robar! Entró. Allí olía bien… y mal: a sal, a pescado y a madera. En el salpicadero, cuyo barniz estaba pelado, había algunos mandos básicos. En la parte superior, unos viejos cables rojos y negros revelaban que de allí se había extraído algún aparato. Felix asió el timón, que chirrió al girarlo. Volvió a cogerlo e imaginó la vida en altamar. Las olas azotando la proa y volviendo al *Susanna* contra el viento, o lo que fuera que se hacía en altamar. Todos sus conocimientos de navegación, más bien escasos, provenían de la película de Charles Laughton *Motín a bordo*.

La timonera era tan pequeña que no tuvo más que girar para salir a cubierta. Eso hizo y, al reencontrarse con las redes y el charco que ya conocía, se sintió de pronto más experimentado. Pasó despacio otro barco, río arriba, cuya estela llegó hasta la orilla y obligó a Felix a agarrarse para no perder el equilibrio con el bamboleo. La inestabilidad le hacía sentirse algo borracho, achispado. Era divertido.

Mabel volvió a ladrar, regañándolo como si fuera su madre: «¡Sal de ahí, Felix! ¡Baja ahora mismo! ¡Vuelve aquí, Felix!». ¿Cuándo había dejado de hacer cosas atrevidas? ¿O es que, en realidad, nunca había hecho nada osado? No se acordaba, así que seguramente no.

—Vale, Mabel, ya voy —le dijo y levantó una pierna por encima de la borda.

Pero desembarcar no era tan fácil como lo había sido embarcar: entonces había bajado de la orilla a la embarcación; ahora pretendía subir de la embarcación a la loma y, aunque la orilla seguía donde la había dejado, el *Susanna* no. Pasó otro barco río arriba y, de pronto, el suyo empezó a surcar las olas y a alejarse de tierra firme, con lo que toda aquella aventura olía a desastre.

Se instaló a horcajadas en el espejo de popa y pensó en lo ridículo que debía de parecer con su cazadora de M&S, sus zapatos de vestir y la perra ladrándole. Echó un vistazo alrededor y no vio a nadie. Bien. Esperó a que el *Susanna* se meciera de nuevo hacia la orilla y, aunque tardó un minuto, finalmente empezó a cubrir la distancia que los separaba de tierra firme. Felix se humedeció los labios y, cuando estuvo seguro, hizo ademán de plantar el pie a la vez que se inclinaba sobre el hueco, pero sin confiar mucho en la maniobra ni entregarse demasiado a ella y dejándose una pierna en el barco mientras se inclinaba, se inclinaba, se inclinaba… hasta caer de bruces al río. El Torridge se cerró sobre su cabeza y el cielo se volvió de un marrón amarillento.

«¡Se lo llevó la mar!» Las palabras de Skipper Cann volvieron a él como la marea. Entonces sus pies tocaron barro y Felix reunió el empuje necesario para volver a la luz. Emergió, espurreando, con la cara en la hierba y el *Susanna* golpeándole la nuca. Durante un segundo horrible, lo aterró la idea de que lo aplastara, pero, cuando levantó una mano y empujó,

el barco terminó deteniéndose y retirándose amablemente para que pudiera reptar hasta la orilla. Solo que no podía reptar a la orilla porque estaba demasiado empinada, el barro que pisaba demasiado blando y sus brazos y sus manos eran los de un anciano. Así que se quedó allí plantado, con el agua por el pecho, aferrado a la hierba con ambas manos mientras Mabel ladraba sin parar.

—¡Oiga!, ¿se encuentra bien?

Al levantar la cabeza, Felix vio en lo alto de la loma a un viejo entrecano con peto y botas altas de goma.

—Me he caído al agua —contestó él.

—Ya lo veo —dijo el otro y escupió a la hierba como si nada—. ¿Se las apaña o quiere que le eche una mano?

—Me vendría de perlas una ayudita —respondió Felix—. Gracias.

El viejo soltó las bolsas de la compra que llevaba y bajó despacio la pendiente, deteniéndose a medio camino para acariciar a Mabel. Una vez abajo, le tendió la mano a Felix, que se agarró a ella y, después de una serie de tirones con resbalón y maniobras humillantes, logró trepar por la loma herbosa, donde terminaron sentados los dos. La orilla.

—Gracias —jadeó Felix por fin.

—De nada —contestó el otro—. Se ha tropezado, ¿no?

—No, me he caído del barco.

El viejo miró el *Susanna* con los ojos entornados.

—¿Lo va a comprar?

—No, no. Solo le estaba echando un vistazo de parte de un amigo.

—¿Qué amigo?

—Skipper Cann.

—¿No había muerto ya?

—No, no —contestó Felix—. Aún no.

—Tiene cáncer, ¿no?

—Eso creo.

—Vaya forma de irse —dijo el viejo, mirando con los ojos entornados el mar resplandeciente.

—Pues sí —coincidió Felix.

—Debería haber muerto en la mar.

—Sí —coincidió de nuevo Felix, que ya se sentía mejor cualificado para opinar sobre el asunto—. ¿Es usted amigo suyo?

—Bueno, a mi edad me conformo con ser amigo de los que queden vivos, ¿no le parece? —dijo el viejo con un brillo en la mirada.

—Sí —sonrió Felix e, inclinándose hacia delante, intentó escurrirse la pernera del pantalón, por absurdo que pareciera. Lo que debía hacer era volver a casa, meterlo todo en la lavadora y darse un baño caliente—. Bueno —dijo—, voy a tener que ir a casa a secarme. Gracias por su ayuda, señor…

—Chanter —contestó el otro—. Tovey Chanter.

—Felix Pink —dijo él y le dio la mano por segunda vez en cinco minutos mientras se ayudaban el uno al otro a levantarse.

—¿Todo en orden?

—De milagro —respondió Felix mirándose la ropa—. He tenido mucha suerte de que estuviera usted por aquí.

—Solo estoy de paso —aclaró Tovey.

Cogió las bolsas y Felix vio que no llevaba compra precisamente, sino un montón de cachivaches: maroma vieja, cornamusas y componentes electrónicos que Felix no identificaba, aunque uno de ellos llevaba dibujado un pez.

—¿Usted también tiene barco?

—No, no —contestó Tovey—. Estoy trabajando en uno de un compañero —dijo señalando vagamente con la cabeza en dirección al muelle—. Remozándolo, ¿sabe? ¿Le interesa un sonar de pesca? —le preguntó, ofreciéndole un cacharro con cables colgando.

Felix sonrió y negó con la cabeza.

—Este pobre ya no tiene salvación —dijo inclinando la cabeza con tristeza hacia el *Susanna*.

—Todo tiene salvación cuando hay dinero suficiente —le contestó Tovey Chanter guiñándole el ojo y dejando al descubierto su dentadura incompleta y oscurecida.

La pastilla

Al volver a casa, Felix se encontró con que Buttons se había plantado en el escalón de la entrada y no había forma de moverlo, ni siquiera agitando los brazos y siseando. Hacía unos días, lo había visto con un ratón grande colgando de la boca, una rata quizá. Aquel gato lo espeluznaba, la verdad. Además, como era obvio que podía cuidarse solo perfectamente, la idea de atraparlo y meterlo en una caja le atraía cada vez menos.

Decidió no empeorar la relación entre ambos y entró por la puerta de servicio. Y luego se alegró porque, en vez de poner toda la casa perdida de barro del río, se vació los bolsillos en la mesa de la cocina, se quitó la ropa (incluso los calzoncillos) y lo metió todo en la lavadora. Después volvió a sacar la cazadora beis y examinó la mancha negra grande. Había olvidado comprar mostaza en polvo, pero tenía vinagre, así que frotó un poco la mancha con el líquido, volvió a meter la prenda en la lavadora y puso un programa con agua caliente. No le apetecía que se estropeara ahora la cazadora, con todo lo que habían pasado juntos. Se preguntó qué le recomendaría la señorita Knott para los zapatos de vestir, que tenían un aspecto horrible. Los rellenó con las páginas de deportes del *Telegraph* y los puso a secar; después subió a darse un baño caliente.

Mientras se vestía en el dormitorio, vio a la señorita Knott en el jardín, extrayendo el bulbo de los narcisos que tenía plantados en los parterres de la entrada.

Llevado por un impulso, abrió la ventana y gritó:

—¿Señorita Knott…?

—¿Sí? —contestó ella irguiéndose y mirando a ambos lados de la calle.

—Aquí arriba —dijo Felix y ella levantó la vista a las ventanas de las casas de enfrente.

—¿Hola? —tanteó ella con la cautela de quien sospecha que le están tomando el pelo.

Felix ya se estaba arrepintiendo de su osadía. Después de haber abierto la ventana de par en par como Julieta, se resistía a orientarle la mirada dándole una pista tan clara como su nombre.

—El vecino de al lado —dijo en cambio y, aunque le sonó raro y descortés, al menos consiguió que la señorita Knott se volviera hacia él, haciéndose sombra en los ojos con la mano.

—¡Ah, hola, Felix!

—Hola —dijo él y ya no supo qué más decir.

Había pensado pedirle que pasara a su casa para enseñarle la pastilla, pero sería la primera vez que alguien entraba en su domicilio desde que lo hicieran los de la funeraria y no sabía bien cómo sugerírselo (ni si quería hacerlo) ni cómo comportarse si ella accedía a pasar.

—¿Quería algo?

—No —contestó él y cerró la ventana. Luego la volvió a abrir y ella seguía allí plantada, mirándolo, así que añadió—: En realidad, me preguntaba si le importaría pasar un momento a mi casa… Quiero enseñarle una cosa.

—Voy a lavarme las manos —respondió ella y cinco minutos después estaba en la cocina, sentada a la mesa con Mabel en el regazo como si llevara años haciéndolo.

—Margaret nunca la dejaba subirse —observó Felix algo nervioso—. Decía que la alentaba a que se nos plantara encima mientras comíamos.

—Pues claro, pero ¿cómo va a llegar a la mesa si no?

Felix sonrió.

—¿Le apetece un té?

—Gracias —dijo la señorita Knott, mirando la mesa con detenimiento —. Me encanta hacer puzles.

—Estoy algo atascado con ese —le explicó Felix—. Esta pieza de aquí me tiene amargado.

—¿Es hierba? —preguntó ella pensativa.

—¡Yo qué sé! Igual ni es de este puzle.

Felix sabía que en su día habían tenido juegos de té bonitos, pero no recordaba dónde estaban, así que metió las bolsitas en unas tazas de desayuno.

—Solo tengo galletitas de nata, me temo.

—Perfecto —dijo ella.

Cuando fue a dejar las tazas en la mesa, la señorita Knott ya había colocado la pieza difícil en su sitio.

—¡Eh, bravo! —exclamó Felix.

—Parecía hierba, pero era el trasero de un reno —dijo ella.

Felix se inclinó a examinarlo. Tenía razón.

—Maravilloso —murmuró.

—Todo ayuda —dijo ella, modesta—. ¿Qué era lo que me quería enseñar?

—Ah, sí. Encontré esto en la mesilla de Skipper Cann —le explicó cogiendo la pastilla de la esquina de la mesa—. ¿Sabe lo que es?

—Parece oxicodona —contestó ella de inmediato.

—¿Eso es un tipo de morfina?

—Bueno, es un analgésico, pero, en comprimidos, es más fuerte que la morfina. —Felix decidió no contarle que Skipper se había tomado dos con ron y su bendición—. Da mucho sueño y atonta bastante —añadió la señorita Knott.

—Skipper me dijo que se había quedado dormido el día que… Cuando… cuando entramos en la vivienda…

—Si se estaba tomando esto, no me extraña. ¿Se las han recetado?

—No creo. Las tenía en un botecito de morfina.

—Eso es muy preocupante —dijo ella arrugando el entrecejo.

Él asintió con la cabeza.

—Creo que acertó usted preocupándose por él.

—Y yo que ha sido usted muy valiente de volver —replicó ella y Felix se sintió tan orgulloso de sí mismo como un niño pequeño al que le cuelgan en la nevera un dibujo hecho con pintura de dedos—. Ahora habrá que ir a la Policía. Ellos lo protegerán.

—Me temo que esa posibilidad ya no existe, señorita Knott —contestó Felix toqueteando nervioso el puzle.

—¿Porque se lo prometió a esa chica? —espetó ella frunciendo los labios.

Felix negó con la cabeza.

—¡Porque se lo he prometido a Skipper!

La vecina asintió despacio con la cabeza. Estuvieron en silencio un rato. Se les enfrió el té sin que le dieran ni un sorbo.

Al final, la señorita Knott alargó los brazos y le cogió una mano.

—Espero que sepa lo que está haciendo, Felix.

Luego dejó con cuidado a Mabel en el suelo y se fue.

Felix se quedó sentado a la mesa de la cocina, mirando el puzle. Se sentía perdido. Solo.

La señorita Knott no había discutido con él y se lo agradecía, porque no estaba dispuesto a incumplir la promesa que le había hecho a Skipper Cann, pero era evidente que le parecía mala idea y no podía respaldarlo. Y, aunque fuera solo una vecina, eso le preocupó. Inexplicablemente.

Llamaron a la puerta y Felix dio un respingo y se levantó tan rápido que se dio un golpe en la rodilla. Le dio igual.

—¡Aparta, Mabel!

La señorita Knott había vuelto con una solución. Una concesión. Un plan atrevido. Había vuelto a ayudarlo.

Al abrir la puerta emocionado, se encontró con una joven guapa. Llevaba el pelo recogido en una coleta perfecta y una chaqueta reflectante. Felix bajó la vista para ver de qué oenegé era. Colaboraba habitualmente con dos: la del linfoma de Hodgkin y la del alzhéimer, pero no le importaba hacer aportaciones ocasionales a otras causas dignas. Pero aquella joven no llevaba hucha.

—¿Señor Pink?

—Sí —dijo él—. Hola.

—Soy la agente Braddick… —Felix estuvo a punto de desmayarse. Se tambaleó visiblemente y ella cruzó enseguida la puerta y lo agarró del brazo —. ¿Se encuentra bien, señor?

En absoluto. Llevaba una eternidad esperando aquel momento, o eso le parecía, y cuando por fin llegaba se había quedado sin aliento y le flojeaban las piernas. Le pareció que todo se ralentizaba y empezó a oír una especie de rugido, un fuerte murmullo, como si toda la sangre de la cabeza le bajara a los pies pasándole por los oídos. La agente lo hizo retroceder con delicadeza hasta el recibidor forrado con papel setentero color crema y lo obligó a sentarse en la banqueta del teléfono. Felix tropezó con el aparato, el bloc de notas cayó al suelo y la joven pisó sin querer el lápiz de la borla y lo partió en dos.

—Lápiz —susurró Felix.

—¿Cómo dice? —preguntó ella, inclinándose para poder oírlo, pero él no fue capaz de repetirlo.

Ni siquiera podía pensar en ello correctamente porque todo le daba vueltas en la cabeza al mismo tiempo: el papel pintado y la borla y aquel «Tómese su tiempo» y el «Yo me encargo de todo» y el brusco balanceo del manzano bajo su peso…, todo ello mientras Mabel labraba y meneaba la cola para demostrar que era una perra cariñosa a la vez que capaz de ejercer una violencia extrema.

La agente Braddick lo dejó y no supo adónde había ido hasta que volvió con medio vaso de agua del que Felix bebió a sorbitos solo porque ella se lo pidió.

—¿Se encuentra bien, señor Pink? —le decía—. ¿Toma alguna pastilla que le pueda traer?

«Sí, una con la que retroceder en el tiempo estaría genial, gracias».

Eso no lo dijo. Se limitó a negar con la cabeza y luego cayó en la cuenta de que había dicho que no cuando a una de las preguntas tenía que decir que sí, de modo que dijo que sí con la cabeza también, después volvió a negar y luego dejó de mover la cabeza porque pensó que debía de parecerse a aquel pequeño Bambi de madera montado en un muelle que le habían comprado a Jamie en Austria hacía muchas lunas. Había pasado horas sentado jugando con él, aplastando la base contra la peana de madera con su minúsculo pulgar para que el cervatillo articulado doblara una u otra patita o agachara la cabeza o se sentara o meneara las orejitas de piel. Al crío le brillaban los ojos de felicidad cada vez que lo conseguía, y Felix se alegró de pronto de

que Jamie no hubiera vivido para conocer internet porque, de haberlo hecho, lo único que él recordaría de su hijo sería la nuca.

La joven estaba acuclillada delante de Felix, mirándolo angustiada a los ojos. Alargó el brazo y le tocó con cuidado el chichón de la cabeza.

—¡Madre mía! —dijo—. ¿Qué le ha pasado?

—Tendría que haber visto al otro —susurró Felix y se echó a llorar.

Segunda parte

Aquel encuentro en la cafetería

Aunque solo hacía dos días que había muerto su padre, a Reggie le dio un vuelco el corazón al ver a Amanda esperándolo en la cafetería. Se agachó a darle un beso en la mejilla y se sentó enfrente de ella en la mesita de madera.

—Lo siento muchísimo, Reggie.

—Gracias, Manda.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Y tu abuelo?

Reggie hizo una mueca.

—Para él es más difícil, creo. Ha perdido a su hijo. Además, él sigue vivo cuando, por lo visto, esperaba morir, así que anda confundido y rabioso —dijo encogiéndose de hombros.

Habían hablado por teléfono, claro, pero ahora que estaban juntos Reggie pudo ver que ella verdaderamente lo sentía por él. Era afortunado de tenerla. Los tres meses que hacía que se conocían habían sido los más felices de su vida.

—Reggie —le dijo ella en voz baja—, tengo que contarte una cosa.

—¿Qué, Manda? —Le cogió las manos, pero ella no lo miró. Luego se zafó de ellas y a Reggie empezó a sonarle un timbrecito de alarma en la cabeza—. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —Confundido, vio cómo le caía una lágrima de la nariz a la mesa—. ¿QUÉ?

—Que yo estaba allí —contestó ella, tan bajito que él tuvo que volver a inclinarse para oírla.

—¿Dónde?

—Estaba allí —repitió—. En tu casa.

—¿A qué te refieres?

No entendía nada. Amanda nunca había estado en su casa. ¿De qué hablaba? No sabía de qué le hablab…

Y de pronto lo supo.

—¿Te refieres…? —A ella le tembló el labio inferior y asintió—. ¿Eres una «exitante»?

—Exitera.

Reggie se notó mareado, aturdido. Se recostó en la silla. Alguien le había soltado un enjambre de abejas furiosas dentro de la cabeza.

—No me lo habías dicho.

—Es que no… —empezó ella—. Se supone que nadie lo tiene que… saber…, como en *El club de la lucha*.

Reggie meneó la cabeza. No podía mirarla a los ojos. Cogió un tenedor del bote de los cubiertos y empezó a meter los dientes por las ranuras de la mesita de madera.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

—Reggie, yo…

—¿QUÉ PASÓ? —repitió él sin mirarla aún.

—Era mi primera vez y… cometimos… cometimos un error. —«¡Un error!»—. Me siento fatal, Reggie. A ver, yo ni siquiera lo sabía porque nunca me habías llevado a tu casa… Y lo entiendo, claro, estando tu abuelo tan malo y todo eso, y no me estoy justificando, solo digo que si hubiera ido antes a tu casa y lo hubiera conocido…

«Pero no vino. Porque no la dejé. Porque soy un cobarde y un mentiroso».

Reggie hizo palanca con el tenedor, adelante y atrás, agrandando minuciosamente las ranuras. Amanda siguió hablando, aunque él habría preferido que no lo hiciera.

—Cuando oí su nombre me quedé pasmada, pero di por supuesto que se trataba de Skipper porque sabía que él estaba enfermo. Iba con ese anciano, John, y me limité a hacer lo que decía porque él tenía experiencia. Ya ha matado a un montón de gente. Bueno, «matado» no, ya sabes, ayudado a…

—Albert no quería que lo «ayudaran».

Amanda asintió tristísima y a Reggie le dieron ganas de abrazarla, de abrazarla y decirle que no se preocupara porque el culpable era él. ¡La culpa

era suya! Quería decirle que no iba a pasar nada, que no les iba a pasar nada, pero no pudo, porque sí iba a pasar algo y sí les iba a pasar algo.

El tenedor silencioso agrandó la ranura.

—¡No haga eso, por favor!

Alzaron la vista los dos y vieron a una mujer con un paño y una tetera.

—Perdón —se disculpó Reggie y soltó el tenedor.

—¿Van a pedir algo?

—Eeeh, no. Gracias.

—Muy bien, entonces no pueden ocupar la mesa —dijo la camarera.

Reggie se puso en pie. Amanda iba a hacer lo mismo, pero él se lo impidió.

—No —le dijo—, no te quiero… a mi lado.

Ella lo miró desde abajo, con las mejillas llenas de lágrimas.

—Por favor, Reggie —le suplicó—. Cometí un error…

Sabía que ella se iba a levantar de todas formas, que no lo iba a dejar marchar, y debía detenerla.

—Mi padre está muerto —dijo él sin más—. Y lo has matado tú.

La camarera se quedó pasmada, con los brazos en jarras y la tetera apoyada en la cadera.

—Perdone… —dijo alguien a su espalda.

—Enseguida… —contestó ella sin volverse.

—Tú… quédate aquí —le ordenó Reggie—. Tómate un chocolate caliente —añadió buscándose algo de suelto en el bolsillo.

—Reggie…

—¡Mira! —espetó él dando una palmada en la mesa que la asustó. Suavizó el tono—. No quiero meterte en líos ni nada, ¿vale?, pero no… no quiero volver a verte.

—¡Pero Reggie! —Le tembló la voz—. ¡Yo te quiero!

—Manda… —empezó él con la voz quebrada como si fuera a decirle que la quería también.

Pero no lo hizo.

En cambio, soltó en la mesa un puñado de monedas al tuntún y se fue.

El retrovisor

Reggie estaba tan desorientado que ya había dejado atrás la oficina de correos cuando recordó que tenía el coche en el aparcamiento del ayuntamiento. Dio media vuelta y volvió a pasar por delante de la cafetería, pero Amanda ya se había ido. No se había quedado. No se había tomado otro chocolate caliente. Desde donde estaba, aún podía ver sus monedas y a la camarera deteniéndose a mirarlo. Agachó la cabeza y se dirigió al coche con las llaves en la mano, deseando estar en casa y no volver nunca a casa, deseando poder pensar y dejar de pensar, aún afectado por la conmoción y la vergüenza.

—¿Este coche es tuyo, amigo?

—¿Qué?

El tipo que estaba al lado de su coche era grande, alto, corpulento, con la frente estrecha, los labios gruesos, unos luminosos ojos azules y unos rizos rubísimos. Señalaba el pequeño MX5 rojo que le había regalado su padre por Navidad. Su padre, que era lo más rácano que había sobre la faz de la tierra.

—Que te han roto el espejo.

—¿QUÉ? ¡¿Estás de coña?!

—Mira…

Era lo que señalaba: el espejo descuajeringado y colgando sobre la puerta del conductor.

—¡Cabrones! —Para colmo de males. Miró alrededor como si algún transeúnte fuera a levantar la mano y admitir su culpabilidad—. Esto era lo que me faltaba, joder.

—Tú eres el hijo de Albert Cann, ¿no?

Reggie lo miró confundido.

—Sí. Perdona, ¿te conozco?

—Yo conocía un poco a tu padre.

—Ah —dijo Reggie, esperando que el tipo le diera el pésame, pero no lo hizo.

—Debe dinero a la gente.

—¿Cómo dices?

—Albert. Que debe dinero a la gente.

—¿Qué dinero? ¿Qué gente?

—A mi jefe, Terry. Albert le debe cuarenta de los grandes.

—¡¡Cuarenta de los grandes!! —Reggie rio porque le pareció de chiste irrisorio y negó con la cabeza—. Te equivocas de persona, amigo.

Rodeó al tipo y abrió la puerta. El espejo botó en ella, con los cables de colores asomando por la carcasa. El otro no se apartó. Reggie se coló por el hueco, subió al coche e intentó cerrar la puerta, pero el grandullón, que la tenía agarrada, apoyó el codo en ella y se asomó al habitáculo. Reggie sintió un escalofrío de alarma.

—Suelta.

Pero el tipo no soltó, sino que abrió del todo la puerta con su inmenso trasero. Sacó una libretita mugrienta y señaló la página con un dedo que parecía una salchicha.

—Albert Cann. Se le prestaron treinta que, con los intereses, son cuarenta. Si no pagas, Terry se queda con tu casa.

—Chorradas —dijo Reggie—. No te creo.

El hombre suspiró y se sacó un papel de otro bolsillo. Desdobló una octavilla y Reggie se estremeció.

¡ZAS! Y se agacharon todos. ¡Un ladrillo por la ventana! Solo la cortina había impedido que aterrizara en la mesa. Y, por un instante, él lo había visto en el suelo. Un ladrillo con una octavilla sujeta a él con una goma.

«¿Necesita dinero?»

Y entonces él había salido corriendo, corriendo a la fría noche de Navidad en busca del vándalo, de los críos, del borracho. Pero allí no había nadie. Y, cuando había vuelto, el ladrillo estaba en la mesita de centro, sujetando unas facturas y la octavilla se había esfumado.

«Tírala —había dicho Albert—. Hazla pedazos y tírala a la basura».

Ahora Reggie sabía que no lo había hecho. ¡El muy imbécil!

Sacudió la cabeza como para aclararse las ideas.

—La casa ni siquiera es suya —contestó—, así que os habéis pasado de listos.

El grandullón volvió a doblar con cuidado la octavilla y se la guardó.

—Terry quiere su dinero.

—Pues mi padre está muerto, así que dile a Terry que se vaya a tomar por culo. Y tú te puedes ir a tomar por culo también o llamo a la Policía.

Pero el grandullón no se fue a tomar por culo. Se irguió y echó un vistazo lento alrededor. Luego volvió a agacharse y se apoyó las manos carnosas en las rodillas para asomarse al coche.

—Lo siento, amigo —suspiró—, pero voy a tener que darte una paliza.

—¿Cómo dices?

—Es mi trabajo —añadió, encogiéndose de hombros.

—¿Qué? —rio Reggie, porque la situación era surrealista.

—Tápate la boca para que no te parta los dientes.

—No seas…

El tipo le dio un puñetazo fuerte en la nariz. Reggie cayó de espaldas sobre el asiento del copiloto y se quedó mirando el revestimiento del techo con la mente completamente en blanco. Nada. Entonces un puño lo agarró de la chaqueta y lo volvió a levantar.

—Tápate la boca.

Reggie se tapó la boca y del puñetazo se le fue la cabeza hacia atrás, le supo la boca a sangre y se le quedaron los brazos colgando a los costados, pero el tipo no le soltó la chaqueta, lo sostuvo. Luego metió medio cuerpo dentro del coche. Su cabeza enorme y rizada ocupó todo el campo de visión borroso de Reggie y no pudo taparse la boca porque los brazos no le respondían, pero el tipo no volvió a pegarle. En cambio, levantó el móvil y le hizo fotos: una, dos…

—Vuelve un poco la cabeza hacia aquí. Eso es. —Tres—. Cuarenta de los grandes —le dijo—. Estaré en Ladbrokes. Tienes una semana.

—¿Y de dónde voy a sacar yo cuarenta de los grandes en una semana? —farfulló Reggie.

—No es problema mío —contestó el otro—. Pero, si vas a la Poli, lo lamentarás.

Luego le soltó la chaqueta y se fue.

Reggie se quedó un buen rato allí sentado con la barbilla pegada al pecho y sin poder pensar en mucho más que en cuánto le duraría el dolor. Al final levantó la cabeza y se miró en el retrovisor. Le caían lágrimas de los ojos y le salía sangre de la nariz, de la boca, de la mejilla izquierda…, que le chorreaba por la chaqueta y la camisa.

Muy poco a poco, empezaron a reaccionarle los brazos. Se tocó la nariz y puso cara de dolor. Se pasó la lengua por los dientes y no tenía ninguno suelto, aunque le dolían todos. Esperó a que se le normalizara la respiración.

Por fin se limpió las manos en los vaqueros y arrancó el coche.

«¡Joooder!»

Se quedó sentado un rato mientras lo digería todo.

Cuarenta de los grandes. ¡Cuarenta de los grandes!

¡El muy imbécil! ¡El puto imbécil egoísta!

«Feliz Navidad, Reg. Hace tiempo que quería comprarte un buen coche».

La rabia que sentía hacia Albert no impidió que se le llenaran de lágrimas los ojos al recordar aquel momento. Su padre nunca había sido un hombre sentimental, ni generoso, y por eso el pequeño Mazda rojo había sido para él algo más que un regalo. Le había parecido una disculpa. Una disculpa por marcharse y por volver. Una disculpa por el caos y la rabia. Una disculpa por la falta de interés en sus estudios o sus aficiones. Una disculpa por las bofetadas. Por todas las bofetadas sin justificación, en las corvas, en la nuca. Una disculpa por no preocuparse, por no llamar, hasta que había enfermado y se había mudado a casa con Skipper porque necesitaba que alguien le pagara las facturas.

El coche no había arreglado nada de aquello, pero sí lo había mejorado. La sola idea de que su padre hubiera estado ahorrando durante años, negándose caprichos quizá con aquel único objetivo en mente: una ofrenda de paz, un bálsamo para las heridas por fin reconocidas.

Pero ahora Reggie sabía que no había sido eso ni mucho menos. El coche no había sido más que una forma de presumir en el Pig on the Hill, al que había llevado a Albert, en el Mazda, dos veces por semana para que pudiera emborracharse y ponerse violento. «¿Ves ese coche? Se lo he regalado a mi chico por Navidad. ¡Veinticinco de los grandes! Tope de gama. Y pagado a tocateja».

A tocateja con el dinero de otro. Había pedido prestados treinta mil y se lo había fundido casi todo en el coche. Y, por si no era suficiente estupidez, había puesto la casa como aval. ¡La casa de Skipper! La casa en la que Skipper había nacido, se había criado, se había casado y había educado a su hijo él solo después de que su mujer los dejara a los dos.

Puede que Albert se pensara que estaba siendo muy listo, vacilando al usurero sin preocuparse de devolver el dinero o de qué pasaría si no lo hacía, sin importarle a quién arrastraba a aquella mierda, sin pensar nunca en las consecuencias.

Se estudió la cara destrozada en el retrovisor.

Pues esas eran las consecuencias.

Debería ir a comisaría inmediatamente. Antes de que la sangre se secara. Darles una descripción. Aquel tiarrón no sería difícil de encontrar. Y que lo encerraran en una celda antes de que terminara el día.

Pero Reggie se miró al espejo.

¿A quién quería engañar? No podía contarle aquello a nadie.

Y menos aún a la Policía.

El testamento

La notaria le examinó la cara a Reggie a través de sus gafas de montura metálica.

—¡Madre mía, eso tiene que doler!

Y estaba en lo cierto. Había pasado una semana, pero la nariz aún le dolía y el ojo se le había puesto amarillo.

—Tuve un percance en el coche —dijo él, y no era del todo mentira.

La señora Boucher le pidió que tomara asiento y ella se sentó a su escritorio.

—Mi más sentido pésame.

—Gracias —dijo Reggie.

—Ha debido de ser un disgusto tremendo —comentó la señora Boucher mirándolo como si aquella observación fuera a proporcionarle más datos, pero Reggie iba allí a lo que iba y le sobraban las formalidades, por lo que se limitó a asentir con la cabeza. Ella debía de estar acostumbrada a que la gente fuera al grano, porque se aclaró la garganta y se puso manos a la obra —. Normalmente tardamos más en citar para la lectura del testamento, pero, claro, cuando recibí su llamada, le di prioridad al suyo.

—Gracias.

—De nada. En realidad, esto ha sido bastante rápido por razones que enseguida entenderá.

—Genial.

—Bueno —dijo la señora Boucher plantando las manos sobre su enorme escritorio de madera a ambos lados de un montoncito de papeles—, ¡vamos al testamento!

Cogió la primera hoja y la examinó detenidamente con la que Reggie supuso que era su cara de leer testamentos: como si la viera por primera

vez. Se preguntó si ensayaría delante del espejo. Le dieron ganas de arrebatárselo de las manos para poder ir al meollo de la cuestión.

«¿Cuánto? ¿Cuánto? ¿Cuántoooooooooooo?»

Pero ella se tomó su tiempo.

—No me desheredó, ¿verdad? —Rio nervioso.

—No, no, al contrario —contestó ella, y a él le dieron palpitaciones de la emoción.

Boucher leyó despacio:

—«Yo, Albert Charles Cann, le dejo todas mis posesiones terrenales a mi único hijo, Reginald Albert Cann, con todo mi amor». Eso está bien, ¿no?

Reggie asintió con la cabeza. Sintió un inmenso alivio. Perder la casa, o tener que contarle siquiera a Skipper lo que Albert había hecho, le había parecido impensable. Y ahora ya no tenía que darle más vueltas. Su padre había sido un borracho irritable, pero había trabajado toda su vida y había vivido como un vagabundo. Tenía una pensión, un seguro de vida y ahora todo eso daría sus frutos, ¡gracias a Dios! Algo quedaría después de que devolviera los cuarenta de los grandes.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Reggie—. En términos reales.

—Bueno —contestó ella dejando el papel que sostenía y cogiendo el siguiente—, en términos reales, por desgracia, no es mucho.

—No lo entiendo —replicó Reggie, porque era así—. No lo entiendo.

—A ver —continuó la notaria con una sonrisa de circunstancias—, obviamente la casa es de su abuelo, con lo que solo quedan los bienes personales y monetarios. —Reggie asintió—. Ya sabrá que a su padre le gustaban… las carreras.

—Claro —contestó él. A su padre le encantaban las carreras de caballos y las de galgos y, cuando ya no podía bajar a William Hill, se había abierto una cuenta *online*—. Pero no apostaba mucho —añadió—. A ver, ¡eran peniques!

—Pues perdió libras —repuso ella.

—¿Cuántas libras?

—Unas cuantas.

—¿Cuánto son unas cuantas?

Boucher hizo una pausa peligrosa y contestó:

—Todas las que tenía.

—¿CÓMO?

—Lamento comunicarle que lo perdió todo —dijo ella.

—¿TODO?

—Sí. Todo. Todo el dinero que tenía.

Reggie no lo entendía. ¡¡Lo había perdido todo!! Parecía el principio de una peli mala.

—Pero… —Sacudió la cabeza para destaponarse los oídos—. ¡¿Todo?! ¿Y el seguro de vida? ¡Tenía un seguro de vida!

—Sí —asintió ella, aunque el alivio de Reggie se esfumó en cuanto ella siguió hablando—, pero cobró la póliza hace dos años para disponer del dinero y, dado que transfirió la totalidad de esos fondos a su cuenta de apuestas *online*, supongo que eso lo perdió también.

—¿Cuánto era?

La notaria comprobó la documentación.

—Descontando la comisión por liquidación anticipada, la suma ascendía a treinta y tres mil libras.

Reggie se quedó pasmado.

—¿Y perdió treinta de los grandes? ¡¿En dos años?! ¡¿Con las apuestas?!

Boucher palideció, nerviosa.

—Yo le aconsejé que no lo cobrara, por supuesto, pero se empeñó.

No podía ser. Albert tenía cosas. Pagaba cosas.

—¿Cuánto queda? —preguntó Reggie sin entusiasmo.

—Bueno, he tenido que llevar a cabo un complejo proceso de…

—¿Cuánto queda?

—Cuarenta y cinco peniques.

—¿Cómo dice?

—Cuarenta y cinco peniques.

—¿Peniques? ¡¿Cuarenta y cinco peniques?!

Ella cabeceó afirmativamente, sin mirarlo a los ojos, y Reggie se sintió como si le hubieran dado otro puñetazo en la cara. Nunca habían sido ricos

y no esperaba heredar mucho de su padre, pero… ¿NADA? Boucher hablaba otra vez y Reggie se incorporó despacio a la conversación.

—… su cuenta actual del HSBC, con un saldo negativo de dieciséis libras y setenta y dos peniques, y una cuenta de ahorros con el mismo banco en la que había noventa y dos libras y veinte peniques. Me he tomado la libertad de liquidar el descubierto, comisiones incluidas, con el dinero de la cuenta de ahorros, con lo que queda una herencia total de… —dijo cogiendo un cheque— treinta y seis libras y noventa y tres peniques.

Volvió la documentación hacia Reggie y se la acercó. El joven la miró como si fuera un truco de magia, como si de pronto la notaria fuera a hacer desaparecer la mierda de todo aquel lío con su varita mágica para revelar que, en realidad, su padre le había dejado unos cuantos miles de libras. Unos cuantos cientos, por lo menos.

¡¡ALGO!!

Pero Boucher no hacía magia.

Treinta y seis libras y noventa y tres peniques.

—Y, por supuesto, conforme a lo dispuesto en el testamento, cualquier cosa de su padre ya es automáticamente suya.

Reggie asintió en silencio y se miró el reloj con una sensación de pánico creciente. El grandullón lo estaría esperando en ese mismo momento en Ladbrokes. ¿Qué le contestaría cuando él le hiciera saber que no había dinero? ¿Qué le haría? ¿Le partiría las piernas? ¿Aún se hacía eso? Se tocó la nariz y tuvo la certeza de que sí.

—¿Tenía muchas cosas de valor? —preguntó la notaria amablemente y Reggie intentó recordar las cosas de valor de su padre: una paloma disecada en una urna de cristal, un tintero en forma de pezuña de caballo que aseguraba que era de Nijinsky, el puto reloj de mesa…

—No —contestó y percibió la sorpresa en su propia voz—. No lo entiendo. Me regaló un coche. Pensaba que le iba bien. ¿Y resulta que no tenía nada? ¡Joooder! ¿En qué cojones estaba pensando? ¡El puto gilipollas de mierda!

Boucher se estremeció, recuperó tímidamente la documentación, hizo un montoncito y, sofocada, cuadró las esquinas de todas las hojas.

—Lo siento mucho, señor Cann —murmuró y metió los papeles en una funda de plástico. Reggie no contestó. ¿Qué iba a decir? ¿«Muy bien»? De muy bien, nada. No había dinero. No había suficiente para pagar el funeral y menos aún las cuarenta mil libras con las que evitar que un mafioso los dejara sin casa. A Skipper le iba a dar un algo…—. ¿Señor Cann…?

La notaria le pasó discretamente otro papel.

—He procurado que no subiera mucho —murmuró.

Reggie estuvo un rato mirando el papel como un bobo hasta que cayó en la cuenta de que se trataba de la minuta por sus servicios profesionales.

Setecientas libras.

La confesión de Felix

—Lo siento muchísimo —dijo la agente Braddick. Felix la vio tan compungida que estuvo a punto de darle una palmadita en la mano—. Entre usted y yo, no creo que esta sea una de esas cosas que hay que considerar un asunto policial, ni mucho menos.

—Es usted muy amable —contestó él.

—Pero es mi trabajo —añadió ella con un suspiro.

Felix asintió con la cabeza. Pues claro. Él había matado a un hombre. Tanto si había sido un asesinato deliberado como un trágico error, lo justo y lo correcto era que la Policía lo interrogara oficialmente. Le habría decepcionado que no lo hicieran, la verdad. Habría perdido un poco la fe en el sistema.

—¿Le traigo algo antes de empezar? —preguntó ella—. ¿Un té?

—Fenomenal, gracias.

—Bueno, lo cierto es que es un té asqueroso de máquina, pero es gratis. Espere aquí, que vuelvo enseguida.

Abandonó la sala de interrogatorios y dejó a Felix con una mesa de formica, cuatro sillas de plástico y, en la mesa, un cacharro que parecía un aparato de radioaficionado. Supuso que se trataba de algún tipo de grabadora. Le sonaba de las series policíacas que le encantaban a Margaret. En un rincón había un televisor montado en la pared y en otro una cámara que le apuntaba directamente. Se estremeció, miró a otro lado y pensó en innumerables grabaciones de escasa calidad de sospechosos en salas como aquella, por todo el mundo. De personas que no eran como él.

Solo que ahora eran exactamente lo mismo que él.

Delincuentes.

Le temblaban las manos. Las juntó sobre la mesa para controlar el temblor. No tenía frío (la agente Braddick había subido a buscarle una

rebeca), con lo que iba a parecer justo lo que era: remordimiento y miedo.

Se sentía muy solo, pero le había prometido a Skipper que no le diría a la Policía lo de Reggie y, si les contaba lo de Amanda, seguro que ella los llevaría hasta Reggie y el resultado sería el mismo. Fuera justo o injusto, estuviera bien o mal, se había quedado solo en eso… y estaba decidido a que siguiera siendo así.

Volvió la agente Braddick y le puso un vaso de cartón delante.

—Gracias —dijo él mirando el té aguado y grisáceo, y le dio un sorbo para complacerla. Sabía justo como parecía que iba a saber.

—¿Empezamos? —preguntó ella.

—¿Nosotros solos?

La agente Braddick parecía muy joven para manejar sin ayuda una investigación de homicidio.

—Nosotros solos —confirmó ella—. A menos que quiera que le busque un abogado… No hay problema. Como le he dicho antes, tiene derecho a que haya uno presente.

No recordaba que le hubiera dicho eso, pero supuso que habría sido durante el rato en que él había tenido un océano retumbándole en los oídos. Aunque ¿para qué quería un abogado? No iba a conseguir más que prolongarle la agonía y que pareciera que quería ocultar algo, cuando lo único que quería era contar la verdad y salir de allí cuanto antes.

—No, gracias —respondió—. Salvo que crea que voy a pasar la noche en el calabozo.

—Uy, lo dudo mucho —dijo ella sonriendo y a Felix lo alivió muchísimo que no fueran a considerar aquello más que el terrible error que era—. Bueno —prosiguió la agente, toqueteando un poco la grabadora. Llevaba un mechón de pelo por detrás de la oreja que no paraba de soltársele y molestarla. Por fin se recostó en el asiento, resopló, dijo «Bueno…» otra vez y devolvió el mechón rebelde a la coleta. Luego habló a la máquina en vez de a Felix: dijo su nombre, edad y dirección y, mirándolo, le hizo un gesto de ánimo—. Señor Pink, ¿podría confirmar, para que conste, que se le han leído sus derechos y que los comprende? —Seguro que se los había leído, aunque él no lo hubiera oído, así que asintió con la cabeza—. Expréselo verbalmente, por favor, señor Pink.

Felix se inclinó hacia la grabadora y dijo:

—Sí.

—No hace falta que se incline, señor Pink —le informó amablemente la agente Braddick—. El micrófono es muy sensible.

—Ay, perdón —contestó él, se aclaró la garganta y repitió el sí sin inclinarse.

—Bien. Antes de que le haga ninguna pregunta, ¿hay algo que quiera contarme sobre el incidente?

—Pueees… —dijo Felix—, solo que lo admito todo. Me rindo. Actué solo y no puedo más que disculparme sinceramente con ese pobre hombre y su familia por lo ocurrido.

La agente Braddick se mostró sorprendida. Felix imaginó que no tenía muchas confesiones tan rápidas.

—Entonces… —dijo extrañada, como si al confesar le hubiera inutilizado el interrogatorio entero—, entonces…, acaba de hacer una confesión sincera y completa. Gracias, señor Pink. Eso simplifica mucho las cosas. ¿Podría explicar qué sucedió y por qué?

—Lo cierto es que no. Le he dado muchas vueltas y he hecho muchas preguntas, pero no he sido capaz de… determinar con exactitud qué salió mal. Solo puedo decir que fue un error involuntario y que lo lamento muchísimo. De verdad, me perseguirá hasta…

No pudo continuar. Se le hizo un nudo en la garganta.

La agente Braddick sacó un paquetito de pañuelos y le dio uno, del mismo modo que, en su día, él le había ofrecido su pañuelo de tela a Amanda. El recuerdo hizo que se le empañaran aún más los ojos. Amanda le había caído bien. Se había fiado de ella. Debía de dársele fatal calar a la gente. Margaret se habría dado cuenta de que había algo raro en Amanda, seguro. Lo había visto hasta la señorita Knott, ¡sin conocerla! Pero Felix no tenía mucha experiencia en cuestión de amistades.

Se sonó la nariz y fue calmándose poco a poco.

—¿Hay algo más, señor Pink?

Felix titubeó.

—No —contestó rotundamente—. Eso es todo.

La agente Braddick se inclinó sobre sus papelotes otra vez.

—Vale. ¿Le importa esperarme aquí unos minutos? Procuraré no entretenerlo mucho.

Cogió sus papeles y salió.

A pesar del llanto, a pesar del cansancio, Felix respiró en condiciones por primera vez desde la muerte de Albert Cann.

El señor Martin tenía la cara como si hubiera chupado un limón. Eso pensó Jackie Braddick mientras lo observaba devanarse los sesos en busca de un modo de rechazar la disculpa de Felix Pink sin parecer un imbécil integral. No lo encontró, claro, y al final accedió torciendo el gesto.

—Es muy fastidioso —dijo por enésima vez desde que había entrado en comisaría exigiendo que se tomaran medidas.

—Por supuesto, señor Martin. Pero le aseguro que el señor Pink está del todo arrepentido. Es un caballero de cierta edad y…

—¡Un ladrón de cierta edad! —la interrumpió el otro.

—Bueno, tiene un buen chichón en la cabeza y parece algo desorientado. Imagino que no pensaba con claridad.

—¿Insinúa que está mal de azotea? Porque, si es así, ¿quién me asegura a mí que no vaya a volver a hacerlo?

—Yo no he dicho que esté mal de la azotea, señor —contestó Jackie con vehemencia.

—Y, entonces, ¿por qué demonios se inclina sobre mi tapia para arrancarme las flores? —espetó subiendo la voz.

—Cálmese, señor Martin, haga el favor —le pidió Jackie con los brazos en jarras y esperó a que estuviera lo bastante tranquilo para su gusto—. Bueno, si usted acepta la disculpa del señor Pink y él se compromete a no reincidir, me parece que esa sería una buena forma de resolver esto, ¿no cree usted?

—¿Y los daños que me ha causado?

—¿Qué daños?

—¡Me ha arrancado los tulipanes!

—Un tulipán.

—¡Que yo sepa! Además, aunque fuera solo uno, yo he pagado ese bulbo, lo he plantado, lo he regado y lo he cuidado. ¡La flor era mía! ¡Y viene él y me la roba!

—¿Qué pretende, señor Martin?

—Creo que lo justo sería que me indemnizara.

Se miraron furiosos los dos, sin pestañear.

—Ya —suspiró ella—. ¿Y cuánto cree usted que sería justo por arrancarle un tulipán?

—Cincuenta libras.

—¿CINCUENTA LIBRAS?

—Sí.

Jackie le lanzó una mirada que habría marchitado un roble, pero el señor Martin estaba hecho de una pasta más limonera.

—Espere aquí —le dijo y cruzó airada la puerta de doble hoja.

Calvin Bridge asomó la cabeza al pasillo.

—¿Todo bien?

Ella se detuvo y puso los brazos en jarras, signo universal de rabieta inminente.

—¡La puñetera humanidad! —susurró furiosa—. ¡¡Marronazo!!

—¡Para el carro! —le dijo Calvin levantando autoritario una mano para detenerla—. Tengo que repasar la base de datos de los exiteros ¡otra vez!, así que aún te puedo ganar. ¿Te apetece una patata frita?

—Te aseguro que vas a perder. —Entró furiosa y cogió una patata—. Te cuento. Acabo de detener a un anciano encantador porque un cretino integral ha venido acusándolo de arrancarle flores de su jardín.

—¿Y lo ha hecho?

—Sí.

—Siento comunicártelo, Jack, pero eso es robo.

—¡Pero no ha arrancado un montón de flores! ¡¡Le cogió un puto tulipán!!

—Vale —rio Calvin—, eso es muy cutre, pero, en teoría, sigue siendo…

—Espera, que aún no has oído lo peor. Cuando he detenido al anciano, ¡se ha echado a llorar!

—¡Joder! —Calvin se llevó las manos a la cabeza—. Cógete la bolsa entera.

Jackie sonrió, agarró las patatas de la mesa y se metió un buen puñado en la boca.

—¿Quieres ver el delito del siglo?

—¿Hay grabaciones? —preguntó él y, cuando ella sonrió y asintió, le apartó la silla para que pudiera sentarse al escritorio y abrirlas en el ordenador.

Allí estaba: un anciano paseando a un perrito blanco que entraba en plano.

—Atento ahora —dijo ella—. Se detiene y el perro hace un pis, luego él se inclina y… ¡ahí! ¡Un tulipán, por Dios! ¡Arrancado en su mejor momento y a plena luz del día! ¡Que lo encierren y tiren la puñetera llave!

Rio como una boba, pero Calvin no.

El agente miraba muy fijamente la pantalla, ceñudo, estudiando a aquel hombre alto, delgado, con algo de cojera y una cazadora beis.

—¡La hostia! Me parece que ese es el tío que asesinó a Albert Cann.

La otra confesión de Felix

—Siento haberlo hecho esperar tanto, señor Pink. Soy la inspectora jefe Kirsty King y este es el inspector en funciones Calvin Bridge. A la agente Braddick ya la conoce.

—Sí, gracias. ¿Qué tal?

—¿Cómo dice?

—Que qué tal.

—Ah, bien. Gracias. ¿Y usted? Bueno, antes de empezar, ¿quiere comer algo, beber algo o ir al baño?

—No, gracias, inspectora King. El… ¿sargento Coral…?

—Sí, el sargento Coral.

—Ya me ha traído un té y un trozo de bizcocho de frutas.

—Pues le pido disculpas.

—¡Ja, ja! Sí, bueno, la intención es lo que cuenta.

—Sin duda. Verá, señor Pink…

—Felix, por favor.

—Felix… He escuchado la grabación que le ha hecho la agente Braddick hace un rato y parece que ha hecho usted una confesión completa y sincera.

—Así es.

—Bien. Eso está bien. Se lo agradezco, Felix.

—De nada. Cuando uno comete un terrible error, debe asumir la responsabilidad.

—Estoy de acuerdo. Pero necesito comprobar algo.

—¿Sí…? ¿De qué se trata?

—Dado que ha rechazado la asistencia de un letrado, quiero estar completamente segura de que sabe usted lo que está ocurriendo.

—Muy bien.

—¿Podría decirme por qué lo han detenido, Felix?

—Bueno…, no sé bien cuál es el cargo exacto, pero ha sido por… por ser… «responsable»… de la… eeeh… de la muerte de Albert Cann.

—Ah, vale. Eso me parecía. Lo malo es, Felix, que en realidad no lo han detenido por la muerte del señor Cann.

—Ah, ¿no?

—No. Lo han detenido por robarle flores a uno de sus vecinos.

—¡Ah!

—Sí. A un tal Andrew Martin.

—Ah. Mmm… Entiendo. Vaya, ¡qué embarazoso!

—Lo que pasa es que el inspector en funciones Bridge, aquí presente, ha visto la grabación del incidente, lo ha identificado a usted como el individuo que entró en la vivienda de los Cann la mañana del día dos y hemos caído en la cuenta de que debía de haberse producido un malentendido.

—Ah.

—La agente Braddick, en realidad, lo ha detenido a usted por un delito de robo y dice haberle leído sus derechos en relación con ese delito.

—Ah, ¿sí?

—Dice haberlo hecho, pero si no está usted de acuerdo…

—No, no, si seguramente es culpa mía. Estoy un poco sordo, la detención me ha pillado por sorpresa, Mabel no paraba de ladrar y Jackie me ha pisado el lápiz, así que supongo que estaba un poco conmocionado en general.

—¿El lápiz?

—El de la borla que tengo en el recibidor. Imagino que lo habrá roto sin querer.

—¿Jackie…?

—No me he dado cuenta de que lo había roto, señora. Si es así, lo siento muchísimo.

—Como es lógico, remplazaremos cualquier cosa que se haya roto durante el arresto, señor Pink. Tenemos un impreso para esos casos. Jackie, ¿podrías ir a…?

—Es irremplazable. Venía con la libreta de direcciones, sujeto con un cordel dorado. Era de mi esposa, ¿sabe? Murió hace unos años… Pero eso no viene a cuento. No me estoy quejando, solo explicándole por qué estaba distraído.

—Entonces, ¿no quiere pedir una indemnización?

—En absoluto. No es más que un lápiz. Cosas peores se han visto.

—Es un detalle por su parte, Felix. Gracias. Verá, el asunto más apremiante ahora mismo es que, como usted no sabía por qué lo estaban deteniendo, su confesión en relación con la muerte de Albert Cann es inadmisible.

—¿Inadmisible?

—Sí. No nos sirve. Es como si no la hubiera hecho.

—Ah.

—¿Lo entiende?

—La verdad es que no.

—A ver, usted ha confesado un delito por el que no lo hemos arrestado y no ha confesado el delito por el que sí lo hemos arrestado.

—¡Madre mía! Siento haber complicado tanto las cosas.

—No se preocupe por eso. Seguro que lo podemos arreglar ahora.

—Estupendo.

—Verá, Felix, lo bueno es que el señor Martin está dispuesto a aceptar sus disculpas y una compensación económica si usted se compromete a no reincidir, o sea, si promete no enfrentarse a él ni volver a tocar sus bienes…

—Ah, no lo voy a volver a hacer, se lo aseguro.

—Bien, entonces, si accede a disculparse, se compromete a no reincidir y le paga al señor Martin una compensación de cincuenta libras, podemos archivar el asunto. —King sonrió, pero entonces dio unos golpecitos con la carpeta en la mesa—. Lo malo es que vamos a tener que detenerlo por la muerte de Albert Cann. Podrá solicitar un abogado, volvemos a la casilla de salida, por así decirlo, y lo hacemos bien esta vez, ¿le parece? ¿Señor Pink…? ¿Felix…?

—¿CINCUENTA LIBRAS?

—¿Cómo dice?

—¿Cincuenta libras?

—Esa es la suma que el señor Martin considera justa por el robo de su tulipán.

—Pues a él le parecerá justo, ¡pero a mí no! ¿No le vale con una disculpa? Le estrecharé la mano como un caballero y estoy más que dispuesto a comprarle una bolsa entera de bulbos, pero ¿cincuenta libras? ¿Por una miserable flor? Además, su jardín ni siquiera es de diez. De ocho, como mucho, y luego le tuve que bajar la nota a siete por el césped, así que a esos tulipanes tampoco los van a premiar en ningún concurso de jardinería. Le doy cinco libras y va que chuta.

—Eeeh… vaaale… Esto…, Jackie, ¿te importaría comunicarle al señor Martin…?

—Sí, señora.

—Gracias. La agente Braddick abandona la sala de interrogatorios. Muy bien, Felix… Mientras Jackie habla con el señor Martin, ¿quiere que le pida un abogado?

—¿Para qué?

—Para que podamos tomarle declaración sobre Albert Cann.

—Ah, sí, por supuesto. Perdone…, que aún estoy pensando en el tulipán.

—¿Conoce algún abogado al que quiera que llamemos?

—No, no, mejor continuamos, que tengo ganas de quitarme ese peso de encima.

—Felix, le aconsejo encarecidamente la asistencia de un letrado, por si la cosa se complica.

—Si no le importa, inspectora, llevo aquí ya varias horas y estoy cansado. Solo quiero quitarme este peso de encima, asegurarme de que Skipper está bien y descansar.

—¿Por qué no iba a estar bien, Felix?

—Pues… No. Por nada. Es que se cayó hace poco porque se le partió el bastón y está bastante fastidiado, ya sabe…

—Claro. Lo entendemos. Como parte de la investigación, ya hemos informado a su médico y a los sanitarios que lo visitan de que necesita mayor supervisión ahora que Albert ya no está… en casa. No obstante, su nieto aún reside en la vivienda y está acostumbrado a cuidar de Skipper y,

por lo visto, la asistenta también ayuda cuando va, de modo que no hay motivo de preocupación, ¿no?

—Pues… supongo que no.

—Vale. Para que conste, de nuevo se recuerda al señor Pink que tiene derecho a contar con la asistencia de un letrado, pero rechaza el ofrecimiento. El señor Pink manifiesta su deseo de continuar sin representación. ¿Está listo, Felix?

—Sí. Bueno, casi. ¿Alguien podría pedirle a mi vecina, la señorita Knott, que cuide de mi perra?

—Por supuesto. Nosotros nos encargamos.

—Gracias. Mabel aguanta bien unas seis horas, ¿saben?, pero después de eso se hace pipí en el suelo.

El señor Martin se levantó y lanzó una mirada asesina a Jackie Braddick.

—¡Ya era hora!

—Lamento haberlo hecho esperar, señor Martin, pero la cosa se ha complicado bastante.

—¿Cómo que se ha complicado?

—Me temo que el señor Pink ha dicho que no.

—¿No a qué? —preguntó el otro visiblemente sorprendido.

—Que no acepta sus condiciones —contestó ella—. Dice que no tiene problema en disculparse y compensarlo razonablemente por su tulipán o reemplazárselo, pero no le va a pagar cincuenta libras.

Martin la miró muy confundido.

—¿Y eso qué significa?

Jackie Braddick inspiró hondo.

—Dice que le paga cinco.

—¿Cinco?

—Y se disculpa, claro.

—Pero eso es… ¡del todo inaceptable! Además, no dependerá de él.

—Bueno, eso no es del todo cierto —le explicó ella—. El señor Pink debe estar conforme con las condiciones del acuerdo de mediación. Si no

accede a atenerse a ellas, se le podría acusar de robo, pero él no está obligado a nada.

—Pues muy bien —contestó el otro con petulancia—. Lo acusarán de robo, supongo.

—No sé qué decirle, señor Martin. Estamos desbordados por los acontecimientos y es posible que al señor Pink se le acuse de un delito más grave.

—¿Más grave que un robo? —dijo Martin con sarcasmo—. ¿Cómo qué?, ¿asesinato?

—Parece ser que sí.

Martin dejó de reír y parpadeó atónito.

—¡Cielo santo! ¿Asesinato? ¿En serio? —Jackie asintió con la cabeza —. ¡Dios! —exclamó y se dejó caer en el banco—. Uno nunca piensa que le vaya a tocar a él, ¿verdad?

—En realidad, no le ha tocado a usted —repuso ella.

—¡Pero casi! Todo este lío por las flores… ¡a saber en qué podría terminar!

—Eso es cierto —coincidió ella—. Supongo que la cosa podría haber terminado de forma muy distinta.

Martin asintió con la cabeza.

—Igual me he librado por los pelos.

—Igual.

El hombre echó un vistazo a la sombría recepción en busca de alguien más que diera testimonio de que se había librado por los pelos, pero no había nadie, así que se volvió de nuevo hacia Jackie.

—Lo meterán en el calabozo, ¿no?

—No creo. El señor Pink es muy mayor y no hay riesgo de fuga.

—¿Insinúa que lo van a dejar en libertad? ¿Bajo fianza?

—Seguramente, sí. Las cárceles están a reventar, señor Martin, y procuramos que los jueces no manden más gente allí, y menos aún a personas vulnerables.

—¿Y qué pasa con esta persona vulnerable? —espetó el hombre señalándose el pecho varias veces.

—No se preocupe, señor Martin. Las circunstancias de las acusaciones contra el señor Pink son muy específicas. No tiene motivo para sentirse molesto con nadie.

—¡Tiene motivo para sentirse molesto conmigo!

—Me refiero a molesto de verdad.

—¿Y usted cómo lo sabe? A lo mejor basta con que esté un poco molesto —dijo y se pasó la mano por el pelo, nervioso, pero Jackie no le ofreció palabras de consuelo.

En su lugar, dio una palmada para dejar claro que iba a ir al grano.

—Bueno, señor, ¿quiere que informe al señor Pink de una contracontraoferta?

—¡No! —respondió Martin. Se levantó y se dirigió a la puerta—. No, gracias.

—¿Seguro, señor? No me cuesta nada.

—Me ha dicho que el señor Pink se sentía desorientado y vulnerable, así que, pensándolo bien, lo más… humano… es dejarlo correr, ¿no le parece?

—Creo que sí.

—Gracias —dijo él y abrió la puerta de la calle.

—A usted, señor Martin.

Se cerró la puerta y Jackie volvió a la sala de interrogatorios con una sonrisa en la cara.

«Un marronazo menos».

No sabía mentir

Felix Pink no sabía mentir.

Cuando terminó de confesar el asesinato de Albert Cann, la inspectora jefe Kirsty King se recostó en el asiento, lo miró un buen rato y le dijo:

—No le creo.

Felix se mostró algo ofendido, pero luego recordó que ella tenía razón y que su tendencia natural a decir la verdad era muy mala base sobre la que levantar un complejo entramado de mentiras. Pensó en la vergüenza que pasaría Jamie si pudiera verlo ahora y se marchitó un poco por dentro.

King suspiró fuerte.

—Sin embargo, algunas cosas sí me las creo.

—Ah, bien —dijo él animado.

—Me creo que estuviera en la casa. —Felix asintió con entusiasmo. Por fin una verdad con la que podía estar de acuerdo—. Me creo que fuera allí a supervisar la muerte de Skipper Cann. —Él asintió de nuevo—. Me creo que la muerte de Albert Cann fuera consecuencia de un error por su parte. —Felix asintió con tristeza—. Pero lo que no me creo es que hiciera usted todo esto solo y sin ayuda de alguno de los Cann o de otro exitero.

Felix no dijo nada.

La inspectora jefe lo miró fijamente un buen rato, incomodándolo, y luego le dio la impresión de que tomaba una decisión importante.

—Disponemos de información que parece indicar que a su cómplice y a usted les tendieron una trampa. —El anciano se estremeció y se miró las manos, entrelazadas sobre la mesa, delante de él—. Creemos que los utilizaron, Felix. Puede que nada de esto sea culpa suya. Y, si ese es el caso, con su silencio podría estar protegiendo precisamente a la persona que le tendió la trampa. —Felix no dijo ni mu. King cambió de táctica—. Además,

a usted le preocupa Skipper, pero, si no me dice quién más está implicado en esto, ¿cómo voy a protegerlo si no sé de quién?

Felix suspiró. Le caía bien la inspectora jefe King y comprendía y apoyaba lo que ella intentaba hacer, solo que no podía ayudarla. Le había hecho una promesa a Skipper Cann y prefería morir a incumplirla.

Kirsty King alargó los brazos con impaciencia por encima de la mesa, casi acariciando las manos del anciano con las suyas, más pequeñas.

—Felix —le dijo—, esto podría ser una cuestión de vida o muerte.

Pero él sabía que era mucho más que eso: era una cuestión de integridad.

Después de dos horas con Felix Pink, la inspectora jefe King entró en la oficina de un mal humor tan impropio de ella que ni siquiera la máquina expendedora se atrevió a vacilarle.

—En mi vida he oído una confesión que me haya dejado menos convencida de la culpabilidad de un sospechoso —dijo furiosa—. La fiscalía jamás aceptará una acusación basada en su testimonio de que actuó solo cuando tenemos imágenes de él y su cómplice.

—No tiene sentido —terció Pete—. ¿Por qué iba a proteger a esa mujer si ni siquiera la conoce?

—A lo mejor sí la conoce —contestó Calvin—. Igual es su hija. Si lo fuera, querría protegerla, ¿no? O su nieta.

—O igual se la está tirando —ofreció Pete.

—No me ha dado esa impresión en absoluto —repuso King.

Pete se encogió de hombros.

—Siempre hay alguien que se está tirando a alguien.

La mujer de Pete se había ido a vivir con su monitor de gimnasio. Era del dominio público.

—¿Qué le parece su preocupación por Skipper Cann, señora? —preguntó Calvin.

King recogió sus productos de la bandeja de la máquina expendedora.

—Me da que es una distracción.

—¿El viejo «paño de cocina»? —dijo Calvin y King sonrió, aunque poco.

—¿No podríamos volver a traer a Geoffrey Skeet?

La inspectora negó con la cabeza.

—Para eso necesitaríamos pruebas concretas. —Se quedó un segundo mirando con el ceño fruncido el sándwich; luego se decidió—. Vamos a tener que volver a la casilla de salida —dijo con determinación—. ¿Has llamado a la vecina con lo de la perrita, Calvin?

—Aún no, señora.

—Pues ve a su domicilio mejor. Conseguid una orden y registradle la casa. Buscad pruebas sólidas. Nos olvidamos de la confesión y montamos el caso desde cero. No es imposible, solo un fastidio, ahora que creíamos que ya lo teníamos casi resuelto.

—¡Sí, señora! —dijo Pete y cogió el teléfono.

King se dirigía a la puerta, pero se detuvo a medio camino.

—¿Pete?

—¿Señora?

—No destroces la casa, que Jackie ya le ha pisado el lápiz.

Para poder abrir la puerta de la vivienda, Calvin Bridge tuvo que inclinarse sobre un enorme gato naranja que le gruñó amenazador.

—Ignóralo —le dijo Pete—. Que no vea que le tienes miedo. Observa. —Temerario, le metió la punta del pie por debajo del trasero y el felino se volvió bruscamente, le clavó las uñas en la pierna y le mordió fuerte a través de los pantalones—. ¡Mierda! —Tuvo que dar varias patadas al aire para librarse de él y, cuando lo consiguió, el gato volvió a ocupar su sitio en el felpudo para lamerse el lomo—. ¿Tú has visto eso? —protestó Pete subiéndose la pernera del pantalón. Unos riachuelos de sangre le serpenteaban entre los vellos de la espinilla—. ¡Cabronazo! ¿Crees que tendrá la rabia?

Calvin pensó que eso era casi imposible, pero se encogió de hombros y dijo algo del Eurotúnel.

Luego abrió la puerta y entraron rodeando al gato.

Dentro, una perrita blanca los recibió meneando la cola y ladrando.

—Voy a echar un vistazo arriba —dijo Pete.

Calvin fue a la cocina y dejó salir a la perra al jardín; luego miró alrededor mientras se ponía unos guantes de látex. Había un puzle encima de la mesa, uno de renos. Parecía difícil, con toda esa nieve. Junto al puzle había una colección de objetos diversos: unas monedas, una pastilla, un recibo arrugado… Le recordó al montoncito que se hacía cuando él se vaciaba los bolsillos encima de la cómoda de su dormitorio por las noches. Pero ¿por qué iba a vaciarse Felix Pink los bolsillos en la mesa de la cocina? A menos que…

Calvin miró por la habitación y se fijó en la lavadora. Una lucecita verde intermitente indicaba que el ciclo de lavado había terminado. La apagó y abrió la puerta. Lo primero que sacó fue una cazadora beis. La sostuvo a la luz de la ventana. Estaba mojada y manchada de negro, pero se parecía tanto a la de las imágenes de las cámaras de seguridad que estaba casi seguro de que era la misma.

Entró Pete agitando la libreta de direcciones.

—Oye, esto estaba en el recibidor y adivina quién está en la D de «dentista»… ¡Un tal D. Williams, de Tiverton! —Sonrió triunfante—. ¿Quién cojones va a un dentista que está a cincuenta kilómetros? Tiene que ser el proveedor del gas de la risa.

—Buen trabajo —dijo Calvin—. Mira esto: es la cazadora que llevaba en las imágenes de las cámaras de seguridad, ¿verdad?

—Puede —contestó Pete escudriñándola—. ¿Qué es toda esa mugre negra?

—Igual ha intentado teñirla.

—¿Teñirla? ¿Y por qué no la ha tirado?

—Es mayor —dijo Calvin encogiéndose de hombros—. El que no derrocha no pasa necesidad. Mira esto… —añadió dejando la cazadora en la encimera y volviéndose hacia el montoncito de cosas sacadas de los bolsillos. Cogió la pastilla. Era un comprimido redondo y amarillo con las letras «OC» grabadas en un lado y «30» en el otro. Parecía inocua, pero Calvin no tuvo más que mirar a Pete a los ojos para confirmar que era

oxicodona, la droga encontrada en el organismo de Albert Cann pese a que no la tenía recetada.

Sorprendentemente apesadumbrado, Calvin dejó la pastilla en la mesa y estiró el recibo. Era un viaje de ida y vuelta del muelle de Bideford a Abbotsham con fecha de dos de mayo, el día en que Albert Cann había sido asesinado.

—Oye, Pete, parece que sí que fue en bus a cometer el asesinato.

—¡Dios! —exclamó Pete—. ¿Quién necesita una puta confesión?

Llamó a la inspectora jefe King para darle la buena noticia mientras Calvin echaba un vistazo por la habitación. Había pruebas para aburrir. Demasiadas, en realidad. Y completamente a la vista.

¿Sería otro «paño de cocina»?

Pete colgó.

—Está contenta. Sale ya y nos vamos todos para el dentista. No quiere llamar primero y que a ese tipo le dé tiempo a destruir pruebas.

Calvin asintió con la cabeza y miró el reloj. Ya eran casi las cuatro.

—Pues más vale que le llevemos la perra a la vecina y nos larguemos.

Abrió la puerta de servicio y dio un grito de sorpresa.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó la anciana allí plantada.

—Agente Bridge, señora. De la Policía de Bideford.

—¿Y qué hacen ahí dentro?

—Tenemos una orden de registro del domicilio del señor Pink.

—¿Y eso les da derecho a sacar la ropa de la lavadora? —dijo algo malhumorada.

Entró en la cocina como si Calvin no estuviera allí, cogió la cazadora de la encimera, la sostuvo en alto para examinarla y, frunciendo el ceño, la colgó del respaldo de una silla. Calvin debería haberle impedido la entrada, por supuesto, pero era una anciana, ¿qué mal podía hacer? «No ha preguntado dónde está Felix —se dijo Calvin—. No le ha sorprendido que estemos registrándole la casa. Sabe lo que está pasando…»

—¿Es usted la señorita Knott? —le preguntó y, cuando ella asintió brevemente, añadió—: Felix nos ha preguntado si podría cuidarle la perrita, señora. ¿Le parece bien?

—Pues claro —contestó ella, suavizando un poco el tono y, justo entonces, la perra entró trotando del jardín y le hizo un montón de mimos a la vecina.

Entretanto, Calvin cogió la pastilla e intercambió una mirada cómplice con Pete.

—¿El señor Pink toma alguna medicación? —preguntó Shapland.

—Que yo sepa, no —respondió enseguida la señorita Knott, preocupada—. ¿Por qué? ¿Se encuentra mal? Yo fui enfermera…

—Entonces, a lo mejor nos puede ayudar —terció Calvin—. ¿Sabe lo que es esto? —le dijo enseñándole la pastilla.

—Parece oxicodona —contestó ella extrañada—, pero Felix no necesita algo tan fuerte. Tiene un problemilla de cadera, pero nada grave.

—¿Sabe por qué podría tenerla, entonces? —Ella frunció el ceño y meneó la cabeza con recelo—. ¿Lo ha oído hablar de un hombre llamado Albert Cann? —preguntó Pete.

—Mire, joven —dijo ella con brusquedad—, soy mayor y no puedo estar aquí de pie todo el día contestando preguntas. Tengo que dar de comer a Mabel y volver a casa. —Dicho eso, se coló entre los dos y abrió unos cuantos armarios hasta que encontró uno lleno de pequeñas barquetas plateadas de comida para perro. Apiló media docena en la encimera y miró alrededor en busca de algo donde llevarlas—. ¿Me pasa esa bolsa, por favor? —le dijo a Calvin, señalando la bolsa de malla colgada de un gancho, pero él se quedó mirando el interior del armario abierto repleto de comida para perro.

Se acercó e iluminó el fondo con la linterna. Allí, expuestos por el saqueo de comida para perro de la señorita Knott, había cuatro cilindros de acero, cada uno con su mascarilla y su tubo de goma bien enroscadito al lado. O Felix Pink quería asegurarse bien de su propio suicidio o estaba planeando una divertida masacre lenta.

—Y eso que ellos no facilitan el arma homicida —dijo Pete muy serio.

—¡Pero él no lo hizo!

Miraron los dos a la anciana.

—¿Qué es lo que no hizo? —preguntó Calvin con el corazón desbocado.

—Felix no asesinó a ese pobre hombre —espetó ella—. No fue culpa suya. La chica con la que iba le tendió una trampa. Prometió mantenerla al margen porque ella es joven y él viejo, que es un gesto muy noble, desde luego, ¡pero ya le digo yo que esa chica es una manzana podrida! ¡Y ahora Felix carga con la culpa de algo que no ha hecho!

Calló de pronto y cerró con fuerza la boca, como si no hubiera querido decir nada de aquello y estuviera decidida a no hablar más.

—Esa chica que iba con Felix… —dijo Calvin—, no sabrá por casualidad cómo se llama, ¿verdad?

La señorita Knott le echó, valiente, un pulso a su boca durante uno o dos segundos, pero terminó perdiendo.

—Por supuesto que lo sé —contestó—. Se llama Andrea.

Amanda

Interrogado un hombre de setenta y cinco años por el homicidio de Abbotsham

—¿Te encuentras bien, guapa?

Amanda se sobresaltó.

Apartó la vista del titular de *Devon Live* que recorría la marquesina del programa en la pantalla del televisor y se volvió hacia Dickie Richards, que esperaba junto al tosco mostrador de aglomerado… ¿qué? No se acordaba. ¿Se lo había dicho? Tampoco lo sabía.

Amanda era dependienta de LecCo, una empresa de suministros eléctricos de Barnstaple. Un trabajo horrible, por lo visto. Trabajaba en un sombrío almacén con estanterías hasta el techo repletas de cajas grandes que contenían cajitas que, a su vez, alojaban cables, tornillos, bombillas y relés. Cuando había conseguido el trabajo hacía un año, le había inquietado saber que era la única mujer de la empresa. Sin embargo, en vez de sentirse cosificada por un puñado de comerciales machistas como esperaba, se había visto adorada y protegida. Bromeaban con ella, por supuesto, y todos, casados o solteros, le pidieron salir al principio, con lo que tuvo que inventarse un novio llamado Mark para darles calabazas sin ofenderlos. Pero no se le había dado mal: Mark no era deportista ni tenía mucho pelo. Además, era bastante tacaño y le hacía regalos muy cutres: una bufanda de lana mal tejida, una foto de sí mismo en un marco de madera corriente y, por Navidad, el estuche con todas las temporadas de *The Grand Tour* en DVD. Una vez habían salido a comer en un restaurante mediocre donde él la había avergonzado negándose a dejar propina porque el camarero no había querido aceptarles un vale de descuento caducado. Todo aquello

permitía a sus compañeros y clientes de LecCo sentirse superiores a Mark y compadecerse de Amanda a la vez que los obligaba a mantener la distancia.

Luego, hacía unos meses, había conocido a Reggie. Un encuentro casual, pero una casualidad maravillosa. Habían quedado para tomar café y alguna copa y habían ido un día a ver una peli de Mark Wahlberg. Aun así, habían estado a punto de hacerlo, pero ella había decidido que era demasiado mayor para montárselo en un coche, sobre todo porque el pequeño deportivo rojo de Reggie no tenía asiento trasero.

Pero se iba a acostar con Reggie, eso lo había tenido claro casi desde el principio. Le gustaba. Le parecía que él la quería. Además, tenía casa propia, mientras que ella aún vivía con sus padres. La casa era un gran punto a favor de Reggie, a pesar de que aún no había estado en ella. Él le había dicho que olía a hospital y los dos habían coincidido en que hacérselo con su abuelo muriéndose de cáncer en la habitación contigua iba a ser un poco raro.

Ella lo entendió. Podía esperar. El abuelo no viviría eternamente y después tendrían toda la casa para ellos solos. Así que, en abril, Amanda se había sentido lo bastante segura de su futuro juntos como para inventarse una chica llamada Chloe con la que Mark le había puesto los cuernos y una ruptura que llevaba con gran resignación en el trabajo. Con su negativa a meter a todos los hombres en el mismo saco, solo había conseguido que sus compañeros la apreciaran aún más. Como es lógico, tuvo que hablarles de Reggie enseguida para evitar que alguno de ellos quisiera ocupar la vacante de novio, pero Amanda había agradecido aquel apoyo muy real a su difícil situación enteramente ficticia. Ahora, sin embargo, la situación era difícil de verdad y se preguntaba cuánto la apoyarían sus compañeros y amigos si supieran lo que había hecho.

—Perdona, Dickie. ¿Qué me has dicho que querías?

—Dos bobinas de diez metros de cable eléctrico de dos hilos.

—Es verdad. Me lo has dicho.

—No, no te lo he dicho.

—Ah, ¿no?

Ella volvió a mirar el televisor y Dickie miró a Stevo y Sean, cruzó los brazos encima del mostrador y preguntó:

—¿Estás preñada, guapa?

—¿Yo? ¡No! ¿Por qué?

—Porque a mi mujer se le iba mucho la olla cuando estaba embarazada: «¿Adónde iba yo? ¿Adónde voy? ¿Qué puñetas hago yo casada contigo?».

Rieron todos. Amanda no. En la tele estaban enseñando una foto de Albert Cann al lado de una jirafa.

—Necesito que alguien me lleve a Abbotsham —dijo. Los tres hombres se sonrieron confundidos. Amanda debía de haber contado un chiste, pero muy bueno no era, porque ninguno de ellos lo había pillado—. ¡¡YA MISMO!! —espetó dando una palmada en el mostrador que sonó como el disparo de un rifle.

Y, cuando quisieron darse cuenta, Dickie y Stevo la estaban llevando a Abbotsham en la furgoneta mientras LecCo y el desplazado Sean se perdían en los retrovisores.

Hicieron el trayecto en un silencio incómodo. Separados por el mostrador, Dickie y Stevo bromeaban lo que hiciera falta; sentados muslo con muslo con ella en el asiento único de una Transit, iban mudos.

—¿No podemos ir más rápido?

Amanda no tenía claro por qué la velocidad era esencial, pero su instinto le decía que debía serlo. Dickie aceleró.

—Ese Reggie… —dijo con delicadeza—, no te habría hecho un Mark, ¿verdad?

—¿Un Mark?

—Sí, un Mark.

Un Mark. ¡Ah, un Mark! Se había olvidado de Mark y de que le había puesto los cuernos con aquella chica cuyo nombre ya no recordaba. Era superfácil olvidarse de las personas imaginarias. Pero era un detalle que Dickie le preguntara, además de una buena ocasión para olvidarse un rato de lo que había pasado de verdad. Así que se encogió de hombros sin más y le conmovió ver que Dickie y Stevo se dedicaban una mirada cómplice.

Ella miró el móvil. Las cuatro y cuarto. Los viernes Reggie salía del trabajo a las cuatro. Ya estaría en casa. Lo imaginó abriéndole la puerta. No

sabía cómo iba a abordarlo, pero le diría algo y él contestaría y ya empezarían a hablar, como lo hacían siempre, y todo se arreglaría. Sí. Reggie se había disgustado mucho en la cafetería, claro, pero era bueno y honrado, y ella sabía que tendría una explicación perfectamente razonable a todas las dudas que el anciano le había despertado a ella. Luego podrían solucionarlo juntos y lo que había parecido el fin de su relación terminaría siendo un simple bache. Una tribulación compartida. Una vivencia de esas que unen. Un camino de vuelta.

Experimentó una pequeña inyección de optimismo. La verdad podría ser el germen de su relación. Pero primero debían averiguarla.

La furgoneta llegó a Abbotsham y se detuvo a la puerta de la vivienda de Black Lane. Stevo se bajó de un salto para que ella pudiera salir de la cabina, pero Amanda alzó la vista a la casa y vaciló.

«El padre de Reggie, ahogándose y suplicando…»

—¿Ese es su coche? —preguntó Dickie.

—Ajá.

—¡Qué nivel! —dijo Stevo.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Dickie.

—¡No! —contestó ella. Luego sonrió—. Gracias. No pasa nada.

—Pues te esperamos aquí —repuso él con rotundidad y Amanda no supo qué decir. Si hubiera ido sola, no lo habría conseguido: habría dado media vuelta y regresado a la parada del autobús. Aun así, dio las gracias, Stevo levantó una mano para ayudarla a bajar y ella enfiló el caminito de acceso a la finca como una autómata, igual que habían hecho aquella mañana hacía un mes. Entonces entrar en una casa a ver morir a un hombre le había parecido casi surrealista, una especie de estado onírico, inerte, como la primera nevada del invierno. Ahora, en cambio, resonaba el motor al ralentí de la furgoneta y las botas de trabajo de Stevo rascaban la acera y, cuando Amanda apenas había recorrido medio camino, oyó discutir a dos personas, un hombre y una mujer.

El hombre era Reggie.

Miró nerviosa la furgoneta. Stevo y Dickie la estaban vigilando.

Sintiéndose completamente expuesta, no pudo hacer otra cosa que quedarse allí plantada y escuchar.

Un mal día en Black Lane

Reggie Cann estaba sentado en el sofá, en calzoncillos, jugando a *Call of Duty* porque la guerra lo estresaba menos que la maraña de mentiras en que se había convertido su vida.

¿Cuáles eran los síntomas de un ataque de nervios?, porque le parecía que le estaba dando uno. La mujer a la que amaba había asesinado a su padre gracias al engaño cobarde de él. Y la muerte de Albert no había sido más que el principio. En las semanas que habían transcurrido desde que le había mentido a Amanda, le habían destrozado la cara de un puñetazo y se enfrentaba a la ruina económica… o a que le partieran las piernas. No podía ir a la Policía porque Amanda terminaría en la cárcel y ni siquiera podía pedirle ayuda a Skipper, porque enterarse de que Albert había puesto en peligro su casa lo mataría…, que era, para empezar, la razón por la que se habían metido en aquel lío.

Todo aquel asunto era un ejercicio de malabares.

Sin apartar la vista de la pantalla ni las manos del mando, levantó las piernas para que la asistenta pudiera pasar el aspirador por debajo.

Ella le dijo algo que él no pilló.

—¿Qué? —Ella apagó el aspirador—. ¿Qué? —repitió él.

—Que estoy embarazada —dijo ella por segunda vez, al parecer, y, durante un instante gozoso, Reggie pensó que se lo decía porque iba a venir menos horas. Genial: lo hacía fatal y él estaría encantado de pagarle menos.

Pero ella lo miraba de un modo impropio de una asistenta y a Reggie le dio un escalofrío al caer en la cuenta de que debía de estar diciéndoselo por una razón mucho más temible.

—¿QUÉ? —repitió de todas formas porque no quería pasar de aquel punto de la conversación.

Pero ella se limitó a llevarse la típica mano a la tripa y le explicó como si fuera bobo:

—Que voy a tener un bebé.

Reggie le miró fijamente la mano. No estaba gorda, pero tampoco era un peso pluma, y él no la veía distinta.

—No seas boba —le dijo muy serio.

No la conocía tan bien: a lo mejor tenía un sentido del humor que le hacía pensar que era divertido decirles a los hombres que iba a tener un bebé suyo solo por ver qué cara ponían.

—No soy boba —repuso ella, al parecer dolida—. Hace un montón que no tengo la regla.

—¡Pero si solo lo hicimos una vez!

—¡Pero yo no lo he hecho más que una vez! —le gritó ella—. ¡Contigo!

Y se echó a llorar y Reggie retrocedió en el tiempo… Ella limpiando y quitando el polvo con más escote y más contoneo cada semana. Una provocación aquí, una insinuación allá y…, cuando la había llevado a casa una tarde porque se había cortado un dedo y se había encontrado la casa vacía…, un polvo rápido y torpe encima de un montón de ropa sucia mientras un loro imitaba el ruido de un coche de bomberos.

—¡Me dijiste que me querías! —lloró ella.

—¡De eso nada!

Aunque igual se lo había dicho. Hacía un tiempo que no se acostaba con nadie. Lo bastante, desde luego, como para agradecérselo dejándole la llave debajo del felpudo todos los días para que pudiera huir del caos de su propio domicilio aunque no le tocara limpiar el de él. Le pareció un *quid pro quo*.

Por lo visto, no lo era.

Le parecía imposible que tan poca cosa hubiera terminado en tanta cosa cuando ni siquiera se habían quitado la ropa.

Reggie estaba atónito. Le cogió la mano. Se dispuso a hablar. ¿Cómo se llamaba? «Hannah. Layla. ¡Hayley! Haylyhayleyhayley. ¡Ufff!»

—Hayley —dijo con cautela—, ¿quieres tenerlo?

—¡Por supuesto! ¿Tú no?

—Pueees… —contestó él con cara de absoluta reticencia.

—¡Pero si tienes casa!

—¡Eso no significa que quiera tener un bebé! Lo uno no tiene nada que ver con lo otro, ¿sabes?

El llanto se convirtió en rabia.

—¡Pues yo no me puedo quedar en mi casa con un bebé! Aquello es una locura. ¡Josie pone su música y Rita ya ocupa más de la mitad del cuarto con sus mierdas de Harry Potter! Y tú ahora tienes una habitación libre…

—¡Joder, Hayley, Albert se acaba de morir! Además, no te puedes mudar aquí. ¿Y Skipper qué?

—¿Qué pasa con Skipper? —replicó ella encogiéndose de hombros—. ¡La casa es tuya!

Puede que le hubiera dicho eso también. Como se lo había dicho a Amanda. Mentirijillas para parecer más rico, más hombre. Y sería cierto. ¡Pronto! Así que ¿qué tenía de malo? Empezaba a entenderlo.

Por lo visto, Hayley interpretó su vacilación como victoria inminente.

—No daremos problemas —dijo entusiasmada—. ¡De verdad! Ni siquiera te voy a pedir que me ayudes con el bebé, que ya tienes un montón que hacer, con tu trabajo y todo eso. Y cuidaré yo de Skipper, limpiaré la casa gratis y no daré problemas, Reggie, te lo juro.

«¡Ya me estás dando problemas!», estuvo a punto de soltarle. Llevaban solo dos minutos hablando y ya era una puta pesadilla.

Le dieron ganas de llorar. De verdad. Hayley no significaba nada para él y estaba convencido de que él no significaba nada para ella. Ni siquiera habían hablado de sexo desde que había pasado y no habían repetido porque poco después él había conocido a Amanda y se había dejado llevar sin deseo alguno de mirar atrás. Hasta la fecha, la única consecuencia real de acostarse con la asistenta había sido que, cuando su rendimiento laboral había bajado a cero, no la había despedido.

Y ahora aquello. ¡Y todo lo demás! Tenía que haber una escapatoria.

Reggie le apretó la mano a Hayley y le dijo:

—Creo que deberías ver a un médico. Para asegurarnos.

Pero ella se zafó furiosa de él y le gritó:

—¡Ya te lo he dicho! ¡ESTOY EMBARAZADA!

Entró en la cocina hecha una furia y Reggie la siguió.

Y vio a Amanda, a la entrada de su casa, mirándolo por el boquete de la ventana.

«¡¿Cómo?!»

Se observaron durante un instante infinito y Reggie le vio en el rostro toda la pena del mundo. Luego ella echó a correr.

¡No!

¡NONONONONONONO!

Fue tras ella, salió a la calle en calcetines, cruzó el césped húmedo.

—¡Manda! —le gritó—. ¡Manda, espera!

Había una furgoneta con un tipo esperando fuera. Amanda llegó a la puerta abierta.

—¡Me quiero ir! —gritó—. ¡Por favor, Dickie!

Y entonces el tipo de las botas sucias de trabajo la empujó al interior de la furgoneta como si estuviera secuestrándola.

—¡¡Manda, por favor!!

El hombre se volvió y extendió los brazos para detenerlo.

—¡Eh, eh, EH!

Pero Reggie estaba mirando a Amanda y no vio venir el puñetazo.

En el mismo sitio que el anterior.

El dentista

La recepcionista, simpática y sonriente, iba vestida con un pijama azul de hospital, como si tuviera que llevar ropa esterilizada para coger el teléfono. Por la chapa enorme e infantil supieron que se llamaba Becky. Cuando dijeron que eran policías, Becky abrió los ojos como platos.

—El doctor Williams está con un paciente ahora mismo. ¿Pueden esperar?

—No —contestó la inspectora jefe King—. Dígale que es urgente, por favor.

La chica desapareció y Pete y Calvin se quedaron mirando los carteles de dientes parlantes y los cepillos carísimos a la venta en el mostrador. Calvin se preguntó si habrían vendido alguno.

Volvió la recepcionista y dijo que el doctor Williams saldría enseguida.

Pero no.

King esperó treinta segundos y les hizo una seña con la cabeza a los chicos, que irrumpieron en la consulta y se encontraron al dentista intentando escapar por la ventana mientras una paciente en posición horizontal y con el aspirador de saliva en la boca exigía saber «do gue pafaba».

—Discúlpenos, señora —dijo Pete—. Policía.

Calvin se abalanzó de inmediato sobre el doctor Williams, que protestó enérgicamente por el maltrato y aseguró que iba a comprar un sándwich. El agente lo devolvió a la consulta, donde Kirsty King ya estaba revisando su contabilidad con la recepcionista.

—Solo las operaciones con óxido nitroso, por favor. Ah, el doctor Williams, supongo.

—Intentaba escapar por la ventana, señora —dijo Pete.

—Iba a por un sándwich —insistió Williams con arrogancia.

—Claro —dijo ella—. Lamento interrumpir su almuerzo, doctor Williams, pero nos ahorraríamos todos mucho tiempo si nos dijera si recuerda haber vendido cilindros de óxido nitroso a un tal Felix Pink, de Barnstaple.

—En mi vida he oído hablar de él.

—¿Y de Geoffrey Skeet?

—No, lo siento.

—No hay nada en el ordenador con esos nombres —dijo Becky, servicial.

—¿Y eso es todo? ¿Dónde tienen los archivos en papel?

—Ya no tenemos —contestó él—. Esta es una consulta sin papel.

—Somos muy ecologistas —coincidió Becky.

—Vale, ¿me haría el favor de imprimir todos los registros de compraventa de óxido nitroso del último año? Para empezar.

—¿Tienen una orden o algo por el estilo? —espetó Williams.

—Hemos dado por supuesto que accedería a colaborar, señor. Si no es así, dígamelo, porque lo arrestaré encantada y lo sacaré de aquí esposado para que pueda esperar en un calabozo a que consigamos la orden de registro.

—Obviamente voy a colaborar. Soy cirujano maxilofacial, ¡no un delincuente! Hemos empezado con mal pie, nada más.

—Así es —replicó ella con sequedad—. Todo ese numerito de la ventana…

—Becky, imprímeles a los agentes todos los registros de compra que haya en el sistema, porque ventas de óxido nitroso no hay. El N_2O está controladísimo.

—No sabía que los dentistas siguieran usando gas de la risa.

—Ah, sí. A la gente le gusta. No hay pinchazo.

—Puedo entender su atractivo —asintió ella—. Bueno, eso lo explica, entonces. Si es tan amable de enseñarme sus existencias de óxido nitroso mientras Becky imprime las facturas y las fichas de los pacientes afectados, se lo agradecería. Así nos aseguramos de que está todo debidamente registrado y nos podemos ir.

—¿Cómo dice?

—Supongo que, si administra óxido nitroso a un paciente, lo hará constar en su ficha.

—Sí. Por supuesto.

—Entonces, tendrá un registro del óxido nitroso que ha comprado y el que ha usado. No hay más que ver sus existencias, hacer el cálculo y ¡tachán!

—Sí, solo que me temo que las fichas de los pacientes son confidenciales. ¡No las podemos imprimir!

Sonrió, pero King no.

—El secreto profesional no es prioritario en estos momentos, doctor Williams. Estamos investigando un homicidio.

El dentista palideció.

—¿Un qué?

—Ya me ha oído.

Se hizo un silencio absoluto en medio del cual Becky deslizó discretamente por el mostrador dos hojas impresas.

—Esas son las órdenes de compra.

—Gracias —dijo King cogiéndolas y estudiándolas—. Veo que ha pedido bombonas grandes, medianas y *whippits*.

—¿*Whippits?* —repitió Williams.

Ella lo miró intrigada.

—¿No son esas las ampollas metálicas que los críos se llevan a los festivales?

—Me halaga usted —rio el dentista sin ganas—. Soy demasiado mayor para festivales. No tengo ni idea de lo que hacen los críos ahora.

Pero, por suerte, Becky sí.

—Sí, se ve a un montón de gente ahora inhalando óxido en Glastonbury. Yo no. Otra gente.

—¿Y usted para qué usa usted esas ampollas, doctor Williams?

—Yo no las uso. Ha debido de ser un error de compra.

King repasó el listado.

—¿Un error que cometió seis veces el año pasado?

Williams no dijo nada y a Calvin casi le dio lástima de él. Todos veían el precipicio al que se dirigía, incluso Becky. A Calvin siempre le costaba

ser testigo de cuando la gente descubría de pronto lo que le esperaba. Solo les quedaban dos opciones. Él confiaba en que dieran media vuelta y lo confesaran todo, pero muchos cerraban los ojos y se precipitaban al vacío.

—Entonces, doctor Williams, ¿nos enseña sus existencias de óxido nitroso, por favor?

—Eeeh… No sé dónde está la llave del almacén —se excusó de forma lamentable—. La perdiste hace un par de días, ¿no, Becky?

—No —contestó Becky porque le pagaban el salario mínimo, porque el pijama azul le hacía el culo grande y porque el doctor Williams le había descontado una vez un día de sueldo por programarle una extracción de las cuatro muelas del juicio en una misma tarde cuando tenía previsto jugar los últimos nueve hoyos en Burnham y Berrow.

Le entregó su destino en un llavero con forma de muela.

Hombre muerto

Reggie abrió despacio los ojos. El cielo era de un azul intenso, con nubecitas de algodón como las de la cabecera de *Los Simpson*.

¡Amanda!

Intentó incorporarse para ver si aún estaba allí, pero le dolía demasiado la cabeza al moverla, así que se quedó tumbado en la acera y esperó a que se le pasara. Se estremeció cuando la sombra de un hombre le tapó el sol.

Dennis Matthews se inclinó sobre él.

—Hoy no es tu día, ¿eh?

Reggie coincidía en que no era su día. ¡No era su vida! Pero lo único que pudo mascullar fue:

—No me pegues en la nariz, por favor.

Matthews se irguió, miró alrededor y se fue.

«No lo veo», se dijo Reggie vagamente. No podía mover la cabeza; le dolía demasiado. Azul intenso. Nubes de algodón que surcaban despacio el cielo. Entonces se nubló. Matthews estaba de vuelta. Esa vez no se agachó; se quedó allí plantado con un gnomo en las manos, el de la mariposa en la nariz.

—Habíamos quedado.

Reggie hizo un esfuerzo por recordar. «Estaré en Ladbrokes. Tienes una semana». Pero se había encontrado allí al poli ese y había tenido que inventarse una historia sobre su ex… Antes de que le diera tiempo a decirlo, Matthews tiró el gnomo contra la luneta trasera del Mazda. El otro puso cara de «¡NO!». Por el rabillo del ojo, lo vio marcharse y volver con dos gnomos, uno en cada brazo, como un padre orgulloso enseñando a sus gemelos.

—¿Dónde está el dinero de Terry?

—No lo tengo.

El gnomo pescador reventó el maletero.

—¿Y el testamento?

—No queda nada.

—¿Nada?

—Ni siquiera puedo pagar el funeral.

El gnomo discotequero se estampó contra el parabrisas.

Matthews volvió a dejarlo solo. Y al poco regresó.

—¿Y la casa?

—La casa es de Skipper, no mía.

—Pues hazla tuya —replicó el otro—. De tal palo, tal astilla.

El gnomo jardinero golpeó el maletero tan fuerte que se quedó allí encajado, sujetando aún la pala rota y hundido en un hoyo metálico hecho por su propio cuerpo.

Reggie sintió ganas de vomitar. No por el coche ni por el puñetazo, sino porque por primera vez comprendió que Albert tenía pensado liquidar sus deudas de juego organizando la muerte de su propio padre.

Dennis Matthews se inclinó una vez más y Reggie apretó los ojos, mentalizado de que le iba a doler.

—Me das pena, Reggie —le dijo—, pero o lo arreglas mañana o eres hombre muerto.

El primer gnomo había despertado a Toff, que había gruñido y, a su vez, despertado a Skipper de un sueño desproporcionadamente profundo. El segundo gnomo lo había hecho rodar torpemente hacia la ventana para ver qué pasaba.

Lo que pasaba era tan surrealista que, al principio, Skipper se preguntó si seguía dormido y soñando. Reggie estaba tirado en la calle, bocarriba, con los brazos en cruz, como si cayera al vacío, mientras un bebé gigante le tiraba gnomos a su coche.

Skipper se puso en marcha como una bala.

En su imaginación.

En realidad, se retorció e intentó darse la vuelta y se le engancharon las piernas en las sábanas. Las pateó sin fuerzas para librarse de ellas y, cuando

por fin reconoció que no iba a ser capaz de bajar corriendo las escaleras para salvar a su nieto, vio que el grandullón estaba inclinado sobre Reggie, así que dejó de moverse y contuvo la respiración ya agitada para poder oír lo que le decía.

—¿Y la casa?

—La casa es de Skipper, no mía.

—Pues hazla tuya. De tal palo, tal astilla.

Skipper Cann se apartó de la ventana antes de que sonara el último estruendo.

Se quedó mirando al techo, con el corazón tan desbocado que le dolía.

«De tal palo, tal astilla».

Ahora sabía lo que había hecho Albert.

Pero ¿qué iba a hacer Reggie?

Libre de culpa

Felix Pink dijo que él no conocía a ninguna Andrea. Después de fichar al dentista, pasaron una hora haciendo búsquedas en HOLMES, pero no encontraron nada que se le acercara siquiera. Por fin, Pete Shapland apartó su silla del escritorio y profirió un sonido como de potro agotado.

—Ya he mirado todas las Andreas, señora —dijo y se cogió un Mars del alijo que Calvin había conseguido dándole un puñetazo a la máquina expendedora.

La inspectora jefe King asintió malhumorada.

—¿Qué es lo que ha dicho Felix del óxido? —preguntó Calvin.

—Aún no le he hablado de eso. Lo haré mañana a primera hora. Hay que tener en cuenta su edad, sobre todo porque no está representado. Me he visto obligada a preguntarle por Andrea, pero tampoco puedo presionarlo demasiado.

El agente asintió, pero compartía su frustración. Aun sin contar con el par de horas en que el interrogatorio todavía era sobre los tulipanes, su derecho a retener a Felix Pink vencería a las doce del día siguiente. A partir de entonces, tendrían que acusarlo de lo que pudieran o dejarlo marchar. Jackie Braddick ya había traído un edredón y una almohada, ambos con dibujitos de Transformers.

—¿Qué es eso? —le había preguntado Calvin.

—Me he acercado a casa y lo he cogido para Felix —le había contestado ella—. Es demasiado mayor para dormir en esa porquería de banco.

Tony Coral asomó medio cuerpo por la puerta.

—Hay una joven en recepción que quiere hablar con usted, señora. Sobre el señor Cann.

Ya hacía rato que habían terminado el turno, pero ninguno de ellos miró el reloj antes de salir corriendo del despacho.

La joven que esperaba en la recepción tenía cejas de mujer sensata, pero estaba tan nerviosa que a Calvin se le aceleró el corazón solo de mirarla. La llevaron a la estrecha sala de interrogatorios y King cerró la puerta.

—Tome asiento. Soy la inspectora jefe King y estos son el inspector Shapland y el inspector en funciones Bridge.

La chica se sentó, pero lo hizo al borde de la silla, como si fuera a levantarse otra vez en cualquier momento. King le preguntó su nombre.

—Soy Amanda —contestó, a modo de revelación, y los miró para ver si la reconocían—. ¿John no me ha mencionado?

—¿Qué John?

—Estábamos juntos cuando… cuando el padre de Reggie… murió.

—Un momento —dijo King—, ¿usted estaba allí cuando murió Albert Cann?

—Sí —contestó Amanda como si fuera a echarse a llorar, pero se contuvo.

—En ese caso, es mi deber advertirle —respondió King— que cualquier cosa que diga…

—Pero fue un error —la interrumpió Amanda—. Fui yo la que le facilitó el arma homicida y me sentí fatal y Reggie rompió conmigo cuando se enteró y no se lo echo en cara, pero entonces John me llamó y me dijo que nos habían tendido una trampa y no lo creí porque sé que yo no lo hice, con lo que debía referirse a Reggie, y me dije: «Reggie jamás le haría daño a nadie y, además, ¿por qué me iba a tender una trampa?», pero luego vi en las noticias que habían detenido a John y no podía dejar que él cargara con la culpa aunque me hubiera dicho que lo iba a hacer, pero quería hablarlo con Reggie primero, pero cuando fui a su casa y lo vi discutir con esa… chica… ¡que está embarazada!… Y ahora pienso que igual sí nos tendieron una trampa. Igual él sabía lo que estaba pasando ¡y decidió librarse de mí y de su padre de una tacada!

Se echó a llorar y se tomaron todos un momento para digerirlo. Luego la inspectora jefe le preguntó:

—Entonces, ¿usted es exitera?

—Sí —sollozó—. Bueno, lo era. Dudo que me dejen repetir.

King buscó una foto en su móvil y se la enseñó a Amanda.

—¿Conoce a este hombre?

—Sí, ese es John.

—Su nombre real es Felix Pink.

—Ah… Felix… No lo sabía.

—¿Amanda es su verdadero nombre?

—Sí, Amanda Bell.

Calvin dio una palmada en la mesa y los sobresaltó a todos.

—¡ANDREA!

Se miraron entre ellos como si hubieran hecho un gran descubrimiento, pero Amanda puso cara de no entender nada y King dio un manotazo al aire para quitarle importancia.

—Ignórelo —le dijo—. Por lo visto, los exiteros usan seudónimos para protegerse y alguien nos ha hablado de una tal Andrea.

—Ah —contestó ella sorbiendo—, no se me ocurrió usar un nombre falso. Usé el mío sin más.

—Amanda —continuó King—, ¿tiene alguna prueba de que les hayan tendido una trampa? Aparte de que Felix King le dijera que podría ser.

La joven dejó de llorar.

—¿Como qué?

—Como testigos o mensajes de texto o alguna cosa que Reggie haya dicho…

Hizo memoria, arrugando el gesto. Negó con la cabeza.

—No. Solo la chica… Al menos ahora sé por qué Reggie nunca me ha querido llevar a su casa. Me dijo que era porque su abuelo estaba enfermo; pero, en realidad, era porque ella estaba allí.

Se echó a llorar otra vez.

—Clínex, Calvin, por favor —le pidió King.

Calvin fue a recepción a por una caja de pañuelos justo cuando llegaba Jackie Braddick con Tovey Chanter esposado.

—¿Todo bien, Tovey?

—¿Todo bien, Calvin?

—¿Qué ha sido esta vez?

—Embriaguez y alteración del orden público —contestó él encogiéndose de hombros—, pero ni siquiera estoy borracho.

—Entonces, ¿solo alteración del orden público? —preguntó Calvin.

—Estaba orinándole encima a la nutria Tarka —intervino de pronto Jackie.

Se había instalado hacía poco, cerca del puente viejo, una escultura de bronce en homenaje a la célebre nutria. Había habido mucha polémica por el hecho de que fuera tan baja y, por tanto, tan susceptible de sufrir un acto de vandalismo, pero, de haber sido mucho más alta, nadie habría podido verla. Con frecuencia llevaba gorro.

—Está un poco baja, ¿verdad? —dijo Calvin.

Tovey asintió muy circunspecto.

—Tentadoramente baja.

Calvin sonrió y luego se llevó a Jackie aparte y bajó la voz para poder contarle lo de Amanda.

—Querrás decir Andrea…

—No, la vecina se equivocó. ¡Y ahora esa tal Amanda viene aquí como si nada a confesar que ha asesinado a Albert Cann!

—Entonces, ¿Felix está libre de culpa?

—No sé. Esto ha pasado literalmente hace cinco minutos, pero ya nos ha soltado que cree que Reggie les tendió una trampa a los dos.

—¡Menuda mierda! Tú resolviendo un homicidio y yo limpiando de pis a una nutria —espetó Jackie lanzando una mirada asesina a Tovey.

—Marronazo —reconoció Calvin encogiéndose de hombros.

Poco después de las ocho de la noche, Amanda fue detenida bajo sospecha de conspiración de asesinato. Cuando la inspectora jefe le habló de «asesinato», se echó a llorar otra vez.

—¡Pero si nos tendieron una trampa! ¡A los dos!

—¿Usted la cree, señora? —preguntó Calvin después.

—Es posible. Hay un montón de pruebas circunstanciales en contra de Reggie. Ahora que tenemos el testimonio de Amanda, volveremos a hablar con él.

—¿Quiere que vaya a buscarlo, señora? —preguntó Pete con entusiasmo.

King miró el reloj y negó con la cabeza.

—No. Hablaremos con él mañana, en la tienda. No quiero traerlo a comisaría y que le dé tiempo a pensar.

Consciente también de la hora, Calvin preguntó:

—¿Y Felix, señora?

King frunció los labios.

—No creo que haya riesgo de fuga —dijo Pete.

—Me fastidia hacer pasar una noche en el calabozo a un anciano —coincidió King—, aunque sea con un edredón de los Transformers. —Lo pensó y asintió con la cabeza—. Si no os importa quedaros a hacer el papeleo…

A ninguno de los dos le importó y, poco después de las nueve, Felix Pink salía en libertad bajo fianza.

Yo me ocupo de Skipper

Felix tuvo que firmar un montón de papeles declarando que entendía un montón de cosas, entre ellas, que no podía ir a Abbotsham ni contactar con la familia Cann. Tampoco podía salir de casa después de las nueve, algo que no le venía nada mal, porque solía acostarse a esa hora de todas formas.

Cuando se iba, Jackie lo abrazó fuerte, Calvin le estrechó la mano y Tony Coral le dio una palmada en el hombro y le entregó una bolsa de papel tan pesada que podría haber estado llena de lingotes de oro, pero que Felix se temía que llevaba bizcocho. Luego Pete Shapland lo llevó a casa en coche y se negó a aceptarle el dinero de la gasolina.

Era demasiado tarde para despertar a la señorita Knott y que le devolviera a Mabel, pero sí que llamó a Geoffrey.

—¡John! ¿Estás en casa?

—Sí. Me han dejado salir bajo fianza.

—¿Te han acusado de algo?

—No.

—¡Maravilloso! Me tienes que decir lo que les has contado para que coincidamos.

—Ya te lo explicaré todo, Geoffrey, pero ahora mismo necesito tu ayuda.

—¡Claro! —contestó el otro sin dudarlo.

—Una de las condiciones de mi libertad bajo fianza es que no puedo ir a Abbotsham.

Confundido, Geoffrey guardó silencio un segundo.

—¿Quieres ir a Abbotsham?

—Bueno, me preocupa bastante Skipper.

—¿Skipper Cann? ¿Qué le pasa?

—Creo que está en peligro, Geoffrey. Me parece que alguien podría intentar matarlo.

—¿Quieres decir aparte de nosotros?

—Bueno, sí. No hablo de suicidio. ¡Hablo de asesinato!

—¡Asesinato! —repitió Geoffrey conmocionado—. ¿Estás seguro?

Felix pensó muy en serio su respuesta.

—Al noventa por ciento —contestó—. Creo que alguien le serró el bastón y le cambió la morfina por oxicodona.

—¿Se lo has dicho a la Policía?

—No.

—Pero ¿por qué no?

Felix se sintió avergonzado.

—Bueno, es una larga historia, Geoffrey. Le prometí a Skipper que no lo haría.

—¿Que hiciste qué?

—Sí. Es que… la cosa se me fue un poco de las manos después del… incidente inicial. Volví a la vivienda y Skipper y yo nos hicimos amigos…

—¡Cielo santo, Felix!

—Ya. Lo siento. Pero el caso es que he estado, digamos, pendiente de él, pero ya no puedo seguir haciéndolo y temo que corra peligro y, como ya sabes, no correría peligro si hubiéramos hecho bien nuestro trabajo en su momento.

—¿Te refieres a si estuviera muerto?

Felix no supo cómo contestar a eso y, al final, Geoffrey dijo con un suspiro:

—De acuerdo, ¿cómo puedo ayudar?

Felix se sintió tan aliviado que le habría dado un abrazo. Geoffrey no lo había reprendido, no le había dicho que era imbécil, aunque lo fuera, ni tampoco le había dicho que no quería saber nada de aquel lío y le había colgado el teléfono. Estaba siendo Geoffrey, práctico y servicial, siempre dispuesto a ayudar a los demás a pesar de su propia enfermedad. Un exitero en condiciones.

Lo conmovió tanto que se le hizo un nudo en la garganta. Carraspeó.

—Mi idea era que mandaras a alguien a echarle un ojo. Me fastidiaría que le pasara algo.

Se hizo un breve silencio y luego Geoffrey dijo sin más:

—Déjamelo a mí, Felix. Yo me ocupo de Skipper.

Después de colgar a Felix Pink, Geoffrey Skeet se quedó sentado un buen rato, pensando.

Luego cogió un destornillador, se levantó de la silla de ruedas y se dirigió aprisa al pie de la escalera. Se acuclilló junto al salvaescaleras, desatornilló la tapa del compartimento del motor y lo abrió. Dentro no había motor: el hueco en el que tendría que haber ido estaba repleto de fajos bien prietos de billetes de cincuenta libras, y había también un *smartphone*.

Geoffrey sacó el móvil, se instaló en el segundo peldaño de la escalera, con los codos en las rodillas, e hizo una llamada. Un gatito blanco y negro se enroscó en sus piernas y él le rascó suavemente la cabeza y susurró:

—Hola, Buttons.

Cuando le cogieron el teléfono, Geoffrey habló de un modo muy distinto, menos culto, menos amable, más…

—¿Arenas? —dijo—. Soy Terry.

Viejo lobo de mar

Skipper siempre dormía con las cortinas descorridas para poder ver la luna. A veces, cuando despertaba por la noche, contemplaba las estrellas con los ojos entornados y se imaginaba que aún estaba en altamar, dormitando al timón del *Susanna* mientras las olas azotaban suavemente los costados de su casco construido a tingladillo. Esa noche los cabos se tensaban en las cornamusas y las hacían crujir: CRIC, CRIC, CRIC…

El anciano abrió los ojos. La luna era fina, la estancia estaba a oscuras y tardó un momento en comprender que no estaba en un barco, sino en la cama, donde llevaba meses y donde estaría ya hasta el final.

CRIC…, CRIC…

Movió los ojos sin mover la cabeza.

CRIC…, CRIC…

Más cerca. Más cerca.

Toff tembló pegado a su pierna cuando una sombra llegó al borde de la cama. Había tan poca luz que, de no haber pasado cincuenta años en la mar, adivinando las formas de la noche, Skipper jamás habría distinguido a Reggie… ni la almohada clara que llevaba pegada al pecho.

—¿Skipper? —El anciano cerró despacio los ojos—. ¿Skipper?

Reggie no susurraba. Era como si quisiera despertarlo y que contestara: «¡Sí!».

Pero Skipper no dijo nada. Sabía lo que le esperaba y, aunque tenía el corazón alborotado, la cabeza la tenía muy despejada.

«No te resistas —le dijo la cabeza—. Esto es lo que querías antes. Ya estabas preparado. Deja que ocurra ahora. Mejor que lo haga alguien que te quiere que un desconocido. Mejor aquí que en la cama de un hospital, donde nunca apagan las luces. Pronto habrá acabado todo. Adiós a este mundo, adiós a este dolor y hola a… ¿qué? Todo el mundo se va, pero nadie

sabe adónde. Aterrador y mágico. No te resistas. Deja que ocurra. No te resistas…»

Pero tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no incorporarse y gritar que estaba despierto y vivo… ¡y que tenía intención de seguir así eternamente!

—¿Skipper? —dijo Reggie más suavemente, y esa vez notó que se le quebraba la voz de una forma que al anciano le partió el alma.

Su niño. El niño de su niño. El pequeño Reggie, que tanto lo había necesitado durante tanto tiempo. Se habían necesitado mutuamente. Desaparecida la esposa, desaparecida la madre, sin la ayuda de Albert. Solos los dos. La vida había sido dura con ellos. Y seguía siéndolo. Pero ellos dos siempre se habían querido, ¿no?

Se habían querido.

Se querían.

Todavía se querían, lo tenía claro, aun mientras esperaba a que el niño al que quería lo matara…

Le brotaron las lágrimas de los ojos cerrados y le rodaron por las patas de gallo hasta las orejas, donde se amontonaron y se enfriaron para bajarle después por las mejillas hasta los labios. No se lo llevaría la mar, pero al menos moriría con sal en el rostro y el sabor salobre del océano lo reconfortaría mientras lo alejaba a la deriva.

Un último vistazo a la luna… Abrió un poquitín los ojos y se estremeció.

Reggie ya no estaba. Pero él seguía allí.

Y Skipper Cann descansó sobre la almohada húmeda y lloró aliviado y decepcionado.

Día de derbi

El día del derbi, Reggie Cann se despertó temprano y habiéndose quitado un inmenso peso de encima.

Cuando Mike el Muerto llegó a Ladbrokes para abrir el local, Reggie ya estaba en la puerta. Dennis Matthews llegó hacia las nueve y media, y Reggie se levantó y se acercó a él, que se había instalado en el centro del establecimiento.

—No he podido hacerlo —le dijo desafiante— ni pienso hacerlo. ¡Así que destrózame si quieres!

Temblaba como una hoja, pero no le daba vergüenza. No se avergonzaba de no haber asesinado a su abuelo para robarle la casa y poder pagar a un maleante. ¡Que le dieran!

Pero Matthews se quedó allí plantado y lo miró extrañado, como si hubiera una solución sencilla al problema de Reggie, él se la hubiera ofrecido y Reggie no la hubiera aceptado. Su rostro grande y fruncido indicaba que aquello no tenía sentido para él y, de pronto, miró al joven como si fuera un chiflado de esos que te encuentras por la calle y no tuviera claro si darle un billete de cinco libras o pegarle fuego.

—A Terry no le va a gustar —dijo por fin.

«¡Que le den a Terry!», pensó Reggie.

—Y yo tengo que proteger mi reputación.

«¡Pues que te den a ti también!», se dijo Reggie, y tembló, pero no pestañeó. No habló. No miró atrás. Su límite estaba allí. Y de allí no lo iban a mover.

Dennis Matthews fue el primero en interrumpir el contacto visual. Miró la pared de las pantallas. Entonces se encogió de hombros y dijo:

—No acostumbro a hacer esto, pero me das pena… —Suspiró—. Me debes una.

Luego le tendió la mano y Reggie se la estrechó de pura sorpresa.

—Gracias —contestó—. ¡Te debo una! ¡Gracias!

Reggie salió del local y subió la cuesta hasta el trabajo.

¡Qué miedo había pasado! Tanto que había estado a punto de asesinar a Skipper. De pronto le parecía surrealista.

Menos mal que todo había terminado.

Cuando se abrió la puerta de la calle, Toff gruñó y despertó a Skipper.

—¿Hayley?

La joven no contestó. Daba igual: no tardaría en subir. Igual le hacía el desayuno. ¡El desayuno! No recordaba la última vez que había querido comer algo. Pero ese día se obligaría a hacerlo. Ese día necesitaba energía. Tostadas con Marmite, quizá.

Skipper encendió la radio.

Así que no oyó los crujidos del suelo de madera cuando Dennis Matthews cruzó el salón rumbo a la cocina, hizo una breve pausa y volvió a salir de la casa. Tampoco oyó el suave chasquido de la puerta de servicio al cerrarse. Ni oyó el silbido del gas de los cuatro fogones, abiertos A TOPE.

Arenas Movedizas había tenido la mala suerte de ser lo bastante inteligente para entender que no era lo bastante listo. De ahí que fuera un joven amargado.

Había pasado por la vida a la deriva, furioso por sus fracasos, pero demasiado vago para hacer un esfuerzo mayor del que hacía, que era casi nulo. A veces cortaba el césped, otras levantaba paredes, otras hacía trabajillos particulares, otras trabajillos muy particulares y otras andaba demasiado borracho para hacer nada, lo cual estaba bien mientras duraba.

Había empezado a fumar a los doce años, arriesgándose a que el tabaco lo matara antes de los treinta para poder empezar su siguiente vida con mejores cualidades, más dinero y un sitio más calentito donde vivir. Pero ya tenía treinta y seis y empezaba a preocuparle terminar siendo un viejo amargado, a menos que hiciera algo inusualmente atrevido.

Nunca se había casado. Nunca había estado enamorado, ni siquiera encaprichado. Nunca había tenido un empleo en condiciones ni lo tendría ya, probablemente. Sus padres eran arrendatarios aburridos. La única persona a la que podía llamar «amigo» era Dennis Matthews.

Mientras la mayoría de sus amistades duraban solo hasta que se acababa la botella, la amistad con Matthews tenía más sustancia. Arenas era pequeño y Matthews era grande. Eso le venía bien a Arenas. Arenas nunca tenía dinero; en cambio, Matthews a veces tenía mucho. Eso también le venía bien a Arenas. Y lo más importante de todo: compartían el sueño de ganar a los caballos… y la realidad de perder siempre.

Ese sueño lejano de ganar, de algún modo, era la única razón por la que Arenas Movedizas se levantaba de la cama la mayoría de las mañanas. Pero esa mañana se había levantado para matar a un hombre. Sería el primero.

Ya había hecho trabajillos para Terry antes. Palizas no, que eso era cosa de Den, pero sí amenazas de bajo nivel, reparto de octavillas de «¿NECESITA DINERO?» y cosas por el estilo. Se lo pagaban mejor que las paredes y el césped, pero no era lo que él ansiaba. No era el premio gordo.

Aquello sí que era el premio gordo. Diez mil libras. En efectivo. Sin impuestos.

Y era un anciano que tenía que palmar. Un anciano que quería morir. Por cómo se lo había dicho Terry, ni siquiera iba a parecer un asesinato. Iba a ser como hacerle al pobre viejo un favor y que se lo pagaran.

Y, como se lo iban a pagar, antes de ir a Abbotsham, Arenas Movedizas fue a Cleverdons, en Mill Street, en cuanto abrieron y se obsequió con un desayuno inglés completo. Disfrutó con calma de los huevos, el beicon y el pan frito, y dejó una libra junto al plato, la primera propina de su vida, y cogió el autobús para recorrer los cinco kilómetros cuesta arriba que lo separaban de su destino.

Se apeó a la puerta de la iglesia, caminó cincuenta metros hasta Black Lane y otros cincuenta hasta la última casa a la derecha, el número tres. Había un cochecito deportivo rojo aparcado a la entrada. Estaba destrozado. Le habían dado un buen meneo y, por primera vez, Arenas empezó a ponerse nervioso. No pensaba que le fuera a pasar, pero no pudo evitarlo. Comenzó a temblar y tuvo la sensación de que lo observaban. Plantado a la

puerta de la vivienda de los Cann, miró alrededor. Desde la casa de enfrente, una fila irregular de gnomos lo observaba. No le gustó, pero no lo vigilaba ningún humano. No tenía excusa para no forzar la puerta, entrar y cerrar enseguida.

Ya en el recibidor, soltó un largo y tembloroso suspiro. Al inspirar por segunda vez, arrugó la nariz. ¡Putos gatos! Apestaba a pis.

Arenas no iba armado, así que fue a la cocina a por un cuchillo con el que matar al viejo. No hacía falta que fuera nada especial. Bastaba con que tuviera punta y filo. Un cuchillo era un cuchillo y, de esa forma, no podrían relacionarlo con él. Lo usaría, lo lavaría y volvería a guardarlo en el cajón. A eso se reducía su plan y no le parecía malo, teniendo en cuenta el poco tiempo con que lo habían avisado.

Pero aún le temblaban un poco las manos y sabía que iba a tener que tranquilizarse si quería hacer un trabajo limpio.

Así que Arenas hizo lo de siempre.

Se encendió un cigarro.

¡BUM!

CompuWiz era una especie de túnel del tiempo. Estaba exactamente igual que lo habían visto la última vez. Ni siquiera el polvo había cambiado de sitio y Daz llevaba la camiseta de Asteroids otra vez. O todavía. Calvin se estremeció de pensarlo. Daz fue a la trastienda a buscar a Reggie, que apareció con un destornillador minúsculo en la mano.

—Hemos detenido a Amanda Bell por sospecha de asesinato —dijo King de sopetón y Reggie se quedó pasmado.

—¿A su novia? —terció Daz. Lo ignoraron.

—¿Reggie…? —dijo King.

—¿Q-qué quieren de mí? Yo no sé nada de eso.

—Si no le importa acompañarnos, podemos hablarlo en comisaría.

—¿Tengo elección?

—La verdad es que no —respondió ella con amabilidad, así que Reggie cruzó la tienda con ellos.

—¡Qué putadón, tío! —no paraba de decir Daz—. ¡Qué putadón!

Calvin se aseguró de que Reggie no se diera en la cabeza al subir al asiento de atrás del vehículo policial; luego se inclinó para abrocharle el cinturón de seguridad porque el otro estaba superdesconcertado. Él se sentó delante con King e hicieron un cambio de sentido en la extensa faja de hormigón del parque de bomberos que había enfrente de la tienda de informática.

—Ella no tiene la culpa —dijo Reggie sin más—. Yo creo que Albert quería morir.

King se detuvo a la entrada del parque de bomberos y se volvió a mirarlo.

—¿A qué se refiere?

—Debía mucho dinero a una gente. Mala gente. Puso la casa como aval para el préstamo.

King y Calvin se miraron.

—¿De cuánto era el préstamo? —preguntó la inspectora.

—Cuarenta de los grandes —contestó Reggie—. Y estoy seguro de que, cuando se lo reclamaron, llamó a los exiteros para Skipper. Igual hasta lo convenció de… —Dejó de hablar y se recompuso antes de continuar—. Sabía que yo no estaría en casa. No debió de costarle llevarse las cosas del cuarto de Skipper, que estaría dormido. Últimamente siempre está dormido.

King y Calvin asintieron al unísono: tenían una ligera idea de por qué. Para Albert debió de ser fácil darle a su padre la oxicodona que obviamente estaba usando él en lugar de la morfina que tomaba el anciano.

—¿Quién es esa mala gente, Reggie? —quiso saber King.

El joven vaciló y miró de reojo a Calvin.

—Un tío de la casa de apuestas: Dennis Matthews.

—Lo conozco —dijo Calvin.

—Me dio una paliza —confesó Reggie—. Me dijo que tenía que liquidar la deuda de Albert, pero no quedaba dinero y entonces fue cuando me pidió que matara a Skipper…

La inspectora jefe King lo miró espantada.

—No lo habrá hecho, ¿no?

Reggie negó con la cabeza.

—«De tal palo, tal astilla» —me dijo—. Hasta entonces yo solo sabía que Albert había puesto la casa en peligro, pero luego entendí que había llamado a los exiteros.

—Pero ¿por qué iba a acceder Skipper? —preguntó Calvin.

Reggie se encogió de hombros.

—Es viejo, está enfermo y siempre se ha sentido culpable. Tuvo una amante cuando Albert era un bebé y su mujer lo abandonó. Siempre ha intentado compensar a Albert. Siempre lo ha defendido, excusándolo…

—¿Y por qué iba a cambiar de opinión Albert y suicidarse?

—No sé —contestó Reggie—. Igual porque creía que iban a darle boleto, como dijo la anciana esa en el funeral. Pero yo creo que se sirvió de

los exiteros para quitarse la vida, así que no quiero que se culpe a nadie más de su muerte.

La inspectora jefe King asintió despacio.

—Una trampa…

Se oyó un BUM brutal.

—¡¿Qué cojones ha sido eso?! —dijo King.

Agarró el móvil, pero antes de que le diera tiempo a llamar a nadie se armó un bullicio tremendo cuando empezó a sonar la alarma del parque de bomberos. Se abrieron las puertas de acero y tres resplandecientes coches rojos los rodearon ruidosamente con sus luces intermitentes y sus estrepitosas sirenas. Sin mediar palabra, King le tiró el móvil a Calvin, metió primera, encendió las luces estroboscópicas y los siguió a toda prisa por Abbotsham Road hacia una columna de humo y polvo que se alzaba en el horizonte.

La casa de los Cann había desaparecido.

Tal cual.

En su lugar, había una inmensa montaña de escombros humeantes que se extendía en todas las direcciones y convertía Black Lane en un peñascoso paisaje lunar. Todas las viviendas de la calle habían perdido ventanas y los gnomos de la casa de enfrente habían caído en fila como los patos de una caseta de tiro al blanco.

King estacionó el vehículo al borde de los escombros y Calvin se volvió a mirar a Reggie. Tenía la boca abierta, pero estaba tan conmocionado que no emitía sonido alguno.

Los bomberos ya estaban en plena faena, abriendo un camino entre los escombros.

—¡Id a ver a los vecinos! —gritó King y abrió la puerta del coche. A su espalda, Reggie intentó hacer lo mismo, pero estaban echados los seguros —. ¡Quédese aquí! —le dijo ella—. En cuanto los inspectores averigüen algo, se lo harán saber. Se lo prometo.

Calvin fue corriendo a casa de los Moon. Llamó, pero no abría nadie, así que agarró un tiesto del jardín, rompió el cristal de la puerta y entró. A

pesar del bullicio de los equipos de emergencias en el exterior, el silencio de la casa era espeluznante y el polvo oscurecía el aire.

—¿Señora Moon? —gritó—. ¿Señor Moon? ¿Donald?

Habían reventado varias ventanas y se veían cristales por todas partes. Calvin enfiló el pasillo, produciendo crujidos y chasquidos de vidrio con cada paso. En la habitación del fondo, Donald Moon ocupaba la misma silla que la vez anterior. Con el regazo lleno de cristales. De cristales, de sangre, de polvo. Las puertas del balcón le habían estallado encima. Sostenía los prismáticos.

—¿Señor Moon?

El hombre lo miró perplejo desde abajo. Calvin no se había sentido más aliviado de ver moverse a un hombre en toda su vida.

—Señor Moon, soy el agente Bridge.

—¿Quién?

—El agente Bridge —repitió él—. Calvin Bridge, de la comisaría de Bideford.

—Calvin —asintió Donald Moon—. Estaba observando a los pájaros y se me ha caído el balcón encima —dijo, más sorprendido que otra cosa.

—Ya —dijo el agente—. ¿Dónde está la señora Moon?

—Ha ido a comprar.

«¡Gracias a Dios!»

—Bien —contestó él—. Estese quieto un segundo, señor Moon, que le voy a quitar todo esto de encima.

—Gracias.

Fue retirando trozos de cristal hasta que solo quedó uno, clavado en su muslo. Aunque había mucha sangre, no bombeaba, con lo que Calvin descartó la posibilidad de que le hubiera atravesado la arteria femoral.

—Buenas noticias, señor Moon: solo tiene este cristal clavado en el muslo, pero no le ha atravesado ninguna arteria. Voy a por unas toallas para limpiarle la sangre y enseguida vendrá una ambulancia.

—En el baño —dijo Donald Moon—. ¿Se me va a curar?

—Sí —le contestó Calvin con rotundidad mientras abandonaba la habitación—. ¡Y qué suerte que la señora Moon haya salido!

—Sí —siguió divagando Donald Moon—, solo ha ido a por pan. Yo le he dicho que no se molestara porque tenemos congelado, pero a ella le gusta del día…

Calvin subió a toda prisa las escaleras y agarró unas toallas del toallero del baño sin parar de gritarle comentarios tontos sobre bollitos y barras de pan. La mayor amenaza para el señor Moon en esos momentos era la conmoción y, mientras continuaran hablando de bollería, dudaba que fuera a suceder. Bajó corriendo, procurando evitar los trozos de cristal más grandes, y se encontró a Donald Moon inconsciente en la silla.

Después de eso, todo se convirtió en una nebulosa para Calvin: el señor Moon dejó de tener pulso, los labios se le pusieron azules, lo tumbó en la moqueta, le buscó el sitio correcto en el esternón y empezó a bombear al tiempo que pedía ayuda a gritos, pero no venía nadie, no venía nadie y, pensando sobre todo en la Vieja Veterana, al final se lo echó como pudo al hombro y salió tambaleándose a la zona de guerra, de llamas y humo y polvo y coches de bomberos y ambulancias y policía.

Entonces todos fueron a ayudarlos y enseguida metieron al señor Moon en una ambulancia que salió disparada de Black Lane, pasando por delante de Reggie Cann, que miraba pasmado con la cara pegada a la ventanilla del vehículo policial.

—¿Está herido? —le gritó un bombero a Calvin en la cara. El agente se miró el traje de chaqueta azul marino y la camisa blanca cubiertos de sangre y dijo que no, y confió en que así fuera.

El bombero desapareció y Calvin fue a la casa de al lado a ver cómo estaba la sorda de la señora Digby. Las ventanas se habían hecho pedazos, pero no le habían entrado cristales en la vivienda. Luego cruzó la calle y se reunió con la inspectora jefe King, que salía del domicilio de Bob Wilson.

—¡Dios, Calvin!, ¿estás herido?

—No, señora —contestó él.

Ella había comprobado si estaban bien los vecinos de aquel lado de la calle. Heridas sin importancia y el susto. Se había enviado a tres personas al hospital. Bob Wilson estaba ileso y quejándose ya de que tenía el césped sembrado de escombros. Entre la multitud allí congregada, Calvin vio a

Hayley Pitt y a sus hermanas, con los ojos como platos y riendo como bobas.

Llegó un equipo de técnicos de gas, con prendas reflectantes y casco, a asegurar las conducciones.

Calvin y King estaban plantados en la acera, contemplando las ruinas del número tres, donde los bomberos habían dejado de echar agua y empezado a rebuscar entre los escombros humeantes. La destrucción de la vivienda era casi absoluta. Aquí y allí había alguna cosa reconocible (la pata de una silla, una espátula, un microondas…), pero todo era del mismo color de polvo de ladrillo, con lo que un bulto de lo que fuera se parecía mucho a otro.

Calvin se acercó a los escombros y habló con un bombero.

—¿Han encontrado a alguien ya?

—Nada aún.

—El anciano estaría en el dormitorio principal.

—Gracias. Lo registraremos en cuanto lo encontremos.

Sarcasmo de bombero. Estaba estorbando. Dio media vuelta.

—¡¡Aquí hay ALGUIEN!!

Calvin sintió ese «alguien» más que oírlo. Fue una cosa rara. Una extraña corriente subterránea de información que pasaba entre los bomberos que lo rodeaban. Algo en sus ademanes, en su aspecto, en la forma de moverse era de pronto ligeramente distinto. Todos ellos mirando al mismo sitio.

—¡Oiga! —lo llamó el bombero sarcástico—. ¿Conoce al inquilino de la casa?

Al agente se le heló la sangre. Asintió con la cabeza. No miró a Reggie. No miró nada, aparte del tejido oscuro y los destellos reflectantes de las perneras del pantalón del bombero mientras lo seguía con cuidado entre los escombros. Le escocían las manos del sudor repentino. ¿Tendría Skipper Cann siquiera aspecto de persona? ¿O no sería más que otra cosa cubierta de polvo de ladrillo? Ojalá no tuviera que ser él quien lo averiguara. Habría preferido estar en comisaría comiendo bizcocho de frutas asqueroso o limpiando de pis la nutria.

Marronazo.

Siguió las piernas hasta que se detuvieron al lado de otros tres pares similares. Inspiró hondo, bajó la vista al suelo y vio la forma del torso de un hombre cubierto de polvo marrón. Bocabajo, gracias a Dios. La mayor parte del cuerpo estaba aún enterrada en ladrillo. Había perdido un brazo por el codo, pero la cabeza se encontraba casi intacta. Casi. Procuró mirar solo los trozos que seguían allí.

—¿Es él? —Calvin levantó la vista. La inspectora jefe King había llevado a Reggie hasta el borde de los escombros—. ¿Es él?

—No —contestó y se volvió hacia Reggie—. No es él, Reggie.

El joven arrugó el gesto.

—Entonces, ¿quién cojones es?

—¡La hostia!

Confundidos, miraron todos a Calvin, que solo fue capaz de señalar al fondo de Black Lane, donde, entre el polvo, el humo y los escombros posapocalípticos, apareció un anciano seguido de un perrito negro y marrón.

El perdedor

Lloraron todos. Hasta los bomberos.

Los sanitarios sentaron al tembloroso Skipper Cann en la parte trasera de una ambulancia y, entre bocanadas de oxígeno, él les contó que había ido a Bouchers, en Bideford, a poner la casa a nombre de Reggie.

—Pero ya no hay casa —dijo compungido.

—La casa da igual, Skip —respondió Reggie con voz pastosa, y lloraron todos otra vez.

Después Reggie abrazó a su abuelo, se despidió con un «hasta luego» y los sanitarios cerraron las puertas de la ambulancia y se lo llevaron al hospital.

Calvin se sintió de pronto muy cansado. Muy cansado y muy sucio. Se miró el traje, echado a perder, y la camisa, pegada al cuerpo con la sangre de Donald Moon. La medalla de san Cristóbal de la Vieja Veterana brillaba entre la porquería. La cogió y la estudió. No era religioso, pero algo lo había protegido ese día. Algo los había protegido a todos.

—San Pedro —dijo Reggie como si hubiera oído sus pensamientos.

—¿Perdona?

—San Pedro —repitió el joven señalando la medalla.

—Es san Cristóbal —contestó Calvin.

—¡Qué va! —insistió el otro—. ¿No ves que lleva en la mano las llaves del reino de los cielos?

Calvin volvió a mirar la medalla. Era cierto.

—Entonces, ¿qué hace san Cristóbal?

—Mirar al infinito, me parece.

—No sabía que fueras religioso —le dijo Calvin y Reggie negó con la cabeza.

—No lo soy, pero Skipper tenía una idéntica a esa cuando yo era pequeño. San Pedro es el patrón de los pescadores.

El agente le dio la vuelta a la medalla.

—¿Sabes lo que significa esto?

Reggie forzó la vista para leer la inscripción.

—¿BD77? Me suena…

Pero luego meneó la cabeza.

Se acercó la inspectora jefe King.

—Me llevo a Reggie al hospital, Calvin, pero quiero saber quién cojones es ese muerto. He pedido que te avisen en cuanto lo hayan sacado para que vayas a identificarlo.

—Sí, señora.

La vio llevarse a Reggie y al perrito al coche.

Le sonó una alerta en el móvil. Calvin se dejó caer en el bordillo y vio a Seaspeak tomar la curva de Tattenham como si fuera sobre raíles y subir como una bala la cuesta de Epson para ganar el derbi.

Que la Vieja Veterana no estuviera allí para verlo casi le hizo llorar.

Rumbaba entró el noveno, así que Calvin era hombre muerto, pero estaba demasiado cansado para interesarse por su propio destino. Descansó la cabeza en las manos y los codos en las rodillas y dejó que el ruido, la porquería y el caos lo envolvieran.

Un bombero lo despertó veinte minutos después para que identificara el cadáver.

Era Arenas Movedizas.

Calvin lo supo en cuanto vio el cadáver completamente desenterrado y lavado a manguera, pero le registró los bolsillos para confirmar su identidad. Solo llevaba una tarjeta de crédito a nombre de otra persona y un puñado de octavillas dobladas por la mitad. El agente abrió una. «¿NECESITA DINERO?», rezaba en letras grandes y gruesas, y debajo de eso: «¡GRANDES SUMAS AL MOMENTO! ¡LLAME A TERRY YA!», y luego había un teléfono.

Estaba allí, delante del cadáver, cuando lo llamó María, la sanitaria, para decirle que Donald Moon se iba a poner bien.

—Ha perdido muchísima sangre, pero le has salvado la vida, seguro —le dijo.

—Uno de dos no está mal —contestó él, que no tenía ni idea de dónde había sacado ella su número.

—¿Sigues en la escena del crimen?

—Voy a estar aquí un rato.

—Ten cuidado.

—Eso pretendo.

—Cuando estés libre, Dan y yo te invitamos a una copa por hacer nuestro trabajo por nosotros.

Dan. El otro sanitario.

—Genial —respondió Calvin—. Gracias.

—Solo que Dan no va a poder venir —añadió María y, aun estando en medio de aquellas ruinas, Calvin pilló la broma por el silencio que siguió a las palabras de la sanitaria y rio—. Ya tienes mi teléfono —le dijo—. Úsalo.

—Lo haré —contestó él sintiéndose como Ryan Gosling.

Colgó y le preguntó al bombero que tenía más cerca si lo necesitaban para algo.

—No, salvo que encontremos otro cadáver —respondió el bombero guiñándole un ojo.

El agente asintió agradecido. Había sido un día largo y duro, y estaba deseando volver a casa y emborracharse.

Deshizo el camino entre los escombros. Avanzar era complicado. Dio un mal paso, se soltó un cascote y estuvo a punto de caerse. Un destello dorado quedó al descubierto debajo de su pie derecho y Calvin se agachó a coger el reloj de mesa de Albert Cann, el que tenía en la mesilla de noche. Estaba roto, claro, con la esfera colgando como un globo ocular de broma y la caja doblada. Cuando le dio la vuelta entre las manos, se abrió la parte posterior y cayeron al suelo dos trozos de papel doblados. Se agachó a cogerlos. El primero era una octavilla que decía «¿NECESITA DINERO?» y Calvin supo lo que era la otra antes de tocarla siquiera: el tamaño, el color, la calidad del papel le resultaron vergonzosamente familiares de inmediato.

Desdobló el boleto de apuesta.

SEASPEAK DERBI 5000 LIBRAS AL GANADOR

Se quedó sin aliento. Tuvo que leerlo dos veces, tres. ¿CINCO MIL LIBRAS? ¿AL GANADOR?

«Un pastizal…»

Las palabras de la Vieja Veterana resonaron en su cabeza. Primero en la casa de apuestas… y luego en el funeral.

Pero a Albert Cann no le habían dado boleto. ¡El boleto se lo guardaba él!

Aunque sí había aceptado el pronóstico…

Cincuenta a uno.

El boleto que Calvin tenía en la mano valía un cuarto de millón de libras.

El gran secreto

Al alba del día siguiente, echaron abajo la puerta de la casa de Dennis Matthews para poder contar con el elemento sorpresa, pero Matthews, que por lo visto era madrugador, opuso bastante resistencia. Le abrió una brecha en la frente a Pete con un anillo voluminoso y le hizo una llave de cabeza a Calvin antes de que consiguieran tumbarlo en la moqueta del dormitorio y sentarse encima de él.

Estando en el suelo, vieron debajo de la cama un bolso de viaje que resultó estar repleto de dinero. Jackie Braddick lo contó después (y se hizo selfis con él) y calculó que habría cerca de diecisiete mil libras. A pesar de eso, cuando por fin consiguieron llevar a Matthews hasta el coche y meter su enorme cabeza por la puerta de atrás, gruñó:

—Me debes quinientas libras.

—Así son las carreras —le contestó Calvin encogiéndose de hombros, pero solo porque el grandullón iba esposado.

Cuando volvían de East-the-Water, la inspectora jefe King llamó para decir que habían investigado el número de teléfono de la octavilla de «¿NECESITA DINERO?» y tenían la dirección de Terry, el usurero.

—No os lo vais a creer, pero ya hemos estado en ese domicilio…

Fueron todos a Exeter. En dos coches. Calvin, de uniforme porque había tenido que tirar el traje azul marino y no tenía otro. Antes de salir, se aseguró de que llevaba la medalla colgada al cuello. Era una bobada porque no estaba en altamar, ni mucho menos pescando, pero después de lo ocurrido el día anterior se sentía desnudo sin ella.

—Entonces, ¿Geoffrey Skeet le prestó dinero a Albert? —preguntó Pete de camino.

—Quizá a todos ellos —contestó Calvin con tristeza, preguntándose si se le habría escapado algo de los archivos de los exiteros que pudiera haberlos llevado antes hasta allí.

—O sea, que ¿el jefe de los exiteros prestaba dinero a la gente y lo recuperaba cuando sus parientes ricos los mataban… con la ayuda de los exiteros?

Calvin asintió compungido.

—Y nosotros pensando que los prestamistas se servían de los exiteros para acelerar las cosas y heredar más rápido. Pero tiene toda la pinta de que eran los exiteros quienes se servían de ellos en realidad. Skeet, por lo menos. Generaba demanda con los préstamos y ofrecía la solución vía el suicidio asistido.

—¡La hostia! —exclamó Pete—. Eso sí que no me lo esperaba.

A Calvin le pareció que eso decía mucho de Pete, porque había que estar muy enfermo para verlo venir.

Aparcaron a una calle de distancia para no alertar a Skeet. Dudaban que pudiera escapar fácilmente, pero no querían darle tiempo a que destruyera pruebas que sabían que esa vez tendrían que buscar con mayor empeño.

Nada de paños de cocina.

King llamó a la puerta y esperaron. Volvió a llamar y esperaron más.

La vecina de al lado asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Está en casa. Insistan. —Y, en efecto, cuando King levantó la mano para llamar otra vez, se oyó ruido indiscutible en el interior—. Se estará subiendo a la silla —dijo la vecina, muy amable—. ¿Ha hecho algo malo?

—Métase en casa, señora, por favor —espetó King y volvió a llamar.

Esa vez no se oyó ruido dentro.

—¿Señor Skeet? —gritó—. Policía. Abra la puerta, por favor. —Nada —. Vale, vamos a entrar —dijo King.

Y lo hicieron.

Pero, al entrar con la ayuda de una palanqueta policial, vieron que allí no había nadie. La silla de ruedas de Geoffrey Skeet estaba en el recibidor;

sus muletas, apoyadas en la barandilla de la escalera; la casa, vacía, salvo por un cariñoso gatito blanco y negro.

—Raro —dijo la inspectora—. Registradla otra vez, incluido el desván.

Skeet no estaba allí.

King dejó que Jackie y Pete iniciaran la búsqueda de pruebas mientras Calvin y ella volvían al coche para explorar la zona. En cuanto se subieron, el agente volvió la cabeza atónito. Un hombre acababa de cruzar al fondo de un callejón cercano. Lo había visto fugazmente, pero…

—Me parece que era él, señora.

—¿En silla de ruedas?

—No —contestó él—. ¡A pie, joder!

King arrancó el vehículo mientras Calvin corría por el callejón y salía al otro extremo. ¡Tenía razón: era Geoffrey Skeet! ¡Avanzando por la calle a grandes zancadas! Y cargado con un bolso de viaje muy parecido al que habían encontrado debajo de la cama de Dennis Matthews esa misma mañana, solo que más grande.

—¡Geoffrey Skeet! —le gritó Calvin y corrió tras él. Se esperaba una persecución. Si Skeet podía caminar, seguramente también correr. En cambio, el sospechoso se volvió al oír pasos, enfiló el sendero de un jardín, en el lateral de una casa, se detuvo y esperó a que Calvin lo alcanzara—. ¿Qué cojones hace? ¡Puede caminar!

—Milagroso, ¿verdad? —Skeet rio—. Nadie quiere creer que un tullido pueda ser un maleante. Al menos, nadie quiere ser el primero en decirlo.

—Ah, ¿sí? Pues yo se lo digo: Geoffrey Skeet, queda detenido por conspiración de asesinato. No está obligado a decir nada, pero…

—No me vas a detener —lo interrumpió Skeet con tal convicción que Calvin se detuvo a media frase—. Si lo haces, no te daré la mitad del dinero que llevo aquí.

—No quiero el dinero —le soltó Calvin.

—Todo el mundo quiere el dinero —replicó Skeet—. Y llevo medio millón de libras en este bolso. Pesa mucho y ya sabes que soy un viejo inválido… —Rio y a Calvin le dieron ganas de pegarle un puñetazo—. Así que me haces un favor si te llevas la mitad. O más de la mitad. Anda… Insisto.

Calvin negó con la cabeza y empezó de nuevo.

—Geoffrey Skeet, queda detenido por conspiración de asesinato. No está obligado a…

—Tu madre es Cynthia Curley. —Aquellas palabras fueron como una bofetada para Calvin. Geoffrey sonrió y continuó—. Ladrona, maleante y mayor perista de cuatro condados. Se ha pasado catorce de los últimos diecinueve años entre rejas, muy merecidamente, todo hay que decirlo. Tu padre es Michael Bridge, desde el divorcio nada menos que el segundo mayor traficante de objetos robados del West Country. Tu hermano es Louis Bridge, ladrón, perista, ratero y ahora propietario único de Peristas Bridge y heredero al trono de corrupción de la familia Bridge. Tus otros hermanos son yonquis y tu hermanita es prostituta.

Calvin sintió que se le abría un boquete en el pecho. Llevaba desde los dieciséis años haciendo todo lo posible por ocultar aquel secreto. Se había ido de casa, había cortado con su familia, partido corazones, incluido el propio, por escapar de los suyos, por escapar de su destino. Se había construido una vida nueva, distinta, en otro sitio. Había empezado de cero. Solo. Echaba de menos a su familia, pero no podía volver jamás porque los Bridge lo destrozaban todo. Todo y a todos. No lo podían evitar. Era su maldición. Y lo destruirían a él también. ¿Quién iba a confiar en él cuando supieran lo que era, de dónde venía? Nadie. Ni los polis ni los cacos. Y su trabajo se basaba en la confianza. Si no eras de fiar, no podías dedicarte a eso, y los Bridge no eran de fiar.

La sonrisa que exhibía Geoffrey Skeet era la de un hombre que había jugado un as imbatible. Ignoraba cómo lo había conseguido. Daba igual. El caso era que lo sabía todo y él ya no podía hacer nada para arreglarlo. Si le importaba su trabajo, solo tenía una opción.

Le dio la vuelta al viejo y lo estampó tan fuerte contra el lateral de la casa que se le cayó al suelo la dentadura postiza y, después de esposar al anciano perplejo y ensangrentado y leerle sus derechos sin interrupciones, la pisó sin querer. Dos veces.

Cuando la inspectora jefe King les dio alcance, Calvin tenía a Skeet bien agarrado por la espalda de la chaqueta con una mano y el medio millón de libras sujeto con la otra.

Sí que pesaba, sí.

King y Jackie Braddick volvieron a comisaría con el detenido.

Por el camino, Geoffrey Skeet les contó todas las cosas malas que sabía de Calvin Bridge, hasta el último detalle rastrero, repugnante y miserable que conocía del pasado, presente y probable futuro de su familia.

Lo hizo a pesar de que le costaba hablar. La sangre de los cortes profundos que tenía en los labios no coagulaba bien mientras él se empeñaba en hacerse entender y, además, se había partido uno de los incisivos superiores. Entre gemidos y caras de dolor, siguió hablando, pero la inspectora jefe King fue paciente y le sostuvo la mirada en el retrovisor para alentarlo a continuar, a pesar de que, con todos los dientes que le faltaban y los labios destrozados, apenas lo entendía y tenía que repetir las cosas cuatro y hasta cinco veces.

En el asiento del copiloto, Jackie Braddick abría cada vez más los ojos mientras escuchaba a Geoffrey Skeet destrozar sin piedad a Calvin Bridge. Incluso reveló que todavía quedaba con su hermano Louis una vez al año para ir de acampada a Exmoor y que, por lo tanto, estaba haciendo la vista gorda a la floreciente red de delincuencia de su pariente, algo que, para un agente en servicio, era una acusación condenatoria.

Pero, aun después de aquello, la inspectora jefe King quería más. Asintió con entusiasmo en el retrovisor y alentó a Geoffrey Skeet a proseguir. Y Skeet lo hizo. Le llevó todo el trayecto hasta Torrington terminar de escupir el veneno que guardaba dentro en relación con Calvin Bridge. Paró por fin, protestando del dolor y mareado de la sangre que se había ido tragando durante el relato.

King enarcó las cejas en el retrovisor, decepcionada.

—¿Y eso es todo?

—Es bastante —farfulló el viejo, porque todos sabían que era así: suficiente para expulsar a Calvin Bridge del cuerpo de Policía, posiblemente incluso para acusarlo de algún delito.

Pero Kirsty King se encogió de hombros y dijo:

—Cuénteme algo que no sepa.

Y luego Jackie Braddick y ella rieron con tantas ganas durante todo el serpenteante camino de vuelta a Bideford que el detenido llegó a pensar que se estrellaban en un par de ocasiones. De hecho, casi rezó para que así fuera.

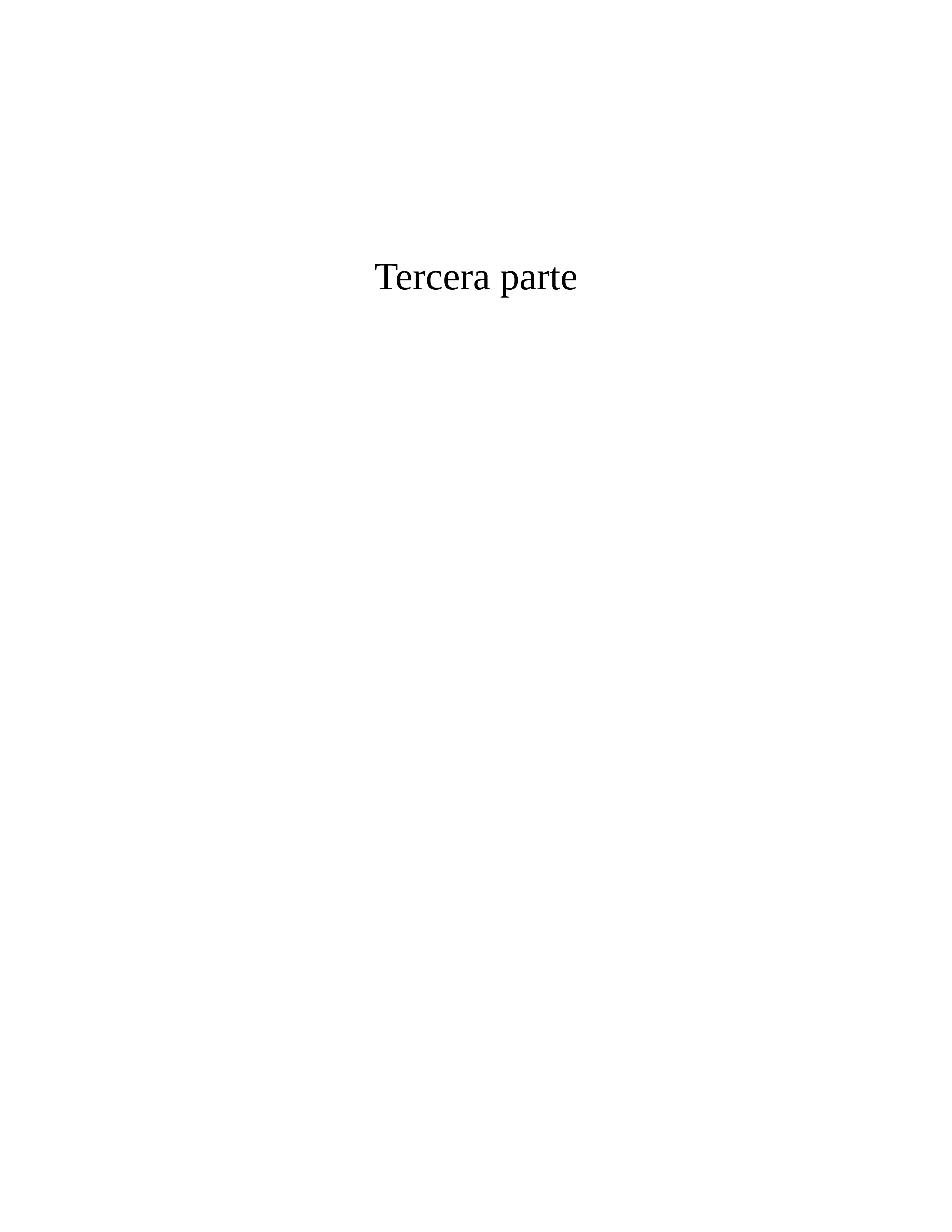
Mucho más tarde ese mismo día, después de acusar a Geoffrey Skeet de una retahíla de delitos, entre otros muchos de los de homicidio y extorsión, la inspectora jefe King, agotada, llamó a Calvin a la sala de interrogatorios, lo sentó y le relató lo sucedido en el viaje de vuelta de Exeter.

—¿Usted lo sabía? —preguntó Calvin atónito.

—Por supuesto —respondió ella—. Es mi trabajo saber en quién puedo confiar. —A Calvin se le hizo un nudo en la garganta y solo pudo asentir con la cabeza—. Espero que esta vez cuelgues el uniforme, Calvin. Tienes madera de inspector.

—Sí, señora. Gracias.

—Ah, y Calvin, si quieres guardar un secreto por aquí, por Dios, no se lo cuentes a Tony Coral.



Tercera parte

Los pájaros

Como había hecho todas las mañanas sin falta desde que había muerto la Vieja Veterana, Calvin estaba repasando el último informe de personas desaparecidas cuando entró Jackie Braddick en el despacho.

—¿Todo bien, inspector Bridge?

—¿Todo bien, agente Braddick? ¿A qué debo esta interrupción?

—Donald Moon ha venido a verte.

—Ah, ¡qué bien! —dijo Calvin soltando el lápiz y levantándose.

—No ha venido a darte las gracias por salvarle la vida.

—Ah, pues eso ya no está tan bien —repuso él y se sentó.

Jackie rio.

—Ya. ¡Ese viejo gruñón! Le han roto el comedero de los pájaros y solo quiere hablar contigo.

Calvin hizo una mueca.

—Agente Braddick, ¿le ha comunicado al señor Moon que ahora soy inspector y que los comederos de pájaro rotos no se encuentran entre mis cometidos?

—Se lo he dicho, sí —asintió ella—. Le he dicho: «Verá, señor Moon, ahora el inspector Bridge es un hombre muy importante que atrapa a delincuentes y salta de una azotea a otra sin despeinarse, y sus gorrioncitos de mierda se la soplan», pero insiste y por eso…

Cuando Calvin salió a recepción, la señora Moon le dio un fuerte abrazo, pero Donald se limitó a cabecear en silencio bajo la boina. Llevaba bastón, pero no se movía mal, dadas las circunstancias.

En la sala de interrogatorios, el anciano sacó de una bolsa de Morrisons lo que parecía un sistema completo de vigilancia por cámara, casi todo cubierto de caca de pájaro. «Marronazo», se dijo Calvin con un suspiro.

Pero no le metió prisa al señor Moon; lo dejó hablar y hasta le produjo cierta satisfacción que el anciano siguiera vivo para aburrirlo tantísimo.

Cuando tuvo todos los cacharros encima de la mesa, Calvin le explicó a Donald Moon que lo único que necesitaba en realidad era la tarjeta de memoria y, en cuanto la encontró y la metió en el ordenador del despacho, tardó un minuto en encontrar la enorme interrupción de la imagen casi inmóvil provocada por un intruso gigantesco.

Hizo retroceder la grabación unos segundos y empezó a visionarla.

Calvin supuso que la cámara estaba montada en una rama del manzano, porque apuntaba a uno de los nidales del tronco. Todo estaba tranquilo en el árbol y, de pronto, se producía un temblor y una reverberación y una borrosa oreja sonrosada y un mechón de pelo gris, y una secuencia de diecisiete segundos de algo grande y beis que cruzaba la pantalla, y después otro golpe fuerte y luego solo hojas y cielo.

—Ahí está —dijo Donald, por si Calvin se lo había perdido.

El inspector lo reprodujo de nuevo.

—Entonces, ¿alguien trepa por la rama… —Donald Moon afirmó con la cabeza—, golpea la cámara con la cabeza…, entra en plano…, porque eso de ahí es su cazadora…?

—Y me rompe el comedero —continuó el anciano—. Y yo me he perdido el primer vuelo de los herrerillos por su culpa.

—No ha llegado a ver a las crías, ¿no?

—Esto fue hace unos meses.

Calvin suspiró. El delito ni siquiera era reciente. ¿Le estaba pidiendo que investigara un comedero de pájaro roto hacía un montón de tiempo? Miró la fecha sobrescrita en pantalla y se le erizó el vello de los brazos: las imágenes eran del cuatro de mayo, dos días después de la muerte de Albert Cann. Reprodujo de nuevo el fragmento, pero esa vez retrocedió hasta treinta segundos antes de que se torciera la cámara.

¿Qué estaba viendo? El nidal. El árbol. Y, más allá, la casa. ¡Las casas! Cayó en la cuenta de que ¡se veía un trozo de la parte de atrás de la vivienda de los Cann! La puerta de servicio y, por encima, la ventana del dormitorio de Reggie Cann. No del de Albert, lamentablemente, pero aun así. La puerta de servicio podía ser la clave…

—¿De qué fecha a qué fecha va esta grabación, señor Moon?

Donald se encogió de hombros. Calvin hizo retroceder la imagen y empezó a rezar, no a Dios, sino a lo que fuera, quien fuera o donde fuera que tuviera en sus manos las riendas de la suerte. «Por favor, que haya imágenes de dos días antes», pidió. Y agarró la medalla de san Pedro mientras veía retroceder el tiempo.

El destello de una chaqueta reflectante. ¡Ese era él! En las grabaciones de pájaros de Donald Moon, saliendo por la puerta de servicio y volviendo la esquina del edificio. Luego Felix Pink avanzaba de forma cómica de espaldas por el jardín de la vivienda. Se le había escapado por segundos. Felix debió de salir del jardín mientras él comprobaba la puerta de servicio.

Hizo retroceder la imagen a 16x. Felix de nuevo. Un montón de píxeles avanzando frenéticamente hacia una esquina de la imagen quieta. Y luego solo el nidal, las casas y, de vez en cuando, algún pájaro que pasaba, borroso, por la imagen.

—¿Lo va a ver todo marcha atrás? —preguntó Donald.

—Deme un segundo, señor M…

Paró la imagen porque vio algo más que se movía por la pantalla. Tuvo que hacer un esfuerzo para repasar la acción marcha al revés y a toda velocidad sin pararla, pero eso fue lo siguiente que hizo para poder ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en tiempo real.

Se detuvo a las 9:15.

A las 9:18 se abrió una ventana en la casa de los Cann. Arriba, pero no en el cuarto de Albert, sino en el dormitorio de al lado, el de Reggie, le parecía recordar. ¿A qué hora habían llegado al trabajo Daz y Reggie esa mañana? ¿A las ocho y media? ¿Contaba aquella grabación otra cosa?

No se vio nada durante varios minutos: los pájaros revoloteando, riñendo, cagándose en el árbol… ¡Y entonces…! La asistenta salió por la puerta de servicio.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Marion Moon, que había estado sentada en silencio al lado de su marido todo ese tiempo.

—Perdonen —dijo Calvin—, ¿podrían esperarme en recepción mientras veo esto? Enseguida voy.

Los ancianos salieron despacio y el inspector volvió a pulsar el botón de reproducción. Era Hayley Pitt, desde luego. Lejos y borrosa, pero era ella seguro. Salió por la puerta de servicio a las 9:28, agarró una escalera de mano que había al borde del descuidado césped y la apoyó en la fachada posterior de la casa, bajo la ventana abierta.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Calvin detuvo la grabación, fue a buscar a la inspectora jefe King y a Pete Shapland y se los llevó a su despacho. Hizo retroceder las imágenes hasta las 9:18 y las vieron juntos: la ventana que se abría, la escalera contra la pared, Hayley volviendo a entrar en la casa. Sabían que a las 10:11 habían llegado los exiteros a la puerta principal.

—¡Ella aún está en la vivienda! —susurró King como si Hayley fuera a oírla y salir corriendo.

Las 10:20.

—Ahí viene.

Hayley salió con torpeza por la ventana y bajó por la escalera de mano. La dejó caer al césped, junto a la puerta de servicio, corrió por el jardín en dirección a la cámara y salió de plano.

—Debió de saltar la valla —masculló Calvin.

A las 10:33, salió Felix Pink. Se escapó el perro. Felix lo cogió en brazos, lo metió dentro, volvió a salir, corrió hacia la cámara y desapareció de la imagen casi en el mismo sitio en que lo había hecho Hayley quince minutos antes. A las 10:35, Calvin dobló la esquina de la casa y comprobó la puerta de servicio.

Detuvo la imagen. Enmudecieron los tres un instante, estupefactos.

—O sea, que era cierto que alguien les había tendido una trampa —dijo King—. La rival celosa.

—El «paño de cocina» más típico y antiguo de la historia —dijo Calvin.

Pete Shapland cruzó los brazos.

—Ya os lo dije: siempre hay alguien que se está tirando a alguien.

Al principio, cuando la detuvieron e interrogaron, Hayley Pitt no parecía entender que lo que había hecho estuviera tan mal. Reconoció abiertamente

haberle dado oxicodona a Skipper. Su madre trabajaba en el albergue y siempre mangaba pastillas en Navidad para revenderlas y poder comprar el pavo y los regalos.

—Albert me ofreció un billete de diez por cada pastilla —dijo impresionada—. A Skip lo tumbaban —añadió riendo como una boba.

—¿Y no te pareció mal darle a alguien un medicamento tan fuerte sin que lo supiera? —preguntó la inspectora jefe King.

Hayley se encogió de hombros.

—No es más que una pastilla para dormir, ¿no? Mi madre se las toma a todas horas. Además, ¡Skipper se iba a suicidar igual!

—¿Y tú cómo lo sabías?

—Me lo dijo Albert. No era un secreto. Al menos para mí. Albert tuvo que comprar el gas por internet y se le daban fatal los ordenadores, así que se lo hice yo. Pero luego…

—Pero luego ¿qué?

Hayley frunció el ceño furiosa.

—Todo esto es culpa de Reggie. Me dijo que la casa era suya, pero, cuando leí el testamento de Skipper, vi que no, ¡que era del abuelo!

—¿Y a ti eso qué más te da, Hayley?

—Pues que, de haberlo sabido, no me lo habría tirado, ¿no? Y ahora estoy esperando un bebé y necesito una casa. ¡Más que cualquiera de ellos! ¡No puedo tener al bebé en la mía! A mi madre le da un chungo. Pero entonces pienso: «Cuando se vaya Skipper, me mudo aquí y listo». Y luego veo en el testamento que Skipper ni siquiera le iba a dejar la casa a Reggie, ¡que se la dejaba a Albert!

Parecía indignada por lo injusto que era todo aquello.

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó King en tono neutro.

Hayley se encogió de hombros.

—Que lo único que hice fue un pequeño cambio: les di la oxicodona a Skipper y a Albert, puse el gas y demás zarandajas en el cuarto de Albert y le escondí su oxígeno detrás de la puerta para que no lo vieran; luego cerré todas las puertas menos la de Albert y entraron directos allí. Eran supertontos, así que no fue difícil.

—¿Fuiste tú quien hizo la llamada anónima?

Hayley asintió.

—No iba a hacerlo, pensaba volverlo a poner todo en su sitio y marcharme, pero entonces la vi a ella por una rendija de la puerta del dormitorio.

—¿A Amanda?

—Como se llame. —Hayley frunció los labios—. Le había visto una foto suya a Reggie en el móvil. Ella le mandaba mensajitos y eso, pero la que va a tener su bebé soy yo, así que ¡que se joda! —dijo, mirando desafiante a la inspectora jefe.

—Y, después de que muriera Albert, ¿seguiste dándole oxicodona a Skipper? —preguntó King.

—Un poco.

—¿Y le serraste el bastón?

—Reggie tenía herramientas en el cobertizo, así que… —contestó, encogiéndose de hombros como si eso lo explicara todo.

La inspectora asintió muy seria.

—¿Y todo eso lo hiciste para que Reggie heredara la casa más rápido?

—Pues claro —confirmó la joven—. A ver, Skipper iba a morir pronto de todas formas, ¡pero Albert podría haber durado años!

Calvin Bridge madura

Un mes o así después de que acusaran de homicidio a Hayley Pitt, Calvin Bridge maduró. El cambio fue tan repentino que casi pudo notar cómo se reorganizaba por dentro, como la misteriosa transformación que tiene lugar en el interior de la crisálida.

Se había comprado un traje nuevo para el trabajo de lana gris marengo, en Banbury’s, por doscientas sesenta libras, que era casi el triple de lo que había pagado por el de color azul marino. También se había comprado tres camisas azul claro y dos corbatas lisas de punto, una blanca y otra azul marino. No necesitaba camisas ni corbatas, pero tampoco quería volver a ponerse las mismas de antes ni tener el mismo aspecto. De niño. De repente, ya no quería comportarse como un crío ni que lo trataran como tal.

Sin embargo, mientras se miraba los puños de la camisa en el espejo la primera mañana en que acudía oficialmente a comisaría como inspector, Calvin pudo ver al crío que llevaba dentro. Con el traje no iba a bastar. Lo malo era que Calvin no sabía qué otra cosa podía hacer. Tenía veintisiete años, con lo que, en cifras, ya era adulto. Tenía un trabajo de adulto y había hecho varias cosas muy de adulto. Había estado a punto de casarse. En teoría, era un adulto. Solo que le parecía estar fingiéndolo.

Pensó varias veces en llamar a María. Hasta llegó a marcar su número, pero no pulsó el botón de llamada. No sabía por qué. Quería tener novia. Tener novia sería estupendo, sobre todo una tan atractiva como María. Echaba de menos el sexo, compartir. Y, aun así, no llamó. Un adulto habría llamado. Pero Calvin no lo hizo y, durante los días siguientes, le fue creciendo dentro una inquietud que lo tenía angustiado y frustrado, precisamente cuando debía brillar.

¿Qué le pasaba? No lo sabía.

Entonces, una mañana, se despertó temprano, hizo café, se sentó a la mesa de la cocina en calzoncillos y le escribió una carta a Shirley. La escribió varias veces. Empezó siendo bastante larga y farragosa y terminó siendo cada vez más y más corta. En realidad, le «desescribió» una carta a Shirley. «Querida Shirley —decía al final—: Te hice daño y lo lamento de verdad. Todos hacemos cosas de las que nos avergonzamos. Calvin». Se sintió mejor después de escribirla. Mucho mejor. La próxima vez que viera a Shirley en el pueblo no se escondería. La próxima vez que la viera sonreiría y saludaría.

Se puso el traje nuevo y la medalla de san Pedro de la Vieja Veterana y fue andando a trabajar.

Nunca se había sentido más adulto.

—¿Qué celebramos? —le preguntó Jackie Braddick al verlo con traje.

—Celebramos que te voy a llevar a cenar.

—¿Pagas tú?

—Por supuesto. De lo contrario, no sería una cita.

—¿Una cita? —repitió ella confundida, esperando a que le dijera que era broma.

—Sí —dijo él muy serio—. ¿Quieres salir conmigo?

Jackie titubeó, pero Calvin no se puso nervioso. Si le decía que no, la llevaría a cenar de todas formas, porque eran buenos compañeros, ella se lo merecía y siempre se reían mucho juntos. Pero dijo que sí.

Empezar de cero

La ventana que había junto a la nueva cama de Skipper daba a un jardín trasero alargado patrullado por un enorme gato naranja donde Mabel y Toff se perseguían como cachorros regordetes por todo el césped bien cortado.

Felix se esforzaba mucho y Skipper se lo agradecía, pero no estaba como en casa. Ya no se sentía en casa en ningún sitio.

El seguro se negaba a indemnizarlo por Black Lane porque su destrucción se había considerado un acto delictivo, así que habían denunciado a Geoffrey Skeet, pero Skipper dudaba que fuera a vivir lo suficiente para percibir una indemnización. A veces dudaba que fuera a aguantar hasta la hora del desayuno.

Pero había vivido para ver prometerse a Reggie. «Si apenas os conocéis…», había protestado él. «Pero hemos pasado mucho juntos», le había replicado Reggie, y Skipper sabía que eso era cierto y, en el fondo, pensaba que su nieto iba a ser feliz. Amanda tenía cejas de mujer sensata. Iban a comprarse una casita de campo en Pilton. Libre de hipoteca. Solo Dios sabía cómo le había dado a Albert por apostar aquel pastizal cincuenta a uno en el derbi, pero por fin le había hecho a su hijo un regalo digno. A Skipper le había preocupado un poco Hayley, pero resulta que lo que tenía era un fibroma, no un embarazo, y menos mal. Tener un bebé en la cárcel habría sido horrible.

Y ahora a él no le quedaba más que esperar la muerte. Nunca había temido a la muerte, pero ahora no tenía otra cosa en qué pensar que en la triste resaca de una marea un día poderosa. Demasiado tiempo para reflexionar sobre lo que había perdido. Y a manos de quién. Eso era lo malo de vivir demasiado y morir en cama.

—Le toca —dijo Felix.

Skipper miró el tablero. Felix no jugaba mal, pero se había dejado la reina indefensa al fondo. En dos movimientos se la arrebataría. Se comió un peón con el alfil para preparar la jugada. Felix movió el rey y dijo:

—Nos vamos de excursión.

—¿Qué clase de excursión?

—Una excursión de un día.

A Skipper no le apetecía. Tendría que vestirse. Sería agotador. Irían a algún sitio con flores o antigüedades o a un pueblo piloto y tendría que fingir que les agradecía que lo hubieran organizado. Era preferible que se negara desde el principio, cortar por lo sano.

—No voy a ir —dijo y movió la torre con determinación.

—Lo pasará bien.

—No.

—Sí. Lo pasaremos bien todos.

Felix enrocó. Skipper tumbó con fuerza un alfil.

—Me quedo aquí con los perros.

Felix suspiró. El reloj hacía tictac. Entró Toff del jardín y se subió a la cama, feliz y con la lengua fuera, y Skipper le masajeó las orejitas sedosas.

—Podemos llevarnos a los perros.

—No voy a ir.

—El que gane decide —sentenció Felix.

La reina seguía indefensa al fondo del tablero.

—Tú lo has dicho —respondió Skipper.

—Jaque mate —espetó Felix.

Skipper miró furioso el tablero para asegurarse de que era cierto. Y lo era, maldita sea.

—Ahí lo tiene —dijo Felix.

A Skipper Cann le dio un vuelco el corazón y luego casi se le salió del pecho.

—¡El *Susanna*! —susurró y se levantó de la silla de ruedas que les había prestado la Cruz Roja.

Felix lo agarró del brazo para que no se cayera.

—¿Qué le parece? —preguntó nervioso, pero Skipper no pudo contestar. Durante un rato, no fue capaz de articular palabra. Se limitó a cabecear sin parar, a mirar sin parar.

Creía que jamás volvería a verlo. Y había olvidado lo bonito que era. Estaba resplandeciente. Limpio. Desherrumbrado. Con cabos nuevos, amarres nuevos, hasta cornamusas de latón nuevas. Habían reemplazado y abrillantado el cristal roto de la timonera, repintado el casco del mismo azul cielo, con el nombre escrito en la popa, «SUSANNA», y el identificador en la proa, en llamativas letras negras: «BD77».

—¿Quiere embarcar?

¡Qué pregunta más tonta!

Felix se adelantó y la señorita Knott lo siguió. Se ayudaron unos a otros y ayudaron a los perros a bajar la pendiente herbosa y cruzar la nueva pasarela.

Skipper puso un pie en la cubierta y un gran subidón de energía le recorrió las piernas viejas como una corriente eléctrica. De pronto ya no era parte de la tierra, sino del mar, y él conocía el mar de una forma que jamás había conocido la tierra ni querido conocerla. La idea de que, desde aquel punto concreto, pudiera ir a cualquier lugar del mundo. ¡Adonde fuera! Y de que el *Susanna* podía llevarlo hasta allí…

Volvió a sentirse joven. Vivo. Enamorado. Y, allí plantado en la cubierta blanquísima, tuvo que sonarse los mocos de felicidad. La señorita Knott lo abrazó y Felix quiso estrecharle la mano, pero Skipper la ignoró y lo abrazó también.

Entró decidido en la timonera. El interior de madera estaba recién lijado y barnizado, pero le seguía resultando tan familiar como su propia cara en un espejo. El timón con su único radio reparado, la brújula que se había llevado del *Megan II*, su viejo y fiable sonar de pesca…, todo tal y como lo había dejado, pero mejor ahora por lo mucho que lo había echado de menos. La llave estaba puesta en el contacto. La giró y el motor rugió y cobró vida. Rio como un niño. Luego lo apagó y el silencio pareció aún mayor.

—¿Todo esto lo has hecho tú?

—No personalmente. Lo ha remozado un tipo de la zona: Tovey.

—¿Tovey Chanter?

—Sí. ¿Lo conoce?

—Sí —asintió Skipper—. Lo conozco bien. —Vaciló y volvió a mirar el *Susanna* más detenidamente—. Chanter ha hecho un buen trabajo, Felix. Y esto sí que es una excursión en condiciones.

Felix sonrió, feliz como una perdiz, y la señorita Knott le apretó el brazo y Skipper vio que se iban a enamorar, aunque Felix aún no lo supiera. ¡Lo que daría él por tener setenta y cinco años!

—¿Lo va a sacar? —preguntó Felix.

Skipper miró el río y se rascó la barbilla. Hacía un día soleado y luminoso, pero soplaba el viento, estaba cambiando la corriente y había unos remolinos en el Torridge que daban bastante miedo. No a un viejo lobo de mar como él, claro, que conocía el río como a una amante, pero aún antes del traidor banco de arena que había que cruzar para llegar al mar había otras dunas, hondonadas y corrientes cruzadas en las que quedaban atrapados los incautos.

—Hoy no —contestó—, pero otro día tenemos que salir todos juntos a navegar. —Se miraron los dos algo desilusionados, probablemente pensando que no duraría hasta otro día, se dijo Skipper apenado—. Nos llevamos a los perros también —añadió sonriendo— y hacemos un pícnic.

—Ah, eso sería maravilloso, ¿verdad, Mabel? —terció la señorita Knott.

—«Guuuaunial» —gruñó Felix y rieron todos.

—¿Podría hacernos una foto… a Felix y a mí? —le dijo Skipper a la señorita Knott, que llevaba una camarita desechable, de esas con rollo de verdad, para mayor gasto e incomodidad. Felix se colocó junto a Skipper al timón, le pasó el brazo por el hombro y la señorita Knott tardó un rato en averiguar cómo se pulsaba el obturador, pero al final lo consiguió—. ¿Y una desde la orilla, que salga el *Susanna*?

Ayudaron a la señorita Knott a subir a la pasarela y luego Felix los acompañó a ella, a Toff y a Mabel cuesta arriba por la loma herbosa para que saliera el barco entero en la foto. Cuando quisieron darse cuenta, ya en lo alto de la pendiente, Skipper había soltado amarras y la proa del *Susanna* se alejaba de la orilla, meciéndose perezosa.

—¡Skipper!

El anciano arrancó el motor, giró el timón y ajustó el estárter, y la cubierta latió como un corazón bajo sus pies. Se asomó por la puerta de la timonera y los vio hacerse cada vez más pequeños, a la señorita Knott colgada de Felix, preocupada por él, como si no supiera lo que estaba haciendo.

Pero él conocía el *Susanna*. Y conocía a Tovey Chanter. No sabía cuánto le había pagado Felix a Tovey, pero seguro que había sido demasiado, y tenía igual de claro que habría hecho un trabajo espantoso donde más importaba, en las partes que Felix nunca iba a ver. Porque todas esas partes estaban bajo el agua. Sí, Tovey había sido de lo más generoso con la pintura, pero la pintura no era la tablazón ni el calafateo. La pintura no mantenía entera una embarcación.

Skipper abrió el pequeño ojo de buey para oír mejor las riñas de las gaviotas en el cielo. Un cisne lo dejó pasar con una reverencia. Se cruzó con una barquita de azul Bideford, con una sola espadilla, haciendo un esfuerzo grande por llegar a casa, y un hombre y su hijo en un bote daban pequeños giros interrumpidos en los remolinos próximos a las gradas de East-the-Water. Aprendiendo a navegar.

El anciano volvió a mirar la orilla herbosa. Aún podía ver bien a Felix, a la señorita Knott, a Mabel y a Toff con sus ojos de marinero. La señorita Knott parecía agitada, haciéndole señas con los brazos, seguramente a punto de pedir ayuda. Pero Felix estaba quieto. Quieto y viéndolo virar el *Susanna* hacia el Torridge y pasar por debajo del puente nuevo rumbo a mar abierto.

A Skipper se le hizo de pronto un nudo en la garganta. Felix sabía lo que estaba haciendo. Lo sabía. Probablemente desde hacía un rato. A lo mejor desde el principio.

La primera ola en condiciones sacudió el barco lateralmente. Skipper se agarró al sonar de pesca para no caerse, pero se quedó con él en la mano. Lo miró y se echó a reír. ¡Muy Tovey! ¡Ni siquiera lo había conectado! ¡Ese vago de los cojones se había limitado a pegarlo al salpicadero! Seguramente se lo había mangado y le había cobrado a Felix una fortuna por volver a ponerlo donde lo había encontrado. Se partía de risa.

El *Susanna* no iba a pasar el banco de arena en la vida.

Se lo llevaría la mar.

El aire refrescó y le roció la cara de sal. El anciano se relamió y sonrió.

Al pasar por el arco inmenso del puente nuevo, salió de la timonera y volvió a mirar la orilla del río por última vez. La señorita Knott había ido en busca de ayuda, pero Felix seguía allí plantado.

Skipper Cann le dijo adiós con la mano y su amigo le devolvió el saludo.

Agradecimientos

Gracias a Jim Maxwell y a otros agentes de policía de Bideford que me ayudaron mientras escribía *Exit*, y a Richard Harris, del Colegio de Odontólogos.

Como siempre, quiero dar las gracias a todo el equipo de Transworld, que trabaja con un entusiasmo inagotable para que todos los libros salgan lo mejor posible. Quisiera dedicar una mención especial a mi maravillosa publicista, Becky Short, que tanto me facilita las giras, y a Richard Shailer por sus preciosas cubiertas, y a Bradley Rose, el mejor conductor del mundo. Gracias a todos.

Notas

[1] Brigadoon es un pueblo mágico ficticio que aparece un día cada cien años. *(N. de la T.)* **<<**